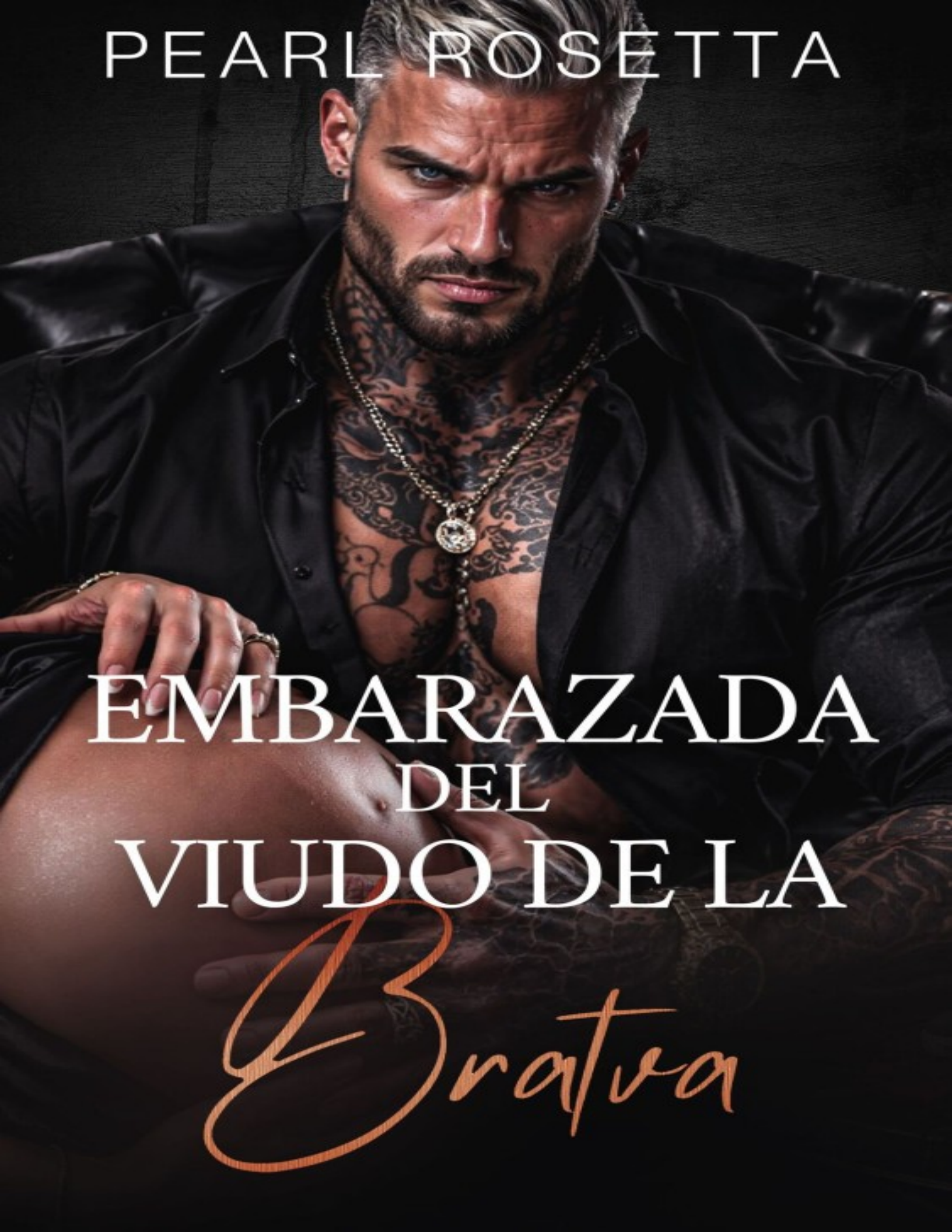
PEARL ROSETTA



EMBARAZADA DEL VIUDO DE LA Bratva

Embarazada del Viudo de la Bratva

Pearl Rosetta

Índice

1. Anya
2. Alexei
3. Anya
4. Alexei
5. Anya
6. Alexei
7. Anya
8. Alexei
9. Anya
10. Alexei
11. Anya
12. Alexei
13. Anya
14. Alexei
15. Anya
16. Alexei
17. Anya
18. Alexei
19. Anya
20. Alexei
21. Anya
22. Alexei
23. Anya
24. Alexei
25. Anya
26. Alexei
27. Anya
28. Alexei
29. Anya
30. Alexei
31. Anya

32. Alexei
33. Anya
34. Alexei
35. Anya
36. Alexei
37. Anya
38. Alexei
39. Anya
40. Alexei

I. Contenido exclusivo

Prólogo: Nora
Prólogo: Nick

Capítulo 1

Anya

No pertenezco a este lugar.

Es una sensación que siempre he tenido en la mansión de mi cuñado en Gold Coast, pero nunca con tanta intensidad como hoy.

El vasto espacio me oprime; su lujo estéril es un peso sobre mi pecho. Los mismos suelos de mármol pulido, las paredes frías adornadas con obras de arte de un valor incalculable que no soy capaz de apreciar. Todo me asfixia.

No estoy preparada para esto.

Cruzo la habitación, con el taconeo resonando con demasiada fuerza, sintiendo su mirada clavada en mí.

—Anya —dice Alexei, y su voz desgarra el silencio. Serena. Mesurada. Pero lo conozco lo suficiente como para no confundir ese tono con otra cosa que no sea una orden—. Pasa.

Entro en la estancia contigua, con el peso de sus ojos aún presionándome. Está de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, pero no necesito verle la cara para saber exactamente lo que está pensando.

—Siéntate —ordena sin mirarme. No es una petición. Es una afirmación.

Y así lo hago. Me siento frente a él, sintiendo cómo el lujo frío y distante de este lugar me envuelve como una prisión.

Finalmente, se gira y sus ojos se clavan en los míos. Sin rastro de suavidad. Solo una mirada fría e intensa.

—Sabes por qué estás aquí.

No es una pregunta, y no es algo de lo que pueda librarme mintiendo. Las palabras se asientan pesadas en mi pecho, sofocándome.

—Claro que lo sé —respondo, evitando que se note la tensión en mi voz.

—Bien. Su mirada se demora en mí un momento más y casi llego a pensar que dirá algo más. Pero, en su lugar, se limita a exponerlo. Con naturalidad. Con frialdad profesional.

—Katerina congeló sus óvulos antes del diagnóstico de cáncer. Quería un hijo, pero... bueno, nunca tuvo la oportunidad.

Se me encoge el estómago ante sus palabras; el dolor punzante de su ausencia me golpea de una forma que no puedo evitar. Pero oírlo dicho así, con tanto desapego, de forma tan definitiva, lo hace todo mucho más real.

Trago saliva, intentando mantener la compostura. —Quieres que yo los geste —digo, y mi voz suena demasiado tranquila, demasiado serena para lo que siento por dentro.

Él no vacila. —Sí.

Esperaba algo diferente de su parte. Más emoción. Algo que hiciera esto real de una manera que yo pudiera sentir. Pero, en cambio, no hay nada. Solo un desapego gélido.

Se me forma un nudo en la garganta, pero lo reprimo. No puedo mostrar debilidad. No ante él. No ahora.

Alexei desliza un papel sobre la mesa. El acuerdo de gestación subrogada. La trampa.

Lo observo, con la tinta negra devolviéndome la mirada, tan fría y definitiva como sus ojos. Una transacción. Eso es lo que es. Simple, limpia.

Pero no estoy segura de poder hacerlo.

Su mirada no se aparta de mí. —Firma —espeta.

Me entran ganas de arrojárselo a la cara. De marcharme. Pero no puedo. Se lo prometí a Katerina.

Alargo la mano hacia el bolígrafo, me tiemblan los dedos. Lo controlo y firmo. Es un gesto que se siente demasiado definitivo, demasiado irreversible. Cuando termino, dejo el bolígrafo. Siento como si el papel pesara una tonelada en mi mano.

—Hecho —digo, con voz plana. Vacía.

Se produce una larga pausa antes de que Alexei me quite el papel. Sus dedos rozan los míos por un breve instante. Fríos. Igual que él.

—Hay una cosa más —dice, y su tono de repente se vuelve serio, más oscuro que antes.

Me quedo petrificada. El aire se enfría a mi alrededor y un nudo se me aprieta en el pecho. Sé lo que viene a continuación.

—Te mudarás aquí —dice, casi de pasada—. Por tu seguridad.

—¿Qué? —suelto, con el pulso acelerado. Las palabras brotan antes de que pueda detenerlas. No quiero oír esto. De verdad que no quiero oírlo. Inspiro profundamente, cerrando los puños—. Acepté gestar a su hijo, Alexei. Eso es todo.

Él ni se inmuta. Ni siquiera reconoce el modo en que se me quiebra la voz con una mezcla de furia e incredulidad.

—He hecho los preparativos —dice, imperturbable—. Estarás más segura aquí.

—¿Más segura? —Mi risa es breve, amarga—. Esto va de control, no de seguridad. Tú no decides dónde vivo.

—No te lo estoy pidiendo —responde, con voz aún más fría—. No es negociable.

Siento una oleada de ira burbujear en mi interior. No puedo evitarlo. Estoy tan malditamente cansada de esto... de su autoridad, del peso asfixiante de sus expectativas.

—No acepté ser tu prisionera —replico, levantándome bruscamente—. Acepté gestar al hijo de Katerina. No vivir bajo tu techo como si fuera... una pupila.

Sus ojos centellean solo un segundo, pero no responde. En su lugar, se recuesta en la silla, irradiando todo ese control gélido.

—Te mudarás aquí. Estarás más segura —repite, con voz inquebrantable.

Se me retira la sangre del rostro y, por un momento, no puedo moverme. Me quedo allí plantada, con la mente dándome vueltas. Quiero gritar. Quiero chillarle, decirle lo mal que está esto, cuánto odio la forma en que lo tuerce todo para que encaje en su mundo. Pero no puedo. No puedo marcharme. No ahora.

Me trago la rabia y obligo a mi voz a calmarse. —No —digo, irguiéndome por fin. Me comprometo con ello, me comprometo conmigo misma, con mi identidad. No me convertiré en su fantasma. No desapareceré a la sombra de su recuerdo.

Salgo de la habitación sin mirar atrás.

* * *

El olor estéril de la clínica me envuelve como una soga, apretándose mientras me recuesto en la mesa de exploración, fría e implacable. El aroma del antiséptico, penetrante y punzante, me araña los sentidos. Obligo a mis dedos a soltar el borde de la mesa, intentando estabilizar el latido rápido e irregular de mi corazón.

Puedo oír mi pulso en los oídos, golpeando al compás de las palabras en las que no quiero pensar... la promesa, la obligación, la trampa en la que he caído sin el lujo de poder elegir.

Tengo las piernas abiertas, expuesta, vulnerable. No acabo de conciliar la situación, la naturaleza invasiva de este momento, con lo que significa. El procedimiento en sí no es más que una transacción clínica, una acción fría y precisa. Pero es todo lo demás, todo lo que no puedo ignorar, lo que me carcome.

El embrión de Katerina descansa en la bandeja de metal frío a mi lado, tan sin vida como ella ahora. Congelado. Este pedazo de ella, su última esperanza, es todo lo que queda.

Trago saliva con dificultad, pero el nudo de mi garganta permanece obstinadamente en su sitio. No era así como se suponía que debía ir todo. No se suponía que tuviera que acabar aquí, bajo estas luces crudas, con las manos frías y metódicas del doctor Sokolov manipulando los restos de la vida de mi hermana gemela. Pero las promesas hechas a una mujer moribunda, una mujer a la

que amaba más que a nadie, lo significan todo en nuestro mundo. Aunque me cueste la libertad.

Aunque me cueste el corazón.

El recuerdo me asalta de repente, sin invitación, como una bocanada de aire tras haber estado sumergida bajo el agua.

Estoy en la boda de Katerina, viéndola intercambiar votos con Alexei. Mi gemela, tan hermosa sin esfuerzo en su vestido blanco, el vivo retrato de la elegancia y la calidez. Y luego está Alexei, de pie ante el altar, alto, imponente, con sus ojos oscuros fijos en ella como si fuera todo su mundo. Y por un momento, recuerdo haber pensado: *nunca podré competir con eso*. La forma en que se miraban, era todo lo que yo quería. Todo lo que nunca podría tener.

Pero no fue la imagen de ellos lo que se quedó conmigo, no entonces. Fue el momento en que giré la cabeza, solo un poco, para ver a Alexei mirándome.

Solo una mirada, nada más.

Pero sus ojos, esos ojos, no contenían el mismo afecto que sentía por Katerina. No, había algo más. Un peso. Algo que tiraba de mí de una forma que no podía explicar. No era deseo.

No. Era algo más profundo, algo peligroso. Era el reconocimiento de algo de lo que ninguno de los dos podía escapar. La grieta en la superficie.

Debería haber desviado la mirada. Debería haberme dado la vuelta, haberme marchado, pero no lo hice. Me quedé allí, paralizada, y sentí su mirada abrasándome, atravesando las capas de cortesía, de deber, de la mujer que estaba al lado del hombre que se casaba con mi hermana gemela.

Debería haberme mantenido alejada. Me prometí que lo haría.

Pero no lo hice.

Aún no estoy segura de si él percibió que yo me di cuenta. Si siquiera recuerda ese breve destello de un instante. Para él, puede que no fuera nada. Una mirada pasajera. Una distracción en un día que, por lo demás, era perfecto.

Pero para mí, lo fue todo. Un recuerdo que he enterrado bajo capas de instinto de conservación. Un recuerdo que ahora lucha por

salir a la superficie, en la sala fría y estéril donde el hijo de Katerina está a punto de ser transferido a mi cuerpo.

No se suponía que yo estuviera aquí. Se suponía que debía guardar las distancias. Seguir siendo una sombra en el fondo. Pero la promesa que le hice a Katerina antes de morir —*Gesta a mi hijo, Anya. Por favor. Prométeme que lo harás*—, esa promesa me ha atado a este momento, a este hombre.

Y ahora estoy aquí, en una sala clínica, sosteniendo su última esperanza en mis manos. Pero no es solo su recuerdo lo que llevo ahora. Es también el de él. Su contacto. Su mirada. Y duele de una manera que es tanto física como emocional.

Me muerdo el labio, reprimiendo el dolor, pero este se niega a ser ignorado. Es como un peso en mi interior que se resiste a callar. Y no sé si soy lo bastante fuerte para soportarlo más tiempo.

Las manos del doctor Sokolov se mueven con precisión. Sus palabras son un zumbido sordo de fondo, un borrón de ruso médico, que pierdo de vista mientras me concentro en el dolor de mi pecho. El diminuto latido en mi pecho que me recuerda... que me recuerda todo lo que no puedo tener. El dolor es más fuerte que la incomodidad física del procedimiento. Es un recordatorio de lo que está en juego.

Y los ojos fríos de Alexei, todavía fijos en mí desde la esquina de la sala, arden con más fuerza que cualquier otra cosa en esta habitación estéril. No es solo la frialdad clínica del procedimiento lo que resulta invasivo. Es él. Su presencia, asfixiante y abrumadora, es la verdadera invasión. Él es la razón por la que estoy aquí. La razón por la que no puedo escapar. La razón por la que hice una promesa que nunca pensé que tendría que cumplir.

Los movimientos del doctor se ralentizan y luego cesan. Soy demasiado consciente del peso de su presencia en la sala, como si sus ojos me tocaran, tirando de las costuras de mi temple.

—¿Procedemos? —pregunta el doctor Sokolov.

Asiento, apenas escuchándolo. Mis ojos vuelven a desviarse hacia Alexei, solo una mirada fugaz. Sus ojos se encuentran con los míos esta vez, afilados y penetrantes. El calor que destella entre nosotros es innegable. Es un fuego que he intentado ignorar, que he

intentado enterrar, pero es imposible. El ardor siempre está ahí. Incluso ahora, mientras permanece apoyado contra la pared, con expresión estoica y postura controlada, sus ojos dicen mucho de lo que él nunca dirá.

Aparto la mirada rápidamente, girando la cabeza para concentrarme en el techo; los fríos azulejos blancos me devuelven la mirada. Cierro las manos en puños, clavándome las uñas en la piel de las palmas. Me recuerdo de nuevo... *Esto no va sobre ti, Anya. Esto no va sobre él. Esto va sobre Katerina.*

Pero siempre ha ido sobre él, también. Siempre.

La habitación se siente más fría, el aire es denso por una tensión de la que no puedo escapar.

El doctor Sokolov se mueve por la estancia con desapego profesional, pero hay un peso en su presencia que no estaba antes. Quizá sea porque es consciente de lo que esto significa realmente para mí... de lo que significa para Alexei y para Katerina.

Tal vez esté acostumbrado a procedimientos como este, pero este parece diferente. Demasiado personal. Demasiado parecido a una violación.

Oigo el suave tintineo del metal, el sonido de él preparando el instrumental. Quiero ignorarlo, pero es imposible. Es demasiado real, demasiado crudo.

Y entonces, lo oigo. La voz de Alexei, cortando el silencio estéril de la sala.

—Confío en su pericia, doctor, pero no quiero complicaciones.

Incluso ahora, ante algo tan íntimo como esto, su tono es frío, implacable. Ni siquiera es una petición. Es una orden.

El doctor Sokolov no se inmuta. Su respuesta es educada, escueta, como si se tratara de un intercambio casual entre colegas y no de una mujer a la que están a punto de implantar el embrión de su hermana en el útero.

—Por supuesto, Pakhan. Todo procederá según lo previsto. Sin complicaciones.

Sus palabras se asientan en el aire como un peso pesado, henchidas de finalidad. Sé que los hombres no hablan para mi

beneficio. Ni siquiera intentan ocultarlo. Todo en su intercambio es negocio.

Pero no puedo escapar de ello. Las palabras me resuenan en los oídos como el redoble de un tambor, martilleando contra la opresión de mi pecho.

Miro de reojo a Alexei, de pie con los brazos cruzados y la postura tensa. Su mirada pasa brevemente del doctor Sokolov a mí y, por un momento, el mundo se tambalea. Sus ojos están oscuros, son ilegibles, pero hay algo allí bajo la superficie. Algo feroz. Puedo verlo en la forma en que se le tensa la mandíbula, en la forma en que se le endurece la mirada cuando me ve observándolo.

Su atención no flaquea. Está mirando, observando, esperando algo. Quizá que esto termine. Quizá que yo me quiebre.

Pero no lo haré. No puedo. Hice una promesa.

—Lo sabremos en dos semanas. Asegúrese de que todo salga bien. Sin sorpresas.

Dos semanas.

Dos semanas hasta que sepa si mi vida ha cambiado para siempre...

Capítulo 2

Alexei

Riiing, riiing… Riiing, riiing… Riiing, riiing…

Aprieto los labios mientras me quedo mirando la pantalla del teléfono. Han pasado dos semanas y esta es la llamada que he estado esperando.

Sin embargo, ver el nombre del doctor Sokolov en la pantalla me provoca un nudo extraño en el estómago. Es una sensación que no me gusta. He pasado años sorteando cada obstáculo que se ha cruzado en mi camino, ¿pero esto? ¿Esta única cosa? No puedo controlarla.

Deslizo el dedo por la pantalla para aceptar la llamada, presionando con fuerza el pulgar contra el dispositivo.

—¿Pakhan? —La voz de Sokolov es cortante, profesional, pero percibo la tensión que subyace en ella.

—¿Confirmación? —pregunto, manteniendo la voz nivelada a pesar del agudo pico de anticipación que me roe el pecho.

—Embarazo confirmado —responde de inmediato, con unas palabras tan frías como esperaba que fueran—. Sin complicaciones. Procederemos según lo previsto.

Durante un momento, me quedo ahí sentado, asimilando sus palabras. Debería sentirme victorioso. Esto es lo que he estado esperando: el heredero que necesito, los cimientos de mi poder, lo

que asegurará mi futuro y silenciará cualquier disidencia dentro de la bratva. Pero, en cambio, se siente... complicado.

—Bien. Esto es exactamente lo que necesitamos.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace. Su silencio me da ganas de partir el teléfono por la mitad. No necesito más informes fríos y distantes por su parte. Necesito algo más.

—¿Seguirá vigilando su estado? —pregunto con palabras precisas, demasiado controladas.

—Está bien. Todo está como debería.

Hago una pausa, absorbiendo el peso de la confirmación. El heredero. El linaje. Todo está encajando.

Y, sin embargo... la presencia de Anya lo complica todo.

—Gracias —digo con brusquedad.

—Como siempre, Pakhan —responde él con voz neutra.

La llamada termina abruptamente y me quedo sentado un momento más, mirando la pantalla. Se me oprime el pecho mientras proceso la noticia. El heredero está en camino. Pero las complicaciones no son solo externas; están dentro de mí y no puedo negarlas.

No tengo tiempo para esto. Descarto esos pensamientos y marco el número de Pavel.

—¿Pakhan? —La voz de Pavel llega de inmediato, afilada, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—¿Dimitri sigue moviendo ficha? —No necesito preguntar. Sé la respuesta.

—Se está reuniendo con contactos de Moscú, cuestionando su liderazgo. Está utilizando su dependencia de la hermana de Katerina como una debilidad.

—Deja que hable —respondo, endureciendo el tono—. Me subestimará. Lo único que hace falta es mostrar mi fuerza.

—Pero esto ya no son meros cotilleos, Pakhan —añade Pavel—. Ahora le está desafiando abiertamente.

Aprieto el puño alrededor del teléfono, reprimiendo mi ira. No importa. Dimitri no es nada.

—Anya se mudará a mi finca. Por su seguridad.

Oigo cómo a Pavel se le corta ligeramente la respiración, pero no discute. Sabe exactamente a qué me refiero. Sabe que no se trata solo de su seguridad; se trata de control. Ella también lo intuyó cuando rechazó mi oferta, estoy seguro. Pero ahora tiene que saber que esta mierda va en serio.

—Como diga, Pakhan —responde Pavel, con una voz que denota aceptación. —Yo me encargaré.

Bajo el teléfono lentamente, tamborileando con los dedos en el borde del escritorio. La decisión está tomada. Anya se quedará conmigo. La mantendré bajo mi vigilancia.

—Muy bien —murmuro antes de terminar la llamada.

Apenas he recuperado el aliento cuando el timbre del teléfono vuelve a estallar en el aire.

Anya. ¿Ya? Pavel se mueve rápido.

Se avecina el peso de su reacción, y sé que será una batalla. Es la única que me desafía. La única que no se somete.

No acabo de decidir si respeto eso o lo odio.

Deslizo el dedo por la pantalla y respondo a la llamada, pero antes de que pueda siquiera hablar, su voz corta el aire, aguda y exigente.

—Alexei —espeta, y siento un destello de satisfacción—. ¿Qué demonios es esto? ¿Por qué cojones voy a mudarme a tu casa? Te dije que no.

Me permito una pequeña sonrisa, reclinándome en la silla. La satisfacción de conocer su reacción incluso antes de que hable se siente como una pequeña victoria. Ya está enfadada, ya se resiste. Pero ya he jugado a este juego antes y sé exactamente cómo ganar.

—Por tu seguridad —respondo con fluidez, con voz calmada, uniforme. Es un tono ensayado, el que utilizo cuando necesito mantener el control, cuando necesito que escuche el razonamiento que subyace a mis palabras—. Estarás más segura conmigo.

—¿Más segura? —Su tono sube con incredulidad—. ¿Crees que voy a quedarme sentada en tu prisión mientras juegas a tus juegos de poder? No necesito tu protección, Alexei.

Sus palabras escuecen más de lo que esperaba. No había previsto la agudeza de su ira, ni el desafío puro y sin filtros de su

voz. Pero suprimo la punzada de fastidio. He estado en situaciones peores que esta. He hecho que hombres suplicaran por su vida. Pero ¿Anya? Ella es un tipo de desafío distinto.

Uno que no voy a dejar que se me escape de las manos.

—No hace falta que la quieras —digo, con voz más fría ahora, asegurándome de que el filo de mi autoridad le haga oír cada palabra—. Pero no es una petición, Anya. Se trata de tu supervivencia. Llevas a mi heredero. No voy a perderte de vista mientras Dimitri o cualquier otro te tenga en el punto de mira.

Oigo cómo se le entrecorta la respiración, un leve temblor en sus palabras. Pero no retrocede.

—No intentes que esto parezca otra cosa —me espeta con la voz cargada de veneno—. Me estás controlando, Alexei. Te veo venir. Solo usas esto como excusa para tenerme bajo tu mando.

Sus palabras son como una bofetada y, por un momento, siento que algo se me encoge en el pecho. He tenido el control durante tanto tiempo que su resistencia logra sacarme de quicio. Pero no puedo dejar que lo vea. No puedo dejar que nadie lo vea.

Aprieto la mandíbula, entrecerrando los ojos mientras me inclino hacia delante en la silla, con una calma peligrosa en la voz. —No te estoy utilizando, Anya —digo, bajando la voz, mezclando la autoridad con algo mucho más gélido—. Llevas mi sangre. Mi futuro. Esta es la única forma en que estarás a salvo. Lo sabes. Lo que estás haciendo conlleva un peligro. Lo sabes tan bien como yo.

Se produce una larga pausa. Casi puedo oír su mente trabajando, intentando luchar contra las palabras que le estoy soltando. Y entonces, vuelve a hablar, más bajo ahora pero con una vacilación que no me pasa desapercibida.

—No quiero tu futuro —espeta, con voz todavía afilada pero flaqueando ligeramente—. No quiero estar aquí.

Dejo que las palabras floten en el aire entre nosotros. Su resistencia, su ira, es lo que la hace tan malditamente fascinante. Sé cómo doblegarla, pero por alguna razón, no quiero hacerlo demasiado rápido. Todavía no. Hay poder en verla luchar.

Suavizo la voz solo un poco, aunque la manipulación sigue ahí, densa e innegable. —No tiene por qué gustarte —digo,

recostándome en mi silla, dejando que mi voz adquiera cierta fluidez, un encanto que he perfeccionado tras años obteniendo lo que quiero—. Pero esto es lo mejor para ambos. Necesitas que te proteja, Anya. Y te guste o no, soy el único que puede hacerlo. Aceptaste esto, por tu hermana, conociendo los riesgos...

Oigo que se le vuelve a cortar la respiración y es suficiente. Sé que la tengo. Un poco más y la tendré por completo.

—No seré tu marioneta, Alexei —dice con voz baja y tensa, pero percibo la lucha en su tono.

Aún no se rinde.

Sonrío, con la victoria casi al alcance de la mano.

—Nadie te pide que lo seas —digo, y mi voz se suaviza hasta volverse algo más peligroso, más íntimo—. Eres libre de tomar tus propias decisiones. Pero vivirás bajo mi techo hasta que esto termine. Eso no es negociable.

Durante un largo rato, solo hay silencio al otro lado de la línea. Espero, observando cómo parpadean las luces de la ciudad afuera, el mundo extendiéndose ante mí como si estuviera bajo mi mando. Y, al poco tiempo, ella claudica.

—Está bien —masculla, con la voz tensa por el peso de su aceptación a regañadientes—. Pero no creas que esto significa que te lo voy a poner fácil.

Sus palabras me llegan como una victoria. Me recuesto en la silla, permitiéndome una sonrisa de autosuficiencia. —No lo querría de otra manera.

Y entonces, dice algo inesperado, algo suave pero lleno de esa combatividad que he aprendido a respetar.

—Nunca seré mi hermana, Alexei.

La línea se queda en silencio mientras espera mi respuesta. Dejo que el silencio cuelgue entre ambos, saboreando el peso de sus palabras. Cree que la estoy usando, controlándola, pero aún no ve el panorama general. No ve que hago esto por su supervivencia, por mi futuro, por todo lo que ambos podríamos perder.

Pero hay algo más en sus palabras, algo crudo y real que remueve algo más profundo en mí. No es su hermana. Nunca lo será. Y quizá eso sea lo que hace que esto resulte tan

condenadamente complicado. Pero también es lo que la convierte en lo más peligroso de mi mundo.

—No eres tu hermana, Anya —digo finalmente, con voz baja y firme—. No eres un reemplazo. Pero sigues llevando mi sangre. Llevas mi futuro.

Y eso, lo sé, es algo que ella nunca podrá ignorar.

Capítulo 3

Anya

No recuerdo cuántas cajas he embalado. No importa. No es como si me llevara nada que haga que esto parezca permanente. Nueve meses, me digo a mí misma. Básicamente soy un Airbnb de larga estancia con complicaciones.

Sin embargo, la sensación de finalidad sigue pesando. No he tocado casi nada de lo que pertenecía a Katerina desde el día en que volví a entrar en este apartamento sola.

Su apartamento. Nuestro apartamento.

No he podido abrir sus cajones. Ni doblar sus jerséis. Ni decidir qué se queda y qué se va, como si me hubieran nombrado albacea de todo lo que duele.

Su perfume aún flota en el cuarto de baño. Cada vez que me llega el olor, mis pulmones olvidan cómo funcionar correctamente.

Este sitio no eran solo metros cuadrados y ladrillo visto. Era nuestro. Años de alquiler compartido, cenas compartidas, secretos compartidos. Solíamos discutir sobre a quién le tocaba sacar la basura.

Ahora discuto con un hombre que tiene soldados armados a su mando.

Técnicamente, una mejora.

Cierro otra caja con cinta adhesiva y me quedo mirándola. Esto es absurdo. Estoy haciendo las maletas como si me fuera a un campamento de verano.

—Anya, por favor.

La voz de Mariya llega desde el umbral, suave pero tensa. Ha estado rondando toda la tarde como un ángel de la guarda muy preocupado que suelta muchos tacos.

—No tienes por qué hacer esto —repite—. Podemos desaparecer. Podemos irnos de la ciudad. Cambiarte el nombre. Cortarte el pelo de forma drástica. Te apoyaría totalmente con un flequillo si eso significa que no vas a vivir en casa de ese hombre.

Suelto un bufido a mi pesar. —El flequillo nunca es la respuesta. Así es como se sabe que las cosas se han descarrilado de verdad.

Ella no se ríe. Yo sigo doblando. Mecánica. Eficiente. Si dejo de moverme, podría empezar a pensar, y eso es peligroso.

—No puedo —digo—. Se lo prometí a Katerina —lo digo con ligereza. Como si fuera una incompatibilidad de agenda y no un juramento que me cambió la vida, hecho a mi gemela mientras moría.

Mariya entra un poco más en la habitación, con los brazos cruzados. —Esto no es lo que ella habría querido para ti.

—Eso no lo sabes —mi voz suena firme. Demasiado firme—. Ella quería el bebé —continúo—. Quería que él tuviera un hijo. Y por lo visto, yo soy el lote de lujo del paquete.

Mariya hace una mueca. —No bromees con esto.

—Si no bromeo con esto, me voy a poner a gritar —respondo con calma—. Y ya he agotado la paciencia de los vecinos.

Se acerca y coge uno de los jerséis de Katerina. Sus dedos titubean, como si el tejido pudiera disolverse.

—Esta no eres tú —dice—. Esta vida. Ese hombre.

Miro a mi alrededor, al apartamento a medio empaquetar, y le dedico una pequeña y seca sonrisa. —Me gano la vida traduciendo contratos, Masha. Ahora protagonizo uno. Es muy propio de mí.

Se le corta la respiración. —Eso no tiene gracia.

—Tiene un poco de gracia.

Exhala con fuerza, frustrada. —Él es peligroso.

—Sí —asiento con naturalidad—. Eso ha quedado meridianamente claro.

—¿Y simplemente vas a vivir allí? ¿Con él?

Cierro otra caja y presiono la palma de la mano contra el cartón. —Si huyo —digo en voz baja—, me encontrará.

Eso cala con más peso. Las dos sabemos que es verdad.

—Acepté esto —continúo—. Lo firmé. Entré en una clínica y dejé que me pusieran un embrión dentro. No puedo fingir ahora que no entendía en qué mundo me metía.

El silencio se alarga. Luego, como la quietud es insoportable, añado a la ligera: —Además, tiene mejor seguridad que yo. Si alguien va a intentar matarme por simbolismo político, prefiero tener suelos de mármol y guardias armados.

Mariya me mira fijamente.

—¿Demasiado? —pregunto.

—Mucho más que demasiado —dice ella.

Me encojo de hombros. —El humor negro es más barato que la terapia.

Su mirada se suaviza. Eso es peor que el enfado.

Miro la foto de la pared. Katerina y yo en Moscú, envueltas en bufandas, con las mejillas rojas y riendo. Parecíamos idénticas en esa foto. Idénticas e invencibles.

—No se suponía que yo acabaría aquí —murmuro para mis adentros.

Mariya lo oye de todos modos. —Lo sé.

—Ella quería que yo gestara al niño —digo—. Así que lo haré. Aunque signifique trasladarme temporalmente al palacio más frío del mundo.

—Eso no tiene nada de temporal, y lo sabes.

—Déjame vivir en la negación. Es lo único que me queda gratis en la vida.

Ella suelta una risa débil a su pesar. Algo es algo.

Sello la última caja y me yergo, escaneando la habitación. Ya se parece menos a la nuestra. Menos a un hogar. Se me cierra la garganta, pero en lugar de eso echo los hombros hacia atrás.

—No pasa nada —anuncio a nadie en particular—. Una trayectoria vital totalmente normal. Tu gemela muere, heredas a un cuñado de la mafia y un embarazo de alto riesgo. Pasa constantemente.

Mariya da un paso adelante y me estrecha en un abrazo fuerte antes de que pueda volver a desviarlo. —Ten cuidado —susurra.

—Lo tendré —digo automáticamente. Luego me aparto y añado, porque no puedo evitarlo—: ¿Vendrás conmigo para ayudarme con la mudanza? Sé que solo son cosas para nueve meses, pero creo que un apoyo moral dramático es lo suyo.

Resopla. —Claro que iré.

—Bien —digo—. Si voy a entrar en una prisión dorada, quiero un testigo que pueda declarar más tarde que fui por mi propia voluntad. Bajo coacción.

—Anya.

Le aprieto la mano. —No me estoy convirtiendo en ella —digo en voz baja—. No lo haré.

Y esta vez, no hay ninguna broma bajo mis palabras.

* * *

El trayecto hasta Gold Coast parece más corto de lo que debería, como si la ciudad me estuviera empujando hacia algo que aún no he aceptado del todo. Mariya no deja de hablar en todo el tiempo, como si el silencio pudiera endurecerse y convertirse en algo irreversible si deja que se asiente.

—Vale —dice cuando giramos hacia su calle, observando la extensión de césped impecable y vallas de hierro—. Si hay un foso, me largo.

—No hay foso —respondo—. Solo niveles de seguridad y la tranquila confianza del crimen generacional.

—Eso es peor.

Las puertas se abren antes incluso de que nos detengamos, suaves y automáticas, como si la propia casa ya hubiera decidido que mi sitio está dentro.

—Sutil —murmura Mariya.

Miro la mansión mientras aparece por completo ante nosotras. Escalones de mármol en la entrada, balcones de hierro negro, muros de cristal y piedra y dinero. No parece un hogar tanto como un monumento. Solía venir aquí en vacaciones y para cenas formales, cuando Katerina vivía y la calidez la seguía de habitación en habitación. Ahora el lugar se siente editado. Controlado. Preservado. Peor aún que la última vez que estuve aquí.

La puerta principal se abre antes de que lleguemos. Galina espera en el umbral, con la espalda recta y expresión comedida. El tiempo no la ha suavizado en absoluto. Si acaso, el duelo la ha vuelto más afilada.

—Anna —dice formalmente.

—Galina —respondo, adelantándome—. Soy Anya.

Su mirada se desplaza brevemente hacia Mariya antes de descartarla por irrelevante y volver a mí. Casi puedo sentir cómo me evalúa: parecido anotado, diferencias catalogadas, juicio pendiente.

—Sígueme —dice.

Sin bienvenida. Sin condolencias. Solo logística.

Llevo yo misma una de las cajas, a pesar de que un guardia se mueve automáticamente para cogerla. Necesito sostener algo que sea mío. Necesito sentir que entro por mi propio pie.

El vestíbulo de mármol nos traga enteras. Está impecable y silencioso, el aire huele ligeramente a cera de limón y a algo floral que me golpea antes de que pueda prepararme.

El perfume de Katerina.

Por supuesto.

Se me oprime el pecho, pero mantengo una expresión neutra mientras recorro las paredes con la mirada. Las fotografías están exactamente donde siempre han estado. Katerina en eventos benéficos, Katerina sonriendo junto a Alexei en cenas formales, Katerina en la escalera con seda azul pálido, luminosa y serena. Perfecta. Intacta. Enmarcada.

El duelo, preservado en alta resolución.

—Acogedor —murmuro entre dientes.

Mariya me da un codazo ligero, un *pórtate bien* silencioso. Si Galina me ha oído, no reacciona.

Pasamos por delante de la sala de estar y miro al interior sin querer. Todo está exactamente como antes. La manta echada sobre el brazo de la silla, el libro apoyado en la mesita, la tapa del piano cerrada pero pulida hasta que brilla. Ya no es una habitación. Es un altar.

Aminoro el paso sin darme cuenta.

—Esa habitación permanece tal cual —dice Galina con frialdad, sin mirarme—. No se alterará nada.

—No tenía pensado redecorar —respondo con calma.

Sus ojos se encuentran entonces con los míos, evaluando si lo digo en serio. —Tú no te quedarás ahí.

—Ya me lo suponía.

Nos guía hacia el ala opuesta de la casa, lejos de los espacios preservados y los recuerdos editados, y abre una puerta al final de un largo pasillo.

—Esta será tu habitación.

La suite de invitados es grande, inmaculada y completamente impersonal. Sin fotografías. Sin rastro de perfume. Sin historia incrustada en las paredes. Solo tonos neutros y muebles caros que podrían pertenecer a cualquiera. O a nadie.

—Tus pertenencias se quedarán aquí —continúa Galina—. Harás las comidas en tu habitación. El servicio te proporcionará lo que necesites. Las instrucciones del médico se seguirán a rajatabla.

—En mi habitación —repito, dejando que un matiz de ironía se cuele en mi tono—. Muy de convaleciente del siglo diecinueve.

Mariya hace un ruido ahogado que podría ser una carcajada.

Galina no se ríe. —Es por tu seguridad.

Ahí está otra vez. Esa palabra. *Seguridad*, estirada hasta quedar muy fina sobre *control*.

—Entiendo —digo. Y lo entiendo. Lo que no significa que me gusten las implicaciones.

Su mirada se demora en mí un último instante antes de añadir: —Tú no eres ella.

No es una reafirmación. No es un gesto amable. Es una aclaración.

—Soy consciente —respondo.

Me estudia como si esperara algo. Emoción, tal vez, o una protesta. Al no obtener nada, inclina la cabeza una vez y se marcha; la puerta se cierra suavemente tras ella.

El silencio que sigue parece más pesado que el del vestíbulo de abajo.

Mariya gira lentamente sobre sí misma, observando el espacio. —Bueno —dice con cautela—, si alguna vez quieres organizar un pequeño retiro corporativo, ya tienes el sitio.

—Me siento muy relajada —respondo—. Muy libre. Extremadamente sin supervisión.

Ella deja de sonreír. —Esto está mal.

—Sí.

—Aún puedes marcharte.

—No. —La palabra sale sin dudar, a pesar de que todo en mi interior se siente inquieto—. Me encontrará —digo con más suavidad —. Y si voy a estar vigilada, prefiero que sea bajo techos de mármol que en un sitio del que tenga que traerme a rastras.

Exhala con brusquedad. —Te está aislando.

—Me está blindando —corrijo con una sonrisa forzada—. Es una cuestión de imagen comercial.

—Anya.

La miro a los ojos entonces y dejo de lado el humor lo justo para que respire la verdad. —No desapareceré —digo—. No me mudaré a sus habitaciones. No reorganizaré su vida para encajar yo. Me quedaré aquí. En esta habitación. A propósito.

Porque si yo defino los límites primero, no soy absorbida por ellos.

La expresión de Mariya se suaviza de una forma que duele más que el enfado. —Llámame si algo te parece que no va bien —dice.

—Todo me parece que no va bien —respondo con suavidad—. Ya iré descartando.

Unos pasos pasan tenuemente por el pasillo, un recordatorio de que la privacidad aquí es algo que se gestiona, no algo que se dé

por hecho.

Mariya me da un último abrazo, lo bastante fuerte como para sentir que me está memorizando. —Odio esto —susurra.

—Lo sé.

Se queda en la puerta un segundo de más, y finalmente se marcha. El pestillo hace clic al cerrarse.

Y de repente, el espacio se expande. Solo estoy yo ahora. Yo en una suite de invitados dentro de una casa que aún pertenece al recuerdo de mi hermana.

Me siento en el borde de la cama y dejo que mi mirada recorra lentamente la habitación. El aire se siente distinto aquí. Controlado. Observado. Temporal.

Nueve meses, pienso. *Puedo sobrevivir nueve meses*.

Yergo la espalda y exhalo despacio.

No me convertiré en su fantasma.

* * *

Pasan días antes de que la casa deje de parecer un mausoleo y empiece a parecer algo más estructurado. Organizado. Controlado.

Nunca termino de desempacar. Las cajas siguen alineadas junto a la pared del fondo, con las tapas cerradas y las etiquetas hacia fuera, como si esperaran una inspección en lugar de ser usadas. Cuelgo lo que necesito —vestidos holgados, unos pocos jerséis, las prendas prácticas que recomendó el doctor Sokolov—, pero todo lo demás se queda doblado dentro del cartón. Sin fotografías enmarcadas. Sin libros dispuestos en las estanterías. Sin objetos colocados con la declaración silenciosa de *yo vivo aquí.*

Si no me instalo, no estoy reemplazando a nadie. Si no anido, sigo siendo algo temporal. Los límites psicológicos no dejan de ser límites.

Galina se da cuenta, por supuesto. Se da cuenta de todo. La tercera mañana, deja una bandeja de desayuno junto a la ventana y deja que su mirada se desvíe deliberadamente hacia las cajas cerradas.

—Puede organizar la habitación como prefiera —dice—. No quise decir que no pudiera hacer nada.

—La prefiero funcional —respondo con ligereza.

Sus ojos se demoran, evaluando, pero no insiste. —Como desee.

La casa desarrolla un ritmo, quiera yo o no. El doctor Sokolov llama con actualizaciones clínicas. La seguridad murmura en ruso bajo cerca de las entradas. El servicio se mueve por los pasillos con silenciosa eficiencia. Alexei aparece y desaparece a lo largo del día como una fuerza de la naturaleza controlada. Pasos medidos, instrucciones escuetas, traje impecable. Cuando me habla, es preciso y logístico. Citas médicas. Restricciones dietéticas. Ajustes de seguridad.

No se queda. No da explicaciones. No se disculpa.

El respeto, en su idioma, se parece a la contención.

Intento preservar fragmentos de normalidad. Respondo correos electrónicos de clientes de traducción y programo videollamadas al final de la tarde, cuando la luz que entra por la ventana hace que la habitación parezca menos una celda de espera. Leo. Doy vueltas lentas de un extremo a otro de la habitación como si estuviera entrenando para un maratón muy educado.

Por muy extensa que sea la propiedad, mi mundo se ha reducido a pasillos predecibles.

Al cuarto día, la soledad se asienta en mí de una forma que no preví. No es dramática ni lacrimógena; es silenciosa y persistente, de esas que se cuelan en las pausas entre pensamientos. Así que llamo a Mariya. Ella responde de inmediato, con su caos familiar llenando mi pantalla.

—Enséñamelo todo —exige—. Si vives en un palacio del crimen, al menos me merezco un tour. No pude ver *nada* cuando te ayudé con la mudanza.

Giro el teléfono lentamente por la estancia. —Suite de invitados —narro—. Minimalista. Emocionalmente distante. Fuerte compromiso con el beige.

—No has desempacado. Está exactamente como lo dejé.

—He sacado lo esencial. Cepillo de dientes. Portátil. Angustia existencial.

Ella entrecierra los ojos. —Estás haciendo eso.

—¿Qué cosa?

—Lo de *no me voy a quedar mucho tiempo*.

—Es que no va a ser así.

—Anya.

Antes de que pueda rebatirle, su mirada se desplaza un poco por encima de mi hombro. —Oh —dice con cautela—. Acaba de pasar por detrás.

No me giro de inmediato. No quiero parecer ansiosa, o peor... consciente de su presencia.

Cuando inclino el teléfono lo suficiente para que ella vea el pasillo, Alexei ya va por la mitad. Traje oscuro, el teléfono pegado a la oreja, hablando ruso en voz baja con esa clase de concentración que curva el espacio a su alrededor. No echa ni una mirada hacia mi puerta. No reconoce la llamada. Simplemente pasa, una fuerza contenida moviéndose por su propio territorio.

—Es guapísimo pero aterrador —susurra Mariya.

—Ese es el problema —respondo con calma—. Si fuera solo una cosa o la otra, podría manejarlo.

Se ríe a pesar suyo. —Estás en un lío.

—Voy tirando.

Su voz llega tenuemente desde el final del pasillo, tajante y controlada. Entiendo cada palabra, aunque Mariya no pueda. Órdenes. Horarios. Lenguaje estratégico que nunca flaquea.

—¿Te habla? —pregunta ella.

—Sí.

—¿Cómo?

—Como si fuera un activo asegurado con un calendario médico.

Ella hace una mueca. —Eso no es muy reconfortante.

—No pretende serlo.

Después de colgar, el silencio regresa, más denso que antes. Decido que necesito aire. No del filtrado que sale por la rejilla sobre mi ventana, sino aire de verdad, que no haya circulado por pasillos de mármol y escaleras custodiadas.

Nadie me detiene al salir de mi habitación. Los guardias asienten con respeto cuando paso, lo cual casi lo hace peor. La cortesía es

una forma de control muy pulida.

Bajo la escalera y cruzo el vestíbulo hacia la entrada lateral que da al jardín más pequeño. Recuerdo que Katerina usaba esa puerta cuando quería que le diera el sol sin montar un espectáculo.

Pongo la mano en el pomo y giro. El mecanismo se mueve sin problemas. La puerta no.

Lo intento de nuevo, esta vez con más fuerza, pero el resultado es el mismo. El pomo funciona, el marco no se mueve.

Cerrada con llave.

Me quedo allí un momento más de lo necesario y luego me dirijo hacia la entrada principal como si simplemente estuviera explorando. Las altas puertas negras brillan bajo la luz de la tarde. Dos guardias están cerca, hablando en ruso en voz baja.

—¿Va a alguna parte? —pregunta uno educadamente.

—Solo fuera —respondo, manteniendo un tono casual—. Aire fresco. Un concepto muy radical.

Su expresión no cambia. —No es aconsejable.

—Aconsejable —repito.

—Por su seguridad.

Ahí está de nuevo, esa palabra extendida con cuidado sobre todas las cosas.

—No saldré de los límites de la propiedad —ofrezco.

Una pausa. Una mirada hacia el teclado numérico de la puerta.

—Las órdenes son restringir cualquier movimiento no programado.

No programado. La frase se asienta en mí lentamente.

—¿Debería presentar un formulario? —pregunto con ligereza.

Él no responde.

Asiento una vez, como si hubiera confirmado un detalle sin importancia, y me doy la vuelta sin insistir más.

De camino arriba, pruebo otra puerta cerca de la cocina. El pomo gira con facilidad.

Cerrada con toda determinación.

De vuelta en mi habitación, cierro la puerta con sigilo tras de mí y apoyo la mano en ella un instante. Firmé el acuerdo. Me tumbé en la camilla de exploración. Crucé esas puertas por mi propio pie.

Pero en algún punto entre el consentimiento y la ejecución, la capacidad de elección se estrechó hasta convertirse en senderos vigilados. Las salidas estuvieron siempre bajo control. Sencillamente no había mirado lo bastante cerca para darme cuenta.

Miro las cajas sin abrir junto a la pared y siento que algo dentro de mí cambia hacia la nitidez.

No me mudé aquí.

Fui puesta a buen recaudo.

Y esa comprensión se me mete en los huesos con una firmeza que es mucho más peligrosa que el miedo.

Capítulo 4

Alexei

El restaurante está silencioso. Demasiado silencioso. El murmullo bajo de voces apagadas es el único sonido en la sala privada, donde el humo de los caros puros asciende perezosamente en el aire. El parpadeo de las velas proyecta un brillo cálido y artificial sobre los paneles de madera oscura. Me siento a la cabecera de la mesa, con la espalda recta y una postura tan controlada como mis pensamientos.

Ha pasado una semana desde que Anya se mudó a la casa y ya noto el cambio en el ambiente, la forma en que los hombres alrededor de la mesa me tratan... de manera diferente.

Susurran. Conspiran.

Pero eso es lo que hacen siempre, y yo se lo permito. Me he ganado su silencio. Me he ganado su respeto. Y, sin embargo, hoy... parece que algo ha cambiado. No me gusta.

Pavel se sienta a mi lado, con una mano sobre su vaso de vodka y los ojos escudriñando la sala como un halcón.

Está callado. Demasiado callado.

No me distrae la comida, los ricos manjares rusos repartidos por la mesa. Me importan una mierda los platos. El lujo se desperdicia conmigo. Mi mente está en otra parte. Es un tipo diferente de hambre, una que me corroe cuando pienso en ella.

Anya.

El pensamiento es un dolor ardiente en la boca del estómago. No es el tipo de hambre que puedo satisfacer con vino o poder. Es el tipo de hambre que quema todo lo que toca.

La he encerrado en mi casa. Le he dado la protección que necesita, pero ahora es algo más que eso. Es más que el heredero. Se trata de control. Se trata de mantenerla a salvo y asegurarme de que nunca escape de mi alcance. Mis instintos dicen que necesito tenerla cerca, pero hay una parte de mí, una parte que mantengo enterrada profundamente, que está empezando a...

No, no importa.

Aquí nada importa.

Suena el tintineo de los cubiertos mientras uno de los hombres, Ivanov, comenta despreocupadamente su último movimiento de negocios. Su voz gotea con la cadencia ensayada de una charla trivial, como si el mundo no estuviera al borde de algo más profundo.

—El último cargamento de Moscú, Pakhan, debería llegar la semana que viene —dice, con un tono demasiado cuidadoso, demasiado fluido.

Las palabras no importan. Él conoce su lugar en la jerarquía.

—Sí, me he enterado —respondo, concediéndole apenas un gesto de reconocimiento.

Sus negocios son triviales ahora. Todo esto, esta comida, estas conversaciones, son distracciones. No me interesa nada más que una cosa: mantener mi control.

Pavel se aclara la garganta y se remueve en su asiento, como para distraer de la creciente tensión en la sala. Los demás siguen comiendo, ajenos a la tormenta que se avecina. Por un momento, hay un ligero paréntesis en la conversación, una pausa colectiva mientras todos sienten el peso de lo que está a punto de suceder.

La puerta de la sala privada se abre. El momento es breve, apenas perceptible. Dimitri Kozlov entra, y su presencia llena la habitación como una sombra oscura. El olor de su colonia se mezcla con el aroma de los puros y, por una fracción de segundo, siento que se me eriza el vello de la nuca.

Dimitri. Un hombre al que antes consideraba un aliado, ahora un hombre con la ambición arañándole los huesos.

—Ah, Dimitri —digo con suavidad, con las palabras sirviendo de máscara cordial sobre la irritación latente—. Qué bien que te unas a nosotros. —Señalo el asiento frente a mí—. Por favor, siéntate. Confío en que el vuelo desde Moscú haya sido tranquilo.

Dimitri no sonríe, aunque sus ojos recorren la sala, asimilando la escena con un desinterés cauteloso. —Tranquilo —responde bruscamente, entrecerrando los ojos mientras se acerca a la mesa—. Excepto por el tiempo. Pero supongo que tú no sabrías nada de eso.

Sus palabras son una pulla silenciosa, pero no muerdo el anzuelo.

—En efecto —respondo con una calma mesurada, mientras la temperatura de la sala baja apenas una fracción—. He estado un poco... preocupado.

Toma asiento, y la silla chirría contra el suelo mientras se acomoda. Un movimiento lento y deliberado.

Y entonces, sin perder el ritmo, añade: —Aunque, con todo lo que está pasando en la ciudad, pensaría que el tiempo sería la menor de tus preocupaciones.

Se reclina ligeramente, con la mirada fija en mí como si esperara una reacción.

Un silencio sepulcral se extiende entre nosotros, espeso y sofocante. No me inmuto. No pico. En su lugar, levanto mi copa, sin apartar los ojos de los suyos.

—Por el buen tiempo, entonces, y por una compañía aún mejor —digo fríamente, sin ofrecerle la cortesía de una sonrisa.

Él sonríe; una sonrisa fina y cómplice. —Por supuesto, Pakhan. Por la buena compañía. —Sus palabras gotean una falsa cordialidad, pero los bordes son afilados, cortando el barniz de la cortesía.

Doy un sorbo y el vodka me quema la garganta, pero no hace nada para mitigar la aspereza de la presencia de Dimitri. Cada movimiento suyo, cada palabra, se siente como una amenaza, como si estuviera tanteando el terreno para ver hasta dónde puede presionar antes de que yo estalle. Está intentando sacarme de quicio, provocarme. Pero no le daré esa satisfacción.

La conversación continúa, se intercambian cumplidos vacíos mientras los demás miran a Dimitri con una especie de curiosidad nerviosa. Es la charla trivial la que llena el espacio. Absolutamente insignificante, pero por alguna razón, ahora se siente más pesada. Hay un peso en ella que flota en el aire como el humo. Todos los hombres evitan cuidadosamente mirar demasiado de cerca la tormenta que se está formando entre nosotros.

Pero Dimitri no tiene tales reservas. Deja que la tensión aumente, dirigiendo sus ojos a los míos como si no pudiera evitar tentarme. Entonces, sin previo aviso, suelta la bomba.

—Pakhan —dice, con un tono cargado de sarcasmo—. ¿Necesitas a la hermana de tu difunta esposa para tener legitimidad? Quizás el liderazgo debería pasar a manos más fuertes.

Las palabras impactan en la sala como una explosión. Nadie respira. Durante un largo momento permanezco inmóvil, sin que mi rostro revele nada. Ni siquiera un tic. La sala se sume en el silencio. Mi mente se agudiza y mis ojos no se apartan de los de Dimitri.

Este es el movimiento que ha estado planeando. Este es el momento que ha estado esperando. Quiere verme flaquear, desafiar mi autoridad. Quiere ver las grietas en mi armadura.

Puedo sentir la furia creciendo, la rabia pulsando bajo mi piel. Quiero atacar, aplastarlo aquí mismo, ahora mismo, pero no puedo. Todavía no. No así. No cuando los hombres están mirando, esperando ver hacia qué lado caeré. Si me muevo demasiado pronto, será una declaración de guerra. Encenderá el fuego que tanto me ha costado mantener a raya.

La quietud de la sala es sofocante, el peso de sus miradas es pesado sobre mi espalda. Cada uno de ellos sabe lo que está en juego. No se puede negar. Si respondo con demasiada debilidad, es una admisión de vulnerabilidad. Si estallo, se verá como una pérdida de control. El equilibrio es delicado y no puedo permitirme perderlo.

Respiro hondo y lento, contando los segundos en mi cabeza. La temperatura de la habitación parece bajar mientras mi mente se concentra en mi respuesta. Calma. Frío. Control. No revelaré nada.

—Mantén la boca cerrada antes de que tenga que obligarte yo.

Las palabras caen como una bofetada, pero no son suficientes. Todavía no. Puedo verlo en sus ojos. No ha terminado. Quiere más. Me está probando, presionando, viendo hasta dónde puede llegar antes de que me rompa.

—Puedes dudar de mí todo lo que quieras, pero no me desafiarás aquí, delante de mis hombres. No tienes huevos para eso.

La tensión en la sala aumenta a medida que Dimitri entorna los ojos. Hay un destello de frustración, un flash de algo primario tras su mirada. Sabe que ha ido demasiado lejos, pero no retrocederá. Todavía no. No hasta que haya conseguido lo que quiere.

—¿Pero tu juicio? Eso es otra historia.

Le miro durante un largo y controlado momento. Quiere ver debilidad. Quiere verme cometer un error. Pero no le daré eso. Ahora no.

Pero en ese momento, la ira que estalla en lo profundo de mi pecho ya no es solo por él. Es por lo que siempre ha sido lo más peligroso para mí. Lo único que no puedo controlar.

Anya.

Ella es a por quien irá. Ella es la que puede quebrarme. La comprensión me golpea con la fuerza de un puñetazo en el estómago. Anya. Ella es el objetivo. El movimiento de Dimitri no se trataba solo de mí. No, la está usando a ella para desestabilizar todo lo que he construido. Ella es mi debilidad.

Mi voz es un gruñido bajo y controlado, destilando hielo mientras le miro, con mis palabras precisas y frías. —¿Crees que este es el lugar donde conseguirás lo que quieres?

Dimitri se remueve en su asiento, pero no hay señales de que vaya a ceder. Se inclina ligeramente hacia adelante, con ese brillo en los ojos todavía presente, desafiándome a mover ficha.

—Pero si crees que estoy aquí parado para recibir una lección, también te equivocas.

Se levanta de repente, y su silla chirría contra el suelo. Hay una tensión peligrosa en su forma de moverse, y siento la atracción de la misma en mis huesos. Pero este es el juego, ¿verdad? Está presionando, probando, esperando el momento en que yo estalle. La

pregunta es: ¿hasta dónde estoy dispuesto a dejar que llegue antes de dejar claro quién manda?

Sin embargo, yo no me levanto. Permanezco sentado, con las manos entrelazadas sobre la mesa frente a mí, apretando los dedos tanto que los nudillos me crujen. No me moveré. No le daré la satisfacción de verme reaccionar.

Se encamina hacia la puerta con pasos lentos pero deliberados, como si supiera el efecto que tendrá su marcha. Sabe que este momento es poderoso. Pero no voy a dejar que gane. Ni aquí, ni ahora.

Al llegar a la puerta, se vuelve, y sus ojos se encuentran con los míos en un desafío final y hostil. —Este es tu error, Pakhan —dice, con sus palabras todavía llenas de veneno, aunque hay un destello de algo más en su mirada... algo parecido al miedo, tal vez. Sabe que ha cruzado la línea—. No creas que no puedo arreglar esto.

Dicho esto, sale de la habitación, dejando un rastro de tensión a su paso, y la puerta se cierra tras él con una finalidad silenciosa que parece resonar en el silencio posterior.

Me quedo inmóvil, con el peso de su desafío flotando en el aire. Oigo la respiración constante de Pavel a mi lado, con los ojos clavados en la puerta como si esperara a que la sombra de Dimitri desapareciera por completo antes de hablar. Pero no son solo las palabras de Dimitri las que me atormentan ahora. Es la comprensión de que Anya está ahora atrapada en esta tormenta.

Puedo sentir el cambio, la forma en que la energía de la sala se ha transformado. Todos los ojos están puestos en mí, esperando una respuesta. No voy a mostrarles lo que quieren. No voy a darles nada.

—Aumenta la seguridad alrededor de Anya. Asegúrate de que nadie se le acerque.

Pavel no necesita preguntar por qué. Ya lo sabe. —Entendido, Pakhan.

No puedo dejar pasar esto. Dimitri cree que me está manipulando. Cree que está poniendo a prueba mi autoridad, pero no entiende lo que ha hecho realmente. Ha cometido un error fatal.

Ha usado a Anya como un peón en un juego que no comprende en absoluto.

Vuelvo a mirar a la mesa, con mi mente calculando ya los pasos que debo dar. No hay más tiempo para vacilaciones. No hay más tiempo para dudas. El momento ha llegado. Y me aseguraré de que Dimitri se dé cuenta de que el juego al que está jugando es uno que va a perder.

Me levanto lentamente, sin apartar la mirada de la puerta, mientras el peso de todo lo que estoy a punto de hacer se asienta en mi pecho como un puño de hierro. Las reglas de este juego han cambiado, y Dimitri acaba de cometer el mayor error de su vida.

Tócala, y morirás gritando.

Capítulo 5

Anya

La tarde se está alargando como una partida interminable de «¿Cuántas veces puedo mirar el móvil antes de perder la cabeza por completo?».

El silencio en esta mansión es asfixiante, pero no estoy haciendo mucho por remediarlo. Hay un límite de lujo que una chica puede aguantar antes de empezar a sentirse atrapada dentro de un joyero gigante.

Todo es demasiado perfecto, demasiado pulido, demasiado... limpio.

Ya debería estar acostumbrada. Los suelos de mármol, los muebles con adornos de oro, el arte ridículamente caro que cuelga de las paredes. Pero no importa cuántos días pase aquí, sigo sintiendo que vivo en el mundo de otra persona. No es el mío. Y cuanto más intento hacerlo mío, más siento que solo estoy jugando a disfrazarme.

Tengo los pies descalzos y están fríos sobre el mármol, pero ya ni siquiera me molesta. No consigo sentirme cómoda aquí, y ninguna cantidad de lujo va a cambiar eso.

Miro las cajas sin abrir apiladas junto a la pared del fondo. Son una metáfora casi perfecta de mi vida en este momento:

empaquetada y arrinconada, intacta, llena de cosas que no estoy lista para afrontar.

Saco el móvil del bolsillo y empiezo a deslizar la pantalla sin pensar, desesperada por matar el tiempo.

***Mariya**: ¿Qué tal va la prisión dorada?*

***Anya**: Se parece mucho a un campamento de verano… si el campamento durara 9 meses e incluyera guardias armados y ninguna escapatoria.*

***Mariya**: Suena encantador. ¿Puedes meter algo de comida a escondidas?*

***Anya**: Ojalá permitieran la comida, o cualquier tipo de alegría humana. Sinceramente, lo mejor de aquí es el wifi. Pero ni siquiera puedo salir de la finca para ir a un Starbucks, así que... prioridades.*

***Mariya**: Estás viviendo, literalmente, en la sala de espera más cara del mundo. Si no te conociera, diría que Alexei está planeando un atraco y tú eres la rehén.*

***Anya**: Sinceramente, estoy empezando a preguntarme si estoy en una situación de rehenes. Quizá empiece a recaudar dinero del rescate. Seguro que vale algo...*

***Mariya**: Espera, ¿me estás diciendo que ni siquiera tienen un buen alijo de aperitivos? Tía, no.*

Suelto una risita silenciosa, aunque no sirve de mucho para sacudirme el pesado silencio que flota en el aire. Tecleo una respuesta rápida.

***Anya**: No tengo más que tiempo, Mariya. Así que, ¿cómo van las cosas en el mundo exterior? ¿Ya ha implosionado el mundo?*

***Mariya**: No, todavía no. Pero estoy pensando en iniciar una petición para que tu confinamiento sea ilegal. Llamarla «Liberad a Anya» o algo así. Quizá cree un hashtag.*

***Anya**: Asegúrate de usar el hashtag #SalvadAAnyaDelLujo. Me estoy muriendo aquí.*

Antes de que pueda responder, oigo el leve sonido de pasos fuera de mi puerta. No unos pasos cualquiera. Esos pesados y decididos. Los de Alexei.

Vuelvo a mirar el móvil de inmediato, actuando como si no me hubiera dado cuenta. Esta es mi rebelión silenciosa.

La puerta se abre con un suave clic y, aunque no levanto la vista, sé exactamente quién es. La presencia de Alexei llena la habitación antes incluso de que hable.

Sigo sin mirarlo. Todavía no.

Oigo el paso deliberado de sus botas sobre el suelo de mármol mientras se acerca. No tiene que decir nada. Su sola presencia basta para cambiar la atmósfera de la sala. Es como si pudiera sentir que el aire se vuelve más pesado con cada centímetro que avanza hacia mí.

Cuando habla, su voz corta la tensión y casi me molesta lo mucho que reclama mi atención de forma natural.

—Anya.

—Anya —repite, con más fuerza esta vez.

Finalmente levanto la vista, cruzando mi mirada con la suya. Su expresión es tan fría como siempre, pero no me amilano. Probablemente espera que lo haga, pero no voy a darle esa satisfacción.

—¿Qué? —pregunto, con la voz cuidadosamente neutral. No se lo voy a poner fácil. Hoy no.

Se queda ahí un momento, mirándome como si fuera un rompecabezas que aún intenta resolver. Entonces, sin decir palabra, se acerca más; su presencia es abrumadora y ocupa todo el espacio de la habitación.

—Tenemos que hablar —dice con tono cortante.

—Sí, ya me lo imaginaba —respondo, sin molestarme en ocultar la mordacidad de mi voz—. Quiero decir, no has venido aquí para admirar la pantalla de mi móvil. Así que, ¿cuáles son las noticias, jefe?

Ni siquiera parpadea ante el sarcasmo, lo cual solo hace que mi frustración aumente. Es como si fuera inmune a ello, probablemente porque ya lo ha visto y oído todo antes. Es tan predecible, maldita sea. Así que me cruzo de brazos, esperando la inevitable bomba que está a punto de soltar.

—A partir de mañana —dice con una calma irritante—, ya no podrás salir de la finca sin mi permiso. Habrá seguridad constante a

tu alrededor y no tendrás contacto con el mundo exterior excepto bajo mi supervisión.

—¿Lo dices en serio? —prácticamente escupo, con la voz afilada por la incredulidad—. ¿Me vas a encerrar aquí como si fuera una especie de prisionera?

Su expresión no cambia. Sin sorpresas, sin disculpas. Solo esa maldita calma gélida.

Lanzo las manos al aire, apenas capaz de contener mi irritación. —Entonces, ¿qué? ¿Se supone que debo sentarme aquí y cruzarme de brazos mientras tú juegas a ser Dios con mi vida?

Ni siquiera puedo empezar a procesar lo loco que es esto. Qué audacia. Mi vida, mis decisiones… nada de eso importa. Todo gira en torno a su control, a sus reglas. Y se supone que debo claudicar y aceptarlo sin más.

—No puedes hablar en serio —añado, con un tono tembloroso de rabia—. Tú no dictas cada paso que doy, Alexei.

Sus ojos parpadean, pero no se inmuta. Es como si ya lo hubiera oído todo antes, pero esta vez, no pienso darme por vencida sin montar un escándalo.

—No te lo estoy pidiendo, Anya —dice con frialdad, bajando el tono a algo más oscuro—. Esto es por tu seguridad. Te estoy manteniendo con vida.

Y es entonces cuando me doy cuenta de lo asfixiante que va a ser esto.

—Genial —murmuro—, así que ahora soy tu prisionera. —Tiro el móvil sobre la cama y me cruzo de brazos mientras lo miro—. Justo lo que siempre he querido.

Sus ojos se entrecierran, pero la frialdad no los abandona. —Te mantenemos con vida, Anya. Por tu seguridad.

Pongo los ojos en blanco, porque por supuesto que es por mi seguridad. Esa excusa se está quedando vieja, pero estoy segura de que funciona con el común de los mortales. Solo que conmigo no.

—Claro —digo—. Mantenerme encerrada para que esté a salvo de todo... excepto de tus delirios de grandeza. Muy tranquilizador.

Hay un destello de algo; tal vez sea un arranque de irritación o solo una tensión en su mandíbula. Pero sea lo que sea, desaparece

antes de que pueda procesarlo por completo.

—Eres mía y debo protegerte —dice con tono monocorde.

—¿Soy qué? —digo, enarcando una ceja—. ¿Tu propiedad?

—No una propiedad —responde, como si eso supusiera alguna diferencia—. Me estoy asegurando de que nadie pueda llegar hasta ti, Anya. No tiene por qué gustarte, pero obedecerás.

Suelto una risa sarcástica. —Oh, estoy segura de que te encargarás de eso. ¿Debería anotarlo todo o tienes planeado hacerme un examen sobre mi nueva vida de confinamiento más tarde?

Sus labios se curvan ligeramente, como si intentara reprimir una sonrisa. Es casi como si quisiera reconocerme el mérito por el comentario sarcástico pero, en su lugar, simplemente me lanza esa mirada, la que dice que él tiene el control y yo no.

—No eres ella —dice de repente, con voz más baja, casi pensativa.

Las palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Me quedo helada y se me forma un nudo apretado en el estómago. —¿Qué?

Me estudia un momento, con la mirada fija pero inquietante, como si intentara descifrar algo que yo no quiero que vea.

—Katerina. No te pareces en nada a ella.

Se me cae el alma a los pies. Se me corta la respiración y, por un momento, siento que la habitación se me echa encima. Parpadeo, intentando concentrarme, pero sus palabras siguen resonando en mi cabeza, retorciéndose como un cuchillo.

—Nunca dije que lo fuera —respondo, pero suena demasiado rápido, demasiado a la defensiva.

Siento como si me estuvieran succionando el aire de la habitación, y lo único en lo que puedo pensar es en lo diferente que soy de mi hermana, en que no soy ella y en cuánto odio la comparación.

Por primera vez, no estoy segura de si intento convencerlo a él o a mí misma.

No parece saber qué decir ante eso y, por una vez, siento que llevo la voz cantante. Pero entonces siento el peso del silencio. Su

ausencia. El vacío que dejó y que parece que no puedo llenar.

—No intento ser ella —digo. Las palabras me saben amargas en la lengua—. Katerina se ha ido. Yo estoy aquí. Esos son los hechos.

Ni siquiera puedo mirarlo ahora mismo. La realidad de su pérdida es demasiado. Cada vez que alguien la menciona, es como si perdiera un poco más de mí misma.

Por un brevísimo instante, lo veo. Un destello en sus ojos. Algo que no alcanzo a identificar. ¿Sorpresa? ¿Confusión? Está ahí y luego desaparece. Pero me quedo ahí plantada, sintiéndome más sola que antes.

Quiero apartarme. Quiero gritar, decirle lo imposible que es todo esto, pero no lo hago. En lugar de eso, me quedo quieta, con la mirada clavada en el suelo. El peso de su presencia me oprime y, por un momento, siento que me ahogo en la comparación entre yo y la hermana que ya no está.

Él se mueve, tensando su postura, y sé que la conversación ha terminado por ahora. Pero no puedo detener el dolor en mi pecho. Ese que dice que nunca seré ella, por mucho que desee ser cualquier cosa menos su fantasma.

Justo cuando vuelvo a mirarlo, sus ojos se clavan en los míos y habla con un tono más calculador, menos frío de lo habitual. —No eres lo que esperaba.

Me quedo helada. Las palabras me pillan desprevenida y me recorre un escalofrío por la espalda. ¿Qué quiere decir con eso?

Sus ojos parpadean, solo un momento, un atisbo de algo que no encaja con el exterior controlado que siempre muestra. Algo casi... sorprendido.

Me quedo inmóvil un segundo, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Sus palabras pesan sobre mí, pero en lugar de retirarme, levanto la barbilla, sintiendo cómo surge mi rebeldía, espontánea.

—No pensaste que te sorprendería —respondo en un ruso perfecto, con voz afilada pero controlada. Las palabras salen sin esfuerzo. Aunque he hablado ruso la mayor parte de mi vida, nadie se ha molestado en enseñarme a guardar silencio.

Sus ojos se abren de par en par durante una fracción de segundo, un breve destello de asombro antes de que su rostro vuelva a endurecerse en esa máscara impasible. Da un paso hacia mí, sin apartar la mirada de la mía, y yo no la desvío, manteniéndome firme.

—¿Hablas ruso? —pregunta, casi como si estuviera tanteando el terreno.

—Sorprendente, ¿verdad? —digo, dejando que una sonrisa seca asome a mis labios, aunque no llega a mis ojos. Estoy cansada. Cansada de estar encerrada, cansada de que me comparen con alguien que nunca seré.

Por un momento, lo veo dudar, casi como si no supiera cómo reaccionar. Está acostumbrado a tener el control, a que la gente se someta, y puedo ver la confusión en su expresión.

—No pensé que fueras así —murmura, y las palabras se le escapan antes de que pueda frenarlas.

Enarco una ceja, sintiendo un pequeño placer, casi malicioso, ante su incomodidad. —Quizá deberías dejar de esperar nada de mí. No soy ella. No soy lo que tú crees que debería ser.

Me estudia; la tensión entre nosotros es ya casi palpable. Sus ojos destellan con algo… ¿ira? ¿Intriga? Tal vez incluso admiración, aunque no llegaría a llamarlo así. Pero sea lo que sea, despierta algo en él.

—¿Qué eres, entonces, Anya? —pregunta, como si me hubiera convertido en un enigma que debe resolver.

El deje frío de su voz ha desaparecido, sustituido por una curiosidad que me dan ganas de dar un paso atrás.

—Soy yo —respondo con voz inquebrantable, aunque tenga una pequeña grieta—. No intento ser tu sustituta perfecta. No intento ser tu esposa, tu segunda opción ni tu sombra. Solo yo. Y si eso es un problema para ti, quizá no soy la persona adecuada para esto.

Se produce un largo silencio y veo el cambio en sus ojos. La confusión, la sorpresa, todo eso ha desaparecido. Sustituido por algo más. Algo más oscuro, más intenso.

Se acerca más, sin dejar de mirarme, y yo no retrocedo. No lo haré. Esta vez no. Estoy cansada de ceder. Estoy cansada de ser la

que se doblega ante su voluntad.

—No te pareces en nada a ella —repite, esta vez más para sí mismo que para mí.

No digo nada al principio. No me hace falta. Sus palabras duelen, pero las he oído peores.

—Te lo he dicho —digo con voz firme—. No soy ella. Nunca lo seré.

Me mira, me mira de verdad por primera vez, y durante un breve y fugaz momento me pregunto si tal vez, solo tal vez, me está viendo a mí. No al fantasma de su esposa, ni a la mujer que cree que quiere que sea… sino a mí.

Pero cualquier revelación que asome tras sus ojos se desvanece con la misma rapidez. Da un paso atrás, con el rostro endurecido de nuevo, poseído por esa misma indiferencia controlada.

—Entonces demuéstralo —dice con frialdad, casi como si las palabras fueran una orden, aunque no tiene que decirlas en voz alta para que yo entienda el significado que encierran—. Demuestra que no eres ella.

No respondo de inmediato, con la mente acelerada. Pero le lanzo una última mirada, una mirada desafiante, aunque sienta que una parte de mí se desmorona por dentro.

—Lo haré —digo con voz tajante—. Pero tienes que dejar de tratarme como si fuera un reemplazo.

Hay una pausa, un silencio incómodo entre nosotros. Espero a que hable, pero no lo hace. En cambio, da media vuelta y sale de la habitación; sus pasos resuenan pesados sobre el mármol, como si fueran deliberados. Como si estuviera marcando su territorio, como hace siempre. Pero esta vez, se siente diferente.

Yo soy diferente.

Y por mucho que intente controlarme, no seré su marioneta. Ni ahora. Ni nunca.

Por primera vez en semanas, me permito respirar.

Capítulo 6

Alexei

El comedor formal está inmóvil; su grandeza no reside solo en la decoración, sino en el silencio que llena el aire. La larga mesa de roble pulido brilla bajo el tenue resplandor de las velas. Las llamas parpadean y danzan, proyectando sombras sobre las paredes de piedra que se yerguen como centinelas a nuestro alrededor.

Hay una atmósfera pesada esta noche, como si todo —la tensión entre nosotros, las reglas no escritas— pendiera de un hilo.

Me siento a la cabecera de la mesa, con la espalda erguida y la mirada fija en la mujer que tengo enfrente. Anya. Su presencia llena el espacio y, aunque intenta hacerse más pequeña, pasar más desapercibida, mostrarse más dócil, yo lo veo. Sus ojos, afilados por el desafío, la traicionan. No soy estúpido. Sé lo que intenta hacer. Pero que me condenen si cree que puede escapar tan fácilmente del mundo que yo controlo.

—Así que me quedaré aquí para hacerte compañía.

Al principio no levanta la vista y detiene los dedos sobre los cubiertos. Cuando finalmente me sostiene la mirada, lo hace con esa misma faceta afilada y rebelde que he empezado a esperar de ella.

—Estoy bien —responde tajante, pero noto la resistencia en su voz, aunque intente ocultarla.

—No. Se trata de lo que yo quiero.

Su mirada se desplaza hacia el asiento a mi lado, como si sopesara la decisión. No es tan insensata como para desafiarme abiertamente, pero sé que tampoco está dispuesta a rendirse. Aprieta los labios antes de respirar hondo con lentitud; su voz suena calmada, pero vibra con ese trasfondo de irritación.

—¿Y qué es lo que quieres, Alexei? —pregunta, y sus palabras casi parecen un reto.

Dejo que el silencio se prolongue entre nosotros un instante más, sintiendo cómo aumenta la tensión.

—¿Entendido?

Por un momento me mira, como intentando calibrar si hablo en serio o no. Entonces, sin decir palabra, retira la silla y se sienta, con la espalda rígida pero bajo control. El acto es casi desafiante y, sin embargo, acata la orden.

Bien. Está aprendiendo.

Doy un sorbo pausado a mi vino, sin quitarle los ojos de encima. —¿No te gusta esto, verdad?

Ella levanta la vista con un destello de desafío en los ojos. —¿Por qué iba a gustarme? —responde con voz mordaz y una resistencia palpable—. Ser tu invitada no es tan divertido como podrías pensar.

—Tu trabajo es seguir las reglas.

Suelta una burla, aunque no hay saña en ella. —Yo nunca acepté tus reglas —dice, clavando sus ojos en los míos, desafiante—. Estoy aquí porque tengo que estar, no porque quiera.

Dejo que sus palabras reposen. —Hablas demasiado.

Arquea una ceja. —¿Qué pasa, no hay réplica en inglés, Pakhan? ¿No te gustan mis preguntas?

Su sarcasmo no pasa inadvertido, pero lo dejo pasar por ahora. —¿Crees que puedes cambiar las reglas? —la desafío—. El mundo no se doblega a tu voluntad, Anya. Ni el mío ni el de nadie.

Me sostiene la mirada, en silencio durante un largo rato. —Sé cómo funciona esto, Alexei. No soy tonta. Pero no confundas mi silencio con sumisión.

Me inclino ligeramente hacia delante y mis dedos rozan el borde de su vaso de agua mientras se lo relleno. El contacto es breve, pero suficiente para que ella retire la mano.

Me doy cuenta. Siempre lo hago.

No le quito los ojos de encima mientras alcanzo mi copa y rozo el borde con los dedos. Ella ya ha empezado a comer; la tensión en la sala es tangible y el tintineo de la cubertería contra la porcelana llena el silencio. La estudio, estudio cada uno de sus movimientos. Hay algo... diferente en ella esta noche. Un entendimiento silencioso. No es sumisión, pero se le parece bastante. Lo suficiente como para despertar mi curiosidad.

—¿Por qué?

Ella no pierde el ritmo ni vacila. —No me responderías de todos modos.

Ladeo un poco la cabeza, intrigado por su indiferencia. Conoce las reglas, incluso sin que se las digan. Sabe cómo funciona esto, incluso sin que yo se lo explique.

—¿Que no debería responder?

Me mira con expresión ilegible, pero hay un destello de algo en sus ojos. —Eso lo he aprendido.

Dejo que sus palabras se asienten, impactado por la verdad que encierran. Tiene razón. No me abro a los demás. Nunca lo he hecho. Nunca lo haré. Pero no puedo evitar preguntarme por qué está tan tranquila al respecto. La mayoría se amedrentaría bajo el peso del silencio que yo creo.

Ella no. Ella es distinta.

—Y juegas según ellas.

Esboza una ligera sonrisa de suficiencia, el desafío sigue ahí, pero hay algo en sus ojos que no es solo resistencia. —¿Jugar? ¿Crees que no entiendo tu juego?

La observo con mirada firme. —Y, sin embargo, no juegas según ellas. No del todo.

Entorna los ojos ante mis palabras, pero no retrocede. —Tu juego no es el mío.

—Estás en mi juego y seguirás las reglas.

Me sostiene la mirada un momento más, como poniendo a prueba los límites de mi control. No dice nada, aunque puedo ver la chispa en sus ojos, el deseo de replicar. Pero no lo hace.

Pasados unos instantes, me levanto y relleno nuestros vasos de agua; mis dedos rozan los suyos al colocar el vaso frente a ella. El contacto es breve, casi imperceptible, pero siento cómo retira la mano sutilmente, como si una descarga eléctrica recorriera el espacio entre nosotros.

La miro y noto el sutil cambio en su comportamiento. Intenta mantener las distancias, intenta fingir que el momento no ha importado. Pero yo lo veo. Siempre lo veo.

—No como todos los demás.

Me devuelve la mirada y sus labios se curvan un poco, con una pequeña sonrisa asomando en la comisura. —No tengo miedo, Alexei. Simplemente no quiero ser tu juguete.

Estoy a punto de responder cuando mueve su silla ligeramente y su pierna roza la mía bajo la mesa. El contacto es accidental, pero se siente como una chispa. No puedo ignorar la carga que me recorre, la conciencia de su proximidad. Es sutil, pero está ahí. Puedo sentirlo en cada fibra de mi ser.

Ella no lo reconoce, y yo tampoco.

—Pero, al final, todos somos los juguetes de alguien.

Me mira y hay un destello de algo oscuro en sus ojos. —Pero yo juego.

Y así, sin más, el momento pasa. Me vuelvo a sentar; el aire a nuestro alrededor está cargado de palabras no dichas y la tensión crepita en el espacio que nos separa. Podría doblegarla, ponerla de rodillas, obligarla a obedecer, pero hay algo en su desafío, en su capacidad para retarme, que me intriga. Me atrae, como un depredador hacia su presa. Pero no voy a apresurarme.

Todavía no.

Relleno su vaso de nuevo y mis dedos vuelven a rozar los suyos. Ella se retira. Atrapo su mirada, fijando mis ojos en los suyos. La tensión, la conciencia del otro, es ahora palpable. No es como las demás. No me tiene miedo. No tiene miedo de decir lo que piensa, de desafiarme.

Me recuesto, con la mirada aún fija en ella. —¿Que te irás de aquí sin consecuencias?

Me mira sin parpadear. —No me das opción.

Las palabras me golpean con más fuerza de la que esperaba. Hay algo en ellas... algo que parece casi una admisión de control, de estar a mi merced. Me reclino en el asiento, sintiendo el peso de su desafío. No es una rendición, pero se acerca.

—Entonces el juego continúa.

La tensión perdura en el aire, densa y pesada, pero por primera vez en mucho tiempo, siento un destello de algo más. El reconocimiento de que esto es más que un simple juego. Es una prueba, y ella está demostrando ser una digna oponente.

Por ahora, la dejaré jugar.

Pero ganaré yo.

Capítulo 7

Anya

—¿Estás *bromeando*?

Noto cómo se desvanece la falsa alegría de mi voz mientras hablo con Mariya. Los cotilleos sobre un nuevo ascenso en su trabajo ya no son algo con lo que pueda sentirme identificada, no cuando paso los días vagando sin rumbo por los interminables pasillos de este lugar, intentando matar el tiempo, llenar el silencio.

—¿Y entonces qué pasó?

La voz de Mariya suena entrecortada por la línea. —¡Te lo juro, Anya, no te lo vas a creer! Resulta que Olga consigue ese gran ascenso, ¿vale? Pero se ha pasado el tiempo intentando llamar la atención de todo el mundo con sus «ideas innovadoras» y luego, a que no sabes qué, envía por error el correo electrónico a toda la empresa en lugar de solo a su equipo. Ahora todo el mundo sabe que se ha limitado a refreír el trabajo de los demás y a hacerlo pasar por suyo. No puedo parar de reír.

Percibo el humor en la voz de Mariya y, a mi pesar, sonrío un poco. Sienta bien oír algo tan... normal. Algo tan alejado de este lugar, de la extraña y asfixiante prisión en la que me encuentro.

—Es genial —respondo, apoyándome en una de las impecables paredes de mármol—. Parece que alguien está a punto de aprender por las malas lo que pasa por atribuirse el mérito del trabajo ajeno.

—¡Exacto! ¿Y sabes qué es lo mejor? Que está intentando culpar al departamento de informática por su «problema técnico». Me estoy partiendo aquí sola. —Mariya se ríe y no puedo evitar sentir una punzada de anhelo por algo real, humano y caótico. Algo que no tengo aquí.

—Parece que está cavando su propia tumba —me río entre dientes, poniendo los ojos en blanco aunque ella no pueda verme—. Hay gente que simplemente no tiene remedio.

—¿Verdad? Sinceramente, es como un accidente ferroviario del que no puedes apartar la vista. Tienes que volver pronto a la ciudad, Anya, o te vas a perder todo el drama. No te vas a creer quién es la siguiente en la lista para ese puesto.

Me obligo a reír, aunque no puedo evitar sentir que me alejo cada vez más de ella. De todo.

—Sí, bueno, no es que yo vaya a recibir ascensos pronto. —Lanzo una mirada hacia la puerta, esperando a medias que Alexei entre en cualquier momento—. Estar atrapada en una mansión sin nadie con quien hablar no es precisamente la mejor oportunidad para hacer contactos.

Se hace el silencio al otro lado de la línea y sé que Mariya nota la tensión en mi voz. Sin embargo, no insiste.

—No te olvides de nosotros cuando salgas de ahí —dice suavemente—. Estaremos esperándote cuando vuelvas.

Cierro los ojos un momento, intentando contener el nudo en la garganta. —No me he olvidado de vosotros, Masha. Solo tengo que aclarar las cosas aquí primero.

—Sí, lo sé. Cuídate mucho, ¿vale?

—Siempre —miento, mirando el interminable pasillo que tengo delante. Sigue tan impoluto y sin vida como la última vez que lo miré.

El silencio es asfixiante.

Cuelgo el teléfono y me lo guardo en el bolsillo, quedándome un buen rato mirando al suelo. El vacío me oprime, pesado e implacable. No es solo el espacio que me rodea lo que está en silencio; lo es todo. Mis pensamientos, mis emociones, el peso de estar aquí, de estar atrapada aquí.

Me despego de la pared y empiezo a caminar de nuevo; el eco de mis pasos llena el pasillo. Llevo aquí dos semanas, pero aún queda mucho por explorar en este lugar. Es como si lo evitara a propósito, evitando los lugares donde la presencia de Katerina se siente demasiado como una manta asfixiante echada sobre mí, ahogándome con recuerdos que no quiero afrontar.

Pero hoy, por alguna razón, no puedo evitarlo. Siento que necesito verlo. Necesito entender por qué todo aquí parece seguir siendo suyo, aunque ella ya no esté. Así que, en contra de mi buen juicio, tuerzo por un pasillo que había evitado hasta ahora. Me lleva ante una puerta que ya he visto antes, pero que nunca me he atrevido a abrir.

La sala de estar de Katerina.

El aire frente a la puerta se siente más espeso de alguna manera, como si supiera lo que hay dentro. Me quedo quieta un momento, con la mano suspendida justo encima del pomo, sin saber si entrar. La necesidad de saber, de ver lo que queda de ella, me empuja hacia delante. La necesidad de entender por qué me siento tan invisible en este lugar me abruma.

Con un suspiro tembloroso, giro el pomo.

La habitación es perfecta. Los muebles están dispuestos con precisión militar. Cada libro está pulcramente apilado, cada cojín mullido a la perfección, y las delicadas tazas de porcelana se exhiben tras el cristal como reliquias de una época que ya no existe. Pero son las fotografías lo que más me impacta. Mire donde mire, hay fotos de Katerina. Su sonrisa, sus ojos, su presencia irradiando de cada marco. Es como si siguiera aquí, como si nunca se hubiera ido.

Y allí, sobre la repisa de la chimenea, está la foto de la boda. Su foto de boda.

Y yo también estoy allí. No recuerdo haber estado en la foto, pero allí estoy, de pie al borde de la habitación, al fondo, viéndola casarse con Alexei.

Viéndolo a él mirarla a ella.

No recuerdo mucho de aquel día, salvo cómo me sentí observándolos mientras permanecía a un lado, invisible en una sala

llena de gente. No debía ser vista. No debía sentir lo que sentí. Pero no pude evitarlo.

El recuerdo me golpea como una ola, dejándome sin aliento.

Vuelvo a recordar que crucé la mirada con Alexei durante los votos; sus ojos se clavaron en los míos durante una fracción de segundo. Fui yo quien apartó la vista primero; no podía mirarlo. No así. No cuando sabía que no debía estar allí. Ese momento era de ellos, no mío. Se suponía que no debía sentir nada, pero lo hice.

Y me odié por ello.

—Yo no soy ella —susurro, con la voz apenas audible en la quietud de la estancia.

Pero no suena como una declaración. Suena como una mentira.

El peso de todo vuelve a oprimirme, esta vez con más fuerza. Siento las náuseas subirme por la garganta, amenazando con desbordarse. Pero las trago, me obligo a respirar.

De repente, soy consciente de lo real que es esto. El embarazo. El bebé. La inminente realidad de lo que está ocurriendo en mi interior. Retrocedo tambaleándome, agarrándome al borde de la repisa para apoyarme, como si eso fuera a ayudar a mantenerme entera.

Una oleada de mareo me invade y cierro los ojos un momento, intentando estabilizarme. Cuando los abro, la habitación parece dar vueltas a mi alrededor; las fotos de Katerina se vuelven borrosas, su sonrisa es un recordatorio inquietante de lo que se ha perdido y de lo que nunca estuvo destinado a ser para mí.

Doy otro paso inestable, tratando de mantenerme firme, pero el mundo gira a cámara lenta. Mi visión se nubla por los bordes y siento la opresión familiar en el pecho, el peso de todo presionando a la vez. La habitación, su habitación, se siente demasiado pesada de soportar.

Y entonces, sin previo aviso, me tambaleo. Una oleada de náuseas aguda y vertiginosa me golpea, y jadeo, apoyándome contra la chimenea para no caer. Me tiembla la mano, mis dedos se aferran a la piedra lisa como si fuera lo único que me mantiene erguida.

Intento respirar para que pase, pero el estómago se me revuelve violentamente y retrocedo. La habitación da vueltas. Siento las rodillas débiles, la respiración agitada y sé que tengo que salir de aquí. No puedo respirar aquí dentro. No con todas sus cosas todavía tan perfectamente en su sitio, tan intactas, tan ella. No puedo soportarlo.

Me giro para irme, pero antes de que pueda llegar a la puerta, mi visión hace un extraño bailecito, nublándose por completo como si fuera la protagonista de un culebrón de mala muerte. Lo siguiente que sé es que choco con algo —o, más exactamente, con alguien— y por un segundo creo que me he estampado contra un muro muy robusto.

Pero no, unos brazos fuertes me sujetan justo antes de que me dé de bruces contra el suelo, poniéndome derecha, estabilizándome.

Parpadeo y levanto la vista para encontrar el rostro de Alexei demasiado cerca para mi comodidad.

—No tienes buen aspecto.

Intento apartarme, con la cara encendida por la vergüenza, pero él aprieta el agarre, impidiéndome escapar. Su otra mano se desplaza hacia mi cara, inclinando mi cabeza hacia atrás para obligarme a sostenerle la mirada.

—Estás pálida —observa—. Pareces enferma.

—Estoy bien —consigo balbucear, aunque las palabras suenan débiles. Una mentira que ni siquiera yo soy capaz de creerme.

—Es evidente que no estás bien. —Su voz baja de tono, endureciéndose en algo parecido a una orden—. Tienes que sentarte.

Intento zafarme de nuevo, pero no me suelta; su mano es como una garra de hierro alrededor de mi brazo. Su expresión es ilegible, sus ojos afilados me escanean con la precisión de alguien acostumbrado a controlarlo todo a su alrededor.

—Llamaré al médico —masculla, como si la decisión estuviera ya tomada—. Quédate aquí.

Antes de que pueda protestar, Alexei ya se dirige hacia la puerta. Se vuelve brevemente, con la mirada demorándose en mí un momento más de lo necesario.

—No te muevas —ordena mientras desaparece por el pasillo.

La casa parece mucho más grande ahora, mucho más fría. Cada rincón me recuerda a otra persona, a alguien que no soy yo. Cada centímetro de espacio parece un recordatorio de que no pertenezco a este lugar. Pero, por alguna razón, parezco incapaz de marcharme. Estoy atrapada y, por mucho que desee escapar, no hay salida.

Me deslizo hasta el suelo, con la espalda aún apoyada en la pared y la cabeza entre las manos. Mis pensamientos corren, fuera de control. No debería estar aquí. No debería estar embarazada de un hijo suyo, forzada a esta vida. Pero aquí estoy. Y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Pasan los minutos, o quizá las horas... pierdo la noción del tiempo mientras permanezco allí sentada, esperando. Esperando al médico. Esperando a lo que venga después.

El débil sonido de unos pasos resuena desde el pasillo y, antes de que pueda recomponerme, Pavel aparece en el umbral, con el rostro tenso por la preocupación. Su habitual expresión estoica ha sido sustituida por algo más agudo, como si lo hubieran enviado para un asunto más urgente que el simple hecho de comprobar cómo estoy.

—¿Qué hace aquí? —pregunta, escrutando la habitación como si esperara encontrar peligro en cada esquina.

—Estaba... solo estaba descansando —mascullo, y la mentira me deja un sabor amargo en la lengua. Pero él no se la cree.

—No se acerque a las ventanas.

Las palabras quedan suspendidas en el aire como un escalofrío repentino e inoportuno. Se me cae el alma a los pies al asimilar la realidad de mi situación con un peso casi físico. La idea de que no estoy aquí solo por protección, de que no estoy simplemente confinada por algún equivocado sentido de la seguridad, hace que el aire parezca más enrarecido, las paredes más cercanas.

Asiento con rigidez, incapaz de hablar al principio. Pero en este momento me doy cuenta de que me siento más como un cebo de lo que me he sentido en toda mi vida.

Esto no es bueno.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que el sonido de los pasos se acerca, pero finalmente Alexei regresa, seguido de cerca por el

doctor Sokolov. La mirada del médico parpadea sobre mí brevemente, pero son los ojos de Alexei los que sostienen los míos.

—El doctor Sokolov se ocupará de ti —dice, con la mirada clavada en mí como si fuera una bomba de relojería a punto de estallar.

Odio la forma en que Alexei me mira. Como si estuviera rota. Como si no pudiera valerme por mí misma.

Las manos del doctor Sokolov son suaves pero profesionales mientras se acerca a mí, con los ojos analizándome como si ya estuviera diagnosticando todo, desde mi postura hasta mi expresión. Me toma el pulso, me mide la temperatura, y yo solo puedo quedarme ahí sentada, intentando forzar mi respiración para que siga siendo pausada, para no dejar que el mareo me hunda por completo.

—¿Cómo se encuentra? —pregunta el doctor Sokolov; su ruso está impregnado de una serena preocupación.

—Estoy bien —mascullo, sin creerme una palabra. Siento que mi cuerpo me traiciona, pero mantengo la voz firme. O, al menos, lo intento.

Él levanta una ceja pero no discute. —No tiene buen aspecto.

Sus palabras son directas, pero no hay juicio, solo una observación objetiva. Es lo que he llegado a esperar de él, aunque hay una extraña ternura en sus modales a la que no estoy acostumbrada. Me hace sentir más vulnerable de lo que quiero admitir.

Quiero discutir. Quiero decirle que estoy bien, que puedo con esto, que no necesito a nadie encima de mí. Pero el mareo vuelve a aparecer y sé que mi cuerpo no engaña a nadie.

El doctor empieza a hacer preguntas —rutinarias, probablemente —, pero siento como si estuvieran dirigidas a otra persona, no a mí. Mientras me examina, noto que Alexei está cerca, de brazos cruzados, con la mirada inquebrantable mientras observa trabajar al médico. Su mirada se desvía hacia mí, pero no dice nada, como si estuviera esperando algún tipo de informe.

Finalmente, el doctor Sokolov da un paso atrás, mirando a Alexei. —Está débil, pero es probable que solo sea el embarazo pasando

factura. Los síntomas son comunes en las primeras etapas. Necesita descanso, hidratación y evitar el estrés.

Siento ganas de espetarle que estoy bien, que no necesito que me traten así. Pero no puedo. No con Alexei mirando. No cuando la realidad de mi situación es tan asfixiante.

—La vigilaremos de cerca —añade el doctor Sokolov, volviéndose hacia Alexei con un ligero asentimiento—. Pero no es nada preocupante. Solo cuide de ella.

Alexei no responde de inmediato. En su lugar, me mira durante un largo momento; su expresión es indescifrable. —Haré que alguien te traiga agua —dice finalmente, todavía con voz cortante.

Pero hay algo más ahí, algo en la forma en que me mira. Es casi... ¿tierno?

No, son imaginaciones mías.

El doctor Sokolov da un paso atrás y se marcha, su presencia apenas se nota, pero sigo siendo plenamente consciente de la proximidad de Alexei. El silencio entre nosotros se alarga, cargado de palabras no dichas.

Intento incorporarme, sacudiéndome la debilidad que siento en las extremidades. —No soy una inútil —mascullo, pero hasta yo noto lo débil que suena.

—Nunca he dicho que lo fueras —responde Alexei, con tono aún frío pero con esa misma mirada indescifrable. No sé si intenta tranquilizarme o si solo trata de llenar el silencio. Pero no aparta los ojos de mí. Están demasiado concentrados. Demasiado fijos.

—Estoy *bien* —digo con más firmeza, aunque las palabras me suenan huecas.

La habitación me parece demasiado pequeña, demasiado asfixiante mientras él me observa, como si fuera un objeto frágil que no sabe muy bien cómo manejar. La tensión entre nosotros es espesa, incómoda de una forma que no sé explicar.

Tras un largo momento, Alexei exhala con brusquedad, como si finalmente se hubiera hartado. —Quédate aquí —repite, como si yo no tuviera elección—. Volveré pronto. —Dicho esto, se da la vuelta y sale de la habitación; sus pasos resuenan pesados sobre el suelo de mármol.

Y, así de repente, vuelvo a estar sola.

El peso de su ausencia cae sobre mí y me quedo mirando la puerta un momento, intentando obligar a que las palabras que ha dicho tengan sentido. Quédate aquí. Como si tuviera que quedarme quieta y no hacer nada, como si fuera una prisionera frágil.

Sacudo la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. El mareo sigue ahí, persistiendo en los límites de mi conciencia, pero algo más se ha instalado en lo profundo de mi pecho. Frustración, asfixia y la constatación de que estoy atrapada en más de un sentido.

Capítulo 8

Alexei

—¿Qué cojones es esto?

¿Flores? ¿Flores funerarias?

¿Para Anya?

Me quedo paralizado un momento, mirando el delicado arreglo de flores muertas que reposa sobre la mesa de mármol frente a mí. Los pétalos están marchitos, los colores apagados; una lúgubre parodia de la vida. Son un mensaje, uno que no puedo ignorar.

He lidiado con amenazas antes. He enterrado a hombres que pensaron que podían desafiarme. Pero esto… esto es diferente. Esto es personal.

Dimitri sabe exactamente lo que hace. Las flores son una tradición funeraria. Una advertencia de que la muerte está cerca. Y le ha enviado estas flores a ella.

La sangre me hierve al instante. No hay tiempo que perder. Giro sobre mis talones con el pulso acelerado; cada fibra de mi ser está centrada en una sola cosa: llegar hasta Dimitri.

Cojo el primer objeto que tengo a mano, un decantador de cristal, y lo lanzo al otro lado de la habitación. Se hace añicos contra la pared con un sonido similar al de un disparo. El alcohol mancha el suelo, pero no me importa. Nada importa salvo el hecho de que Dimitri ha cruzado una línea. Y lo ha hecho amenazando a Anya.

—¿Dónde cojones está? —gruño a nadie en particular mientras deambulo por la sala.

Tengo las manos apretadas en puños y apenas logro mantener la compostura. Cojo mi teléfono del escritorio y marco el número de Pavel. Los segundos parecen minutos mientras el teléfono suena. Cuando responde, no pierdo el tiempo con cortesías.

—Encuentra a Dimitri. Ahora —espeto con un tono cargado de violencia—. Dile que voy a por él. Dile que no esperaré mucho más.

Escucho cómo la línea se queda en silencio al otro lado, pero ese silencio solo alimenta mi rabia. Golpeo el escritorio con el puño, haciendo que la madera cruja por la fuerza del impacto. Necesito controlarme. Necesito pensar. Pero lo único que veo son las flores marchitas, la oscura promesa que esconden.

Y luego está el pensamiento de que Anya se ha visto envuelta en esto. La sola idea de que Dimitri fuera a por ella, de que la usara como cebo... me carcome por dentro, me araña la cordura. He pasado mi vida construyendo este imperio, controlando cada aspecto de él, manteniéndolo a salvo, manteniendo a todos a salvo... excepto a ella.

La idea de perderla, de verla herida de cualquier forma, hace que mis entrañas se retuerzan con algo salvaje. Algo animal.

La puerta de mi despacho chirría al abrirse y me quedo helado. No necesito darme la vuelta para saber quién es.

Anya.

Oigo el suave arrastrar de sus pasos; su presencia resulta de repente demasiado cercana. Me odio a mí mismo por la forma en que me tenso al oírla. Debería estar protegiéndola, no perdiendo el control.

—¿Alexei?

Giro sobre mis talones, clavando mis ojos en ella con una furia que no puedo ocultar. La preocupación de su expresión queda rápidamente enmascarada por un velo de determinación, pero no me importa. No me importa que vea este lado de mí. Necesito que entienda lo que está pasando.

—¿Qué demonios haces aquí? —le espeto antes de poder contenerme. Mi tono es más afilado de lo que pretendo.

Ella se queda en el umbral, con la postura rígida y la mirada firme.

—Te he oído gritar —dice con cautela—. ¿Pasa algo malo?

Lo último que quiero es que ella vea esto. Que vea lo cerca que estoy de perder los nervios por completo. Pero no puedo evitarlo.

Me vuelvo hacia ella entrecerrando los ojos. —No es asunto tuyo, Anya. No te metas.

Pero ella no retrocede. Nunca lo hace. —Yo soy tu asunto, Alexei. No puedes tenerme a oscuras de esta manera. No soy tonta.

Aprieto la mandíbula. —Te estoy protegiendo —suelto con brusquedad—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Pero ella se queda ahí, con los ojos clavados en los míos, negándose a ceder. —Tú no puedes tomar esas decisiones por mí. No soy una prisionera, Alexei. No necesito que me protejas de todo.

Un destello de duda me asalta, pero lo reprimo. Siempre he protegido lo que es mío. Es quien soy. Pero ella no es como los demás.

—No lo entiendes —le espeto, y las palabras escapan antes de que pueda filtrarlas—. ¿Crees que esto es fácil para mí? ¿Crees que quiero que te veas envuelta en un peligro así?

Ella se acerca un paso, con la barbilla en alto. —Entonces dímelo. Dime qué está pasando.

Pero no puedo. No soy capaz de explicárselo. De mostrarle lo jodidamente asustado que estoy, lo mucho que estoy dispuesto a perder. En su lugar, acorto la distancia entre nosotros y le hablo con voz baja y amenazante.

—No tienes derecho a saberlo todo.

Sus ojos se agrandan ligeramente, pero no dice nada. En lugar de eso, se da la vuelta y se marcha con pasos lentos y pausados, como si intentara procesar el cambio repentino en el ambiente.

La veo irse y una parte de mí quiere ir tras ella. Suplicarle que lo entienda. Pero no puedo. Todavía no. No cuando todo se está saliendo de control.

La habitación vuelve a quedar en silencio y me quedo allí parado un largo rato; el peso de su ausencia es más pesado que cualquier

amenaza que Dimitri pudiera representar. Pero mi rabia no se ha agotado. Sigue ardiendo en mi interior, lista para estallar.

Cojo mi abrigo y salgo furioso del despacho, dirigiéndome a la salida. No miro atrás mientras giro sobre mis talones; la sangre me hierve y la rabia recorre cada una de mis venas. La tormenta en mi interior está creciendo y no puedo contenerla. Camino hacia la puerta principal con movimientos rápidos y deliberados. No me importa quién me vea. No me importa nada más que la necesidad de hacerle entender a Dimitri lo mucho que se ha equivocado de estrategia.

* * *

El trayecto hasta el local de la Bratva es un borrón de farolas que pasan veloces y la roedora y candente furia que se ha apoderado de todo mi ser. La ciudad, ahí fuera, bien podría ser un mundo diferente. Estoy atrapado en este momento, consumido por la necesidad de encontrarlo, de hacerle comprender las consecuencias de sus actos.

El coche se detiene frente al local y me bajo sin vacilar. Las pesadas puertas se alzan ante mí, mientras el aire frío se arremolina a mi alrededor como la ira que chisporrotea en mi interior. Hay hombres fuera, charlando de forma casual e intercambiando risas, pero nada de eso importa. Ahora no. Lo único que me importa es Dimitri.

Mis botas golpean los adoquines con un eco airado y resonante. Cada paso es calculado, medido; una promesa de lo que está por venir. La puerta del local se abre ante mí y el aire pesado me recibe cargado de humo y risas bajas. Los sonidos no logran calmarme, solo sirven para que la tormenta en mi interior ruja con más fuerza.

Allí, junto a la pared del fondo, está Dimitri. En cuanto entro, sus ojos se clavan en mí. Su postura no cambia. Está relajado, engreído, pero el brillo de sus ojos se transforma.

Ha estado esperando esto. Me ha estado esperando a mí.

Cruzo la sala sin dudar, abriéndome paso entre el ruido y los cuerpos, con los ojos fijos en él como un depredador que acecha a su presa.

—Alexei —dice, con esa voz demasiado calmada que apenas oculta el nerviosismo subyacente. Da una larga calada a su cigarrillo y el humo flota perezosamente alrededor de su rostro, como si no se diera cuenta de la tormenta que está a punto de descargar sobre él.

Me detengo a escasos palmos de él, irguiéndome y dejando que mi presencia impregne el ambiente. No hay necesidad de fingir. Ahora no.

—¿Te crees que esto es divertido? —Las palabras golpean el aire como un puñetazo.

Dimitri arquea una ceja con una mueca burlona. —¿A qué viene todo esto, Alexei? No pareces estar de humor para una charla amistosa.

Doy un paso más. Es como si la habitación hubiera desaparecido. Ya no queda nada más que él y yo.

—No amenazarás a mi familia. Ni a mi mujer.

¿Mi mujer?

Supongo que, en cierto modo, por ahora lo es. Después de todo, lleva a mi heredero en su vientre.

Su sonrisa burlona no flaquea. —Tu mujer... no es más que un peón en este juego. No actúes como si fuera tuya.

No le doy la satisfacción de una respuesta. Me acerco más, dejando que el peso de mi presencia lo abrume.

—No tienes ni idea de con quién te estás metiendo.

Las palabras son bajas, venenosas. Lo agarro por el cuello de la camisa y lo atraigo hacia mí, con nuestros rostros a centímetros de distancia. Se le corta la respiración, pero no opone resistencia. No está seguro de qué demonios está pasando, y eso es exactamente lo que quiero.

—Si vuelves a enviar algo parecido —gruño, con una voz tan fría y peligrosa como el aire de la noche—, te enterraré, Dimitri. No pararé hasta que el último hombre que crea que puede desafiarme esté a dos metros bajo tierra. ¿Crees que voy de farol? No es así.

Su arrogancia flaquea por una fracción de segundo. Solo un destello en sus ojos, el miedo que ha estado tratando de ocultar. Y eso alimenta mi rabia. Su sonrisa desaparece un momento, pero solo un momento.

—¿Crees que puedes hacer eso? —se mofa Dimitri—. Tienes demasiados frentes abiertos, Alexei. Ya no tienes el control.

Me inclino más, apretando el agarre en su cuello. Estoy a escasos centímetros de su cara. —Siempre tengo el control. Ahora estás en mi mundo y lo aprenderás muy pronto.

Puedo sentir su pulso martilleando contra mi mano y su cuerpo temblando bajo mi agarre. Sabe que no está a mi nivel. Sabe que no estoy bromeando.

Lo suelto, empujándolo hacia atrás con fuerza suficiente para que pierda el equilibrio. Tropieza pero no llega a caer. Busca instintivamente su pistola, pero yo ya voy varios pasos por delante. Intenta actuar como si todavía tuviera el mando, pero soy yo quien ha dirigido este espectáculo desde el principio.

Sus ojos parpadean con la primera señal real de miedo, pero eso no le impide intentar mantener su bravuconería. —No eres el único que juega a esto.

No dejo que termine. Con un movimiento rápido, acorto la distancia y lo agarro de nuevo por el cuello, atrayéndolo tanto que siento su aliento en mi cara. Abre mucho los ojos y, por primera vez, no sabe qué hacer.

—¿Crees que eres el único que tiene poder aquí, Dimitri? —suelto con desprecio, apretando más—. Siempre tengo el control. Ahora estás en mi mundo y lo aprenderás muy pronto.

Siento su pulso martillear contra mi mano; el latido errático suena como una campana de advertencia. Su cuerpo tiembla bajo mi mano y eso hace que algo oscuro, algo primario, se agite en mi interior. Cada uno de sus jadeos es una súplica silenciosa de misericordia que su orgullo no le permite pronunciar.

Doy otro paso adelante, acorralándolo con mi cuerpo contra la pared; mi presencia es abrumadora. Sus ojos se desvían a un lado y su garganta se tensa por el miedo, pero me da igual. Su reacción es irrelevante. Él no manda aquí. Mando yo.

Con un gruñido bajo, lo suelto y lo empujo con tal fuerza que sus pies se despegan del suelo por un instante. Tropieza, luchando por recuperar el equilibrio, pero ya voy un paso por delante. No dejo que se recupere. Sigue intentando jugar sus cartas y echa mano a la pistola que lleva al costado, con los dedos temblorosos mientras forcejea con ella.

Yo soy más rápido.

Antes de que pueda siquiera asir la empuñadura, cierro la distancia, le agarro la muñeca y se la retuerzo con un crujido espantoso. El arma cae de sus dedos, golpeando el suelo inútilmente.

Mueca de dolor, pero no grita. Aún no está acabado, pero noto cómo el pánico crece en él, veo el destello de duda en su mirada.

Lo empujo más fuerte, estampándolo de nuevo contra el muro, con mi rostro a centímetros del suyo. Siento el calor de su aliento en mi piel, pero eso no detiene la gélida furia que corre por mis venas.

—No me hagas repetirlo, Dimitri —murmuro—. Estás en mi mundo ahora. Y vas a descubrir lo real que es eso.

Le suelto la muñeca, pero no porque haya terminado con él. No. Es porque necesita saber qué se siente ante el poder auténtico. Yo tengo todas las cartas en la mano. No él.

Doy un paso atrás, sin apartar la mirada de la suya. No se atreve a moverse, ni siquiera a parpadear. Tiene demasiado miedo de lo que vendrá después. Sabe que la partida ha terminado, pero no sabe hasta qué punto ha perdido.

—Si vuelvo a verte amenazándola —digo, bajando la voz hasta un susurro peligroso—, nadie te salvará.

Aprieta la mandíbula; su orgullo lucha contra el terror de sus ojos, pero el miedo es inconfundible. Lo sabe. Sabe que no soy solo una amenaza. Soy el final para cualquiera que se atreva a cruzarse en mi camino.

Giro sobre mis talones y lo dejo allí plantado, roto pero no vencido. Todavía no.

* * *

Regreso a la finca todavía eléctrico por el enfrentamiento con Dimitri. Tengo la sangre caliente y los músculos tensos, pero no es solo la ira lo que me corroe. Es el miedo. El miedo a lo que Dimitri pueda hacer a continuación. El miedo a perder el control. Pero, por encima de eso, está ella.

Anya.

Y el temor por ella también me atormenta.

Los pasillos parecen demasiado silenciosos, demasiado vacíos. Mi mente no deja de dar vueltas a la amenaza de Dimitri, pero siempre acaba descarrilando hacia pensamientos sobre ella. Su seguridad. Su vulnerabilidad. El hecho de que ahora esté bajo mi protección y que, si le pasa algo, será culpa mía. No puedo perderla. Ni ahora ni nunca.

Ni siquiera sé por qué voy al jardín, pero voy. Y cuando la veo allí de pie, sola, me golpea como un puñetazo en el estómago.

No debería estar aquí fuera. No tiene permiso. El jardín es un riesgo: demasiado abierto, demasiado visible. Si alguien la ve, si alguien la tiene como objetivo...

Ni siquiera lo pienso. Mis pies se mueven antes de que pueda detenerme; la rabia crece en mi interior. Mis instintos me gritan que la agarre, que la meta dentro, que le haga entender lo cerca que está del peligro.

Y, sin embargo, dudo. Durante un segundo, me quedo allí parado observándola. Respira el aire fresco de la noche como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Está de espaldas a la casa, felizmente ajena a lo expuesta que se encuentra. Siento que la sangre empieza a hervirme y el control se me escapa de los dedos como arena.

Pero no espero más. Mi cuerpo se mueve, rápido y enérgico; cada paso es una orden silenciosa para que comprenda que esto no es un puto juego.

Estoy casi junto a ella antes de que me oiga. —¿Qué estás haciendo? —Las palabras salen antes de que pueda frenarlas; la furia de mi voz es imposible de ocultar.

Se gira despacio, con los ojos brillando de desafío, y lo veo. Esa misma puta mirada que siempre me dedica. La que dice que no

tiene miedo. Ni de mí. Ni de nada. Pero esta vez, no quiero que sea fuerte. Quiero que vea el peligro. Quiero que lo sienta.

—No puedes estar aquí fuera —gruño, tensando la mandíbula mientras me acerco. Siento mis manos cerrarse a los costados y mi mente me grita que la agarre, que la arrastre de vuelta al interior, que controle cada una de las partes de esto.

Pero ella no se mueve. No retrocede. Se limita a mirarme, tranquila, sin pestañear.

—Necesitaba aire —dice con voz cortante, como si defendiera su derecho a respirar.

¿Aire?

Siento como si miles de cosas, miles de decisiones equivocadas, chocaran contra mí a la vez. ¿Cómo cojones puede ser tan imprudente? ¿Tan estúpida? Abro la boca para hablar, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—¡No puedes ir deambulando por ahí de esta manera! —Las palabras brotan, más fuertes de lo que pretendía—. ¡Podrías haber muerto!

El peso de la situación, el miedo a perderla, me golpea de lleno. La rabia burbujea justo bajo la superficie.

Ella sigue sin inmutarse. En su lugar, permanece ahí, con la barbilla levantada en un gesto desafiante. —Pero no he muerto.

Y, por un momento, el mundo parece detenerse. Me mira como si no lo pillara. Como si fuera inmune a la tormenta que ruge en mi interior.

—No puedes controlarlo todo, Alexei —dice, con voz mordaz, pero hay algo más ahí. Algo afilado, casi vulnerable bajo la ira.

¿Que no puedo controlarlo todo?

Doy un paso más, quedando a escasos centímetros de ella. El aire entre nosotros está electrizado, cargado de tensión, de cada palabra no dicha, de cada regla no escrita que le he impuesto. Mi mirada es dura, implacable, pero hay algo más en ella también. Algo más peligroso que la furia que siento ahora.

—No lo entiendes —gruño entre dientes, y las palabras suenan como un desafío, una promesa—. Lo controlaré todo, Anya. No puedes hacer esto. No puedes arriesgarte así.

Sus ojos relampaguean; un destello rebelde se enciende en ellos. Pero no va a ceder. Esta vez no. Se inclina hacia delante, acortando la distancia entre nosotros, y hay un desafío audaz en su postura, como si me estuviera provocando para que rompa la tensión que nos separa.

—No necesito que me protejas de mí misma —dice en voz baja, con las palabras afiladas como un cuchillo.

Es un reto. Y sé que debería marcharme. Sé que debería dejar que tome su dichoso aire, dejar que piense que puede ser libre por un momento. Pero no puedo. No cuando siento que me está provocando, poniéndome a prueba, retándome a reaccionar.

Me muevo sin pensar, sin previo aviso; doy un paso al frente y la agarro del brazo, atrayéndola hacia mí con una fuerza que me sorprende hasta a mí mismo. Ella suelta un jadeo, pero no se resiste. Al menos no del todo. Sigue ahí, con los ojos clavados en los míos.

—Tú no tomas esas decisiones, Anya —mascullo—. No puedes jugarte la vida así. Eres mía y me corresponde protegerte. ¡Joder!

No dice nada durante un momento, se queda allí quieta, con el pulso acelerado bajo mi mano. Y entonces, en voz baja, casi para sí misma, dice: —Soltarme tacos no te da la razón.

El corazón me late con fuerza en el pecho. Es como si no pudiera respirar; la rabia y el deseo se mezclan en un cóctel letal. Inspiro lenta y controladamente, todavía con las manos sobre ella, apretando el agarre.

—Eres mía y debo protegerte —susurro; las palabras apenas son un aliento, pero cuelgan entre nosotros como un peso pesado—. Y te protegeré, sin importar lo que me cueste.

Su expresión flaquea solo un segundo. Un destello de algo más suave, algo más vulnerable, pero desaparece enseguida. Así de rápido.

Se aparta de mí, aunque no del todo. Hay una parte de ella que permanece, una parte de ella que sabe que no puede escapar de mí.

No cuando estoy así de cerca.

—No vuelvas a hacer eso nunca más —gruño.

Y esta vez, cuando me mira, lo veo. No retrocede. No se disculpa. Me planta cara. Y es lo más difícil a lo que me he tenido que enfrentar jamás. Pero lo quiero. Quiero su fuego, su resistencia.

La quiero a ella.

Y esa es la parte de mí que me aterra de verdad.

Me doy la vuelta y me alejo, con el pecho apretado por la necesidad de control, por la necesidad de poseerla. Pero mientras me marcho, sé que esto no ha terminado. Esto no ha hecho más que empezar.

Capítulo 9

Anya

La casa está en silencio. Demasiado silencio.

Es como si todo el lugar estuviera conteniendo la respiración, esperando a que ocurra algo, a que algo rompa el silencio. Esa clase de silencio que te paraliza, que te hace sentir atrapada, como si ni siquiera debieras existir aquí.

No puedo dormir. No he sido capaz de hacerlo desde la discusión con Alexei. Cada vez que cierro los ojos, aún siento el peso de su mirada, esa intensidad, la forma en que su presencia llena cada centímetro de espacio. La forma en que me hizo sentir como una cautiva en su mundo, como si no tuviera permiso para moverme sin que él me vigilara, me controlara, me empujara de nuevo a mi lugar.

Lo odio. Odio la forma en que me hace sentir pequeña y poderosa al mismo tiempo. Es desesperante. Es frustrante.

Es adictivo.

Empiezo a caminar por mi habitación de invitados, de un lado a otro, porque es lo único que puedo hacer para quemar esta energía interior. Esto que sigue royéndome por dentro. Esa *cosa* a la que no puedo dar esquinazo… él.

Sus palabras siguen resonando en mi cabeza. Su ira. Su posesividad. Ese maldito miedo que vi en sus ojos cuando pensó que yo podía estar en peligro.

Pero no son solo las palabras. Son los sentimientos que ha despertado en mí. Ese estúpido sofoco de calor cuando me agarró, cuando casi me besó, cuando se acercó tanto que pude sentir su aliento sobre mi piel.

Cierro los ojos, intentando bloquear el recuerdo, pero es inútil. Aún noto sus dedos presionando mis carnes, la manera en que sentía que su cuerpo irradiaba calor, como si él fuera una llama y yo solo esperara a ser consumida.

No lo soporto. Pero tampoco puedo dejar de pensar en ello.

¿Por qué me afecta de esta manera?

Ni siquiera quiero que lo haga, pero no puedo evitarlo. Cada centímetro de mi cuerpo quiere gritarle, decirle que se aleje de una maldita vez, que me deje en paz. Pero luego está la otra parte de mí. La que se muere por que se acerque de nuevo, por que me presione, por que me obligue a sentir cosas que no debería sentir.

La frustración hace que me den ganas de lanzar algo. Mi mano busca un libro sobre el escritorio, pero me detengo. No hace falta que destruya nada. Solo necesito moverme.

La quietud de la casa me está afectando. Es demasiado perfecta, demasiado silenciosa. Me siento como una prisionera en mi propia mente. Necesito escapar, aunque solo sea por un momento.

No sé qué me impulsa a hacerlo, pero antes de darme cuenta, me encuentro de pie frente a la habitación de Katerina una vez más.

¿De verdad voy a hacerlo otra vez? Parece que sí, porque abro la puerta de un empujón y entro, dirigiéndome de nuevo directamente hacia la foto de la boda. Pero esta vez, otra foto del mismo día me llama la atención.

Katerina y yo, una al lado de la otra, abrazadas como si nada pudiera separarnos jamás. La foto de la boda. Resulta casi absurdo pensar que compartimos aquel momento. Uno de los días más felices de su vida. Pero también se siente como un recordatorio de lo que he perdido. Y la culpa... la culpa me carcome. Debería haber estado más presente para ella. Debería haberla protegido mejor.

Alargo la mano hacia la foto, el borde del marco está frío bajo la yema de mis dedos. Pero cuando lo levanto, algo cae por detrás.

Un sobre pequeño.

Me quedo helada, con el aliento contenido en la garganta. No sé ni qué me obliga a cogerlo. Quizá sea la forma en que el sobre parece estar esperándome, como si supiera que estoy destinada a encontrarlo. Un extraño tirón me sacude el pecho, algo urgente en medio de su quietud. Es demasiado pesado, demasiado cargado de significado, como un mensaje del pasado que aguarda para hacer añicos la frágil paz que he intentado mantener.

Vacilo un instante, con el corazón martilleándome en el pecho. El sobre no contiene una carta cualquiera. Está sellado con esmero, intacto por el paso del tiempo y, sobre todo, lleva mi nombre con la pulcra caligrafía de Katerina.

Anya.

Se me corta la respiración mientras observo las letras; la tinta parece algo vivo bajo la tenue luz. Recorro el borde de mi nombre con los dedos temblorosos y, por primera vez, tengo miedo. No de lo que haya dentro, sino de lo que estoy a punto de descubrir. ¿Qué quiere que sepa? ¿Qué quiere que haga?

Me tiembla la mano al abrir el sobre, sintiendo cómo el frágil papel cede bajo mis dedos. Su peso se siente como una advertencia, una promesa de que lo que sea que haya dentro lo cambiará todo.

Desdoblo la carta con cuidado, casi con reverencia, como si pudiera deshacerse en mis manos si no soy lo bastante delicada. Los bordes están amarilleados por el tiempo, frágiles como las palabras que contiene; sin embargo, la tinta sigue siendo nítida. La letra familiar de Katerina empieza a atraparme, con los trazos y curvas inconfundibles de cada palabra.

Mi querida Anya:

Si estás leyendo esto, supongo que ya me habré ido. Por favor, ten por seguro que nunca quise dejarte, pero he aceptado mi destino. No es fácil marcharme dejándote con tantas cosas por decir. Pero espero que lo comprendas.

Para cuando leas estas palabras, yo ya habré sabido la verdad: que no voy a lograrlo. Los médicos han dicho que no viviré lo suficiente para gestar a este niño. El embrión fue creado con total

conocimiento de lo que me pasaría, así que te pido ahora, en esta carta, que hagas lo que yo no puedo.

Si algo me sucede, Anya, necesito que gestes a este niño por mí. Siempre fuiste más fuerte que yo, y confío en ti. No soporto la idea de que mi hijo crezca sin una madre, sin alguien que lo ame y lo proteja. Has sido mi hermana, mi amiga más cercana, y ahora te pido que seas la madre que yo nunca podré ser.

Pero hay algo más. Algo que sé que necesitarás comprender.

Me late el corazón con fuerza y siento las palabras sobre el papel como si cobraran vida en mis manos. No puedo respirar. Sigo leyendo, aunque la habitación me da vueltas, aunque el peso de todo esto sea demasiado.

Lo sé, Anya. Sé lo que sientes por él. Por Alexei.

No soy tonta. Sé que le amaste antes de que lo hiciera yo. Lo vi en tus ojos cuando le mirabas, y lo vi cuando él te miraba a ti durante nuestra boda. Él te vio primero a ti. No hace falta que me lo digas. Pero ahora te doy mi permiso, Zaika.

Siempre has sido más fuerte que yo. Más fuerte, más independiente. Yo no estaré aquí para amarle, para protegerle, para evitar que se convierta en el hombre que es. Así que, si puedes amarle, te doy mi bendición para que lo hagas.

Si puedes amarle, gestar a su hijo, entonces hazlo. Por favor, por mí, por él. Os doy mi permiso a ambos. Y más que eso, mi aliento.

Sé que esto no es lo que esperabas, ni lo que querías. Pero necesito que entiendas que siempre supe que esto llegaría.

No dejes que olvide que tú no eres yo. Siempre fuiste la más fuerte, Zaika. Haz que te vea.

Ámale si puedes.

Dejo de leer por un momento. No puedo respirar. Me tiemblan las manos mientras releo las palabras. Katerina lo sabía. Lo sabía todo. Sabía lo que sentía por Alexei, lo que he sentido durante años. Lo supo antes incluso que yo.

Pero esa no es la peor parte. La peor parte es que me ha dado su permiso.

Cierro los ojos, intentando estabilizar mi respiración, pero no sirve de nada. El peso de lo que escribió Katerina me presiona, pesado y asfixiante. Ella lo sabía, lo comprendía y quería que esto pasara. Quería que yo le amase, que gestase a su hijo.

Y ahora me quedo con esta culpa, con la carga de saber lo que se me ha pedido que haga, y lo que yo podría querer hacer.

Pero sigue habiendo algo que no entiendo. Ella escribe que yo siempre fui la más fuerte. Pero si eso es verdad, ¿por qué me siento tan débil ahora mismo? ¿Por qué siento que la estoy traicionando con solo pensar en amar a Alexei, con solo considerar aquello para lo que Katerina me ha dado permiso?

¿Pero qué cambia esto? ¿Qué significa saber que Katerina vio la forma en que Alexei me miraba? ¿Cambia eso algo entre nosotros?

Me quedo allí parada, mirando la carta, intentando encontrarle sentido a todo. Tratando de hallar una forma de reconciliar mis sentimientos por Alexei con la culpa que me atenaza. Ella quería que yo hiciera esto. ¿Pero cómo puedo?

Me paso las manos por el pelo y me levanto bruscamente. El mundo parece descentrado, la habitación da vueltas y mis emociones son un torbellino que no puedo detener. Mi mente vuelve una y otra vez al mismo pensamiento: *Él te vio primero a ti*.

No sé cómo avanzar después de esto, cómo lidiar con lo que Katerina me ha entregado. Cómo dar sentido a este enredo de amor, culpa y duelo.

Pero una cosa es segura. Esto lo cambia todo.

Capítulo 10

Alexei

El vapor de la banya me rodea como una niebla que arrastra consigo todos mis pensamientos. Los listones de madera de la estancia crujen mientras me siento en el banco inferior, con el cuerpo empapado de sudor. El calor es insoportable, pero le doy la bienvenida. Hay algo en él que refleja lo que siento. Una intensidad, una presión de la que no puedo escapar.

Pavel se une a mí; su corpulenta figura llena el espacio a mi lado. Es tan cabrón como yo, pero nos conocemos desde hace demasiado tiempo como para andarnos con fingimientos. La banya es el único lugar donde todo queda al descubierto. Sin mentiras, sin juegos. Solo el calor, el sudor y la verdad.

Se acomoda junto a mí y respira profundamente para absorber la humedad, pero noto por el cambio en su postura que no está aquí para relajarse. Ha venido a hablar.

Y sabe Dios que no estoy de humor para eso.

Él rompe el silencio primero, con la voz impregnada de ese humor seco tan suyo. —Estás sudando como un cerdo, pero no por el calor. Escondes algo, hermano.

No respondo de inmediato. Sus palabras son una pulla, pero estoy demasiado cansado para seguirle el juego. Le lanzo una mirada, captando el brillo astuto de sus ojos.

—Solo he venido a relajarme.

Pavel se mofa, recostándose contra la madera con un suspiro casi imperceptible. —No me mientas, hermano. Si quisieras relajarte, no estarías ahí sentado como un montón de piedras.

No le contesto, mas el calor va en aumento, tanto en la estancia como en mi interior. Siento su presión, el silencio asfixiante entre nosotros, y sé que no va a dejar pasar el tema.

—Intentas controlarlo todo a tu alrededor, pero con ella no puedes. ¿Por qué la tratas como a una prisionera?

Sus palabras me golpean como un martillo. Cambio de postura y mis músculos se tensan ante su insinuación.

—No lo entiendes, tengo que protegerla.

Él no da un paso atrás; mantiene su mirada afilada. —Ni tú mismo te lo crees, hermano. La tienes retenida porque la deseas. Y eso te asusta.

No quiero admitirlo, pero hay verdad en sus palabras. Me pone enfermo pensarlo, pero no puedo evitarlo.

—Yo la protejo, y eso es todo. No importa lo que yo sienta.

Pavel se inclina hacia delante, con el vapor de la banya arremolinándose sobre sus hombros mientras me observa de cerca.

—No es idiota. La retienes porque tienes miedo de perderla. Tienes miedo de admitir que la deseas más que a nada en el mundo.

Me pongo en pie bruscamente, con el genio encendido. Doy unos pasos por la estancia, apretando los puños mientras intento calmar la tormenta que ruge en mi interior.

—Sé lo que siento.

Pavel se levanta despacio, entornando los ojos. —¿Entonces por qué la tienes como a una prisionera? No eres tonto. Simplemente no quieres dejarla marchar, y ella lo comprende.

Me detengo en seco. El corazón me da un vuelco y me falta el aire. Pavel tiene razón. Anya lo comprende. Lo he visto en sus ojos. Sabe lo que está pasando, aunque yo no quiera admitírmelo a mí mismo.

—En la boda... Antes de ver a Katya en el altar, vi a Anya entre la multitud, y...

Me flaquea la voz, incapaz de terminar la frase. ¿Cómo explico que mi matrimonio nunca fue por elección? ¿Que fue un acuerdo desde el mismísimo principio? Vuelvo a mirar a Pavel, sintiendo que el pecho se me oprime, con el peso de este secreto hundiéndome.

—No había otra opción. Era una alianza.

Pavel guarda silencio un instante, asimilando el peso de lo que acabo de decir. Cuando vuelve a hablar, su voz es más suave pero sigue cargada de ese humor mordaz. —O sea, ¿qué me estás diciendo que la elegiste porque eran negocios, no porque la quisieras a ella?

Niego con la cabeza, sintiendo que la frustración aflora de nuevo. —Pero cuando vi a Anya, todo cambió.

Hago una pausa; las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Nunca antes he dicho esto en voz alta. Ni siquiera me he permitido pensarlo.

Pavel arquea una ceja, esperando a que termine. —¿Y entonces?

—Pero vi a Anya primero.

El peso de mis propias palabras cae sobre mí como una maldición. He admitido algo de lo que he estado huyendo, algo que ya no puedo ignorar.

Pavel se recuesta, cruzando los brazos sobre el pecho con una expresión que mezcla diversión e incredulidad. —Así que la viste primero, y ahora la guardas como un trofeo, pero sigues intentando convencerte de que no es así.

Me vuelvo hacia él con la frustración quemándome en el pecho. —No vas a ayudarme —mascullo con voz ronca.

La sonrisa de Pavel se ensancha; su humor negro corta la tensión. —No quieres ayuda, hermano. Solo quieres jugar a este juego. Pero ahora tienes todo lo que deseas.

Me doy la vuelta, intentando ignorarlo. La verdad es como un fuego dentro de mí, pero no sé cómo controlarlo.

La voz de Pavel rompe de nuevo el silencio. —Y ahora la tienes a ella, esperando un hijo tuyo, y sigues fingiendo que esto es un problema. Eres idiota, hermano.

—He tomado nota de tu consejo —digo con sequedad, mientras empiezo a salir de la banya.

Pavel suelta una risita. —Sí, claro. Pero sigo teniendo razón.

No respondo. En su lugar, simplemente me marcho con la mente aún a mil por hora. Ya no hay vuelta atrás. Nunca la hubo.

Capítulo 11

Anya

No puedo dormir. Otra vez.

Doy vueltas en la cama, que se siente como un espacio vasto y vacío a mi alrededor. Las sábanas están demasiado frías, demasiado quietas, como si hubieran absorbido toda la tensión del día. El silencio me oprime desde todos los flancos, como si me atrapara aquí. Atrapada en una vida que no elegí.

No es solo el silencio. Es él. Alexei. La forma en que me mira, la forma en que me ordena, la forma en que estalla su ira y yo no puedo evitar responder a ella. La forma en que su contacto enciende algo dentro de mí que no quiero sentir, pero que no puedo detener.

Su voz resuena en mi cabeza, exigente, fría, posesiva. Y sin embargo, está ese destello, esa suavidad en sus ojos que a veces capto, justo antes de que la oculte.

Me está volviendo loca.

Me doy la vuelta de nuevo, arrastrando la almohada sobre mi cara para bloquear los pensamientos, los recuerdos. Intento respirar, intento calmar los latidos de mi corazón, pero no sirve de nada. La habitación se siente demasiado pequeña, las paredes demasiado cerca, como si toda la casa estuviera hincándose sobre mí.

Finalmente me incorporo con un gruñido de frustración, quitándome las mantas de encima con un movimiento brusco. Las

sábanas se me enredan en las piernas y, por un momento, me quedo ahí sentada, echando humo. No puedo aguantarlo más. No soporto este lugar, esta vida, estos sentimientos que no puedo controlar.

Salgo de la cama y me pongo la bata. Mis movimientos son rápidos, cortantes, como si intentara huir de algo. Mi mente sigue siendo una tormenta, un caos que se arremolina en mi interior.

Camino por la casa y mis pasos resuenan en el silencio, un ritmo pausado que compite con el tumulto de mi pecho. La mansión está a oscuras, el pasillo inquietantemente quieto, como si contuviera el aliento, esperando a que ocurra algo.

Necesito algo que hacer. Necesito moverme. Necesito aire.

Me encuentro ante la puerta de su despacho antes siquiera de darme cuenta. La tenue luz que se filtra por la rendija bajo la puerta me llama la atención. Oigo el sonido de una pluma rasgando el papel, constante y preciso, el único ruido que rompe la quietud.

Es tarde. Demasiado tarde para que alguien esté trabajando. Demasiado tarde para que alguien siga despierto. Pero, por supuesto, Alexei lo está. Él siempre está despierto cuando importa. Siempre tiene el control. Siempre está ahí. En su mundo, al que yo no pertenezco.

Mi mano sobrevuela el pomo de la puerta. Vacilo. La tensión que ha habido hoy entre nosotros, la forma en que me ha mirado, su ira, su posesividad... todo está demasiado reciente en mi mente. Los dedos me tiemblan ligeramente mientras agarro el pomo.

Empujo la puerta lo justo para entrar.

La luz en el interior es tenue, proyectando sombras sobre su rostro mientras escribe, con el ceño fruncido por la concentración. No sé por qué estoy aquí. No sé qué quiero. Pero necesito algo, cualquier cosa, para sacudirme el peso de todo lo que se ha ido acumulando en mi interior.

Doy un paso más, observándolo un momento antes de hablar. —No puedo dormir —murmuro, casi demasiado bajo.

No levanta la vista de inmediato, sigue concentrado en el papel que tiene delante, pero puedo sentir en el aire que es consciente de mi presencia.

—Vuelve a la cama —dice, con voz tranquila. Pero hay un ligero deje de aspereza, como si no estuviera preparado para que yo interrumpa la poca concentración que le queda.

—No tengo sueño —respondo con brusquedad, adentrándome más en la habitación. No me importa dormir. No me importa su orden. Necesito hacer algo. Estoy... inquieta.

Cruzo la habitación y me detengo a escasos metros de él, sin saber muy bien qué busco. No quiero hablar con él, pero de algún modo siento que es la única opción que me queda. Quiero gritarle, exigirle respuestas, hacerle ver lo que esto me está haciendo, pero no sé cómo.

No sé cómo hacerle entender que no soy solo una pieza que mover en su tablero. No soy Katerina. Y me niego a ser la sombra de nadie más.

—No puedes seguir controlándome —digo, con la voz temblando un poco, más por la crudeza de todo que por miedo—. No me desvaneceré en ella, Alexei. No me convertiré en su fantasma.

Ya está. Lo he dicho. La verdad que se ha estado gestando en mi interior, que he tenido demasiado miedo de expresar. Pero las palabras ya han salido, y quedan suspendidas entre nosotros como una declaración.

Él levanta la vista, fijando sus ojos en mi rostro, con una expresión ilegible durante un largo rato. Pero entonces algo cambia en su mirada. Algo oscuro, algo intenso. Tensa la mandíbula al ponerse en pie y da un paso hacia mí, acortando la distancia. El espacio de la habitación se siente pequeño de repente, y el aire denso, cargado de expectación, presiona contra mi piel.

—No quiero que seas ella —dice, con la voz más baja que antes, casi como una confesión.

Me pilla desprevenida la suavidad de su tono. El peso de sus palabras se siente como una promesa, como una verdad tácita.

Pero no puedo permitirme creerlo. Todavía no. No cuando todo lo demás es tan complicado, tan enredado.

—No quiero ser ella —repito, en un susurro apenas audible—. Pero no sé qué queda de mí en este papel. Siento que me estoy perdiendo. Como si no fuera más que una sombra aquí.

Su mirada se suaviza por un instante y veo algo ahí. Algo que casi me hace sentir que me ve de verdad. Pero antes de que pueda procesarlo, su expresión vuelve a endurecerse, como si levantara un muro. Como si se retirara a su propio mundo.

—No serás como ella.

—Es que solo...

—Te veo a ti —dice—. No a ella. A ti.

Y de repente, siento que los muros caen, pero hay algo más que se está gestando. Algo eléctrico, algo que envía un pulso de calor por mis venas. Se me corta la respiración, el aire entre nosotros se carga de repente, como si se avecinara una tormenta. No puedo ignorarlo, no puedo fingir que no siento la atracción, esa fuerza magnética que nos une más y más.

Antes de que pueda hablar, antes siquiera de que pueda pensar, él se mueve. Su mano, grande y fuerte, se extiende hacia mí, y por una fracción de segundo, juraría que todo lo demás en la habitación desaparece. Sus dedos flotan cerca de mi cara, irradiando calor, pero no me tocan, todavía no. Pero es suficiente. Su presencia es abrumadora. Cada centímetro de mi piel se estremece, esperando, anhelando que haga contacto.

La tensión en el aire es como una cuerda a punto de romperse.

Pero entonces, con la misma rapidez, retira la mano de golpe, cerrando los dedos en un puño. Su mirada recorre mi rostro y capto un atisbo de algo crudo, algo apenas contenido tras sus ojos. Una tormenta, una batalla que está perdiendo pero que se niega a dejar ver.

Apenas puedo respirar. El espacio entre nosotros está ahora cargado de palabras y deseos no reconocidos. Siento su calor, tan cerca y a la vez tan lejos. No sé si quiero huir o acercarlo más.

Mi pecho sube y baja rápidamente, con el corazón martilleándome en los oídos. Doy un paso atrás tembloroso, pero la atracción sigue ahí, invisible pero innegable. Se me acelera el pulso y no sé si es por la frustración, la ira o algo completamente distinto. Algo... más.

Me observa con esa misma intensidad, como si esperara que yo dijera algo, cualquier cosa. Pero no puedo. Tengo la garganta seca,

mis pensamientos son una amalgama confusa.

—No eres como ella —dice finalmente.

La forma en que lo dice hace que se me encoja el pecho. No sé si es un alivio o si es algo más oscuro, algo que despierta un extraño anhelo en lo más profundo de mi ser.

—Lo sé —susurro, casi para mis adentros. Pero suena como una promesa.

Sus ojos fulguran y, por un momento, parece que va a dar ese paso al frente, que por fin cerrará la distancia que nos separa. Pero no lo hace. Se queda paralizado, como si luchara contra algo muy profundo en su interior.

Y así como así, el mundo se queda demasiado callado. Mi corazón sigue latiendo con fuerza, mi respiración es superficial. Pero ninguno de los dos se mueve. Ninguno de los dos habla. La tensión cuelga ahí, espesa y palpable, cada uno de nosotros atrapado en la misma tormenta, demasiado temeroso, demasiado inseguro para dar ese último paso.

—Zaika —murmura entre dientes, y la palabra me golpea como una onda de choque—. Conejita.

Su mano sigue en el aire, con los dedos crispados como si luchara contra un impulso. Me quedo helada. Sé lo que acaba de hacer. Sé cómo acaba de llamarme. Y no es solo un desliz. Lo sé.

Retira la mano rápidamente, abriendo mucho los ojos. Entonces se da la vuelta, como si le asustara lo que acaba de decir.

Pero no me engaña. Lo he oído. Lo he sentido.

No digo nada durante un momento. Me quedo allí plantada, con el corazón golpeándome en el pecho y la habitación dándome vueltas.

—Has leído la carta —susurro, apenas logrando que las palabras salgan de mis labios.

No responde de inmediato, pero veo la verdad en sus ojos. El conflicto, la culpa, las cosas que desearía poder retirar pero no puede. Quiere decir algo, me doy cuenta, pero está atrapado en algo más profundo. Algo con lo que no termina de enfrentarse.

Por un momento, siento que el peso de su silencio me aplasta, amenazando con tragarme entera. Pero no puedo seguir aquí

parada, esperando a que haga algo, a que diga algo.

Estallo, incapaz de guardármelo por más tiempo. —No puedes limitarte a mirarme así y luego retirarte, Alexei. No soy ella, ¿vale? No soy Katerina. No soy un fantasma tras el que puedas esconderte.

Sus ojos vuelven a clavarse en los míos, intensos, inquisidores. —¿Crees que me escondo detrás de ella? No soy yo la que se esconde, Anya.

Abro la boca para responder, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Tiene razón. No puedo negarlo. Soy yo la que se esconde. Escondiéndome de lo que es esto, de lo que podría ser.

Pero antes de que pueda hablar, doy un paso atrás, aumentando la distancia. Puedo sentir el calor todavía latente en mi pecho, pero no dejaré que vea cuánto me afecta. No dejaré que sepa cuánto deseo esto.

No sé por qué sigo aquí, de pie en su despacho en mitad de la noche, cuando todo mi ser me dice que me vaya, que escape antes de perderme por completo. Pero me quedo. Y él también. La habitación se siente demasiado pequeña, demasiado cargada de lo que no se dice, de lo que se ha ido acumulando durante días, semanas. Su presencia es excesiva, demasiado abrumadora. Puedo sentir su mirada, la intensidad de su necesidad de controlar, de poseer, y algo dentro de mí se quiebra.

—No eres ella —repite, con voz más suave esta vez, como si intentara convencernos a ambos. Pero percibo la vacilación, la duda —. No quiero que lo seas.

Y entonces, casi como si no pudiera evitarlo, su mano vuelve a crispársele, como si fuera a alcanzarme. No sé qué espero que haga, pero no creo estar preparada para ello. Para esto. Pero quiero que me elija. Quiero que me mire. No como un repuesto. No como un fantasma del pasado, sino como yo. Anya.

Y en este momento, frente a él, sé que quiero algo más que su control. Quiero que me elija. Que me desee como la deseaba a ella. Que me vea. Que me vea de verdad.

Pero en lugar de eso, se retira, y puedo ver la lucha en su mirada. Intenta contenerse de decir algo, de hacer algo. Se está

conteniendo, puedo sentirlo. Y la distancia entre nosotros, el espacio que intenta poner de por medio, duele más que nada.

Trago el nudo de mi garganta. —Entonces deja de tratarme como si fuera un simple reemplazo para ella. Deja de actuar como si fuera solo algo de lo que tienes que encargarte, algo que puedes controlar.

No responde, pero hay un destello en sus ojos. Una promesa, o quizá una amenaza, de que no me dejará ir. Y no sé si eso me asusta o hace que lo desee aún más.

Pero sé una cosa. No va a dejar que desaparezca.

No sin luchar.

Capítulo 12

Alexei

—Anya, ¿qué me estás haciendo?

Está de pie frente a mí, justo fuera de mi alcance, con los ojos oscurecidos por el deseo y los labios entreabiertos mientras respira en jadeos cortos y ansiosos. La tensión entre nosotros es espesa, como si el mundo mismo estuviera esperando a que algo se rompiera.

Siento el pulso en los oídos, un latido rápido que acompasa el martilleo de mi pecho. Está tan cerca, demasiado cerca, y no puedo contenerme. Mis manos buscan su cuerpo, atrayéndola hacia mí, y en el momento en que nuestras pieles se rozan, es como si una chispa eléctrica saltara entre nosotros, prendiendo fuego a mi piel.

Jadea cuando la acerco más; sus labios rozan los míos, lo justo para que mi mente empiece a dar vueltas. Sus manos suben por mi pecho, pasan por mis hombros y se hunden en mi pelo, arrastrándome a lo más profundo, más cerca. Me ahogo en ella, en la forma en que se mueve contra mí, en la manera en que su cuerpo encaja perfectamente con el mío.

No puedo parar. No quiero parar.

Pero entonces, ella se retira, lo justo para hacerme dudar. Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad de la que no puedo escapar. El calor entre nosotros es casi insoportable y se me corta la

respiración cuando inclina la cabeza apenas un poco, con una mirada desafiante y burlona en los ojos.

—No puedes controlarme, Alexei —susurra, y las palabras me golpean como una ola fría, afilada y repentina.

Me quedo paralizado, con cada músculo de mi cuerpo tenso. El calor se desvanece, reemplazado por una realidad fría y dura. Mi agarre sobre ella se aprieta instintivamente, pero ella no retrocede. Se mantiene firme, con esa misma mirada desafiante.

Su desafío me golpea con más fuerza que cualquier otra cosa. Desgarra la bruma de la lujuria y siento que el control se me escapa aún más, rompiéndose como el cristal bajo el peso de sus palabras.

Necesito hablar, hacer algo. Pero antes de que pueda moverme, el sueño cambia. Ya no se trata de su cuerpo, ni del fuego entre nosotros. Ahora es algo más profundo, algo más peligroso. Sus ojos ya no están llenos de deseo. Están llenos de algo más. Algo crudo, algo real.

Alargo la mano para tocar su rostro, para sentir su piel bajo mis dedos, pero en cuanto lo hago, el mundo a mi alrededor se desvanece. El sueño se desintegra y, en un instante, estoy de vuelta en mi propia cama, sin aliento y cubierto de sudor...

Me incorporo, jadeando por aire, con el corazón atronando en el pecho. Me tiemblan las manos mientras me las paso por el pelo, intentando disipar el caos que se arremolina en mi interior. La habitación sigue a oscuras, y la luz de la madrugada empieza a filtrarse por las cortinas. Pero parece que no ha pasado el tiempo en absoluto. El caos del sueño se funde con la realidad del momento.

Joder.

Cierro los ojos, intentando expulsar su recuerdo de mi mente, pero no puedo. Solo la veo a ella. Sus palabras. El tacto de su cuerpo contra el mío. La forma en que me miraba, como si pudiera hacerme pedazos.

Y esa culpa... Dios, esa culpa me muerde como una bestia. He dejado que fuera demasiado lejos. Me he permitido sentir demasiado. He dejado que se acercara demasiado.

Retiro las mantas y balanceo las piernas por el borde de la cama. Mi cuerpo todavía vibra con las secuelas del sueño, con la necesidad

de tocarla, de reclamar ese momento, pero no puedo. No lo haré.

Necesito recuperar el control. Necesito distancia.

Camino hacia la ventana, descorriendo las cortinas lo justo para dejar que entre la luz temprana, pintando el suelo con una claridad pálida e irregular. La finca se extiende ante mí, con el horizonte infinito. Mi imperio, el mundo que he construido... todo podría esfumarse si no tengo cuidado.

Me prometí que no dejaría que esto volviera a suceder. Prometí que no dejaría que ella me rompiera.

Pero siento cómo está atravesando los muros que he tardado años en levantar.

No puedo dejar que vea lo bajo que he caído. No puedo dejar que vea en qué me he convertido por su culpa. No lo haré.

Vuelvo a cerrar los ojos, intentando centrarme, intentando respirar, pero cuando los abro, la respuesta es clara. Tengo que tomar el control. Retroceder. Ya no se trata de mí. Se trata de su seguridad. Se trata de protegerla del caos que parece que no soy capaz de mantener fuera de su vida.

* * *

Me muevo por la casa como una máquina. Calculador. Preciso. Cada cosa está en su sitio. No la miro cuando paso por delante de su habitación. No le hablo.

La casa está más silenciosa de lo habitual y no me permito entretenerme. Galina ha recibido instrucciones de ocuparse de las necesidades de Anya. Las comidas se entregan en su habitación sin mediar palabra. No hay lugar para la ternura, ni para las emociones. Ahora es algo profesional.

Me reúno con Pavel, sin mirarlo a los ojos, sin reconocer su mirada de complicidad. Me pasan informes, pero apenas los ojeo antes de entregarlos. Mi vista se mantiene fija en los papeles, como si fueran lo único que importara ahora mismo.

Pavel no cede. Nunca lo hace.

—Pero nunca has sido como los demás, hermano. Has sido más estúpido.

Las palabras me calan, pero no lo demuestro. Le lanzo una mirada fulminante mientras siento en el pecho el impulso de espetarle algo.

—Cállate, Pavel —gruño.

Él se limita a encogerse de hombros, recostándose en su silla con una sonrisilla asomando en la comisura de los labios. —Solo digo, hermano. No queda nada bien.

No respondo. No puedo. Tiene razón, pero no voy a admitirlo. Todavía no.

—La distancia la mantiene a salvo —digo en voz baja, y las palabras me saben amargas—. De Dimitri. De mí.

Pavel arquea una ceja, claramente poco convencido. —¿Eso es lo que te estás contando a ti mismo?

Siento entonces el peso de mis propias palabras. *La distancia la mantiene a salvo.* Suena a mentira, incluso para mí. Pero es la única verdad que me queda.

No le contesto, esta vez no. En su lugar, me sumerjo en más trabajo. Dejo que pasen las horas, anestesiado por la fría formalidad de la rutina: los informes, las llamadas telefónicas, los horarios. Todo ello una distracción para el agujero que me corroe el pecho.

No la miro. No hablo con ella. Pero cada vez que paso por su puerta, cada vez que oigo sus pasos suaves en el pasillo, lo siento: el espacio entre nosotros. La distancia que he creado. El control al que me he aferrado. Y no sé si la estoy protegiendo... o si estoy huyendo de mí mismo.

Y cuando vuelvo a mirar a Pavel, veo la verdad en sus ojos. La verdad que no quiero admitir, ni siquiera ante mí mismo.

—No estoy huyendo, Pavel —digo, con voz hueca—. La estoy manteniendo a salvo.

Pero ya ni siquiera yo me lo creo.

Capítulo 13

Anya

¡BANG!

¿Qué demonios ha sido eso?

El sonido retumba por toda la casa, agudo y ensordecedor. Se me sube el corazón a la garganta mientras mi cuerpo se incorpora de un salto y los restos del sueño se desvanecen en un instante. Me froto los ojos, intentando apartar la bruma, pero la adrenalina que me recorre ya ha puesto mi cuerpo en estado de alerta máxima.

Ahora oigo gritos. Voces, ásperas y urgentes, cargadas de órdenes que no alcanzo a descifrar. Hombres que hablan en ráfagas rápidas de ruso. Se me corta la respiración mientras el pavor se me enrosca en el estómago. He oído esto antes —este pánico, este caos —, pero nunca tan cerca. Nunca tan real.

Saco las piernas por el borde de la cama; el suelo frío presiona mis pies descalzos, enviándome un escalofrío por la columna. Mi mano va instintivamente a mi vientre. Dieciséis semanas. Parece que ha pasado una eternidad desde que supe que estaba embarazada. Pero ahora, con el sonido de los disparos cortando el aire, en lo único que puedo pensar es en el bebé. Noto cómo se me acelera el pulso y el pánico amenaza con descontrolarse.

Mantén la calma, Anya.

Me obligo a respirar hondo para aplacar la marea creciente de miedo. Pero es difícil concentrarse cuando el mundo exterior suena como si se estuviera desmoronando.

Mis ojos se dirigen a la ventana. Las cortinas son gruesas, pero una rendija de luz temprana se cuela por las rendijas. Vacilo y luego me apresuro a descorrerlas, lo justo para ver los terrenos de abajo.

La imagen me golpea como un puñetazo en el estómago.

Hombres. Hombres armados que se mueven con rapidez, sombras que se cruzan entre los árboles y las barreras, avanzando hacia la finca con una intención clara. El sonido de los disparos se hace ahora más fuerte, un ritmo constante que hace vibrar las ventanas, puntuado por algún grito ocasional en ruso.

Están aquí. Los soldados de Dimitri.

Han traspasado el perímetro.

—Dios mío —susurro por lo bajo—. No...

Observo, paralizada por un momento, incapaz de apartar la mirada del caos que se desarrolla abajo. Puedo ver fogonazos de disparos a lo lejos, estelas de luz tenues pero inconfundibles en la mañana gris. El sonido de los hombres gritando órdenes, con sus voces proyectándose por los terrenos, se vuelve más fuerte, más frenético.

Quédate dentro, pienso desesperadamente. *Echa la llave a la puerta. Mantente a salvo.*

Pero esa es la ilusión, ¿verdad? La seguridad es una ilusión aquí.

El corazón me late con más fuerza ahora; cada latido se siente como una advertencia. Una punzada de realidad se asienta en mi estómago. No estoy a salvo. Aquí no. Ya no.

¡Bang!

El sonido de otro disparo, este mucho más cercano, resuena a través de las paredes de la casa. Las ventanas tiemblan en sus marcos. El aliento se me queda atrapado en la garganta y me aparto de la ventana, con el pánico atenazándome el pecho, pero no sé qué hacer. Estoy atrapada. La única salida es a través del caos exterior.

Retrocedo lentamente de la ventana, con el corazón martilleándome en el pecho. *Piensa, Anya. Piensa.* Mi mente corre a toda velocidad. Debería buscar a Alexei. Debería exigir respuestas,

intentar escapar, pero sé que no hay adonde ir. Ningún sitio al que huir.

Oigo el murmullo lejano de los hombres de Alexei ocupando sus posiciones. Se ladran órdenes en ruso, seguidas del sonido inconfundible de armas preparándose. El caos violento y organizado que tiene lugar al otro lado de la ventana es algo de lo que solo he oído hablar en historias. Pero esto no es un cuento. Esta es mi vida ahora. Esta es mi prisión.

Y, aun así, mi mente no se detiene. *¿Dónde está Alexei?*

No sé cuánto tiempo pasa. ¿Segundos? ¿Minutos? Estoy atrapada en la habitación vacía, con los disparos resonando a lo lejos y el zumbido de la casa vibrando en mi pecho. La tensión es insoportable, mi respiración superficial, el corazón sigue acelerado.

Entonces, sin previo aviso, la puerta de mi habitación se abre de golpe.

Alexei está en el umbral; su presencia llena la estancia como una tormenta. Sus ojos son fríos, calculadores, y de él emana tensión. Su habitual máscara de control está firmemente colocada, pero hay algo más tras su mirada. Algo más oscuro, algo que me indica que esto no es solo cuestión de negocios. Esto es personal.

—Quédate aquí —ordena, con voz baja y letal. El tipo de orden que no se puede desobedecer.

Su mirada recorre la habitación; sus ojos agudos registran cada rincón, cada salida. Da un paso al frente, con cada movimiento calculado, y puedo sentir la tensión en el aire, el frío repentino que desprende al estar así de cerca.

—Cierra la puerta con llave. No abras a nadie, sin importar lo que oigas. ¿Entendido?

El aire es denso entre nosotros, pero no soy capaz de hablar. Sus palabras me han golpeado como un mazo. Este no es el hombre que me abrazó hace apenas unos días. Este no es el hombre que me susurró cosas en la noche. Este es otro completamente distinto. El líder. El Pakhan.

No respondo. No puedo. La realidad de lo que dice se asienta como hielo en mis venas, demasiado pesada para ignorarla. De todos modos, no necesita mi respuesta. Su orden es absoluta.

No espera una reacción. Su voz suena de nuevo, afilada, cortando el espacio entre nosotros. —No abras la puerta. No sabes quién hay ahí fuera. Ven aquí.

Vacilo, dividida entre el terror que surge en mi interior y el instinto puro de obedecer su orden. Me da la espalda, entornando los ojos, concentrado en algo más allá de mí, pero no puedo dejar de mirarlo. El corazón me late con fuerza mientras le oigo ladrar órdenes, con voz calmada pero impregnada de ese tipo de frío que lo congela todo a su paso.

Se acabó, pienso, con el pecho oprimido mientras echo la llave, y el sonido resuena por toda la habitación.

La tensión en el ambiente es palpable. Su voz áspera vuelve a sonar, esta vez a través de la puerta, pero percibo en ella un matiz de algo más suave. Quizá preocupación, quizá algo más, pero está enterrado bajo capas de control.

—Duerme, Zaika. Estás a salvo.

El apelativo cariñoso me golpea como un puñetazo en el pecho y, por una fracción de segundo, me quedo paralizada. Sus palabras... esas dos simples palabras... se sienten como un salvavidas, pero al mismo tiempo son un recordatorio de que ahora estoy ligada a él de una forma de la que no puedo escapar. Él es quien me mantiene a salvo. El que me retiene aquí.

Zaika. No puedo negar cómo suena su voz cuando lo dice. No es una orden. No es fría. Es... casi tierna.

Pero no puedo pensar en eso ahora. No con los disparos aún resonando en mis oídos, con el conocimiento de que los hombres de Dimitri se están acercando. No sé qué va a pasar a continuación. No sé si sobreviviremos a esto.

Apoyo la frente contra la puerta, sintiendo la madera fresca contra mi piel mientras la realidad de mi situación se asienta. No tengo aliados aquí. Nadie excepto él. El hombre que es a la vez mi captor y mi protector.

Y no hay salida. No ahora.

Tomo una decisión. Elijo quedarme. Aunque sé que parte de esa elección es una ilusión. Aunque sé que no es realmente mi decisión.

A través de la puerta, susurro las únicas palabras que soy capaz de articular: —Gracias.

Durante un largo momento, no hay más que silencio. Casi puedo sentirlo al otro lado de la puerta, allí de pie, con su presencia como un peso inamovible en la estancia.

Y entonces, su orden anterior se cuela bajo la puerta: —Duerme, Zaika. Estás a salvo.

No respondo. No hace falta. Sé que no se va a marchar. No esta noche. No hasta que esto termine.

Así que me tumbo en la cama, sintiendo aún la tensión en mi cuerpo, con la mente acelerada por mil pensamientos. Pero a pesar de todo, lo único que me mantiene con los pies en la tierra es el sonido de la voz de Alexei, la promesa en sus palabras.

En este momento, él es tanto mi carcelero como mi protector. Y para bien o para mal, no hay más camino que seguir adelante.

Capítulo 14

Alexei

Realmente es increíble.

Es lo único que puedo pensar al ver a Anya a la mesa del desayuno. Está allí, igual que la mañana anterior, y la anterior a esa, pero hoy hay algo diferente.

Han pasado tres días desde que los hombres de Dimitri intentaron asaltar mis puertas, y la propiedad todavía se siente como una herida que no ha cerrado. Se están realizando reparaciones por todos los terrenos. Marcas de quemaduras en el muro exterior, luces destrozadas a lo largo de la entrada, un tramo de la valla todavía retorcido donde uno de los camiones intentó embestir. Mis hombres se mueven por los pasillos con pasos silenciosos, las armas nunca lejos de su alcance. Nadie lo dice en voz alta, pero todos saben lo mismo.

Dimitri no hace un movimiento así a menos que planee otro.

Y no tengo idea de qué intentará el bastardo a continuación.

Pero algo en Anya ha cambiado desde esa noche. Sus ojos se muestran más agudos ahora. Su postura está más erguida, como si llevara despierta mucho antes de que yo me levantara. Como si algo dentro de ella hubiera encajado en su sitio en el momento en que se dio cuenta de lo que es este mundo en realidad.

Algo que encaja con la tormenta silenciosa que ha estado creciendo en mi interior desde que tomé la decisión de empezar a enseñarle.

Me quedo en el umbral, observándola. Mis ojos recorren los pequeños detalles de forma automática. Viejos hábitos que no puedo desconectar. La forma en que picotea el desayuno en lugar de comérselo. La suave curva de sus labios contraídos en un leve ceño fruncido mientras mira fijamente el plato como si estuviera en otro lugar completamente distinto.

Fuera de las ventanas del comedor, dos de mis hombres están reemplazando una cámara de seguridad rota.

Otro recordatorio.

Otro mensaje de Dimitri.

Este lugar solía sentirse como una fortaleza. Ahora parece un campo de batalla esperando el próximo ataque.

Pero dentro de la habitación, Anya se sienta en medio de todo como el ojo de un huracán.

Es algo extraño de observar. Ya no es la mujer asustada y vacilante que entró en mi mundo hace semanas. La que miraba a cada guardia como si pudieran llevársela a rastras. La que medía cada palabra a mi alrededor.

Ahora empieza a parecer que pertenece a este lugar... o al menos se está acercando peligrosamente.

Su mano busca el café, con los dedos todavía temblando ligeramente. El temblor es pequeño, casi invisible.

Miedo. Esa parte no la ha abandonado. Pero ahora hay algo más debajo. Algo más duro. Algo más afilado.

Adaptación. Supervivencia.

Los mismos instintos que forjaron a hombres como yo.

Apoyo el hombro contra el marco de la puerta, observándola más tiempo del que probablemente debería. Quizá Dimitri pensó que aquel ataque la quebraría. Quizá pensó que huiría. En cambio, se quedó.

No estoy seguro de si sentir orgullo por ello o terror por lo que significa. Porque si realmente está empezando a sobrevivir en mi mundo, necesitará comprender exactamente lo peligroso que es.

—Anya —la llamo, haciendo que sus ojos se claven en mí—. Creo que es hora de que te enseñe más sobre este mundo.

Me estudia por un momento, como si estuviera sopesando el significado tras las palabras. No asustada. No sorprendida. Simplemente... calculadora.

Es una mirada que reconozco. Y por un segundo, un recuerdo se cuela antes de que pueda detenerlo.

Katerina.

Años atrás, en otra casa, en otra vida que parece haber pertenecido a otra persona. Recuerdo estar sentado frente a ella en una mesa de comedor pulida muy parecida a esta, explicándole las mismas cosas que estoy a punto de explicarle a Anya ahora.

Jerarquía. Lealtad. El Código Vor.

Las reglas que mantienen vivos a hombres como yo.

Ella se había reído. No con crueldad. No con burla. Simplemente con ligereza, como si todo fuera demasiado feo para ser real.

—Alexei —había dicho ella, agitando la mano con desdén—. No necesito saber sobre esas cosas.

Recuerdo verla agitar el vino en una copa de cristal, con la luz de las velas reflejándose en los diamantes de su garganta.

—Ese es tu mundo —me dijo—. No el mío.

Lo había intentado de nuevo, de todos modos. Explicando los rangos. Las alianzas. Los enemigos.

Su sonrisa solo se había vuelto más distante. —No quiero saber esto.

Y ese había sido el final.

Katya había preferido vivir al lado del mundo que yo gobernaba, no dentro de él. Se quedaba en las habitaciones luminosas, en las galas benéficas, en las cenas corteses donde los hombres fingían ser respetables. Nunca quiso ver las sombras que había detrás.

Anya no es así. Ni de lejos. Lo veo en la forma en que se endereza en su silla cuando hablo ahora. En la forma en que su atención se agudiza en lugar de dispersarse.

Curiosidad. Enfoque.

Ella no huye de la oscuridad. Se inclina hacia ella.

—Enséñame —dice simplemente.

Sin vacilación. Sin miedo.

—Bien.

Entro en la habitación, retiro la silla frente a ella y me siento despacio. Afuera, se oye el zumbido de un taladro mientras mis hombres terminan de montar la cámara de repuesto.

Hago un gesto hacia la ventana. —¿Ves eso?

Sus ojos se desvían hacia los terrenos.

—Es el coste de no entender cómo funciona este mundo —digo con calma—. Dimitri no atacó la propiedad porque pensara que podía ganar.

Su mirada vuelve a la mía. —¿Entonces por qué?

—Porque quería ver cómo responderíamos. —Me inclino ligeramente hacia adelante—. El poder en este mundo no se trata solo de fuerza. Se trata de percepción.

Ella asiente despacio. Escuchando. Escuchando de verdad.

—Hombres como Dimitri —continúo— buscan la debilidad. La vacilación. La duda.

Sus dedos se cierran ligeramente alrededor de su taza de café. —¿Y si la encuentran?

—Lo toman todo.

Lo está absorbiendo todo. Sus ojos no me abandonan, y su atención es aguda, calculadora. Puedo sentir el cambio en ella. Ya no es solo una mujer intentando sobrevivir. Se está convirtiendo en alguien que puede jugar a este juego, me guste o no.

—Si muestras debilidad, Dimitri se aprovechará de ella. Es lo que está haciendo ahora —digo con voz baja y pausada—. Cada vez que hace un movimiento, no es solo una prueba de nuestra fuerza. Es una prueba de nuestra determinación, de nuestra capacidad para mantenernos firmes.

Anya levanta una ceja, con la mirada todavía intensa. —¿Y si la encuentran?

—Lo toman todo. —Hago una pausa, dejando que el peso de mis palabras se asiente—. El poder, el estatus, las vidas... todo será suyo.

Sus dedos se cierran un poco más sobre la taza de café. —¿Y cómo lo detenemos?

—Asegurándonos de que nunca vean debilidad. Haces que piensen que eres invencible. Incluso cuando no lo eres.

Se queda en silencio un momento, luego se inclina ligeramente hacia adelante. —¿Y cómo hacemos eso? ¿Hacerles pensar que somos intocables?

Sonrío levemente. —Ahí es donde entra el Código *Vor*. La jerarquía, la lealtad y el respeto. No puedes romperlo sin consecuencias. Y nunca debes olvidar eso.

Ladea la cabeza, con expresión calculadora. —Así que esto es más que solo fuerza.

—Mucho más. —Me inclino un poco más—. También se trata de quién controla la narrativa. Puedes ser el hombre más fuerte de la sala, pero si nadie te respeta, es como si fueras invisible. Los hombres como Dimitri no respetan a nadie que no controle la sala.

Anya considera esto por un momento, entrecerrando los ojos ligeramente. Luego su mirada se desvía hacia la ventana y veo su mente trabajar. Se vuelve hacia mí, y la agudeza en sus ojos delata los pensamientos que pasan por su cabeza.

—Has estado entrenando para esto toda tu vida, Alexei. Pero yo no.

—No —admito, suavizando la voz por un instante—. Pero estás aprendiendo rápido.

Sus labios se curvan en una pequeña sonrisa. —Es porque no soy como los demás, ¿verdad? —Se inclina un poco, bajando la voz—. No rehúyo este mundo. Estoy aquí para entenderlo... y, con el tiempo, controlarlo.

Casi me río, pero las palabras que pronuncia son afiladas, cargadas de determinación. —¿No tienes miedo?

Su sonrisa se acentúa. —El miedo es una herramienta. Pero no me asusta el juego. Solo quiero asegurarme de jugarlo bien.

—Me sorprendes. —La observo, evaluando el cambio en ella. Esta mujer ya no es solo un peón. Ya no.

Coge su café, mirándome con atención mientras toma un sorbo. —¿Qué necesito saber sobre el Código Vor?

Me echo hacia atrás en la silla, cruzándome de brazos. —El Código Vor es sencillo en teoría, pero brutal en la práctica. La lealtad

lo es todo. La traición se castiga. Una promesa hecha es una promesa cumplida. Y nunca muestras debilidad.

Asiente despacio, apretando más la taza con los dedos mientras escucha. —Pero es más que solo reglas, ¿no? Se trata de en quién confías, de quién dependes.

—Sí —respondo, casi impresionado—. La jerarquía se construye sobre el respeto. En quién confías. A quién temes. El poder no es solo fuerza. Es percepción.

Sus ojos se clavan en los míos, agudos. —¿Y tú confías en mí?

Vacilo un breve instante antes de responder. —Confío en que comprendes el peligro de este mundo. Y en que estás dispuesta a sobrevivir a él.

Deja que eso flote en el aire un momento, considerando mis palabras. —No estoy aquí para ser una víctima, Alexei. Estoy aquí para ser parte del sistema. Para controlarlo. No solo para jugar siguiendo sus reglas.

Levanto una ceja. —¿Y qué te hace pensar que puedes hacerlo?

Su respuesta es pausada, deliberada, pero hay un filo en su voz que no había oído antes. —Porque entiendo las reglas. Mejor que la mayoría. Y estoy aprendiendo del mejor.

La miro fijamente, endureciendo mi mirada. —Has estado escuchando con atención.

Sus labios vuelven a curvarse, esta vez con una leve mueca. —¿Qué pensabas que estaba haciendo todo este tiempo? ¿Dormir?

Casi sonrío ante eso, pero sigo vigilándola de cerca. —¿Dónde aprendiste todo esto?

Se echa hacia atrás, sosteniendo mi mirada con firmeza. —En el mismo lugar que tú. Escuchando a hombres viejos discutir sobre el honor mientras planean asesinatos.

Me quedo sorprendido. No esperaba que supiera eso, no de esta manera. —Eres inteligente para ser una mujer tan joven.

Se encoge de hombros, casi con indiferencia. —Presto atención.

No puedo evitar que una pequeña sonrisa asome en la comisura de mis labios. —Nunca pensé que serías tan rápida para entender.

Ladea la cabeza, desafiándome. —Soy algo más que la madre de tu heredero, ¿verdad?

Me enderezo, sin apartar la vista de la suya. —Sí. Eres más que eso. Pero no olvides cuál es tu lugar, Anya.

Entrecierra los ojos, claramente disgustada por la insinuación. Pero antes de que pueda responder, pregunta de repente: —Si soy la gestante del brigadier, ¿tengo más rango que la novia del Avtoritet?

Sostengo su mirada, con una leve diversión asomando en los míos. —Tienes más rango que todos, excepto yo.

Sus labios tiemblan levemente. —Qué conveniente para ti.

Suelto una pequeña carcajada, impresionado por su audacia. Pero hay algo más, algo que se retuerce en mi pecho. No puedo dejar que se sienta demasiado cómoda. Todavía no. No cuando todo está en juego.

—¿Crees que puedes desafiarme ahora? —pregunto en voz baja.

Me mira de frente, sin pestañear. —Creo que puedo hacer lo que me dé la gana.

Río entre dientes, un sonido oscuro y grave. —Cuidado. Esa actitud podría hacer que te maten.

—O hacerme más fuerte —replica ella.

El desafío en su voz despierta algo dentro de mí, algo más oscuro, algo peligroso. Pero no retrocedo.

—Solo el tiempo lo dirá, Anya —murmuro, suavizando el tono.

—Dime algo —dice ella, inclinándose un poco—: ¿Cómo hacemos para que Dimitri piense que todavía tiene el control?

La observo, evaluándola con cuidado. —Les hacemos creer que todavía lo tienen. —Hago una pausa—. Y cuando menos lo esperen, se lo quitamos todo.

Anya asiente despacio, con una ligera sonrisa curvando sus labios. —Suena divertido.

Por primera vez en días, siento que algo en mí se relaja. No es solo la emoción del juego, o la adrenalina. Es algo más. Algo más personal.

Esta mujer no está aquí solo para interpretar su papel. Está aquí para dar forma a este mundo. Me guste o no.

Y por primera vez, me pregunto si será ella quien acabe conmigo... o quien me lo arrebate todo.

* * *

Nunca he traído a una mujer aquí antes. No a esta banya privada. No a este lugar donde el calor y el vapor te hacen sentir que estás al borde del colapso, como si las propias paredes se cerraran sobre ti. Es el único lugar donde puedo estar a solas con mis pensamientos, donde puedo despojarme del peso de ser el Pakhan y simplemente existir como un hombre.

Pero esta noche me encuentro caminando junto a Anya, y su presencia en el aire cargado de vapor es más poderosa que cualquier calor. La tensión entre nosotros es palpable, las palabras no dichas pesan en el silencio mientras entramos en la pequeña e íntima banya.

Ella nunca la ha visto antes, nunca ha pisado este espacio donde bajo la guardia, aunque sea un poco. Para mí es casi sagrado. El suave vapor se enrosca a nuestro alrededor, el calor de las piedras bajo nuestros pies, la temperatura subiendo como la presión en mi interior. El aroma de las ramas de abedul llena el aire mientras me dirijo al banco de madera, observando cómo Anya reconoce la estancia.

Hago un gesto hacia el banco inferior. —Siéntate —le digo—. Aquí estás a salvo.

No duda, ocupando el espacio a mi lado con una gracia que no esperaba. Sigue siendo un gran misterio para mí, y no acabo de descifrarla del todo. Observo cómo se quita el albornoz, con la piel brillando por el sudor del calor. Por primera vez en mucho tiempo, noto que siento una tensión desconocida. No es el esfuerzo habitual por mantener el control. Es algo más peligroso.

Más tentador.

Ella me mira a los ojos y, por un brevísimo instante, el filo agudo de su mirada se suaviza. Los muros entre nosotros parecen estar bajando, ladrillo a ladrillo, con cada segundo que pasa.

El vapor llena el espacio, envolviéndonos como una manta pesada; el mundo exterior se desvanece hasta quedar en nada. El calor hace que todo se sienta más lento, más suave, como si las

líneas entre nosotros se estuvieran desdibujando. Hay algo aquí. Algo que ninguno de los dos puede ignorar.

Ella me observa, con el silencio extendiéndose entre nosotros como una invitación, pero ninguno de los dos sabe exactamente qué decir. Finalmente, habla, con voz suave pero afilada por ese mismo ingenio mordaz. —Sabes, esperaba que el lugar fuera un poco más opulento. Para alguien como tú.

Levanto una ceja, sorprendido por el comentario. —¿Opulento? —repito, divertido—. ¿A qué te refieres?

Se encoge de hombros, mirando alrededor de la sencilla y rústica banya. —No lo sé. ¿Bordes de oro, suelos de mármol, quizá una lámpara de araña o dos? —Sus ojos se clavan en mí, con una pequeña sonrisa burlona curvando sus labios—. Pero, pensándolo bien, no eres el tipo de hombre que se esconde tras el lujo, ¿verdad?

La miro fijamente un momento, con un sentimiento extraño agitándose en mi pecho. Es raro que alguien se atreva a hablarme así, especialmente cuando no saben de lo que soy capaz. Pero hay algo en Anya que me desarma. Algo que me hace querer bajar las barreras que he pasado toda una vida construyendo.

Casi me río; una risa real. El sonido me resulta extraño. Es muy raro que me deje llevar así. Permitirme disfrutar de algo por lo que es, sin la presión constante del poder cerniéndose sobre mí.

Sus ojos se abren un poco más y me mira con curiosidad. —¿Qué?

Niego con la cabeza, todavía con una pequeña risa escapándoseme. —No creo que haya oído nunca a nadie describirme como alguien que «no se esconde tras el lujo». —Mi voz es baja y hay un matiz de verdadera diversión en ella—. Pero tienes razón. No lo hago.

Ladea la cabeza, estudiándome con esa mirada aguda e inteligente suya. —Me he dado cuenta de eso. No eres como los demás. Los hombres que se sientan a tu mesa, hablando del poder como si fuera solo un juego.

—¿Y qué hay de ti? —le pregunto, inclinándome ligeramente, entrecerrando los ojos mientras la estudio—. ¿Qué piensas tú del poder?

Sus labios se curvan en una leve sonrisa, su voz ahora es más suave, casi burlona. —Creo que el poder está un poco sobrevalorado, sinceramente. ¿Pero entenderlo? Ahí es donde está el verdadero juego.

Siento que se me oprime el pecho, el pulso se me acelera mientras la miro. No solo está aprendiendo sobre este mundo. Se está convirtiendo en él. Y eso es lo que me asusta.

—Me sorprendes cada vez —murmuro, casi para mí mismo. Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas y, por primera vez en mucho tiempo, me encuentro sintiendo algo que no es control.

Sus ojos brillan con algo. Reconocimiento, tal vez, o curiosidad. Es difícil de decir.

—No te tengo miedo, Alexei —dice suavemente, con la mirada firme—. Ni a este mundo.

La miro fijamente, casi incapaz de creer lo que está diciendo. Estoy tan acostumbrado a que la gente me tema, por respeto o por precaución. ¿Pero Anya? Ella es diferente.

Me acerco más, con el vapor arremolinándose a nuestro alrededor mientras siento la innegable atracción entre nosotros. La química es densa ahora, eléctrica, chisporroteando en el aire. Hay algo peligroso en esto. Algo que no tiene nada que ver con el poder y tiene todo que ver con la necesidad.

Se le entrecorta la respiración a medida que me acerco, con nuestros cuerpos a escasos centímetros. El calor de la banya nos envuelve, pero no es nada comparado con la tensión que siento en el aire entre nosotros. Alargo la mano, sin pensar, y mis dedos rozan su muñeca.

El contacto es eléctrico. Crudo. Su pulso salta bajo mi tacto y, por un segundo, el tiempo parece detenerse. Mis ojos se quedan fijos en los suyos, y su respiración se vuelve más rápida. El aire está cargado de lo que ambos tenemos demasiado miedo de nombrar.

No retiro la mano. Ella tampoco lo hace. Ninguno de los dos se mueve ni un centímetro, con nuestras miradas trabadas en una batalla de voluntades no declarada, mientras el calor de la sala amplifica el calor entre nosotros.

Pero ninguno de los dos se atreve a dar el paso final.

Dejo escapar un suspiro pausado, y mi mano se demora un instante más de lo debido. Ya no estoy seguro de qué estoy haciendo. Ni de qué quiero hacer. Pero sé que no estoy listo para dejar ir esto. Todavía no.

En cambio, retiro la mano y hablo con voz baja, casi ronca. —No temes a este mundo... pero quizás deberías hacerlo.

Sus labios se entreabren un poco, pero no dice nada. Solo me mira fijamente, con los ojos ahora más oscuros, más profundos, como si estuviera viendo a través de mí de una forma en que nadie lo ha hecho jamás. No se aleja. No retrocede.

Y es entonces cuando me doy cuenta.

No me tiene miedo a mí. No tiene miedo a este mundo.

Tiene miedo de lo que yo podría hacerla sentir.

Por un segundo, la habitación queda inmóvil. El vapor gira a nuestro alrededor, el calor presiona desde todos los flancos, pero la electricidad entre nosotros crepita más fuerte que todo lo demás.

Capítulo 15

Anya

—Así que, sí, la han despedido —se ríe Mariya—. Pero ahora que todo ese drama ha terminado, hace que te eche más de menos. ¿Cuándo podré verte?

Me muerdo con fuerza el labio inferior. —No creo que sea pronto.

¿Cómo puedo decirle que estoy en peligro? ¿Cómo le hago saber que no quiero arrastrarla a todo esto?

La voz de Mariya interrumpe mis pensamientos, ligera pero con ese matiz de preocupación tan familiar. —¿Anya, estás ahí?

—Sí —digo rápidamente, sin querer que note la vacilación en mi voz—. Solo... me he quedado pensativa.

—Bueno, no te me pongas filosófica ahora —dice con tono burlón —. Necesito que me mantengas al tanto. Dime que al menos has sacado algo de diversión de todo este caos. Quizás una visita a un spa, o al menos algo de comida decente.

Sonrío débilmente, aunque nadie puede verme. —Tengo mucha comida rica aquí —respondo con sequedad—. Pero el spa puede que se salga de mi presupuesto ahora mismo. La jaula de oro y todo eso.

—Ah, la jaula —suspira ella, tan dramática como siempre—. Te lo juro, Anya, un día saldremos de ahí. Tú y yo. Encontraré la forma de que escapes de esa prisión tan educada en la que estás.

—Quizá podamos escapar juntas, entonces —bromeo, pero hay un tinte de verdad en mis palabras.

Siento que las paredes se me echan encima cada vez que camino por aquí. No sé cuánto tiempo más podré seguir fingiendo que todo va bien.

—Hablo en serio —insiste ella—. Odio saber que estás ahí fuera, en... sea lo que sea ese lugar, y que yo no esté allí para sacarte a rastras.

—Ya haces bastante manteniéndome cuerda con estas llamadas —le digo, con la voz un poco más firme ahora—. No quiero arrastrarte a esto. Ya lo solucionaré.

No me deja librarme tan fácilmente. —Anya, escucha. No puedes seguir excluyéndome, ¿vale? Estás en una situación que no entiendo del todo, y no me debes los detalles, pero sé lo suficiente para saber que necesitas a alguien de tu lado.

Trago saliva, sintiendo el peso de sus palabras. —Lo sé, Masha. Lo sé, pero esto ya no se trata solo de mí. Hay más en todo esto de lo que esperaba. Yo... estoy intentando entenderlo todo.

Se queda callada un momento, y luego pregunta: —¿Qué está pasando? No pareces tú misma.

Cierro los ojos, dejando que el silencio se alargue más de lo que debería. ¿Cómo explico el lío en el que estoy enredada? ¿Cómo le digo que el hombre que tiene mi futuro en sus manos está tan atrapado como yo, si no más? ¿Cómo le explico que no soy solo la gestante de su hijo, sino la encarnación viva del poder perdido de alguien?

—Anya —insiste Mariya de nuevo, ahora más bajito—. ¿Qué está pasando de verdad?

—Nada, en serio. Es solo que... es mucho para procesar.

—Oh, no. —Se le corta la respiración—. ¿Te has enamorado del hombre guapo y melancólico?

Suelto una carcajada forzada. —¿De Alexei? Por supuesto que no. No olvides que estuvo casado con mi hermana.

La culpa me recorre como una marea. No me he estado comportando exactamente como si él hubiera sido el marido de mi gemela, ¿verdad?

Pero luego también tengo que considerar su carta...

Uf, es tan confuso.

—Cierto. Katerina —añade ella, suavizando la voz—. Pero he visto cómo lo miras, Anya. Es más que la situación en la que estás. Puedes negarlo todo lo que quieras, pero te conozco. No estoy ciega.

Me apoyo en la pared, frotándome las sienes. —Es complicado. Más complicado de lo que jamás pensé que podría ser. Y no tengo tiempo para esto, Masha. No puedo permitirme sentir nada por él. Esto es un trabajo, un deber. Nada más.

Se queda en silencio un largo rato, pero cuando habla, lo hace con un tono más dulce y serio. —No quiero presionarte a nada para lo que no estés lista, Anya. Pero al final vas a tener que dejarte sentir algo. No puedes seguir fingiendo que nada de esto te importa.

—Ya.

—Solo prométeme que no lo harás sola —dice con voz suave pero firme—. Puede que no esté allí contigo, pero siempre estoy aquí. No me apartes. Seré tu plan de escape si lo necesitas.

Sonrío, sintiendo un destello de gratitud. —Lo prometo, Masha.

—Entonces, ¿cuál es el plan para tu fuga? ¿Vas a escaparte en mitad de la noche?

Me echo hacia atrás y cierro los ojos un momento, imaginando lo absurdo de la situación. —Tal vez algún día.

Su voz vuelve a adoptar un tono más serio. —Ten cuidado, Anya. No quiero que te metas demasiado a fondo. Esta situación es peligrosa.

—Lo sé —digo en voz baja, sintiendo el peso de su preocupación como una segunda piel—. Tendré cuidado.

—Te tomo la palabra —responde ella, recuperando la ligereza en su voz—. Y cuando estés lista, házmelo saber. Allí estaré.

Cuelgo el teléfono y el silencio vuelve a filtrarse, pero esta vez parece un poco más fácil respirar. Debería estar trabajando. Sé que debería. Pero hay algo en el silencio de este lugar cuando termino la llamada, ese zumbido denso y omnipresente de control, que hace que sea difícil concentrarse.

Aun así, me obligo a hacerlo. El ordenador está ahí, desbloqueado, sobre el escritorio como una fruta prohibida que ahora se me permite probar. Porque, al parecer, Alexei confía en que no le desbarate todo, y esa no es una confianza que yo me tome a la ligera.

Me siento al escritorio, con los dedos sobre el teclado durante un segundo, antes de recordarme que tengo un trabajo que hacer.

Dimitri. Necesito entenderlo. Quizá no sea esa la razón por la que me han dado acceso al ordenador, pero es lo que necesito hacer.

No sé por qué la duda es tan acuciante. Quizá sea la curiosidad persistente, o quizá el hecho de estar atrapada en el fuego cruzado de una batalla en la que nunca quise participar. Sea como sea, necesito saber qué le motiva. Qué es exactamente lo que lo convierte en una amenaza.

No es difícil encontrar información sobre él: su nombre está en todas partes, impreso en ruso y en inglés, envuelto en una mitología que apenas estoy empezando a desentrañar.

Me detengo en un artículo y las palabras en la pantalla hacen que se me revuelva el estómago. Susurro las palabras en voz alta, saboreándolas mientras intento comprender.

—Dimitri Volkov estuvo en su día destinado a heredar el trono de Moscú. Su derecho era tan legítimo como el de Alexei, y muchos creían que lideraría la Bratva con el mismo puño de hierro que sus predecesores. Sin embargo, cuando Katerina Morozov, hermana de Anya Volkov, se casó con Alexei Morozov, el equilibrio de poder cambió drásticamente. Lo que antes había sido una línea de sucesión clara para Dimitri fue cortado abruptamente.

Niego con la cabeza, incapaz de asimilarlo todo a la vez. Pero hay más. El siguiente artículo aporta más contexto. Lo leo de nuevo en voz alta, con voz hueca.

—El cambio de poder, orquestado por el matrimonio de Katerina, no dejó a Dimitri otra opción que aceptar un papel secundario. Al dejar de ser el heredero del liderazgo de la Bratva, la ambición de Dimitri se volcó hacia el mundo criminal en las sombras de Moscú. Muchos ven sus acciones como una represalia contra el sistema que lo traicionó.

Siento cómo las palabras se asientan en mi pecho, con el peso de lo que estoy leyendo. El matrimonio de Katerina con Alexei le había dado a Alexei todo lo que Dimitri deseaba. Pero, más aún, le había arrebatado lo que Dimitri creía que le pertenecía por derecho. Dimitri no solo perdió poder; perdió todo lo que le definía como quien se suponía que debía ser.

Sigo bajando por unas cuantas líneas más, y mis dedos se detienen cuando la siguiente parte me llama la atención.

—A pesar de su posición más aislada, Dimitri es un hombre de profunda influencia en ciertos sectores de la mafia rusa. Su rencor contra Alexei sigue siendo personal, y fuentes cercanas sugieren que Dimitri ve la muerte de Katerina como la traición definitiva. El hecho de que Anya Volkov, la hermana gemela de Katerina, lleve ahora un hijo de Alexei no hace sino profundizar la ira de Dimitri. Para muchos, ella representa el símbolo mismo de su poder perdido, y eso es algo que Dimitri no puede, ni quiere, perdonar.

Esto no se trataba solo de que yo gestara al hijo de Alexei. Se trataba de Katerina, de su matrimonio con Alexei, de su posición en este mundo, de las alianzas que se formaron y del poder que pasó de Dimitri a Alexei por ello.

—No soy solo un peón en esto —murmuro, sintiendo la dureza de la verdad—. Soy un símbolo. Lo único que él nunca podrá recuperar. Todo lo que Katerina le dio a Alexei, ahora lo llevo yo.

Cierro el portátil con un suave clic y me echo hacia atrás en la silla. No puedo quedarme a oscuras, fingiendo que nada de esto importa.

La rabia de Dimitri no es solo por mí. Es por todo lo que pasó antes. Por el mundo que Alexei tiene que equilibrar. El mundo al que está atado por el mismo hilo que me une a mí a este lugar.

Capítulo 16

Alexei

Me quedo en el umbral, observando cómo Anya se sienta en la camilla de exploración; mantiene la espalda recta pero está tensa. El doctor Sokolov se mueve a su alrededor, hablando en un ruso bajo y profesional. La habitación está en silencio, a excepción del leve sonido de sus notas al garabatearlas y el crujido ocasional de Anya al removerse sobre el papel bajo su cuerpo.

Presión arterial. Control de peso. Síntomas.

Pero hoy hay algo diferente. Hoy, su embarazo es visible de una forma que no lo había sido antes.

La curva de su vientre es suave pero innegable. La pequeña y evidente elevación bajo su ropa es la prueba de la vida en su interior, un recordatorio constante de lo que está en juego.

Demasiado real.

Esto ya no se trata solo del niño que lleva, el heredero de mi nombre. Se trata de ella. La mujer que se ha convertido en algo más que una simple gestante subrogada. Lleva mi legado. Y eso lo complica todo.

El doctor Sokolov sigue hablándole en ruso, con palabras bajas y metódicas.

La observo con atención, sintiendo que una extraña incomodidad se instala en la boca de mi estómago. Ya no es solo un recipiente. Es

una persona. Se está convirtiendo en alguien que porta una parte de mí, una parte de mi mundo. Y con eso, todo cambia.

Doy un paso adelante, incapaz de quedarme quieto por más tiempo. No necesito estar en la sala para esto, pero no puedo alejarme. Me acerco despacio, deliberadamente, intentando controlar el impulso de actuar según los mil pensamientos que corren por mi mente. La tensión en mi pecho aumenta.

—¿Cómo se encuentra, Anya? —pregunta el doctor Sokolov, con voz profesional mientras levanta la vista de sus notas.

—Bien —responde ella.

Pero noto el pequeño quiebre en su voz, la forma en que vacila ligeramente. Intenta parecer tranquila, pero puedo verlo en sus ojos. No está bien. No está nada bien.

El bebé se mueve de nuevo, una pequeña ondulación bajo su piel. Al principio es sutil, pero luego vuelve a moverse, de forma más pronunciada esta vez. El ligero desplazamiento de su vientre capta mi atención y, por un breve instante, mi atención se centra exclusivamente en la vida que crece en su interior.

No puedo apartar la mirada.

El doctor Sokolov nota mi tensión. Veo cómo sus ojos se dirigen hacia mí y luego vuelven a Anya.

—Alexei —dice, con tono bajo pero firme—, ¿le gustaría sentir al bebé?

Dudo. No estoy seguro de por qué. Se me cierra la garganta ante el pensamiento de poner mi mano sobre ella, sobre esa parte de ella. Pero este niño, mi hijo, está dentro de ella, y eso hace que este momento sea inevitable.

Avanzo hacia ella con pasos lentos y pausados. Anya no me mira ni reconoce mi presencia, incluso cuando me detengo a su lado, cerniéndome a escasos centímetros. Mi pulso se acelera en respuesta, pero me obligo a mantener la compostura.

Pongo mi mano sobre su vientre. Su piel está caliente bajo mi palma, suave y llena de vida. El bebé vuelve a moverse, un pequeño movimiento que siento en lo más profundo del pecho. Contengo la respiración un momento, sintiendo la vida bajo mi mano. Es

demasiado para procesarlo todo a la vez, esta cosa, esta conexión que nos une de formas para las que no estoy preparado.

Su piel está caliente y, al sentir los pequeños movimientos bajo mi mano, me doy cuenta de lo real que es esto. De lo irrevocable que resulta. Mi cuerpo se tensa, pero no me retiro. No puedo.

Por un instante, todo lo demás desaparece. No hay propiedad, no hay guerra con Dimitri, no hay un mundo de poder y control. Solo estamos Anya, su cuerpo vibrante con mi hijo, y la forma en que se le entrecorta el aliento al sentir el movimiento del bebé.

Quiero decir algo. Lo que sea. Pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta.

—¿Es esto... normal? —pregunto, con la voz más baja de lo que pretendía, mientras miro al doctor Sokolov, buscando algo sólido, algo que pueda devolverme a la realidad.

Él asiente.

—Sí. Todo está bien.

Retiro la mano despacio, quizá demasiado rápido. La distancia entre nosotros aumenta, pero el aire sigue chisporroteando con la carga del momento. Retrocedo, incapaz de evitar que se note mi incomodidad. No puedo controlar esto. No puedo controlar mi reacción.

Anya me mira entonces, con los ojos brillando con algo indescifrable. No dice nada, pero lo veo. Veo cómo me observa, esperando a que yo le encuentre sentido a lo que acaba de pasar. No busca consuelo ni reafirmación. Busca algo más, algo que no puedo darle. Todavía no.

Quiero acercarme a ella de nuevo. Quiero atraerla hacia mí, reparar esta distancia repentina e insoportable que nos separa. Pero no lo hago.

Me doy la vuelta, tratando de concentrarme en algo, en cualquier cosa que no sea la forma en que su cuerpo ha reaccionado al mío, la forma en que ha cambiado el aire entre nosotros.

El doctor Sokolov vuelve a hablar, con voz firme, pero apenas le oigo. Está haciendo preguntas, cumpliendo con el protocolo, pero mi mente sigue anclada en lo que acaba de ocurrir.

Lleva a mi heredero.

Pero también lleva algo más peligroso. Algo que nos une de formas que no puedo desenmarañar.

Mientras la observo, me pregunto si ella comprende el peso de todo esto. La forma en que su propia existencia en esta casa, el hijo que lleva dentro, va a cambiarlo todo.

Y me pregunto si podré mantener mi distancia el tiempo suficiente para protegerla a ella... y a mi mundo.

* * *

La quietud de la finca es como una manta pesada esta noche. El sonido de pasos lejanos, el murmullo bajo de voces de otras habitaciones, todo se desvanece, dejando solo el denso silencio entre nosotros.

Anya está allí de pie, en el pasillo de seguridad, con la espalda apoyada contra la fría pared de piedra. Tiene los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, con una postura defensiva, pero sus ojos... esos ojos son afilados, desafiantes. Intenta comprender este mundo, intenta controlarlo, luchar contra lo que sea que este lugar le esté haciendo. Lo veo, el destello de desafío en su mirada, pero no es solo eso.

Es algo más profundo. Algo que no alcanzo a definir.

Me acerco, con mis zapatos silenciosos sobre el suelo de mármol, pero mi presencia es de todo menos discreta. Ella es consciente de cada paso que doy. Puedo verlo en la forma en que me observa. Tiene los labios entreabiertos, su respiración es constante pero rápida. Se está preparando, y no estoy seguro de si es para recibirme o para resistirse a mí. De cualquier forma, no importa.

—¿Crees que no puedo protegerte para siempre, Alexei? —dice ella, con voz baja pero firme.

Estoy a pocos pies de ella ahora. Mi pulso suena demasiado fuerte. Sé que ella también lo siente, la tensión que no podemos ignorar.

—No comprendes el peligro en el que estás —digo, mi voz es baja, deliberada, como si cada palabra estuviera recubierta de acero.

Sus ojos no se apartan de los míos. Arden con algo más que simple curiosidad ahora. Algo peligroso.

—¿Peligro de Dimitri o de ti? —pregunta, soltando las palabras con mordacidad, pero no hay miedo en su voz.

Por un momento, me detengo. La pregunta es sencilla, pero me atraviesa, afilada y brutal. Me pilla desprevenido, pero no puedo demostrarlo. No ahora. No cuando todo está en juego.

Doy un paso más hacia ella y puedo sentir cómo el calor entre nosotros se eleva como el humo. El aire está inmóvil, pero por dentro, mi mente es una tormenta.

—De ambos —digo finalmente, las palabras salen de mí en un susurro, bajo y sombrío.

Y en el momento en que salen de mi boca, siento el cambio en la habitación. Es como si el mundo contuviera el aliento. Sus ojos parpadean, su respiración se entrecorta muy levemente. No tiene miedo, pero hay algo más. Algo más... crudo. Sus labios se separan, apenas un poco, como si fuera a decir algo, pero las palabras se le quedan trabadas en la boca.

Me muevo, inclinándome más hacia ella, sintiendo el calor que irradia. La tensión chisporrotea como un rayo, y sé que ella también lo siente. Es embriagador. Apoyo la mano en la pared, junto a su cabeza; la cercanía hace que todo parezca demasiado real. Está viva bajo mi tacto. Ella es mi responsabilidad. Lleva a mi heredero, y todo esto se está volviendo... demasiado.

Puedo sentir el calor de su piel a través de la fina tela de su vestido, el sutil subir y bajar de su pecho mientras intenta mantener la compostura. Pero eso solo lo hace más difícil. Cada centímetro de espacio entre nosotros parece una eternidad.

La deseo. La deseo tanto que duele.

Pero no puedo cruzar esa línea. Todavía no. Nunca.

Pero maldita sea, no puedo evitar acercarme más. Mi aliento está en su cuello, justo sobre su piel, caliente y pesado. Sé que ella también puede sentirlo. Se mueve, apenas un poco, presionando su cuerpo contra la fría pared de piedra como para apuntalarse, pero no se aparta.

—No tienes ni idea de con qué estás jugando —murmuro, con mi voz convertida en un susurro peligroso, apenas controlado.

Inclina la cabeza, con los labios tan cerca de los míos ahora, a solo un suspiro. Sus ojos centellean, oscuros y llenos de desafío, y mi cuerpo se tensa de una forma que no puedo controlar. Hay una atracción magnética entre nosotros, algo primario, algo que nos empuja el uno hacia el otro con una fuerza contra la que no puedo luchar.

—Creo que sé perfectamente con qué estoy jugando —dice en voz baja, con un tono que roza el desafío. Su respiración es rápida, igual que la mía. Su mirada se bloquea con la mía y, por una fracción de segundo, parece que el tiempo se detiene.

Mi corazón late con fuerza. No sé qué está pasando. Yo tengo el control de todo. De cada movimiento. De cada palabra. Pero esto... esto no es control. Esto es salvaje. Esto es todo aquello contra lo que he estado luchando.

Casi me inclino. Casi la beso. La tentación está ahí. Tan cerca que puedo saborearla.

Pero me retiro. Solo un paso atrás. Solo un respiro. Una pausa que dura demasiado. Mi mente me grita que me detenga. Que la deje en paz. Que no haga esto, porque cruzar esta línea lo destruiría todo.

Pero la verdad es que ya no sé si me importa.

Ella me mira con los ojos muy abiertos y la mirada fija. No sé si siente lo mismo que yo, pero sé que siente algo. El aire entre nosotros está denso por ello. La química. La tensión.

Ambos fingimos que no es nada. Ambos nos mentimos a nosotros mismos.

Pero en el fondo, los dos sabemos la verdad. La atracción es innegable.

El momento queda suspendido en el aire, tan espeso que apenas puedo respirar. Pero no estamos preparados para esto. Todavía no. Me yergo, intentando recuperar el control.

—No puedes seguir poniéndome a prueba de esta manera, Anya —mi voz es baja, tensa—. Estás jugando con fuego.

Sus labios se curvan en una leve y peligrosa sonrisa.

—No parece que te importe.

Me doy la vuelta y me alejo por el pasillo rápidamente, con la tensión en mi pecho insoportablemente apretada. Pero no miro atrás.

Porque si lo hago, temo no ser capaz de contenerme y cruzaré esa línea. Y ahora mismo, eso es lo último que necesito.

Pero cada vez es más difícil. Más difícil fingir. Más difícil contenerse.

Y por primera vez en mi vida, no estoy seguro de si quiero hacerlo.

Capítulo 17

Anya

La música pulsa a través del suelo, vibrando por mis piernas mientras me adentro en el club nocturno en penumbra.

Lux. Un lugar donde los hombres hacen tratos. Esta noche, no soy solo una visitante; soy parte de la ecuación. La mano de Alexei está firme en la parte baja de mi espalda, un recordatorio constante y firme de cuál es mi lugar en este mundo ahora.

He pasado las últimas semanas confinada en su casa, escondida tras los muros, observando, aprendiendo las reglas, las dinámicas de poder, los matices. Y esta noche, ha llegado el momento de salir, de ocupar mi lugar. Públicamente.

Pero cada paso que doy hacia el centro de la sala me hace sentir como si cruzara una puerta de la que no pudiese volver atrás.

Me miro a mí misma. El vestido que Alexei ha elegido para mí es impresionante. La tela de un negro intenso se ciñe a mi cuerpo en todos los puntos adecuados. Elegante, sofisticado, diseñado para el tipo de mundo en el que me han metido de golpe. Pero soy plenamente consciente de la curva de mi vientre, el signo inequívoco de mi embarazo que ni siquiera la tela más cara puede ocultar. Puedo sentirlo, cada centímetro, y no hay forma de escapar de ello. Es mi marca, mi símbolo de estar aquí. Un recordatorio visible de

que no soy solo una parte de la vida de Alexei. Llevo su futuro dentro.

El peso de ello me golpea con más fuerza en público, bajo las miradas afiladas y evaluadoras de hombres que han levantado imperios sobre la violencia y la manipulación. Y mi barriga está ahí a la vista de todos, como un letrero de neón intermitente que grita *vulnerabilidad*. Aprieto los dedos y tengo que recordarme a mí misma que debo respirar.

—Relájate —la voz de Alexei, baja y firme a mi lado, me provoca un escalofrío por la espalda.

Su mano permanece en el hueco de mi espalda, guiándome hacia delante. Intento calmar el latido frenético de mi corazón, pero no puedo detener la ansiedad que me oprime el pecho. Esto no es solo otra cena con los hombres. Esto no es una noche tranquila en su casa. Esto es un escenario. Una actuación.

La sala vibra con una energía silenciosa, envuelta en trajes caros, sonrisas gélidas y conversaciones que transcurren entre susurros. Es un mundo de poder, un mundo donde nada es lo que parece.

Saludo cortésmente con la cabeza a unos cuantos hombres que me miran, con los labios curvados en una sonrisa ensayada. Pero no puedo quitarme la sensación de ser una extraña. De ser observada, juzgada. Este mundo es algo más que la mafia; trata sobre la supervivencia, el control, el dominio. Y ahora mismo, me siento como un peón al borde de un campo de batalla, intentando mezclarme con reyes y generales.

Pero la mano de Alexei en mi espalda me mantiene anclada. Una presión constante que, en el caos de mis nervios, me recuerda que no estoy aquí por accidente. Estoy aquí porque pertenezco a este lugar.

Sin embargo, mientras sus ojos recorren la sala, buscando amenazas u oportunidades, no puedo evitar observarlo. Su presencia en esta estancia es innegable. Es magnética, como una fuerza que atrae a todo el mundo, quieran o no estar en su órbita.

Mi estómago vuelve a revolverse, pero no por los nervios. Es él. La atracción de algo entre nosotros que no puedo ignorar, que no alcanzo a nombrar. No es solo el Pakhan, no es solo el hombre que

me ha dado un lugar en su mundo. Es un misterio envuelto en poder. Un mundo que no quería pero del que, por alguna razón, no puedo escapar. Y ahora mismo, mientras camino por la zona VIP del club, me doy cuenta de que, por mucho que intente resistirme, este mundo empieza a encajarme.

Los hombres, con sus miradas saltando de mí a Alexei, se muestran calculadores. Es difícil ignorar la forma en que sus ojos se demoran un segundo más de lo necesario, observando la curva de mi vientre, notando el sutil reclamo que Alexei ejerce sobre mí. El embarazo es un arma, un símbolo de su poder. Una pequeña victoria, sí, pero una victoria que me hace sentir expuesta de formas para las que no estaba preparada.

Se me corta la respiración cuando Alexei me conduce hacia un grupo de hombres. Siento cada mirada sobre nosotros, pero más concretamente sobre mí. Su mano se aprieta apenas un poco en mi espalda, como si percibiera mi incomodidad, pero su rostro permanece indescifrable. Me obligo a erguirme más, a cuadrar los hombros, a parecer tan parte de este mundo como ellos esperan que sea.

No soy un peón. Ya no.

Pavel se acerca, con una sonrisa afilada y cómplice. Ha estado con Alexei durante años, es uno de sus hombres de mayor confianza, ¿y ahora? Me mira con un toque de diversión.

—Te has arreglado bien —dice Pavel.

Es la primera vez que lo veo fuera de las salas de entrenamiento o de las sesiones de estrategia. Esta noche lleva un traje negro que le sienta como una armadura.

—Gracias —respondo con una sonrisa, saludándole ligeramente con la cabeza.

He estado oyendo rumores sobre la pérdida de un aliado clave por parte de la facción de Dimitri. El hombre, un antiguo socio de Dimitri, llevaba meses tanteando la idea de cambiar de bando, y parece que esta noche lo ha hecho oficial. Es una victoria pequeña, pero el tipo de victoria que envía ondas por toda la red.

Pavel se inclina un poco más, bajando la voz hasta convertirla en un murmullo—. ¿El hombre que acaba de jurar lealtad a Alexei?

Arqueo una ceja—. ¿Sí?

—Era el mejor amigo de Dimitri. Ahora es el de Alexei. Es un cambio poderoso. No se puede subestimar el impacto de algo así.

Dirijo la mirada hacia el hombre, una figura que reconozco pero en la que nunca me había fijado que tuviera tanto peso. Una nueva alianza. Una que podría inclinar la balanza de poder.

El reconocimiento me produce una extraña sensación de orgullo. En este mundo, incluso las victorias más pequeñas provocan ondas. ¿Y esta noche? Esta noche, soy parte de esa victoria.

—¿Eso es algo bueno, entonces? —pregunto.

Pavel sonríe con suficiencia, el tipo de mueca que es más de complicidad que de amistad—. Se podría decir que sí. Es el tipo de cosas que hace que la gente se enderece y se cuide un poco más las espaldas.

Asiento, con la mirada fija en Alexei mientras sigue interactuando con los hombres que lo rodean, con su poder innegable. Pero mientras lo observo, noto algo más. Algo sutil. La forma posesiva en que su mano sigue apoyada en mi espalda, guiándome con algo más que fuerza física. Hay un mensaje en ese contacto. Un reclamo. Una declaración sutil pero clara para todos los presentes de que soy suya.

Y por primera vez, no siento que esté interpretando un papel. Soy parte de este mundo. No como el reemplazo de Katerina, no como un mero accesorio. Sino como yo misma.

Miro a Pavel. Sus ojos pasan de Alexei a mí, notando el cambio.

—Ya no estás aquí solo por él. Estás aquí por ti misma.

No es un cumplido. Es una observación. Pero no puedo evitar la tenue sonrisa que asoma a mis labios. Y me pregunto si, tal vez, este es un paso hacia la comprensión de mi lugar en todo esto.

La sala se llena con el ruido de las risas, el tintineo de los vasos, el murmullo de una velada que transcurre exactamente como Alexei desea. Estamos ganando. Y por primera vez, lo siento en mis huesos: no formo parte de esto solo por las circunstancias. Estoy aquí por elección propia.

Entonces Pavel me mira con ojos calculadores—. Te lo advierto ahora. Esta noche, todos los ojos están puestos en ti, Anya. Alexei

es muy protector contigo. Deberías saberlo.

Miro a Alexei, que charla con unos hombres cerca de allí; su voz tajante se oye entre la multitud. No son solo sus palabras las que imponen atención. Es su forma de estar, cómo todos los demás gravitan hacia él. Estoy empezando a comprender que el poder no viene solo de la fuerza, sino de la presencia.

Sostengo la mirada de Pavel—. No me intimida el poder, Pavel. Estoy aprendiendo a manejarlo.

Él sonríe con sorna, con una ligera inclinación de cabeza que sugiere aprobación—. Me lo creeré cuando lo vea.

La conversación cambia. Un hombre en la esquina de la sala, que ya lleva varias copas encima, empieza a contar un chiste malo en ruso sobre políticos.

—¡Ninguno! ¡Se quedarían con el cableado y culparían al gobierno!

La carcajada es fuerte, desagradable, el tipo de humor barato que ni siquiera merece una risita. Pero por alguna razón, me encuentro sonriendo. Es lo absurdo de todo, el hecho de que incluso en una sala llena de violencia, poder y dinero, algunas personas no puedan evitar hacer chistes como este.

Miro a Alexei y, por un brevísimo instante, nuestros ojos se encuentran. Hay algo ahí, algo tácito, entre nosotros. Un reconocimiento compartido de lo ridículo que puede ser este mundo. Casi sonríe. Apenas un ligero movimiento de labios, pero ahí está.

Es la primera vez que compartimos algo que no tiene que ver con negocios, estrategia o control. Por un pequeño y fugaz momento, no somos el Pakhan y su cautiva. Somos dos personas, de pie juntas, reconociendo en silencio el caos que nos rodea.

Le devuelvo la sonrisa, algo leve, casi imperceptible. Él responde de la misma manera, con los ojos oscurecidos por algo que no sé nombrar.

Entonces Pavel le musita a Alexei en ruso, con una sonrisa irónica extendiéndose por su rostro—. Por un segundo os habéis mirado como personas normales. Cuidado, no sea que se convierta en un hábito.

No puedo evitar reír por lo bajo. Pavel siempre tiene una forma de ir directo al grano. Siento el peso de la mano de Alexei presionando ligeramente de nuevo el hueco de mi espalda, posesivo y protector.

El movimiento no pasa desapercibido. El ambiente de la sala cambia sutilmente. Algunos ojos se fijan en nuestra dirección, notando el gesto, reconociendo el poder tácito en el aire.

A medida que avanza la noche, me desenvuelvo en las conversaciones con facilidad. Ya no finjo. Hablo un ruso fluido con Pavel y los demás miembros de la Bratva. Entiendo los brindis, los chistes, los comentarios casuales sobre tratos y asesinatos. La violencia no me perturba, es solo otra parte del mundo por el que estoy aprendiendo a navegar.

Y cuando alguien a la mesa pregunta por las nuevas «alianzas» que se están formando, traduzco para alguien que no habla ruso a la perfección, impresionando a los hombres que me rodean. No esperaban que conociera todos los matices. No esperaban que comprendiera el significado de lo que estoy traduciendo.

Pero lo hago. Y conozco el poder que tengo ahora. Me he ganado mi lugar aquí, no por quién era, sino por aquello en lo que he elegido convertirme.

Y esta noche, he decidido que no estoy simplemente en el mundo de Alexei. Lo estoy haciendo mío.

Capítulo 18

Alexei

—¿Pakhan?

La voz atraviesa la niebla de mi sueño, sacándome de una pesadilla de la que no logro desprenderme. Dimitri, con el rostro cubierto de sangre, su mueca de suficiencia todavía atormentándome. Me revuelvo, con los restos del sueño aferrándose a mí, negándose a abandonar mi mente. Abro los ojos lentamente mientras las sombras de la madrugada se arrastran por la habitación.

Galina aguarda junto a la puerta, con su postura tan rígida como de costumbre. No espera a que responda antes de entrar, carta en mano.

—Algo urgente, Pakhan —dice, con voz baja pero firme.

Me incorporo, frotándome los ojos, todavía con el espesor del sueño nublándome el pensamiento. Alargo la mano hacia el borde de la mesilla de noche, donde dejo el reloj. Es demasiado pronto. Pero sé que cuando Galina viene a buscarme a estas horas no es por una cuestión de rutina. Es importante.

—¿Qué pasa? —pregunto, con la voz ronca por la pesadilla. Sigo luchando contra su influjo.

Se acerca y me entrega la carta con el sello familiar. El sello de Yuri Volkov. En cuanto lo veo, el corazón me da un vuelco.

Yuri. El padre de Anya y Katerina. Antiguo Avtoritet. El hombre que moldeó gran parte de mi vida y, de forma indirecta, mi camino a seguir.

Cojo la carta, rozando sus dedos con los míos, preguntándome qué demonios querrá *ahora*. Galina no se marcha. Se queda allí plantada, observándome. Espera a que la lea.

Rompo el sello y despliego el grueso papel con lentitud; el crujido seco corta la tensión de la estancia. Recorro con la vista las primeras líneas y luego empiezo a leer en voz alta en ruso, sintiendo cómo el peso de las palabras se hunde más profundamente con cada sílaba.

—Alexei: Sabes que todo en este mundo es un juego. Y que cada movimiento tiene su precio. Lo que ocurrió entre Katerina y tú no fue solo amor. Fue estrategia, y yo lo dispuse así. No eras solo su marido, eras parte del plan. Pero lo que debes entender es que Katerina lo eligió por sí misma. Y respeto su elección, aunque no fuera la ideal para ella.

Las palabras me golpean como un viento helado, y cada una de ellas me pesa más que la anterior. Sabía que el matrimonio no se había cimentado en el amor, pero leerlo de puño y letra de Yuri me obliga a enfrentarme a la realidad de lo que fue. Una transacción. Un paso necesario. Un movimiento para mantener intacto el nombre de los Volkov.

Miro a Galina, que asiente y me insta a continuar. Trago saliva con dificultad y lo hago.

—Debes recordar que, aunque este matrimonio fue un movimiento estratégico, para ella se convirtió en algo más. Empezó a preocuparse por ti, a respetarte. Y aunque no te amó desde el principio, tomó esa decisión por voluntad propia. Y lo que eligió fue real.

Exhalo despacio, dejando salir el aire en un suspiro largo y controlado. El peso de la carta se asienta en mi pecho y me doy cuenta de cuánto me he estado mintiendo a mí mismo. He intentado convencerme de que el matrimonio, el vínculo con Katerina, se

basaba en el respeto, que había un cierto grado de afecto. Pero siempre fue más una cuestión de supervivencia. De familia. De legado.

No de amor.

—Continúa —sisea Galina.

—Pero lo que debes entender, Alexei, es que Katerina te liberó. Vio cómo mirabas a su hermana en la boda. Cómo te miraba ella a ti. Sabes lo que eso significa. Quería que ambos fuerais felices. No desperdicies su regalo.

Cierro los ojos brevemente, sintiendo la presión de esas últimas palabras. —Te liberó para que pudieras elegir.

Sé a qué se refiere Yuri. Katerina quería que yo eligiera. No solo por la familia. No solo por el heredero. Sino por mí mismo.

Su regalo.

Anya.

Aprieto los puños, con la mente divagando sobre las implicaciones de todo esto. Esto ya no se trataba solo de poder. Nunca se había tratado solo de poder. Se trataba de Anya.

Bajo la carta, con el papel crujiendo suavemente en mis manos, y miro por la ventana. Ya no estoy seguro de hacia dónde se dirige mi camino. Pero una cosa es cierta: el juego ha cambiado. Y a partir de ahora, jugaré de otra manera.

Galina me observa con expresión indescifrable, pero hay una pregunta tras sus ojos. Ella lo sabe. Siempre ha sabido más de lo que yo he estado dispuesto a admitir.

—¿Es esto lo que esperabas? —pregunta, rompiendo el silencio.

Niego con la cabeza lentamente, dejando que la tensión se escurra por mis hombros. —No. Pero es la verdad.

Ella asiente, como si también se lo hubiera esperado. —Esto cambia las cosas —dice en voz baja.

Vuelvo a mirarla, sintiendo el peso de mis siguientes palabras en lo más profundo del pecho. —Sí, así es.

Por primera vez, siento algo distinto al control. Es un cambio, un reconocimiento sutil de lo que ha estado frente a mí todo este

tiempo.

Anya es más que una simple gestante. Es más que la madre del heredero.

Ella es mi elección.

Y no desperdiciaré su regalo.

Me pongo en pie, alisando la carta entre las manos. El peso de mi responsabilidad me resulta más oneroso ahora, con la comprensión de que ya no es solo una cuestión de lealtad.

Se trata de lo que siento.

Y no estoy dispuesto a renunciar a ello.

Me giro hacia Galina, con voz firme y resuelta. —Asegúrate de que se duplique la seguridad en torno a Anya. Sin errores.

Ella asiente sin vacilar. —Entendido, Pakhan.

Me aparto de ella y camino hacia el escritorio, sintiendo cómo el cambio en mi interior se asienta como el hielo. Sé lo que tengo que hacer. La amenaza de Dimitri no es nada comparada con la batalla que se está gestando en mi interior.

Puedo protegerla, ¿pero podré conservarla?

Capítulo 19

Anya

No puedo creer lo que estoy viendo. Esto es incluso más impactante que la carta de mi hermana. Mi padre, Yuri Volkov, antiguo Avtoritet, cuyas palabras se deslizan como una serpiente por mi columna vertebral.

Su caligrafía resulta fría, deliberada y, aunque he visto muchas cosas en este mundo, nada me estremece tanto como esto. Es algo más que la impresión de sus palabras. Es lo que implican. Nunca he conocido a mi padre hablando con tanta honestidad, con tanta claridad. Ni conmigo, ni con nadie.

Miro de reojo a Alexei, que me observa con esa intensidad indescifrable que he llegado a conocer tan bien. Sus ojos se dirigen a la carta que tengo en las manos y luego vuelven a mi rostro, sabiendo sin necesidad de palabras lo que me pasa por la cabeza.

—¿La estás leyendo, entonces? —pregunta, con la voz más áspera de lo habitual.

Asiento, apretando la carta con un poco más de fuerza. —Tengo que hacerlo. Necesito saber la verdad. Toda la verdad.

No responde de inmediato, pero noto sus ojos sobre mí. Su mirada nunca flaquea, analizando mi rostro en busca de cualquier signo de debilidad, de cualquier grieta en mi compostura. Intento ignorarlo y me concentro en la carta que tengo delante. Pero el aire

está cargado, prácticamente chisporrotea entre nosotros. Y eso no hace más que aumentar el dolor que ya empieza a formarse en mi pecho mientras sigo leyendo.

—¿Pensabas que era así de sencillo? —murmuro, y las palabras escapan de mi boca antes de que me dé cuenta—. Katerina hizo esto por la familia, por la supervivencia de su linaje. Te quería, Alexei. Pero no era... lo que es esto.

Levanto la vista de la carta y ahí está. Esa mirada en sus ojos. Oscura. Implacable. Como si todo lo que ha estado reprimiendo saliera de repente a la superficie. Noto que se aleja de mí, pero solo un poco. Como si intentara mantener el control, pero la tensión entre nosotros se ha vuelto demasiado densa para que pueda ignorarla.

Al principio no habla. Se queda allí plantado, como una sombra en la penumbra, tensando la mandíbula con cada palabra que pronuncio. Parece que está procesando algo, intentando reprimir los recuerdos del pasado, pero no funciona. Ya no.

Entonces, con una voz tan baja que casi no la oigo, admite: —La honré. Me preocupé por ella. Pero no era lo que es esto.

Se me corta la respiración. La verdad no dicha queda suspendida entre nosotros, pesada e innegable. No son solo las palabras las que me provocan un escalofrío; es cómo suenan viniendo de él. Es el modo en que admite algo que ambos sabemos, pero que ninguno se ha atrevido a pronunciar. Ya no se puede ocultar. Lo que siento por él, lo que él siente por mí… esto no es solo un momento pasajero. Es algo más profundo. Algo más peligroso.

Trago saliva con dificultad. —¿Crees que ella lo sabía?

La pregunta sale más temblorosa de lo que pretendía. Ya sé la respuesta, pero formularla parece el último paso para aceptar la verdad. Que Katerina sabía exactamente lo que hacía. Que tomó su decisión.

Alexei me mira durante un largo rato, con la mirada aguda y calculadora, y luego inclina ligeramente la cabeza. Es el más pequeño de los movimientos, pero tiene algo que hace que se me acelere el pulso. —Lo sabía. Sabía lo que hacía. Eligió el deber antes

que el amor. Pero, al final, le importé. Decidió cuidar de mí, a pesar del mundo en el que vivíamos.

Dejo que sus palabras se asienten entre nosotros; de repente, la habitación se siente demasiado pequeña, demasiado silenciosa. Es como si ambos hubiéramos dado un paso hacia algo de lo que no podemos escapar, algo para lo que ninguno de los dos está preparado, pero que ya ha comenzado.

El corazón me martillea en el pecho, pero me obligo a respirar despacio. —¿Y qué hay de ti? —pregunto, intentando mantener la voz firme—. ¿La amaste?

La pregunta queda suspendida en el aire como una amenaza, como algo que ambos sabemos que estamos evitando, pero que ninguno quiere abordar. Los ojos de Alexei parpadean, un breve destello de algo que no alcanzo a identificar antes de responder.

—Sentía afecto por ella —dice, con la voz más ronca que antes—. Pero no... no era amor.

El corazón me da un vuelco, y una puntada de algo que no sé nombrar me oprime el pecho. Sus palabras tienen una rotundidad que hace que todo lo demás parezca insignificante. El pasado, el futuro, todo se desvanece ante esta confesión. Ante esta verdad.

Asiento despacio, intentando concentrarme de nuevo en la carta, pero me cuesta. Es difícil mantener la mente despejada cuando el aire entre nosotros está cargado de cosas que no se han dicho. Cosas que ambos sabemos, pero que ninguno tiene aún el valor de nombrar.

Pero Alexei no ha terminado. Se acerca, y su presencia devora el espacio que nos separa. La habitación parece aún más pequeña ahora y, sin embargo, él es lo único en lo que puedo centrarme. Su proximidad, el calor que desprende, su aliento rozando mi oreja mientras vuelve a hablar.

—¿Por qué crees que sigo aquí? —su voz es baja, un poco ronca —. No estoy aquí por Katerina. Ya no.

Las palabras aterrizan con tal fuerza que casi me dejan sin aliento. No me mira directamente, pero su voz... su voz es demasiado clara. Parece que intenta decir algo más, algo más profundo, pero se está conteniendo. Igual que yo.

Sus ojos buscan los míos, con algo crudo en su interior. Algo real. —Estoy aquí por lo que es esto. Por lo que eres tú.

Se me revuelve el estómago y, por un momento, no puedo respirar. La atracción entre nosotros es innegable, como una fuerza gravitatoria de la que no podemos huir.

—Tú... —Mi voz flaquea—. ¿Tú también sientes eso?

Alexei no responde de inmediato. Se limita a acercarse más, con la mirada oscurecida. Es como si estuviera luchando contra algo… luchando contra sí mismo. Luchando contra esa atracción que se está volviendo demasiado fuerte para ignorarla. Oigo cómo toma aire, tratando de serenarse.

—Lo siento —dice, y las palabras suenan más a confesión que a afirmación.

No sé qué decir a eso. No sé qué se supone que debo sentir. No debería estar pasando esto. Debería estar centrada en sobrevivir, en el mundo en el que estamos. No en cómo reacciona mi cuerpo a su presencia.

Pero está pasando. Y lo cierto es que no puedo detenerlo.

No quiero detenerlo.

Por un momento, solo hay silencio entre nosotros. Luego me aclaro la garganta, alejándome del borde de lo que sea que es esto. Solo por un momento, para que podamos pensar.

—Dimitri no esperará para siempre. Tenemos que estar listos.

Los ojos de Alexei parpadean y su control flaquea un poco al encontrarse con mi mirada. —Tienes razón —dice, aunque es obvio que su mente no está puesta del todo en el plan. Ninguno de los dos lo está.

Se aparta ligeramente, pero no lo suficiente como para que la tensión se disipe por completo. —¿Cómo nos encargamos de Dimitri?

Tomo aire, dejando de lado todo lo demás y centrándome en la tarea que tenemos entre manos. —Le haremos creer que somos débiles. Que estamos desorganizados. Pero atacaremos cuando menos se lo espere.

Alexei me observa con atención y, por primera vez, no discute. Se limita a asentir, con los ojos oscuros y concentrados. —Me gusta. Le haremos creer que está ganando.

Esbozo una sonrisa cínica. —Y entonces se lo quitaremos todo.

Su mirada cambia, encontrándose con la mía de una forma que me provoca un escalofrío. —Estás empezando a pensar como una estratega.

Siento un destello de orgullo. —¿Qué puedo decir? He estado leyendo.

Él arquea un poco una ceja. —¿Qué, manuales de estrategia?

Niego con la cabeza. —Novelas románticas, de hecho. La heroína siempre es más lista que el villano.

Alexei hace una pausa, claramente desconcertado por el comentario. —¿Novelas románticas?

—Son sorprendentemente tácticas —digo encogiéndome de hombros, intentando ocultar mi diversión.

Y por un brevísimo instante, la tensión entre nosotros cambia, solo un segundo, y lo veo. Esa grieta en su exterior controlado. Es la primera vez que lo veo a punto de reír.

Casi.

Es extraño. El momento se siente como algo diferente. Algo que se siente bien.

—Tendré que leer alguna —dice él.

—No sobrevivirías a los giros de la trama.

La comisura de su boca se contrae, como si realmente estuviera conteniendo una sonrisa, pero no dice nada más.

En su lugar, nos sumimos en un silencio tranquilo, con nuestras mentes volviendo ya a la batalla que nos aguarda. Pero lo sé. Lo sé en lo más profundo de mi ser.

Esto ya no es solo cuestión de estrategia.

Se trata de nosotros.

Y de hacia dónde nos lleva esta peligrosa y magnética atracción.

Capítulo 20

Alexei

La veo antes de que se dé cuenta de que estoy allí. La puerta del estudio está entornada y, a través de ella, capto el movimiento de su vestido cerca del ventanal que da a los terrenos del este. El mismo sector de la propiedad que los hombres de Dimitri intentaron asaltar hace semanas.

Se me encoge el pecho al instante. Está demasiado cerca. El cristal refleja la luz de la mañana, convirtiéndola en una silueta recortada contra los árboles al otro lado de los muros. Desde fuera, sería visible a cientos de metros. Un blanco perfecto.

El tipo de error que hace que maten a la gente.

Mi cuerpo se mueve antes que mi cerebro. Cruzo la habitación de tres zancadas y me sitúo detrás de ella; le agarro el brazo con fuerza y la aparto bruscamente de la ventana.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le espeta la voz.

Se sobresalta cuando mi mano se cierra sobre su brazo y se gira hacia mí. Durante una fracción de segundo, la sorpresa cruza su rostro, pero desaparece casi de inmediato, sustituida por algo mucho más familiar. Ira.

Tira del brazo para soltarse. —Suéltame.

La suelto, pero el daño ya está hecho. Se aleja dos pasos rápidos de mí, poniendo distancia como si fuera yo el peligroso ahora. Sus

ojos echan chispas, tiene las mejillas encendidas y la respiración más agitada de lo que debería.

Detrás de ella, la ventana sigue acechando, amplia, expuesta, implacable. Todavía tengo el pulso acelerado por haberla visto allí parada como una diana.

—¿Tienes idea de...? —

Se da la vuelta antes de que pueda terminar y empieza a caminar por el estudio, con movimientos inquietos que me recuerdan a un animal atrapado probando los límites de su jaula. El sonido de sus tacones golpeando el suelo de madera resuena en el silencio.

De un lado a otro. De un lado a otro. Cada paso tensa más la rabia en mi pecho.

Me acerco al escritorio, forzando una distancia entre nosotros antes de decir algo peor de lo que ya he dicho. Apoyo las manos en el borde, hundiendo los dedos en la madera mientras intento recuperar el control de mi respiración.

—¿Tienes idea de lo que podría haber pasado? —Mis dedos se clavan en el borde del escritorio mientras intento mantener los pies en el suelo.

No deja de caminar, ni siquiera reconoce mis palabras al principio. Tiene la espalda rígida y la mandíbula apretada de esa forma que me indica que no va a ceder.

—Estoy bien —dice con voz mordaz—. ¿O es que crees que no conozco el riesgo? ¿Crees que no sé lo peligroso que es este mundo? Sé exactamente a qué me enfrento, Alexei, ¡y no tienes derecho a actuar como si fuera algo frágil que puedes encerrar para siempre!

Sus palabras me atraviesan, más dolorosas de lo que esperaba. Sabía que me desafiaría, pero oírlo, oírlo de verdad, me golpea más fuerte de lo que quiero admitir.

—Te has acercado demasiado a las ventanas —insisto, esforzándome por mantener la calma, con la voz tensa—. Te has hecho visible para cualquiera que tenga un arma y un motivo para disparar. ¿Tienes idea de lo que has arriesgado? ¿De lo que podría haber pasado?

Deja de caminar y finalmente me sostiene la mirada; su pecho sube y baja con cada respiración y sus ojos centellean. Da un paso hacia mí, y el espacio entre nosotros se cierra a cada momento.

—No me he muerto, Alexei —escupe, con las palabras cargadas de frustración y fuego—. No me he muerto. Así que a lo mejor, solo a lo mejor, ¡es que no puedes controlarlo todo!

Sus palabras me golpean como una bofetada, una mezcla de furia y de esa verdad que no quiero reconocer. Su rebeldía es embriagadora, pero ahora no hay tiempo para eso. La rabia vuelve a estallar en mi interior, esta vez más afilada.

—Podrías haber muerto, Anya.

Levanta la barbilla con ese ademán desafiante suyo y se yergue, con voz baja pero firme. —Sé lo que estoy arriesgando —dice, sin apartar la mirada de la mía—. Pero no soy tu prisionera, Alexei. No soy una muñeca que puedas tener encerrada en una habitación.

Hay un fuego en ella ahora, un fuego que no esperaba, y alimenta algo oscuro y peligroso en mi interior.

—No lo entiendes —repito, con la voz espesa por la frustración—. No puedo perderte. —Las palabras se me escapan antes de que pueda frenarlas—. Puedo controlar esto.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, a la vez promesa y amenaza. Da un paso adelante, tan cerca ahora que puedo sentir su calor, percibir el aroma penetrante de su perfume que me está volviendo loco. Me está desafiando, poniendo a prueba cada límite que he pasado mi vida construyendo. Y cuando vuelve a hablar, con voz baja, suave e innegablemente feroz, algo se quiebra en lo más profundo de mi ser.

—Pues contrólalo —dice con voz ronca; el desafío es inconfundible.

En ese instante, no queda nada. La contención, el control, todo salta por los aires, rompiéndose como el cristal.

Y antes de que pueda detenerme, antes de que pueda pensar en las consecuencias o en el futuro, la atraigo hacia mí.

Su cuerpo choca contra el mío, su aliento se siente agitado contra mis labios mientras la beso. Es brusco, desesperado, crudo. Todo lo que he estado reprimiendo explota en un instante. Sus

manos se enredan en mi camisa, tirando de mí para acercarme, correspondiendo al hambre que siento.

No me detengo. No puedo.

Ahora no.

Responde con la misma intensidad; sus labios son suaves pero exigentes, su cuerpo se mueve contra el mío, empujando, tirando. Por un segundo, parece que nada más importa, solo el calor entre nosotros, la tormenta que lleva semanas gestándose y que por fin se desata.

Pero incluso en el fragor del momento, incluso mientras nuestros corazones laten al unísono, ambos sabemos que esto lo cambia todo.

Cuando nos separamos, ella está un poco sin aliento, con las mejillas encendidas y los labios rosados.

Esbozo una sonrisa. —Te dije que no mordía.

Ella me devuelve una sonrisa de suficiencia. —Pues a lo mejor deberías empezar a hacerlo.

Oh, no tiene ni idea de lo que ha empezado.

Antes de darme cuenta, tengo a Anya presionada contra la pared. Mis labios chocan contra los suyos una vez más, urgentes y desesperados. No consigo estar lo bastante cerca. Necesito que respire, que sienta, que comprenda el incendio que ha provocado en mí.

Su boca es suave, dócil, pero la beso con más fuerza, con más saña. Necesito perderme en ella, silenciar todo excepto cómo se siente contra mí, cómo reacciona su cuerpo cuando la toco. Es mía en este momento.

Y no pienso soltarla.

No puedo quitarle las manos de encima. Se deslizan por su cuerpo, hambrientas por el calor de su piel, por la suavidad de sus curvas. La camisa estorba; se la quito por la cabeza y la tiro sin cuidado detrás de nosotros. El aire se siente más frío contra su piel desnuda, pero el calor entre nosotros es lo único que importa. Se presiona contra mí, su pecho contra el mío, enviándome una descarga de fuego que no puedo ignorar.

Sus dedos se deslizan por mi pecho, trazando las líneas de los músculos bajo mi camisa. Me estremezco ante el tacto de sus manos, su piel tan delicada, pero dejando un rastro de calor a su paso. Cuando su mirada se encuentra con la mía, con los ojos muy abiertos y oscuros, los labios entreabiertos, no puedo contenerme.

—¿Está bien así? —Su voz suena entrecortada, y la forma en que me mira, como si yo fuera lo único en el mundo, me vuelve loco.

Asiento, sintiendo la tensión en mi cuello por la fuerza de mi respuesta. —Mejor que nunca.

Sus uñas arañan ligeramente el rastro de vello bajo mi ombligo. Puedo sentir cada movimiento, cada sutil roce; se está grabando a fuego en mí. Cuando sus dedos bajan más, liberándome de los vaqueros, el aire frío contra mi piel solo empeora las cosas. Cada centímetro de mi cuerpo está ardiendo.

Suelto un siseo entre dientes cuando envuelve su mano fría alrededor de mí. El contraste es casi doloroso, la forma en que se siente contra mí, su toque suave pero decidido. Mis caderas dan un tirón instintivo, pero no quiero apresurar esto. Quiero saborearlo.

—Joder, Anya... —No puedo evitar el gemido que escapa de mis labios; mis manos se hunden en su pelo, no para empujar, sino simplemente para sostenerla.

Se está tomando su tiempo, provocándome, y la forma lenta e intensa en que lame la punta de mi miembro, con la lengua cálida y húmeda, hace que me falte el aire. Lucho contra el impulso de moverme, de tomar el control, pero no puedo. Con Anya no. Nunca ha sido así entre nosotros.

La observo, con el corazón martilleando en el pecho, mientras ella baja, tomándome en su boca, centímetro a agonizante centímetro. Sus labios se entreabren, sus pestañas tiemblan y yo gimoteo; la tensión en mi cuerpo aumenta con cada lenta pasada.

Su boca es perfecta. Tan caliente. Tan húmeda. Cada movimiento es lento pero potente mientras me la mete más adentro, centímetro a doloroso centímetro. La forma en que su lengua juguetea y se mueve a mi alrededor es poco menos que enloquecedora. Siento el calor de su boca envolviéndome, la presión justa, y la sensación de sus labios, suaves pero firmes, envía una descarga directa a través

de mi columna. Es como un choque eléctrico que recorre mi cuerpo, despertando cada nervio, haciendo que sienta las rodillas débiles, inestables. Podría desmoronarme en cualquier momento con el placer que me está dando.

No sé si es la forma en que me mira a través de sus pestañas o la forma en que su aliento sale en pequeñas ráfagas, cada una caliente contra mi piel, pero siento el tirón en lo más profundo de mi pecho. Algo primario que me dice que esto es más que un simple momento. Es ella. Somos nosotros. Y no puedo detener el gemido que sube por mi garganta mientras su boca hace su magia.

Le agarro el pelo con más fuerza, hundiendo los dedos en los mechones sedosos para guiarla, pero no se trata de control. Se trata de que necesito más. Quiero perderme en el ritmo de su boca, en la presión caliente y resbaladiza que me está volviendo loco. La forma en que tararea alrededor de mí, el sonido vibrando a través de su pecho, crea una profunda sensación de zumbido que parece resonar en cada parte de mí. Puedo sentirlo en el pecho, en el estómago; todo mi cuerpo vibra con el placer.

Es abrumador. Es embriagador.

Pero no estoy listo. Todavía no.

El impulso de perderme, de dejarme llevar, casi me vence, pero me aferro al último hilo de control. Quiero tomarme mi tiempo, hacer que esto dure, asegurarme de que ella sienta cada gramo de la necesidad que crece en mi interior. Mi cuerpo grita por liberarse, pero necesito saborear esto. Necesito sentirla. La suavidad de sus labios, la succión apretada de su boca, la forma en que traga a mi alrededor con tal destreza que no puedo pensar con claridad. El ritmo es hipnótico, y cada instinto me dice que empuje, que me folle su boca como he deseado durante tanto tiempo.

La levanto por los hombros, sus labios se separan de mí mientras la beso de nuevo, hambriento y desesperado. No tengo suficiente. Mis manos están sobre ella, atrayéndola contra mí y, sin pensar, la guío hacia la pared, levantándola por las caderas y empujándola hacia atrás. Ella me corresponde con una necesidad cruda que me vuelve loco.

No soy delicado. No soy suave. No puedo permitirme serlo ahora mismo. Mis manos se deslizan por sus costados; su piel está sonrosada y cálida bajo la pálida luz de la lámpara. Su pecho sube y baja, y no puedo evitar inclinarme, saboreando la sal de su piel, dejando que mis dientes raspen la curva de su cuello, solo porque necesito marcarla de alguna manera.

Sus uñas se clavan en mi piel, pero la sensación solo hace que la desee más. Deslizo mis labios hasta su clavícula, con las manos recorriéndola, apretándola y tirando de ella, tocándola de todas las formas en que me moría por hacerlo. Cuando rodeo su pezón con la lengua, ella jadea y siento el temblor que recorre su cuerpo. Me excita. Hace que mi corazón se acelere.

Quiero más. Necesito más.

—Alexei... —Su voz se quiebra, necesitada, sin aliento, y suelto un gruñido; mis manos se deslizan entre sus piernas, sintiéndola ya empapada a través del fino algodón de sus bragas.

—Paciencia —gruño contra su piel, con los dedos jugueteando en la cinturilla—. Aún no he terminado contigo.

Puedo sentir lo mojada que está, lo desesperadamente que desea esto. Deslizo el pulgar por su clítoris, de forma lenta y controlada, observando su reacción, la forma en que su cuerpo tiembla, con la espalda arqueada contra la pared. Está tan malditamente hermosa cuando se pierde en mí, y puedo sentir cómo el control se me escapa de los dedos.

—Dime que quieres esto —raspeo, apartándome lo justo para mirarla a los ojos—. Dime que me necesitas.

Sus ojos están oscuros, casi negros en la penumbra, y cuando susurra «Por favor», es todo lo que necesito. Oírla suplicar por una vez.

No pierdo ni un segundo más. Le aparto las bragas con un movimiento brusco, sintiendo la delicada tela deslizarse sobre su piel suave, dejándola completamente expuesta ante mí. Se me corta la respiración, un impulso primario me recorre cuando siento su calor contra mis dedos. Está empapada, temblando, y no puedo evitar soltar un gruñido bajo al notar lo perfecta que está.

—Dios, estás tan jodidamente sexy —murmuro, pero es casi una oración. Una necesidad. Porque ahora mismo, ella es todo lo que he deseado.

Deslizo mis dedos por sus pliegues, probándola, sintiendo lo lubricada y lista que está. Está tan jodidamente estrecha, tan caliente a mi alrededor, que casi me vuelve loco.

Anya tiene los ojos cerrados, los labios entreabiertos en suaves jadeos mientras rodeo su clítoris con el pulgar, lentamente al principio, viéndola retorcerse y estremecerse con cada movimiento. Puedo sentir sus caderas arqueándose ligeramente, la forma en que intenta seguir mi ritmo, desesperada por más.

—Alexei —susurra, con la voz tensa por la necesidad.

—Chisss —suspiro, cortándola, queriendo alargar esto, queriendo verla desmoronarse bajo mi tacto—. Déjame hacer esto, pequeña. Déjame hacer que te corras.

Sus manos me arañan los brazos, pero no dejo que me acerque. Todavía no. Quiero verla romperse, pieza por pieza. Quiero ver cómo se desmorona frente a mí.

Meto un dedo en su interior, viendo cómo su rostro se contorsiona de placer, sus ojos se abren con espasmos. En el momento en que nuestras miradas se cruzan, todo lo demás desaparece. Solo estamos ella y yo, y la tensión entre nosotros se vuelve más fuerte, más dura, hasta que no puedo respirar sin ella.

—Aún no he terminado contigo —gruño y, antes de que pueda responder, añado otro dedo, empujando más profundo, encontrando ese punto dulce en su interior que la hace jadear y que su cuerpo dé un respingo.

Está tan jodidamente mojada por mí, y lo único que oigo es el sonido de su humedad. El mundo se está colapsando en este único momento. Sus caderas se mueven ahora, frotándose contra mi mano, buscando la fricción, con su respiración volviéndose errática.

Puedo sentir sus paredes empezando a temblar alrededor de mis dedos, y ahí es cuando sé que está cerca. Giro un poco la mano, presionando más fuerte en su interior, obligándola a aceptarlo, obligándola a rendirse ante mí. Da un respingo, clavando los dedos

en mis hombros mientras arquea la espalda, con el cuerpo temblando violentamente.

—Vamos, Anya —susurro—. Déjate llevar por mí.

Sus ojos vuelven a encontrarse con los míos, oscuros y salvajes, y entonces su cuerpo se estremece. En el momento en que se corre, todo se hace añicos a mi alrededor. Sus paredes pulsan en torno a mis dedos; se le corta la respiración mientras suelta un grito roto. Puedo sentir sus músculos tensándose, su cuerpo rindiéndose al orgasmo que le he arrancado, y eso casi me vuelve loco.

Sigo adelante, moviendo los dedos más rápido, con más fuerza, asegurándome de que cabalgue las olas de placer hasta que jadee por aire, completamente rendida. Cuando sus piernas empiezan a temblar, retiro la mano, la atraigo hacia mí y la beso con avidez, tragándome el último de sus gemidos.

Respira con dificultad contra mí, con el cuerpo cubierto de sudor, pero yo no he terminado. Necesito sentirla, estar dentro de ella. La empujo de nuevo contra la pared, esta vez con un poco más de brusquedad y, antes de que pueda decir nada, el hambre en sus ojos me dice que está lista y ya no puedo contenerme más.

—Voy a follarte ahora, Anya —murmuro, apenas contenido—. Y no voy a ir despacio.

Ya está asintiendo, con las manos agarrándome el pecho y las piernas separándose por instinto. Me coloco en su entrada, con mi miembro grueso y duro, resbaladizo por los restos de su placer. Ella jadea cuando empujo hacia delante, con su cuerpo ya totalmente dispuesto para mí.

Con una estocada profunda y contundente, estoy dentro de ella, y el mundo se convierte en un borrón. Está tan estrecha, tan caliente a mi alrededor, que me pierdo por un momento. El único sonido es el golpe húmedo de piel contra piel, los suaves gemidos que escapan de sus labios y los gruñidos desesperados que no puedo contener.

—Alexei —jadea, y es todo lo que necesito oír.

Me retiro y vuelvo a embestirla, con más fuerza esta vez, viendo cómo su rostro se contrae de placer mientras se aferra a mis hombros, clavando las uñas en mi piel. No quiero parar. No quiero

soltarla. Estoy perdido en ella, perdido en la sensación de su cuerpo bajo el mío, en la forma en que se mueve conmigo, la forma en que sus paredes pulsan a mi alrededor con cada envite.

—Joder, te sientes tan jodidamente bien —gruño con voz ronca mientras aumento el ritmo, sin contenerme más.

La tensión vuelve a crecer, el dolor en mi cuerpo es insoportable y sé que ambos estamos cerca. Se agita bajo mi cuerpo, temblando con cada estocada, y puedo sentir cómo sus paredes vuelven a apretarse a mi alrededor, cómo lucha por no desmoronarse. Me inclino, besándola profundamente, dejando que mi lengua busque la suya. La necesidad de saborearla lo consume todo.

—¿Vas a correrte otra vez por mí? —pregunto, con la voz tensa por el deseo.

Ella asiente, se le entrecorta el aliento. —Sí... Alexei...

Con eso, la embisto una última vez y todo estalla. Se desmorona a mi alrededor, su cuerpo se convulsiona mientras me hundo profundamente en ella. La sigo justo después; mi propio orgasmo me sacude, estremeciéndome hasta la médula. Su nombre escapa de mis labios en un gemido ronco de liberación mientras me vacío en su interior.

Ambos nos desplomamos contra la pared, respirando agitadamente, con los cuerpos empapados de sudor y los corazones latiendo al unísono. Le beso la frente, todavía aturdido por lo que acaba de pasar. Nunca me había sentido así.

Pero en cuanto el calor remite, algo más se cuela. Claridad. Culpa. Tan gélida que me revuelve el estómago.

Joder.

Doy un paso atrás. Luego otro. Distancia. Necesito distancia. Me paso la mano por la cara mientras me obligo a mirar a cualquier parte menos a ella.

Eso nunca debería haber pasado. Lo sé. Ella lo sabe. La conciencia de ello se asienta en la habitación como el humo.

—Esto no puede volver a pasar —digo finalmente. Las palabras suenan duras. Controladas. Autoritarias.

Ladea ligeramente la cabeza. Por un segundo, creo que va a discutir. Pero cuando habla, lo hace en ruso.

—¿Porque así lo deseas?

Las palabras me golpean con más fuerza que cualquier acusación. Porque la verdad es...

No respondo. No puedo. Si digo lo que estoy pensando ahora mismo, no podré parar.

Así que recurro a lo único que siempre ha evitado que mi vida se desmorone.

Control.

—Vete.

La palabra cae entre nosotros como un portazo. Me observa un segundo más. Escudriñando mi rostro. Esperando, tal vez, algo más. Una explicación. Una orden en ruso. Una palabra cariñosa. Lo que sea.

Pero no le doy nada. Me quemo la palabra familiar, *Zaika*, en la lengua antes de que pueda escapar.

Tensa la mandíbula y luego se gira. Pasa por mi lado y sale del estudio; el suave sonido de la puerta cerrándose tras ella resuena con mucha más fuerza de la que debería.

El silencio que sigue es peor que la discusión. Peor que el beso. Porque ahora sé exactamente qué acaba de romperse entre nosotros. Y por muchas reglas que vuelva a imponer, por mucha distancia que fuerce entre ambos, no estoy seguro de que el dique que acabo de destrozar pueda reconstruirse alguna vez.

Así que hago lo único que sé hacer.

Tenso las riendas.

Capítulo 21

Anya

—Espera, ¿así que ahora os *evitáis* a toda costa? —jadea Mariya—. ¿Cómo demonios es posible si vivís juntos?

Me presiono las sienes con los dedos, intentando calmar el dolor de cabeza que ha ido aumentando durante días. Es casi demasiado para explicarlo, pero ella no va a ceder y sé que tendré que encontrar la forma de poner este caos en palabras.

—No es fácil —admito, con la voz tensa mientras me recuesto en la silla—. Pero nos las estamos apañando de alguna manera.

Mariya suelta un silbido bajo, claramente incapaz de asimilar lo que le digo. —¿Os las estáis apañando? ¿Es broma? ¿Me estás diciendo que después de todo, de *todo*, tú y Alexei vivís en la misma casa y no os dirigís la palabra?

Las palabras quedan suspendidas en el aire y, por un momento, me quedo ahí sentada, mirando la pantalla, sintiendo cada centímetro de esa distancia que ella describe. Es una realidad que he estado intentando fingir que no existe, pero existe. Es densa en el ambiente y asfixia cada habitación que compartimos.

—Sí —digo en voz baja, dejando finalmente que la realidad de la situación caiga sobre mí—. Nos hemos estado evitando tanto como ha sido posible.

Mariya se inclina hacia delante, con el rostro cada vez más serio. —Anya, esto es una locura. No podéis seguir así. Especialmente después de todo lo que habéis pasado. ¿Me estás diciendo que después de *aquel* día habéis fingido que no pasó nada?

Siento la opresión familiar en el pecho al mencionar *aquel día*. No debería haber pasado, no realmente. Ambos conocíamos las reglas, los límites. Y, sin embargo, los cruzamos.

—Créeme, Mariya, si fuera tan fácil fingir, lo haría —respondo, tratando de que no se note la tensión en mi voz—. Pero no lo es. No es fácil para ninguno de los dos. Ambos caminamos fingiendo que nada ha cambiado, pero sabemos que sí.

—Entonces, ¿por qué no habláis de ello? —insiste, con un tono casi desesperado—. Los dos estáis sufriendo. Es tan evidente... Estáis en la misma casa, compartiendo el mismo espacio, ¿y ninguno de los dos tiene las agallas de afrontar lo que está pasando?

Cierro los ojos brevemente, sintiendo cómo se dispara la tensión. —No es tan sencillo —murmuro—. Estoy embarazada de su hijo, Mariya. No puedo ignorar el mundo en el que estamos. No puedo fingir que no es peligroso. Nos destrozaría a ambos aún más si bajara la guardia. No entiendes cómo es él.

Su expresión se suaviza, pero la preocupación no abandona sus ojos. —Entiendo más de lo que crees. Lo que no entiendo es por qué dejas que se salga con la suya. ¿Por qué dejas que te aparte de esta manera?

—Porque no tengo otra opción —respondo, con la voz más baja de lo que pretendo. La verdad me golpea como una bofetada—. No puedo obligarlo a afrontarlo. Y no puedo presionarlo. Ya estoy caminando por una línea en la que nunca pensé que estaría.

—¿Pero es eso lo que quieres? ¿Seguir caminando por esa línea para siempre? —pregunta Mariya, con palabras cargadas de significado.

Me quedo en silencio durante un largo momento, dejando su pregunta en el aire. Quiero negarlo, pero la verdad es que no sé lo que quiero. No sé cuánto tiempo más podré seguir fingiendo. Cuánto tiempo más podré seguir caminando por esta línea sin caerme.

—No lo sé —admito, y las palabras se me escapan antes de poder detenerlas—. Ya no sé qué hacer, Masha.

Me observa un instante, como esperando que llegue a algún tipo de revelación. Pero no lo hago. En lugar de eso, me quedo sentada, mirándome las manos, sintiendo el peso de todo presionándome. La verdad es demasiado complicada para desenredarla y no hay una respuesta fácil. Nunca la ha habido.

—Simplemente... no sé cómo manejar esto —susurro—. Y cada vez que lo veo, cada vez que estamos en la misma habitación, es como si camináramos por un campo eléctrico. Es insoportable.

Mariya suspira y su voz se suaviza. —Lo sé, Anya. Pero no podéis seguir así. No puedes vivir así para siempre.

No tengo respuesta para ella. Porque tiene razón, no puedo vivir así para siempre. Pero ahora mismo, no sé qué más hacer.

Antes de que tenga oportunidad de responder, Galina me llama para avisarme de que tengo una cita con el médico.

—Tengo que irme —suspiro—. Te llamaré pronto, ¿vale?

Tras terminar la videollamada, me encuentro de pie en el despacho de Alexei. La tarde ya ha sido larga y mi cita con el doctor Sokolov es inminente. Siento la inquietud en el pecho, una compañera constante, mientras espero a que Alexei termine su conversación con Pavel.

Las citas del doctor Sokolov se han convertido en una rutina, pero mi cuerpo se siente de todo menos rutinario. La realidad del embarazo es innegable, y mi piel parece zumbar cada vez que vislumbro a Alexei.

Su mirada, cuando se cruza con la mía, es un recordatorio constante de aquella noche, de la grieta en nuestro control.

Cambio de postura, cruzando los brazos como para protegerme, pero no sirve de nada. No me protege del poder que desprende, ni de la atracción magnética que hay entre nosotros. Cada momento está cargado. Cada palabra que dice parece caer con más peso que la anterior. Y sin embargo, sé que ambos caminamos por la misma línea frágil, cada uno intentando mantener la distancia, mientras cada mirada, cada destello de su atención, nos arrastra más cerca.

El suave clic de la puerta me alerta de que el doctor Sokolov ha llegado. Al incorporarme, intentando recobrar la compostura, noto que Alexei sigue mirándome. Sus ojos no se apartan de los míos, ni por un segundo.

Esa misma intensidad silenciosa ha echado raíces entre nosotros y es imposible de ignorar.

Su mirada no es como esperaba. No es suave, no es amable. Es como si esperara a que yo hiciera un movimiento, a que hiciera algo. Pero se mantiene inmóvil, con la postura controlada, como si cada músculo estuviera a punto de estallar. Hay una batalla librándose tras sus ojos, una que se niega a reconocer, pero puedo sentirla, casi puedo saborear la frustración en el aire.

La presencia del médico solo hace que la tensión sea más aguda, más evidente. Gravita en el aire, mezclándose con la fría realidad de mi revisión. El hecho de estar aquí en esta casa, en esta situación, sintiendo la atracción de Alexei incluso ahora, se siente como un peso del que no se puede escapar.

—¿Lista, Anya? —pregunta el doctor Sokolov, con voz pausada y firme, en agudo contraste con el caos que siento por dentro.

Asiento, pero al acercarme a él, mis ojos vuelven a desviarse hacia Alexei. Ahora está de pie ante el escritorio, con papeles en la mano, pero su mirada sigue clavada en mí. No puedo apartar la vista. Siento su mirada en mi piel, pesada e implacable.

La revisión prosigue como cualquier otra, pero cada momento parece una eternidad. Intento centrarme en el médico, en las cosas a las que se supone que debo prestar atención, pero solo puedo pensar en Alexei. Se mueve por la habitación, su presencia es palpable incluso cuando no puedo verlo. Cada vez que lo pillo mirándome, recibo una descarga de electricidad, pero ambos permanecemos en silencio. La distancia entre nosotros crece, y sin embargo parece imposible de mantener.

El doctor Sokolov comprueba mis constantes con su profesionalidad habitual, pero la tensión no se disipa. En la quietud, oigo el leve crujido de los papeles, el rascado ocasional de una pluma contra el papel, pero todo se siente lejano, amortiguado, comparado con la atracción magnética de Alexei en la habitación. Me

observa con esa misma intensidad concentrada, con la mandíbula tensa y los labios apretados en una línea fina.

Tras la cita, el doctor Sokolov se marcha y, en cuanto lo hace, Alexei aparece allí mismo, cerca de la puerta, con sus ojos todavía pesando sobre mí.

—¿Cómo te encuentras, Anya? —pregunta Alexei, con voz neutra, como si intentara mantener alguna apariencia de control.

Asiento, con la garganta apretada, sintiendo su mirada inquisitiva sobre mí. —Bien.

Las palabras suenan vacías incluso para mis propios oídos. Es como si todo entre nosotros se hubiera quedado sin decir, atrapado en el silencio cargado que densifica el espacio. Su mirada no ha flaqueado y sé, en el fondo, que él siente la misma atracción, la misma fricción que se ha ido acumulando desde aquella noche. Es inevitable, pero ninguno de los dos lo reconocerá directamente.

—Si necesitas algo... —dice él.

Me obligo a sostenerle la mirada, pero no puedo evitar que el corazón me dé un vuelco en el pecho. Cada parte de mí quiere acercarse. Hacer algo, lo que sea, que rompa este silencio agonizante, pero no puedo. Es mejor así. La línea que hemos trazado sigue ahí, invisible pero absoluta, y ninguno de los dos puede cruzarla.

Ahora no.

—Gracias —logro decir; las palabras son finas y tensas, como si fueran lo único que me mantiene anclada a la realidad.

Doy un paso atrás, desviando la mirada hacia él una vez más, pero no responde. Se queda inmóvil, observándome con esa misma intensidad tranquila, con la mandíbula apretada de una forma que me indica cuánto está luchando contra sí mismo. Es como si intentara mantenerse distante, intentando protegernos a ambos de algo que ambos sabemos que es inevitable pero que aún no podemos afrontar.

Me giro hacia la puerta, pero antes de que pueda salir, vuelvo a oír su voz, más suave pero con ese mismo trasfondo de control.

—Anya —dice.

Dudo, con la mano en el pomo de la puerta. No me giro para mirarlo; no puedo. El espacio entre nosotros ya es demasiado. Pero sé lo que intenta decir y no quiero oírlo.

—No te vayas así —añade, con la voz de repente teñida de algo que no alcanzo a identificar.

Me quedo quieta un momento, atrapada entre la necesidad de escapar y el impulso de darme la vuelta, de enfrentarme a él. Pero no lo hago. No puedo.

Respiro hondo, reuniendo cada gramo de fuerza de voluntad que tengo.

—Tengo que irme, Alexei —digo, con voz baja pero firme—. No puedo quedarme aquí.

Y así, sin más, me marcho, saliendo del despacho y cerrando la puerta tras de mí con un suave clic que se siente como la barrera final encajando en su sitio entre nosotros.

Mientras camino por el pasillo, mi mente va a mil por hora. No sé cómo salvar esta distancia. No sé cómo dejar de caminar por esta línea que ambos hemos trazado a nuestro alrededor.

Y entonces, justo al doblar la esquina, veo a Pavel. Está apoyado en la pared, con una pequeña sonrisa burlona en los labios mientras me ve acercarme. Sus ojos son cómplices, divertidos, como si me hubiera estado esperando.

—Veros a vosotros dos es como ver a alguien intentando no respirar —dice con una risita, cruzándose de brazos—. Es doloroso, y todo el mundo puede ver que te estás muriendo.

Me detengo en seco, arqueando las cejas ante la audacia de su observación. Al principio no digo nada.

—Tomo nota de tus dotes de observación —respondo finalmente.

Pavel se encoge de hombros, impertérrito. —Mis dotes de observación dicen que ya deberías habértelo tirado.

Pongo los ojos en blanco, incapaz de detener el destello de algo que me oprime el pecho. —Tu consejo es pésimo.

—Realista, más bien —rebate él, ensanchando su sonrisa—. Hay una gran diferencia.

—Una gran diferencia —repito, con voz más queda ahora mientras paso por su lado. Hay una extraña mezcla de diversión y

frustración arremolinándose en mi pecho y no sé qué hacer con ella.

Al doblar la esquina y alejarme, oigo que Pavel me llama, con la voz todavía ligera. —Anya, no dejes que se salga con la suya.

No respondo. No puedo. Porque sé exactamente de qué está hablando. Pero la realidad es que no sé si soy lo bastante fuerte para luchar contra ello. Para luchar contra él.

Todavía no. No mientras esa línea siga ahí, burlándose de ambos.

Capítulo 22

Alexei

El grito desgarra el aire, hincándose en mi pecho como una hoja. No es la primera vez que oigo a Anya clamar, pero esta vez es diferente. No hay aviso, no hay preludio. Solo el sonido repentino y desgarrador de su dolor.

Me pongo en pie en un instante, con el corazón acelerado y el pánico recorriéndome las venas. La habitación da vueltas durante un segundo mientras corro a su lado, y la intensidad del momento borra cualquier otra cosa de mi mente. Entro de golpe en su habitación, con el aliento contenido en la garganta.

Está sentada en la cama, con la mano apretada contra el pecho y el rostro contraído por el dolor, con lágrimas rodándole por las mejillas. Su respiración es superficial, y el pecho se le agita en ráfagas rápidas y erráticas.

—¡Anya! —grito, con la voz ronca de miedo mientras me apresuro a su lado—. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Al principio no me mira; tiene los ojos fuertemente cerrados y el cuerpo le tiembla. Sus manos se aferran a la colcha como si intentara anclarse. Pero entonces abre los ojos, se encuentra con los míos y veo el pánico en ellos. El miedo que se refleja en el mío.

—Alexei —jadea, con la voz apenas en un susurro—. No... no lo sé. Duele. Duele mucho.

Se me encoge el pecho; cada músculo de mi cuerpo me grita que haga algo, que solucione esto, pero no sé qué está pasando. Mi mente vuela, pero me quedo paralizado un momento, impotente, incapaz de comprender qué va mal.

Le cojo la mano y se la aprieto con fuerza, tratando de ofrecerle consuelo, aunque siento que me ahogo en mi propio miedo.

—Estoy aquí —le digo, con voz baja y firme, pero por dentro soy de todo menos calmado—. No estás sola. Voy a buscar ayuda.

El pánico en sus ojos se agudiza mientras lucha por respirar, con el cuerpo sacudido por la intensidad del dolor. —Por favor, Alexei, haz que pare. Haz que pare.

Sin decir otra palabra, cojo el teléfono y pido ayuda; me tiemblan las manos mientras llamo al doctor Sokolov. Mi voz suena fría, controlada, pero hay una tormenta en mi interior que no puedo contener.

—Ven a la finca. Ahora —ordeno, con un tono que no admite réplica. No espero respuesta, simplemente corto la llamada y me vuelvo hacia Anya, que sigue aferrada a la cama, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos por el terror.

Intento mantener la calma por ella, pero es una batalla que estoy perdiendo. El aire entre nosotros está cargado de miedo e incertidumbre. Quiero gritar, exigir que alguien haga algo, pero sé que lo único que puedo hacer ahora es estar aquí para ella.

—Todo va a salir bien —digo, aunque ni yo mismo me creo esas palabras.

Mi mente va a mil por hora, preguntándome cómo he podido pasar por alto los síntomas, preguntándome si se trata de una complicación que no esperaba. Siento los primeros amagos de miedo por su vida. No por el niño, no; por ella. Ella es a quien no puedo permitirme perder.

La puerta se abre de golpe y Galina entra precipitadamente, seguida por el doctor Sokolov. Su semblante tranquilo hace poco por aliviar el pánico que me atenaza, pero es lo único a lo que puedo aferrarme ahora.

Él se mueve con rapidez, examinando a Anya con precisión experimentada. —¿Qué está ocurriendo? —pregunta, con voz serena

pero mirada aguda, percibiendo la urgencia en la habitación.

—No lo sé —respondo, con la voz tensa por la frustración—. Simplemente ha gritado y luego... —Me interrumpo, tomando aire y alternando la mirada entre Anya y el médico—. No sé qué está pasando.

El doctor Sokolov se acerca más a Anya, hablándole suavemente en ruso, pidiéndole que se recueste. Empieza a examinarla con rapidez; sus manos se mueven con precisión deliberada. Me quedo allí, incapaz de apartar la vista, con el corazón retumbando en el pecho, sabiendo que no puedo hacer nada más que esperar.

Anya se sobresalta cuando el doctor Sokolov la toca; el dolor es evidente en su brusca toma de aire. Intenta mantenerse fuerte, pero puedo ver las lágrimas en sus ojos, el miedo que intenta ocultarme.

—Esto es un signo de preeclampsia —dice el doctor Sokolov en voz baja, con tono calmado pero serio. Se vuelve hacia mí y su rostro se endurece—. Tenemos que llevarla al hospital de inmediato. Su estado es grave.

Se me hiela la sangre. —¿Qué significa eso?

—Significa que el embarazo corre peligro —dice con voz sombría —. Su presión arterial es demasiado alta y, si no la controlamos, podría derivar en complicaciones más graves. Las próximas horas son críticas.

Siento como si me hubieran asestado un golpe físico. Todo mi cuerpo se queda rígido ante el peso de sus palabras. Mi mente se acelera, pero no hay nada de lo que asirse. La salud de Anya, su seguridad, todo se me escapa de las manos y no puedo evitarlo.

Sin una palabra más, me coloco a su lado; le cojo la mano con ternura mientras me arrodillo junto a ella, con la voz apenas por encima de un susurro. —Te daremos los mejores cuidados. Me aseguraré de que estés a salvo, Anya. Estarás bien.

Su mirada se clava en la mía y veo el miedo en sus ojos, reflejado en los míos. Puedo sentirlo. Esta necesidad cruda y desesperada de aferrarme a ella, de protegerla a toda costa.

Los médicos se mueven con rapidez, preparando el traslado al hospital, pero no le suelto la mano. No puedo. Este momento, la incertidumbre, el miedo... es demasiado. Ella lo es todo para mí, y

estoy perdiendo el control de la única cosa que he pasado toda mi vida manteniendo a raya.

—Vamos a superar esto —le digo de nuevo, esta vez con más firmeza—. No dejaré que te pase nada.

Y por primera vez en mucho tiempo, siento que algo se rompe en mi interior, algo que guardaba bajo llave. El miedo que nunca me he permitido afrontar, la vulnerabilidad que siempre he reprimido, está aflorando.

No puedo perderla. No ahora. Jamás.

* * *

El trayecto al hospital parece durar horas. La urgencia me oprime, expulsando el aire de mis pulmones y, sin embargo, todo parece suceder a cámara lenta. Me siento en la parte de atrás con Anya; ella apoya la cabeza en mi hombro, su respiración es superficial pero constante, e intento convencerme de que estamos haciendo todo lo posible.

Pero el miedo no remite. Se queda conmigo, royéndome, hasta que no distingo dónde terminan mis pensamientos y dónde empiezan mis temores.

Cuando por fin llegamos al hospital, no espero a nadie. Cojo a Anya en brazos, con la mente fija en una sola cosa: que reciba la ayuda que necesita.

No dejaré que le pase nada.

No mientras yo siga respirando.

* * *

Pasa una semana antes de que Anya esté lo bastante fuerte para regresar a la finca. Cada segundo de esos días me parece una eternidad mientras la veo luchar, atrapada en esa vulnerabilidad que nunca me he permitido encarar. Cuando por fin le dan el alta en el hospital, el alivio es palpable, pero dura poco. Aún noto la presencia

de su dolencia, la ansiedad que me muerde como un hambre persistente.

En cuanto volvemos a entrar en la casa, tomo el control como siempre hago. Organizo una vigilancia de veinticuatro horas, especialistas disponibles en cualquier momento y un equipo de médicos siempre preparados. Las paredes me parecen demasiado finas. Hay demasiada gente en la casa y, aun así, no es suficiente. Lo único que puedo hacer ahora es asegurar que esté protegida, aunque eso signifique enterrar mis propios miedos bajo capas de control.

Cada detalle depende de mi gestión. Me encargo de cada decisión: cuándo come, cuándo descansa, cuándo toma su medicación. Hablo con los especialistas, con voz fría y calculadora, dándoles instrucciones, sabiendo que Anya oye cada palabra. Ella no pide más de lo que yo le doy, pero lo entiende.

Su silencio es una especie de aquiescencia tranquila, un acuerdo de que ambos estamos unidos por este vínculo frágil que nos une. Sin embargo, la oigo. Ella oye cada palabra que digo. Y sé que la está matando tanto como a mí.

Los días se desdibujan unos con otros. La finca parece una prisión en la que ambos estamos atrapados, caminando cada uno por la línea que hemos trazado. Paso con ella todo el tiempo que puedo, pero nunca permito que nos acerquemos demasiado. Cada contacto, cada mirada, cada palabra tiene demasiado peso. Sé que la línea es frágil y no me atrevo a cruzarla.

Todavía no.

* * *

Una noche, tarde, tras otro largo día gestionando cada aspecto de sus cuidados, me encuentro ante su puerta. No estoy seguro de por qué estoy aquí, pero sé que necesito ver cómo está. Ya es puro instinto, la necesidad de asegurarme de que se encuentra bien. De verla con mis propios ojos, de sentir el pulso de su presencia en la habitación.

Abro la puerta despacio, con el aliento contenido en la garganta. La habitación está en penumbra, con solo el suave resplandor de la lámpara proyectando sombras en las paredes. Anya está tumbada en la cama, con los ojos muy abiertos, mirando al techo. Es evidente que está inquieta; sus movimientos son pequeños y erráticos, y el pecho se le agita con cada respiración superficial.

No quiero molestarla ni entrometerme, pero el silencio se siente denso, insoportable.

—¿No estás durmiendo?

No responde de inmediato, pero veo que está intranquila. Gira ligeramente la cabeza hacia mí, con la mirada vacilante, demasiado exhausta para ocultar la tensión. Las palabras que pronuncia salen suaves, casi frágiles, pero cortan el silencio como una cuchilla.

—No puedo dormir.

Me acerco a ella despacio y me siento en el borde de la cama; la habitación parece pesar sobre mí. Quiero alargar la mano, consolarla, pero no puedo. La contención que se ha ido acumulando en mí desde que volvimos a la finca parece estar a punto de estallar.

—No puedo dormir porque te quiero cerca de mí —dice ella en voz baja.

No puedo mantenerme alejado. Sé que debería, he estado intentando guardar las distancias, pero no puedo.

Me inclino y la beso. Se le entrecorta la respiración y entonces empieza a devolverme el beso. Sus manos se deslizan por mi pecho, con los dedos aferrados a la parte delantera de mi camisa, sujetándose a algo sólido, algo real.

Y, joder, conozco esa sensación. He estado en caída libre desde la última noche que estuvimos juntos, y ella es lo único que impide que me estrelle.

Cuando me aparto, nuestras frentes quedan apoyadas la una contra la otra. Ella mantiene los ojos cerrados, con la respiración suave e inestable.

—No quiero que tengas miedo —murmuro, con voz ronca y baja.

—Entonces no vuelvas a alejarte —susurra ella.

Joder.

La beso de nuevo, esta vez de forma más profunda. Más lenta. Saboreo desesperación, alivio y algo más a lo que no estoy listo para poner nombre.

Sus dedos se hunden en mi pelo. Mi boca recorre su mandíbula, su garganta. Su aliento se entrecorta cuando la muerdo, apenas un poco, lo suficiente para oírla gemir mi nombre.

—Alexei...

¿Mi nombre en sus labios? Peligroso. Adictivo.

—Te he echado de menos —respira ella.

Me aparto lo justo para mirarla. —He echado de menos lo nuestro.

Ella me toca la cara, recorriendo mi mandíbula con el pulgar, memorizándola.

—Estás temblando —murmuro.

—Estoy enfadada —dice ella, con los dedos recorriendo la hilera de botones—. Y asustada. Y cansada. Y... te deseo. Ahora mismo.

Dejo que me quite la camisa de los hombros y la tire a algún lugar detrás de nosotros. Sus manos se deslizan por mi pecho, con las palmas planas, como si buscara apoyo en el calor de mi piel.

—Nunca he dejado de desearte —dice, rozando con un beso la comisura de mi boca.

—Entonces demuéstramelo.

Me sostiene la mirada, con las pupilas dilatadas. Su voz es queda pero poderosa.

—Necesito sentirte en mi boca. Necesito saborearte. Necesito olvidarlo todo excepto la forma en que haces que me desmorone.

Dios.

Me recuesto contra las almohadas, con las piernas abiertas y el pulso latiendo en cada centímetro de mi cuerpo. Ella se arrodilla entre ellas, con los ojos clavados en los míos mientras me baja la cremallera despacio. Sin prisas. Sin vergüenza. Solo una anticipación densa y vibrante que llena la habitación de estática antes del rayo.

Sus uñas rozan ligeramente mis abdominales mientras me libera, y cuando su mano envuelve mi miembro, caliente y pesado en su palma, suelto un siseo entre los dientes.

—Joder, Anya...

Se inclina y me lame el glande, lenta y sugerente, saboreando el primer bocado de algo prohibido. Me sacudo en su agarre, con las caderas moviéndose por instinto, y su sonrisa es maliciosa.

—Tú también has echado de menos sentirme —susurra.

Entrelazo mis dedos en su pelo, sin empujar. Solo sujetándola. Solo mirando cómo abre la boca y me toma despacio. Tan malditamente despacio que casi pierdo el control ahí mismo.

Succión cálida y húmeda. El remolino de su lengua. El suave gemido que emite desde lo más profundo de su garganta mientras se hunde más, probando su límite.

Echo la cabeza hacia atrás. —Jesús, tu boca es perfecta. ¿Lo sabes?

Gime a mi alrededor. Siento la vibración recorriéndome toda la columna. Empieza a moverse, arriba y abajo, suave y constante, con la mano girando en la base, la saliva lubricándome hasta que brillo, pulso y apenas logro contenerme. Su otra mano se apoya contra mi muslo para sostenerse, clavando las uñas lo justo para hacerme gruñir.

—Mírate —suelto entre dientes, con los ojos fijos en la curva sonrosada de sus mejillas, en la forma en que le tiemblan las pestañas—. Tan jodidamente guapa así. De rodillas para mí.

Se aparta con un jadeo, con los labios brillantes y rojos. Un hilo de saliva aún conecta su boca conmigo.

—Quiero que te corras en mi boca —susurra—. Pero todavía no.

Mi control se quiebra como un cable de alta tensión. La incorporo, la arrojo sobre la cama y me arrastro sobre ella, como un hombre poseído. Sus piernas se abren automáticamente. Le quito la camiseta por la cabeza, paso los dientes por su clavícula mientras mis manos recorren su cuerpo, codiciosas e implacables. Sus pezones se endurecen bajo mi lengua cuando succiono uno, mientras mis dedos ya juguetean bajando por la cintura de su pantalón de dormir.

Se arquea, jadeando. —Alexei, por favor...

—Paciencia —gruño, deslizando una mano entre sus piernas, sintiendo lo empapada que está a través de las bragas—. Este coño ya está suplicando por mí.

Gime cuando la acaricio a través del encaje, de forma lenta y sucia. Siento que la tela se pega a sus pliegues, pegajosa y caliente, y me cuesta todo mi autocontrol no arrancárselas con los dientes.

Pero todavía no.

Me inclino y le susurro al oído: —¿Me pones así de excitado con la boca y crees que te voy a dejar marchar tan fácilmente?

Sus ojos se cierran, con los labios entreabiertos. —Quiero que me destroces.

Joder.

Le agarro las muñecas y se las inmovilizo por encima de la cabeza con una mano, mientras la otra aparta sus bragas hacia un lado. —¿Estás segura?

Asiente una vez, desesperada. —Por favor.

Le hundo dos dedos de una sola estocada fluida, curvándolos justo como debe ser. Su espalda se arquea. Jadea mi nombre, presionando hacia abajo, ansiosa por más.

—Vas a correrte en mi mano primero —murmuro, con el pulgar rodeando su clítoris, lubricado e hinchado—. Luego voy a follarte tan duro que olvidarás con quién estabas enfadada.

Se le escapa una mezcla de risa y sollozo. —Ya lo he olvidado.

Su cuerpo se cierra alrededor de mis dedos, apretado y palpitante, húmedo y caliente. Está cerca. Puedo sentirlo. Presiono más fuerte. Más rápido. Se corre con un grito ahogado, con los muslos temblando y el coño sufriendo espasmos alrededor de mi mano como si nunca la hubieran tocado antes.

No me detengo. No hasta que está jadeando, agotada y rendida. Y entonces la beso, con hambre, de forma profunda y sucia, antes de ponerla boca abajo, tirar de sus caderas hacia atrás y colocarme detrás de ella.

—¿Estás lista? —digo con voz ronca.

Asiente, sin aliento. —Alexei, sí, Dios, por favor...

Me hundo en ella, centímetro a grueso centímetro, hasta que estoy enterrado hasta el fondo y lo único en lo que puedo pensar es en que es *mía*. Jadea debajo de mí, con la frente apoyada en las almohadas y los dedos clavándose en las sábanas como si necesitara algo a lo que aferrarse antes de volver a desmoronarse.

Pero no voy a darle nada a lo que aferrarse. Todavía no.

¿Por qué esto? Esto es mío. Su cuerpo. Sus sonidos. La forma en que tiembla cada vez que me retiro lo justo para hacerla gemir.

Su coño está empapado, caliente, apretado, palpitando a mi alrededor, todavía bajo los efectos de haberse corrido en mi mano. Saco mi miembro casi por completo y luego vuelvo a embestir con fuerza suficiente para hacerla gritar.

—Más fuerte —gruño—. Que sepa todo el edificio quién es tu dueño.

Gime, con voz rota y entrecortada. —Tú... joder, Alexei, tú lo eres.

—Dilo otra vez.

—Eres mi dueño.

Dios, cómo se entrega a mí. Sin vacilar, sin orgullo, solo con hambre, necesidad y una sumisión tan dulce que quema.

Le agarro las caderas con más fuerza, inclinándola en el ángulo perfecto, y empiezo a descargar golpes en ella con una precisión despiadada. Cada embestida llega al fondo. Implacable. Su calor húmedo apretándose más cada vez que gruño su nombre.

Su respiración se ha convertido en sollozos. —Oh, Dios mío, sí... más...

—Vas a tomar todo lo que te dé —le siseo al oído, rodeándole la cintura con un brazo mientras el otro sube para presionarle dos dedos en la boca—. Chupa.

Lo hace. Obediente, desesperada. Su lengua se enrosca alrededor de mis dedos, cubriéndolos de saliva mientras sus caderas empujan hacia atrás para recibir mis embestidas.

—Te gusta que te usen así, ¿verdad?

Asiente, con la mirada vidriosa. —Sí. Dios, sí. Úsame.

Sus paredes vibran a mi alrededor, avisándome de que está cerca otra vez. Tan cerca que me marea.

—Vas a correrte para mí otra vez —gruño, apretando más el brazo alrededor de su cintura, follándola con más fuerza ahora, sin tregua—. Quiero sentir cómo este coño me ordeña antes de destrozar esa boquita tan linda.

Suelta un grito ahogado, con el cuerpo arqueándose. —Alexei, oh Dios, por favor...

—Eso es, nena. Déjate llevar. —Mi voz es ahora un rugido—. Córrete para mí. Ahora mismo.

Su cuerpo se sacude, temblando mientras el orgasmo la desgarra. Se aprieta a mi alrededor, empapada y temblorosa, con cada músculo de su cuerpo tensándose antes de colapsar en oleadas de desamparo. Solloza mi nombre, con la voz quebrada por el placer puro.

Y joder, la forma en que se rompe para mí me descoloca. Pierdo la maldita cabeza.

Salgo de su coño empapado con un chasquido húmedo y la vuelvo a girar, poniéndola de rodillas entre mis piernas abiertas. Su boca se abre antes de que yo diga una palabra.

—Buena chica —murmuro, agarrándola por la nuca mientras vuelve a envolverme con sus labios—. Eso es. Tómame más profundo.

Lo hace. Sin inmutarse. Su garganta flexionándose, tragando alrededor del glande mientras la guío, despacio al principio, luego más rápido. Se le aguan los ojos, las lágrimas se le escapan por las comisuras, pero no se detiene. No quiere hacerlo. No necesita hacerlo.

¿Por qué esto? Esta es su ofrenda. Su poder. Su adoración.

Gime a mi alrededor, con la saliva goteando por su barbilla mientras me follo su boca; mis caderas empiezan a moverse ahora, embestidas poco profundas, lo justo para sentir cómo el fondo de su garganta se cierra a mi alrededor.

Estoy tan jodidamente cerca que es una tortura.

Mis dedos se enredan con más fuerza en su pelo. —Me voy a correr —le advierto, con la voz destrozada—. Voy a llenar esa boquita sucia que tienes.

Gime en respuesta y me traga más profundamente.

Ya está. Ya está, joder. Exploto con un gemido gutural, mis caderas se sacuden y mi miembro pulsa con fuerza mientras me vacío en su boca. Caliente. Interminable. Mío.

Ella lo acepta. Cada gota. Con los ojos clavados en los míos todo el tiempo, como si necesitara verme. Como si viviera para ello.

Cuando termino, se retira lentamente, lamiéndose los labios como si fuera un postre.

—Abre —le ordeno, con la voz aún ronca.

Lo hace. Lengua fuera. Boca abierta. No queda nada más que el brillo de su devoción y el destello pícaro en su mirada.

Gruño por lo bajo, arrastrándola a la cama, a mi regazo, con los brazos apretados a su alrededor, sin soltarla nunca. —Joder, Anya. Esa boca debería ser ilegal.

Sonríe, perezosa, rendida y arrogante. —Entonces arréstame.

La beso. Profundamente. Mi lengua saboreando los últimos rastros de mí mismo en sus labios.

—No he terminado contigo —susurro contra su boca.

—Me parece bien —murmura—. Porque quiero que me destroces una y otra vez.

Muevo las cejas con picardía. Si eso es lo que quiere, eso es lo que tendrá.

—Piernas arriba —suelto con voz rasposa, baja y quebrada por el hambre, enganchando sus muslos sobre mis hombros mientras me deslizo por su cuerpo. Ella está sin fuerzas y sin aliento, encendida por todo lo que acabo de darle, pero yo no he terminado de ninguna manera. La anclo a la cama con las palmas justo debajo de sus rodillas—. Has dicho que querías mi boca —murmuro, encontrándome con sus ojos dilatados por la excitación—. Te la voy a dar.

Su anticipación se dispara, pero aún no lo sabe. No sabe lo que me hace sentir.

Le empujo las piernas más arriba, doblándola casi por la mitad, hasta que sus rodillas están casi en su pecho. El ángulo inclina sus caderas hacia mí, la hace temblar. Está abierta, expuesta, completamente mía. Su coño, enrojecido y empapado, late por el orgasmo que acabo de arrancarle.

Y pierdo el sentido. Me lanzo, impulsado por un hambre que no puedo ignorar. La necesito. Si no la tengo, es como si no existiera.

—¡Mierda, Alexei! —grita. Intenta apartarse, demasiado sensible, demasiado deshecha.

Pero eso solo hace que mi miembro lata con más fuerza.

Está temblando. Ya está destrozada. Y ni siquiera he empezado de verdad. Le rodeo los muslos con los brazos para inmovilizarla y hundo mi boca entre sus piernas. La lamo en una larga pasada de posesión, desde el calor húmedo de su entrada hasta su clítoris hinchado y dolorido. Muevo la lengua en círculos, la aplano y luego doy un toque...

Entonces succiono su clítoris en mi boca y gruño, hondo, sucio y crudo, como si el sonido por sí solo pudiera marcarla.

Se sacude, jadeando. No aflojo. Su sabor lo es todo. Dulce, desordenado y mío.

—¿Es demasiado? —susurro contra ella. Tengo la voz destrozada, casi suplicante. Quiero que lo tome todo. Quiero que sienta lo perdido que estoy por ella.

Sacude la cabeza frenéticamente. —No pares. Por favor, no pares.

Dios, sí. Quiere más.

Y se lo doy todo.

La devoro. Follando con la lengua, curvándola dentro de ella, para luego volver a subir y asaltar su clítoris con una precisión brutal. La forma en que está doblada me da un acceso perfecto, apretado, goteante y palpitante, y no desperdicio ni un segundo.

Empieza a jadear, a dar bocanadas de aire, sus caderas se sacuden como si no pudiera decidir si necesita escapar o correrse de nuevo. Y joder, eso me pone más que cualquier otra cosa en mi vida. Está tan expuesta. Tan vulnerable. Tan mía.

—Oh... Dios, Alexei... Alexei, yo...

El orgasmo la golpea de lleno. Grita, con el cuerpo convulsionando y los muslos temblando contra mi agarre.

Y no me detengo. La quiero hipersensible. Quiero verla romperse una y otra vez.

Se agita y solloza, arañando la cama, con la voz quebrada mientras otro clímax la atraviesa, intenso e incontrolable.

Y aun así...

Aun así, no me detengo.

He perdido el juicio. Estoy obsesionado. Hay algo primario en verla de esta manera. Gritando mi nombre. Desmoronándose. Con las lágrimas resbalando por sus mejillas mientras me pierdo en ella, concentrado en nada más que en ella.

Le doy otro toque al clítoris. Otra vez. Lo succiono en mi boca, dejando que sienta cada ápice de la intensidad. Sus piernas se aprietan alrededor de mi cabeza, temblando violentamente, y la mantengo en su sitio mientras detona. Su tercer orgasmo llega con la fuerza de una explosión. Grita, con todo el cuerpo estremeciéndose, y se derrama contra mi boca, empapándome la cara, goteando por mi barbilla.

Es sucio. Carnal.

Y nunca he estado tan excitado en mi vida.

La limpio con la lengua con pasadas lentas y reverentes mientras ella intenta recuperar el aliento, con el cuerpo temblando y el corazón latiéndole desbocado bajo las costillas.

Cuando me sitúo sobre ella, tiene los ojos nublados, los labios entreabiertos y las mejillas surcadas por las lágrimas. Me mira, dividida entre las ganas de llorar y las de besarme.

Así que lo hago yo por ella. La beso suavemente. Dejo que sienta lo destrozado que estoy yo también.

Dejo que sepa que los dos estamos hechos un desastre.

Capítulo 23

Anya

No sé cuántos días han pasado, pero parece una eternidad. Mi habitación es una jaula; cada rincón es un recordatorio de que las paredes se cierran sobre mí. He estado guardando reposo en cama durante lo que me parece un siglo, y la soledad es mi constante compañera. Mis pensamientos rebotan en las paredes, volviéndose más ruidosos con cada hora que pasa.

Galina me trae las comidas, aunque parecen menos una ofrenda y más una obligación. Su silencio es lo único que me resulta familiar, y me consuelo con ello, aunque no sea mucho. No habla demasiado, solo murmura en ruso mientras deja la bandeja, con la voz tan rígida y fría como siempre.

—Los hombres son unos idiotas —murmura entre dientes, y no puedo evitar soltar una risita suave a pesar de todo.

El humor amargo es lo único que tengo en esta jaula de oro.

El doctor Sokolov llama para informar de las novedades. Informes médicos, revisiones tras mi visita al hospital. Todo está en calma, controlado.

¿Y Alexei? Bueno, él se encarga de todo desde la distancia, dando órdenes a través de los canales que ha establecido. Pavel se encarga de la seguridad, con su voz siempre profesional y cortante,

transmitiendo información que es casi siempre la misma: *nada de lo que preocuparse, todo está bajo control*.

Pero no lo está. No para mí.

Me quedo ahí tumbada, sola en la quietud, con un silencio que casi asfixia. No me ha visitado. Ni una sola vez desde aquella noche. La noche en la que quise creer que las cosas cambiarían, cuando me dejó entrar, aunque solo fuera por un momento.

Pero eso fue todo. Un momento.

Otro momento que no ha cambiado absolutamente nada.

Lo oigo en el pasillo de vez en cuando; su voz fría y autoritaria se cuela por las rendijas de la puerta.

—Matadlo.

—Ya no tiene ninguna utilidad.

—Vigiladlo bien. Aseguraos de que desaparezca.

Es la voz del Pakhan, la voz que impone respeto y miedo. Y no es la voz que usaba conmigo.

Está eligiendo la culpa por encima de mí. Por encima de nosotros, no puedo evitar pensar.

Casi puedo oír su lucha interna, el tira y afloja. El deber por encima del deseo. Solo soy otra responsabilidad para él, nada más. Una tarea que gestionar. La intimidad que compartimos, la conexión... no significa nada ahora. No para él.

Pero no suplico. No lo haré. No seré esa clase de mujer.

Giro la cabeza y alargo la mano hacia el diario que guardo escondido en el cajón. No escribo en él todos los días, pero cuando la soledad se vuelve insoportable, dejo que todo brote. Mis pensamientos, mis miedos, mi rabia. Necesito sentir que estoy viva, que todavía tengo control sobre algo.

. , . , , , . . . , . , , .

(*El silencio me asfixia. Estoy aquí, pero no estoy aquí. Su presencia es un fantasma, una sombra que acecha cada rincón de esta habitación. No me ve. No me siente. Se esconde tras el deber, no tras nosotros. Somos su responsabilidad, no su deseo.*)

Cierro el diario y las palabras se me hunden en los huesos. Es lo único que puedo hacer para mantener la cordura en este lugar, en esta prisión.

No me quiere. Me está apartando.

Quiero gritar, pero no lo hago. No lo haré. No le suplicaré. No claudicaré.

Cojo el diario de nuevo y escribo con furia, intentando purgar los sentimientos que me arañan por dentro.

. , , . , , . . . , , , . .

(*Esto es lo que significa estar atrapada. Estoy aislada en esta habitación, en esta vida, y estoy sola. Él está en alguna parte, pero ya no está aquí conmigo. No me visita. No pregunta. Se esconde tras el deber, tras el control, y yo solo soy una tarea. Una responsabilidad.*)

Las palabras son duras, crudas, pero las siento necesarias. No voy a fingir que no duele. Pero sobreviviré. Aguantaré.

* * *

Más tarde esa misma tarde, la distancia regresa y siento que me quiebro bajo su peso. Necesito algo. Cualquier cosa que me recuerde que sigo aquí, que sigo viva.

Salgo de la cama en silencio y me dirijo hacia la puerta. Sé que los guardias me detendrán, que me encontraré con más silencio, más control, pero necesito aire. Necesito moverme.

Intento girar el pomo de la puerta, pero no cede. Cerrada. Por supuesto que está cerrada.

Lo intento de nuevo, con más firmeza esta vez, pero el resultado es el mismo. Cerrada.

Todo está cerrado. Todas las salidas están bloqueadas.

Me quedo allí parada un momento, mientras la realidad cae sobre mí como un peso frío. No hay escapatoria. Ni de la casa ni de él.

Regreso a mi habitación sintiendo que las paredes se me echan encima. Me siento en el borde de la cama y apoyo las manos en el regazo, observando las cajas amontonadas junto a la pared, sin abrir y sin tocar, mientras los pensamientos se agolpan en mi cabeza.

. , , . . . (*Firmé el acuerdo. Acepté esta vida, este mundo, pero en algún punto del proceso me he convertido en algo distinto. Algo*

confinado. Algo asegurado.)

Y no puedo salir.

Cojo mi diario una vez más y escribo una última entrada por esta noche.

. . . . . .

(*Estoy aquí. Sobreviviré. No me romperé. Pero no seré suya. No del todo. Nunca jamás.*)

Capítulo 24

Alexei

La mirada del consejo de la Bratva es como un tornillo de banco alrededor de mi pecho, apretando cada segundo más. El silencio flota, opresivo. Se suponía que esta reunión era un trámite. Un evento rutinario, de negocios habituales. Pero puedo sentirlo, el cambio. La corriente de fondo de algo mucho más peligroso que cualquier trato comercial.

Me están poniendo a prueba y hay más en juego que nunca.

Los hombres alrededor de la mesa permanecen sentados, estoicos, con ojos afilados pero ilegibles. Pavel está a mi lado, con su vaso de vodka intacto y el rostro impasible. Oigo el crujido de los papeles, el arrastre de los zapatos contra los suelos de mármol, pero todo se siente distante. Es como si lo escuchara a través de una niebla. Mi mente está en otra parte, atrapada entre el deber y un peso que no sé cuánto tiempo más podré soportar.

Bajo la mirada hacia la mesa; los documentos que tengo delante no significan nada. No son más que distracciones. Pero aun así, siento el hambre en mis entrañas, un hambre que no puedo saciar con poder o control. Un hambre que arde por algo que se supone que no debo querer.

Anya.

El pensamiento de ella me atraviesa, agudo, inoportuno. La tengo encerrada en mi casa. Protegiéndola, manteniéndola a salvo. Pero ya no se trata solo de seguridad. Se trata de control. Se trata de tenerla cerca, de mantenerla a mi alcance, de asegurarme de que nadie más la toque. Mis instintos dicen que la necesito cerca. Pero una parte más oscura de mí, una parte que he enterrado profundamente durante años, empieza a agitarse, amenazando con liberarse.

No. No importa.

Se oye el tintineo de un cubierto, un sonido que me devuelve al presente. La voz de Ivanov corta la niebla con un tono suave y pausado.

—El tiempo ha estado extraño últimamente —dice para llenar el silencio.

—Sí —respondo, y las palabras salen de mi boca como un acto reflejo, vacías, automáticas. Es el tipo de charla trivial que aquí no significa nada. Nada importa, ni los asuntos banales ni los informes habituales. Todo está en juego ahora. El aire se siente más denso, como si las propias paredes estuvieran esperando a que estalle la tormenta.

Y entonces, sucede.

La puerta de la sala se abre con un golpe pesado y las sombras caen con más fuerza sobre la mesa. Un momento de silencio. La puerta se cierra tras él con una finalidad que resuena más fuerte que cualquier palabra.

—Creo que es hora de que abordemos algo más… urgente.

Un cambio en la sala, algo palpable, como si hubieran accionado un interruptor. Los hombres se miran unos a otros, con expresiones ilegibles.

Un vídeo se reproduce en la pantalla detrás de él. Las imágenes tienen grano, pero son lo bastante claras. Es una grabación mía y de Anya, tomada de una de las cámaras de seguridad de la propiedad. El metraje capta cada momento. Cada mirada, cada paso que hemos dado en el mismo espacio. Los momentos privados, la tensión, la cercanía que no debería haber estado ahí.

Me quedo paralizado, con el cuerpo tenso y un sudor frío recorriéndome la espalda. Esta es la jugada final. Lo sé. Dimitri lo sabe.

—Comprometes tu posición por tu obsesión con esta mujer. Tu lealtad está en duda.

El corazón me late con fuerza en el pecho, pero mi voz permanece calmada, controlada. —Este no es momento para acusaciones —digo, con los ojos fijos y el rostro sin traicionar emoción alguna. Pero por dentro estoy ardiendo.

Sus miradas se sienten como una marea aplastante; cada hombre espera que reaccione, que me explique, que niegue lo que han visto.

—Exigimos pruebas de lealtad —interviene otra voz, y me giro ligeramente para mirar al que habla, un anciano al que conozco de toda la vida—. Has comprometido la integridad de la Bratva por el bien de una mujer. Una gestante, nada menos.

Sé lo que es esto. El ultimátum está claro. La facción de Dimitri ha reunido apoyos y este es su momento. La batalla por el poder ha comenzado. No hay salida.

—Elige —ordena la misma voz—. La gestante o tu posición como Pakhan. Distánciate públicamente o apoyaremos el desafío de Dimitri.

Siento que el frío abrazo de lo inevitable se asienta sobre mí. Es una elección que no puedo evitar, una elección que me desgarra por completo. Me están forzando la mano y sé lo que debo hacer. Sé lo que la Bratva espera de mí.

Echo la silla hacia atrás con movimientos deliberados. Todos los ojos están puestos en mí, esperando mi respuesta. Sé lo que quieren oír, lo que necesitan oír. Miro alrededor de la mesa, sosteniendo la mirada de cada hombre, pero mis ojos se posan al final en Dimitri. La satisfacción petulante en sus ojos es insoportable.

—Lleva a mi heredero. Nada más —digo con voz baja.

La sala se queda en un silencio sepulcral; mis palabras cuelgan en el aire como una hoja afilada. Siento que algo se quiebra en mi propio pecho al pronunciar las palabras que nunca pensé que diría.

—Cuando nazca el niño, su obligación termina. No significa nada más allá de eso.

La traición me sabe a ácido en la boca. El lenguaje que antes hablaba de intimidad, de cercanía, de conexión con ella, ahora se clava en mí como un cuchillo.

La sala sigue quieta, en silencio, salvo por el ligero roce de la ropa y la respiración de los hombres que me rodean. Mi mente va a mil por hora, pero me aferro a la máscara fría de control, negándome a mostrar debilidad.

Vuelvo a mirar la pantalla. Las imágenes siguen reproduciéndose, el rostro de Anya congelado en un tiempo que ya no parece real, que ya no parece mío. Esto no es solo una traición hacia ella. Es una traición a todo en lo que creí, a todo lo que pensé que podría proteger.

En este momento, no importa que esté acorralado. No importa que haya traicionado lo único que juré proteger. La Bratva lo exige. He tomado mi decisión.

Siento un destello momentáneo de algo profundo en mi interior. Culpa, rabia y la nauseabunda comprensión de lo que he hecho. Pero el daño está hecho. Los hombres de la mesa asienten con aprobación, sus voces murmuran en ruso, pero ya no puedo oírlos. El silencio en mi cabeza ahoga sus palabras.

En este instante, en lo único que puedo pensar es en Anya. Y en cómo acabo de aplastar todo lo que había entre nosotros con una sola frase.

Jamás me perdonará.

Y no puedo culparla.

Me quedo allí, con la mirada perdida, ajeno a la sala que me rodea. He tomado mi decisión y no hay vuelta atrás.

Capítulo 25

Anya

Todavía es temprano cuando oigo el golpe tenue en la puerta. La habitación sigue en penumbra, con la suave luz dorada del amanecer filtrándose tras las cortinas, pero no he podido dormir. ¿Cómo podría? Me duele cada parte del cuerpo; las palabras de Alexei de anoche en la reunión de la Bratva resuenan en mi cabeza.

Galina me ha dicho que oyó rumores en la casa; dicen que él afirmó: —Cuando nazca el niño, su obligación termina. Ella no significa nada más allá de eso—.

Siempre he sabido que la Bratva iría primero, pero nunca esperé que él lo dejara tan claro, de forma tan pública. La intimidad que compartimos una vez, el lenguaje que antaño hablaba de nuestra cercanía, era ahora el lenguaje de la traición. Cada palabra que me dirigió, cada mirada compartida, se ha visto empañada.

Trago saliva, tratando de contener las lágrimas que pugnan por salir. No voy a llorar. Me prometí que no me desmoronaría, no así.

Pero duele más de lo que puedo explicar. No es solo el rechazo. Es la fría firmeza de todo esto.

Llaman de nuevo, con más insistencia esta vez. Me limpio los ojos rápidamente, parpadeando para disipar la bruma de las lágrimas, y me pongo en pie. Me dirijo hacia la puerta mientras el silencio de la casa me oprime, como ha hecho cada día desde que

llegué. Cada día pasado en esta jaula de oro, esperando que algo cambie, pero sabiendo en el fondo que nada lo hará jamás.

Abro la puerta de par en par.

Yuri.

—¿Padre? —suelto de repente. Supongo que tiene sentido que esté aquí. Que finalmente se haya escabullido de la seguridad para verme. Al fin y al cabo, lleva en este mundo más tiempo que yo. Sabe cómo colarse por las rendijas.

Pero eso no significa que esté preparada para verle.

Aun así, entra en la habitación; la puerta apenas chirría cuando se desliza al interior. En cuanto me ve, su mirada se suaviza, pero hay algo más oscuro acechando en ella. Me mira como si hubiera estado cargando con el mismo peso. Quizá sea así. Da un paso al frente y cierra la puerta tras de sí con un suave clic, echando el cerrojo sin hacer ruido.

No me sorprende.

—Anya —la voz de Yuri es firme, pero tiene un ligero matiz de dureza. Sabe por lo que estoy pasando. Lo ha visto antes, con Katerina. Quizá por eso está aquí ahora, de pie a los pies de mi cama, observándome como si no estuviera seguro de si acercarse o mantener las distancias.

No digo nada durante un momento. No tengo fuerzas para decir nada. Pero entonces él entorna los ojos y camina hacia la silla que hay junto a la cama, sentándose en ella sin dudarlo.

—¿Qué quieres de mí, Yuri?

Se echa hacia atrás, escrutándome con esa misma mirada calculadora. Es un hombre de pocas palabras, pero cuando habla, lo hace con precisión, como si cada sílaba estuviera cuidadosamente elegida.

—Esto no va sobre lo que quieres. Va sobre lo que tienes que hacer.

Me cruzo de brazos; el frío de sus palabras me golpea como una tormenta de hielo. —Necesito que me dejen sola, padre —respondo, apartando la mirada, intentando concentrarme en los suaves dibujos de las mantas, en las cosas banales que me impidan pensar en las palabras que Alexei pronunció anoche.

Pero no funciona. Las palabras se repiten en mi mente, una y otra vez, hasta que es lo único que puedo oír.

«Ella no significa nada más allá de eso».

—Pero te equivocas si crees que estoy aquí para dejarte sola. Estoy aquí porque no te estás dando cuenta. No ves lo que está pasando en realidad.

Sus ojos están fijos en mí, atravesando la niebla de mis pensamientos. Por un momento, casi deseo desviar la mirada. Pero no lo hago. Me obligo a sostenerle el contacto visual.

—¿De qué estás hablando? —pregunto con la voz algo temblorosa.

Los labios de Yuri se curvan en algo entre una mueca y una sonrisa. —Crees que Alexei es el único que puede controlar esta situación. Crees que él es quien tiene todo el poder por su apellido, por su posición. Te equivocas, Anya. El poder no proviene de un título. El poder proviene de las decisiones que tomas.

Sus palabras se asientan en el aire entre nosotros como una nube oscura.

—Y no lo está haciendo solo. Su facción se está fortaleciendo. Está ganando apoyos y pronto moverá ficha. He oído los rumores. Quieren quitarte de en medio.

Mi pulso se acelera ante la mención de Dimitri. Sé qué clase de hombre es y lo que hará para conseguir lo que quiere. Pero no quiero centrarme en eso. No quiero pensar en la posibilidad de que venga a por mí.

—No estoy aquí para asustarte. Estoy aquí para ayudarte a ver. Tienes influencia. Tienes más de lo que crees. Pero no la estás usando.

Hace una pausa, dejando que las palabras calen.

Trago saliva; de repente tengo la garganta seca. —¿A qué te refieres?

Yuri se inclina hacia delante, clavando sus ojos en los míos; la intensidad de su mirada me cautiva. —Eres de sangre Volkov. Llevas en tu vientre al heredero de Morozov. Tienes influencia, Anya. No estás indefensa, Zaika.

Me pongo tensa ante el apodo, el mismo que Katerina —y Alexei — usaban conmigo. Es deliberado, lo sé. Yuri está intentando sacarme de la niebla de confusión y dolor. Pero el daño sigue aferrado a mí como una segunda piel. El pensamiento del bebé, del hijo de Alexei, me pesa en el pecho. Nunca debió ser así.

—No soy Katerina —susurro, más para mí misma que para él. Pero los ojos de Yuri se suavizan apenas una fracción.

—No —dice, con voz más baja pero aún firme—. No, no lo eres. Pero eres más fuerte de lo que ella fue. Eres acero, Anya. Él necesita acero.

Por un instante, las palabras quedan suspendidas en el aire y siento que algo cambia en mi interior. El acero de mi espina dorsal regresa lentamente, reemplazando la debilidad que permití que creciera cuando dejé que las palabras de Alexei me destrozaran. No dejaré que vuelva a hacer eso. No dejaré que él sea la razón de mi ruina.

—Estás esperando a que él venga a ti, a que lo arregle. Pero esto no funciona así. Tú tienes el poder. Llevas al heredero. Tienes la sartén por el mango. Puedes jugar a este juego, pero tienes que dejar de esperar a que otro decida tu destino.

Mi corazón late con fuerza mientras sus palabras se asientan, cristalizando en algo que no quería admitir. He estado esperando, ¿verdad? Esperando a que Alexei me eligiera, a que viniera a mí y me dijera que todo saldría bien. Pero no lo ha hecho. Y ahora, después de todo, empiezo a ver la verdad.

Yuri tiene razón. He sido pasiva. He dejado que el mundo se moviera a mi alrededor mientras permanecía en mi habitación, aislada, esperando a que las cosas cambiaran. Pero nada cambiará a menos que yo haga que suceda.

Le miro entonces, con la mirada endurecida y la resolución firme. —Esa es mi frase.

Yuri asiente. —No te permitas desvanecerte en el fondo. Ahora eres la heredera de Morozov. Eres parte de este mundo. Haz que trabaje para ti. O ellos harán que trabaje para ellos.

Sus palabras dan en el clavo, más de lo que quiero reconocer. Le observo un momento, asimilando todo lo que ha dicho. Tiene razón.

No puedo seguir escondiéndome. No puedo seguir fingiendo que no formo parte de esto. La Bratva es mi realidad ahora, me guste o no. Y tengo que empezar a jugar.

—No voy a desaparecer —digo de nuevo, más para mí que para él.

Yuri me observa y su rostro se suaviza ligeramente. Alarga la mano y, por un instante, es casi como si estuviera tocando a Katerina. Sus yemas ásperas rozan mi mejilla con dulzura, como si intentara ofrecerme consuelo pero también algo más. Algo que ambos hemos perdido.

—Eres acero. Él necesita acero.

Cierro los ojos un momento, dejando que sus palabras calen en mí. Yuri tiene razón. Siempre lo he sabido. Y va siendo hora de que empiece a actuar en consecuencia. No volveré a ser pasiva. No esperaré a que Alexei me elija. Elegiré yo misma.

Me incorporo en la cama, sosteniendo la mirada de Yuri, sintiendo que por fin he encontrado las fuerzas para ponerme de pie de nuevo. —Necesitaba oír eso.

Yuri asiente, con una inusual ternura en su expresión. —Recuerda, Anya. No estás indefensa. No eres ella. Eres algo completamente distinto.

Sus palabras me sirven de ancla y, por primera vez en días, siento un destello de algo que bien podría ser esperanza.

Capítulo 26

Alexei

Se supone que la noche debe ser silenciosa. Debería ser pacífica.

Pero todo lo que he construido, todo lo que he controlado, siempre ha sido frágil. Y ahora, se está rompiendo.

Empieza con el sonido de disparos. Distantes al principio, amortiguados, pero inconfundibles. El tipo de sonido que escuchas en las partes más profundas de tus instintos, el que envía un escalofrío recorriendo tu columna vertebral.

No hay advertencia. Ni vacilación. Es repentino, brutal.

Me muevo más rápido que el pensamiento. —¡Pavel! —Mi voz es un gruñido, una orden. Es lo único que logro decir antes de que mi cuerpo ya esté en movimiento, moviéndose por los pasillos de la finca como una sombra, con mi mente fija en una sola cosa: ella.

Mis manos ya están tirando de mi chaqueta, mi pistola bien sujeta a la cintura; su peso familiar me ayuda a centrarme. —Quedaos donde estáis —ladro por el intercomunicador, con voz fría —. Sellad el perímetro. Que nadie salga. Yo me encargaré de esto.

Pero no es solo protocolo. No es solo seguridad. Esto es personal. Los hombres de Dimitri están aquí. Han venido a por ella. Y lo destrozaré todo para asegurarme de que nunca la toquen.

No pierdo el tiempo. Mis pasos son firmes, decididos; el mundo a mi alrededor está en silencio excepto por el latido de mi propio

corazón. Llego a las escaleras, con los ojos recorriendo cada rincón, buscando cualquier movimiento.

Están cerca. Demasiado cerca.

Cuando llego al pasillo que conduce a su habitación, la adrenalina me golpea con fuerza y lo único en lo que puedo pensar es en su rostro. Anya. Se me aprieta el pecho. Ella es mi única preocupación y no voy a dejar que nadie me la quite.

Entonces, lo oigo. Pasos. Pesados, lentos.

Han entrado en su habitación.

Cruzo el pasillo en un abrir y cerrar de ojos, con la mano agarrando el marco de la puerta mientras la empujo silenciosamente para abrirla. No sé quiénes son ni cuántos hay, pero no lo necesito. He matado antes y volveré a hacerlo. Por ella.

Hay un hombre de pie ante su cama, con el rifle alzado y los ojos recorriendo la habitación. La sangre me hierve. Cruzo el umbral justo cuando me oye, pero ya es demasiado tarde. Me muevo primero, más rápido de lo que él puede reaccionar. Lo agarro por la garganta y lo estampo contra la pared con un crujido espantoso. Ni siquiera tiene tiempo de gritar. Aprieto más el agarre; el sonido de sus vías respiratorias colapsando es como un chasquido sordo.

Dejo que su cuerpo sin vida caiga al suelo y ni siquiera me detengo a comprobar su pulso. No hay tiempo. Hay otros.

Miro a Anya. Sigue en la cama, con el asombro reflejado en el rostro. El terror está ahí, pero no es nada comparado con la tormenta que se está gestando en mi interior.

—No te muevas —le ordeno, con voz ronca y baja mientras me adentro más en la habitación, despejándola con movimientos rápidos y deliberados. No miro atrás, no me hace falta. Puedo oír el sonido de los otros hombres avanzando por el pasillo, acercándose. Sé lo que quieren. Pero no permitiré que la tengan.

Avanzo por el corredor, sintiendo la amenaza que me rodea, hasta que los veo. Los hombres de Dimitri, dos de ellos, agazapados al pie de las escaleras. Uno se gira y me ve. Un error fatal.

Antes de que pueda levantar su arma, ya me he movido. Mis instintos son más rápidos que mis pensamientos, mi cuerpo ya está en marcha, una extensión de la brutalidad que he perfeccionado a lo

largo de los años. Siento la descarga de adrenalina recorrer mi cuerpo mientras corro hacia el primer hombre. Su dedo se aprieta en el gatillo, pero es demasiado tarde. Levanto mi pistola y disparo sin dudarlo.

La bala impacta en su pecho con un golpe sordo y desagradable, lanzándolo hacia atrás; su cuerpo golpea el suelo con un estruendo pesado y sin vida.

Durante medio segundo, todo se detiene. El mundo se congela. Pero el segundo hombre duda. Puedo ver el destello de duda en sus ojos, su arma sigue levantada pero tiembla. Está intentando decidir si correr o luchar, sopesando las probabilidades en ese cálculo de una fracción de segundo.

Eso es todo lo que necesito. Antes de que pueda parpadear, estoy sobre él. Mi mano sale disparada, agarrándolo por el cuello, estampando su espalda contra la pared con una fuerza que agrieta el yeso. Jadea, y el arma cae de sus manos, ahora inútil. No le doy tiempo a recuperarse; hundo mi puño en sus costillas, oyendo el crujido repugnante del hueso bajo mis nudillos. El aire sale de él con un siseo, pero eso no me ralentiza. Su instinto de supervivencia se activa y lanza un puñetazo desesperado hacia mi cara.

Le retuerzo el brazo, sintiendo el chasquido agudo de su hombro dislocándose bajo mi fuerza. Su grito corta el aire, pero no me detengo. Uso su cuerpo para tirar de él hacia delante, estampando su cráneo contra el borde del marco de la puerta.

Oigo el crujido espantoso de su cráneo partiéndose, un sonido demasiado brutal para ignorarlo. Lo dejo caer al suelo como un muñeco de trapo. No se mueve.

Aún no he terminado.

Oigo el arrastrar de pies en el pasillo. Más hombres, más soldados de Dimitri acercándose. No pierdo tiempo comprobando si están en camino. He estado en esta situación demasiadas veces. Sé lo que tengo que hacer.

Dejo atrás el cadáver y avanzo por el pasillo, con el pulso martilleando en mis oídos, ahogando todo lo demás. La sangre está caliente contra mi piel. Siento su calor mientras me paso la mano por la frente, limpiándome instintivamente el sudor de la cara.

Una sombra se mueve frente a mí, otro tirador. No espero y aprieto el gatillo de nuevo. El disparo es ensordecedor, pero no importa. El hombre cae, su cuerpo se desploma en un montón deforme. Su arma se desliza por el suelo, ya inútil, mientras su sangre se derrama sobre el mármol.

Me muevo más rápido ahora, cada paso impulsado por un solo pensamiento: *volver con Anya*. Finalmente llego a su puerta y la abro de par en par.

Ella sigue sentada en la cama, con los ojos muy abiertos por la conmoción y el cuerpo tenso por el miedo.

—Anya —digo, respirando con dificultad, con el pecho agitado por el esfuerzo—. Se ha acabado.

Sus ojos se desvían hacia mi brazo, hacia la sangre que mancha mi camisa. —¿Qué ha pasado? —susurra, con la voz temblorosa y las manos extendiéndose instintivamente.

Doy un paso hacia ella, ignorando el dolor que empieza a asentarse en mi hombro. —Te he protegido —digo, con voz áspera, llena de algo primario—. No te va a pasar nada. Yo me aseguraré de ello.

Me siento en el borde de la cama, tomando su mano entre las mías, con la sangre ahora manchándose entre nosotros. Sus ojos están muy abiertos, llenos de preocupación y de algo más. Algo más profundo.

—Dijiste que yo no era nada —susurra ella, con voz apenas audible; el dolor en sus ojos es imposible de pasar por alto.

La miro fijamente, con el aliento atrapado en la garganta. —Mentí —digo, dejando salir finalmente las palabras; la verdad es tan cruda que lo corta todo lo demás.

—¿Mentiste?

—Sí.

—Y has luchado por media finca para llegar a mi habitación.

—Sí.

—Y te has puesto entre hombres armados y yo.

—Sí.

Su voz baja hasta ser un susurro. —Entonces deja de hablar.

Antes de que pueda responder, me agarra de la parte delantera de la camisa y tira de mí hacia ella. Su boca choca contra la mía con esa clase de fuerza desesperada que solo surge después de demasiadas noches deseando algo que te dijiste que no podías tener.

Su respiración es rápida y superficial, a juego con el latido acelerado de mi corazón mientras me aparto lo justo para mirarla. Mirarla de verdad. El rubor de sus mejillas, la forma en que sus labios están hinchados por nuestro beso, el deseo salvaje y tácito en sus ojos. Nunca ha estado más hermosa.

—Alexei —jadea—. Te quiero.

Eso es todo lo que hace falta. Tira de mi cinturón mientras me tumbo en la cama junto a ella, con sus ojos ardiendo de hambre. —Alexei... — —Alexei, por favor... —

Su súplica me atraviesa mientras me subo a la cama, más cerca de ella. Esa preciosa boca suya me está llamando a gritos.

Al momento siguiente, estoy desnudo. Sus labios me envuelven, y ver eso casi hace que me corra allí mismo. Tengo una mano enredada en su pelo, guiando su cabeza, marcando el ritmo. Ella me toma más profundamente con cada embestida, con la garganta apretándose a mi alrededor mientras tiene arcadas, pero no se detiene. Tiene los ojos vidriosos, fijos en los míos, desafiándome a empujar con más fuerza.

—Estás perfecta así.

Gime con mi miembro en la boca; la vibración me recorre entero. Empujo más profundamente en su boca, implacable, hasta que sus pestañas revolotean y la saliva humedece sus labios, goteando por su barbilla. Sus uñas se clavan en mis muslos, pero no me aparta. Quiere esto. Quiere que la use.

Cuando finalmente jadea buscando aire, tiro de su cabeza hacia atrás lo justo para dejarla inhalar. Es un desastre: los labios rojos e hinchados, las mejillas mojadas de saliva y lágrimas. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Te gusta estar boca arriba para mí, ¿verdad? —digo con voz ronca.

Ella asiente, sin aliento, lamiéndose los labios. —Sí.

Esa sola palabra casi acaba conmigo. Pero quiero más.

Apenas tiene tiempo para recuperar el aliento antes de que me ponga sobre ella, inmovilizando sus muñecas por encima de su cabeza con una mano y deslizando la otra por su cuerpo hasta el calor húmedo entre sus muslos.

—Ahora vas a recibirlo por todas partes.

Su cuerpo se arquea hacia mí, un gemido escapa de sus labios mientras mis dedos se deslizan dentro de ella, empujando profundo, curvándose en el lugar exacto. Ya está empapada y lista, suplicando con cada jadeo entrecortado.

—Por favor —jadea ella.

Saco mis dedos y los presiono contra sus labios. —Pruébate a ti misma.

Los chupa con avidez, con los ojos en blanco, y la lujuria casi me consume por completo.

En ese momento, la pongo boca abajo, tirando de sus caderas hacia arriba para que quede a cuatro patas. Me hundo en ella de una sola embestida brusca, y su grito llena la habitación, resonando en las paredes mientras la embisto por detrás; el sonido rebota en mi interior. La sensación es como gasolina en llamas, y no le doy tiempo a adaptarse. La golpeo con fuerza, implacable, manteniendo sus caderas firmes mientras ella clava las uñas en las sábanas.

Cada embestida arranca otro grito de su garganta, y yo me deleito en ello.

Bajando la mano, agarro un puñado de sus rizos, tirando de su cabeza hacia atrás hasta que su columna se arquea. —Di que estás conmigo.

—Estoy contigo...

Suelto su pelo, solo para bajar la palma de mi mano con fuerza contra su culo. El chasquido agudo llena la habitación y ella da un respingo, gimiendo contra el colchón. Su cuerpo se contrae con fuerza alrededor de mi miembro y yo gruño.

—¿Te gusta eso? —Le doy otro azote, esta vez más fuerte.

Su trasero rebota bajo mi mano, calentándose bajo mi palma.

—¡Sí! —grita ella, hundiendo la cara en las sábanas, apagada pero desesperada.

Le aprieto el culo con una mano, haciendo que el escozor penetre en su piel, y luego le doy otro azote, cortante y castigador. —Eso es lo que pensaba. Te gusta que te convierta en mi chica buena. ¿A que sí?

Ella gime, cada palabra rezumando necesidad.

—Bien.

Le doy otro azote, viéndola retorcerse debajo de mí. Luego vuelvo a embestirla, cada vez más fuerte, más profundo, cada estocada es una reclamación. Todo su cuerpo se estremece, atrapado entre el dolor de mi palma y el placer abrumador que le estoy dando.

Me inclino hacia abajo, con la boca en su oído. —Vas a correrte para mí así. Boca abajo, con el culo rojo, con mi polla tan hundida en ti que me sentirás mañana.

Solloza mi nombre y sé que está cerca; su cuerpo se tensa, tiembla. Le doy un último azote, la marca de mi mano floreciendo en su piel, y eso es lo que la hace estallar. Se rompe, gritando contra las sábanas, su cuerpo ordeñándome con tanta fuerza que grito su nombre.

Sigue temblando, su cuerpo me aprieta con cada sacudida, cuando me salgo en el último segundo. La pérdida le hace soltar un gemido, pero entonces agarro mi polla, masturbándome con fuerza y rapidez mientras me cierno sobre ella.

—Quiero verte así cuando termine.

Su respiración es irregular, sus rizos están salvajes contra su rostro encendido, su cuerpo despatarrado y destrozado.

Mía.

La visión me desmorona. El calor aumenta rápido y brutal y, con un último movimiento brusco, exploto. Chorros calientes y espesos de semen cruzan su culo, su espalda baja, goteando sobre las marcas de manos que he dejado en su piel.

Gruño, todavía bombeando, viendo cómo cada gota la marca.

Ella jadea, clavando los dedos en las sábanas. Puede sentir mi calor incluso sin mi polla dentro.

Cuando finalmente me desplomo a su lado, la atraigo hacia mí, besando su sien húmeda. Mi mano descansa sobre su cadera,

posesiva incluso ahora. La lucha me abandona de golpe. La adrenalina, la sangre, la rabia... todo se consume, dejando solo el sonido de nuestros jadeos llenando la habitación.

Anya se acurruca contra mí, apoyando la cabeza en mi pecho como si ese fuera su lugar. Mi brazo la rodea sin pensar, atrayéndola. La finca sigue ruidosa fuera de la puerta, con hombres gritando, radios chisporroteando y Pavel ladrando órdenes en ruso, pero aquí dentro, el mundo se ha vuelto extrañamente silencioso.

Todo lo que necesito en este momento es a ella.

Capítulo 27

Anya

Al parecer, mi libertad viene acompañada de un tensiómetro.

Es un pensamiento extraño, pero no consigo quitármelo de la cabeza. Un tensiómetro: algo de lo más común y corriente. Excepto que es lo que me retiene aquí, atada a esta habitación, a esta vida. Resulta poético, la verdad, de la forma más frustrante posible. Un recordatorio más de que no tengo el control absoluto. Puede que me hayan concedido una apariencia de libertad al levantarme el reposo absoluto, pero sigue siendo bajo las condiciones de otro.

El doctor Sokolov está sentado frente a mí, a la misma distancia que mantiene siempre. No me mira como si fuera frágil. Me mira como si fuera un día más en la oficina, una paciente más a la que gestionar. No sé si eso me gusta o lo detesto.

La estancia, que antes era una sala de estar de ventanales luminosos y amplios, ahora parece más un puesto médico estéril. Hay un monitor portátil, un portátil y suministros médicos repartidos por una bandeja. Se nota que lleva años haciendo esto. Sin vacilaciones, sin suavidad. Casi puedo oír los años de diagnósticos difíciles saliendo de sus labios, historias de otros que estuvieron antes que yo.

El manguito se aprieta alrededor de mi brazo y resisto el impulso de hacer una mueca. La presión es incómoda, como todo lo demás

últimamente. Siento como si todo en mi cuerpo estuviera presionando hacia dentro. El pecho, la cabeza, los pies hinchados y, sobre todo, mis emociones; todo enredado y empujando entre sí. Es agotador, y lo peor es que no puedo escapar de mi propio cuerpo.

Me quedo mirando la pared que tengo enfrente. Es ridícula la cantidad de horas que he pasado en esta habitación, observando los mismos dibujos del papel pintado. A estas alturas podría escribir un libro entero sobre la arquitectura de esta finca. Minimalista. Cara. Emocionalmente inaccesible. Muy acorde con la vida que nunca pedí.

—No se mueva.

—No me muevo —respondo, intentando mantener la voz firme, aunque cada día me resulta más difícil.

La máquina zumba mientras se infla, y el sonido es un suave recordatorio de que ya no soy yo quien manda. Él mantiene los ojos fijos en el monitor, no en mí, y de un modo extraño resulta casi reconfortante. Solo soy una paciente más. Él solo es otro médico.

Entonces suena un pitido y la presión del manguito disminuye. Flexiono los dedos por instinto, agradecida por el alivio. El doctor Sokolov no levanta la vista de sus notas; su escritura es firme, experimentada. Probablemente habrá visto a cien mujeres como yo. O quizá no exactamente como yo, embarazada del hijo de un Pakhan de la Bratva. Pero mujeres que acuden a él en busca de respuestas, al fin y al cabo.

—Su presión arterial se ha estabilizado —me dice.

Una ola de alivio me invade, pero no dejo que se note. No puedo permitirme estar demasiado aliviada. Esta es solo una batalla en una guerra mucho mayor. Pero espero, porque los médicos nunca se quedan ahí. Siempre hay un «pero». Siempre hay algo más que lo complica todo.

—La preeclampsia está bajo control.

Exhalo, pero es un suspiro superficial. ¿De verdad lo está? ¿O es solo otro vendaje sobre una herida más profunda?

—¿Qué significa eso? —pregunto, aunque ya lo sé.

Se ajusta las gafas y por fin me mira; su mirada es algo más suave, pero sigue siendo clínica. —Significa que el reposo absoluto ya no es necesario.

Parpadeo. —Eso suena sospechosamente a libertad.

—Libertad limitada —corrige él.

Por supuesto. Siempre hay letra pequeña, siempre hay una trampa. Libertad, pero solo dentro de unos límites. Es como si me permitieran saborear la vida de nuevo, pero bajo las condiciones de otra persona.

—Puede moverse por la casa.

Eso es un comienzo, al menos.

—Periodos cortos. Nada de estrés.

Suelto una risa silenciosa, pero es hueca, un sonido agudo que se siente extraño en el aire. —Nada de estrés —repito—. Porque he tenido poquísimo de eso últimamente.

Él no responde al sarcasmo, lo cual me parece bien. No busco consuelo ahora mismo. Busco hechos.

—Continuará con el seguimiento diario —dice con tono profesional, imperturbable—. Si su presión arterial sube, volveremos a las restricciones.

Asiento despacio, aunque una parte de mí se pregunta cuánto tiempo más podré aguantar los chequeos constantes, los límites, el esperar el permiso de otro para vivir.

—Me parece justo —digo con voz comedida, aunque estoy lejos de sentirme así.

Él me estudia un momento y luego asiente. —Parece… decidida.

—Es una forma educada de decir que parece que voy a causar problemas —señalo.

El médico arquea una ceja. —Tal vez.

Me reclino en la silla, intentando ignorar el hormigueo en las piernas. Es como si cada parte de mi cuerpo estuviera en alerta o bien apagándose. —He estado tumbada dos semanas, doctor.

—Sí.

—¿Sabe qué pasa cuando alguien se queda en la cama dos semanas sin hacer nada?

Considera esto un momento, desviando la mirada de sus notas hacia mí. —Que se recupera.

—Que piensa —le corrijo, riendo de nuevo, pero esta vez con más ironía.

—Eso puede ser peligroso.

—No tiene ni idea —digo, con la voz más tensa ahora.

Cierra la carpeta y me mira como si acabara de darse cuenta de algo importante. —¿Qué ha decidido?

La pregunta queda suspendida en el aire, densa y pesada. Vacilo. No estoy segura de tener la respuesta lista, pero sé lo que quiero. Lo que necesito.

—Estoy harta de esperar.

—¿Esperar a qué?

Hago un gesto vago con la mano hacia la habitación, hacia la casa, hacia mi vida, que parece una red enmarañada de reglas y expectativas que yo no he creado.

—A las decisiones de los demás.

Su expresión cambia ligeramente, un atisbo de comprensión cruza su rostro. Pero eso no hace que la respuesta sea más fácil.

—Entonces es hora de tomar las suyas.

Asiento, sintiendo una oleada de algo feroz, algo que no sabía que me quedaba. —Ese es el plan.

Se levanta, recoge sus papeles y se dispone a marcharse. —Bien.

Antes de irse se detiene, mirándome con una seriedad que no esperaba. —En el mundo en el que vive ahora, las palabras se usan a menudo como armas.

Suspiro, más por frustración que por otra cosa. —Me he dado cuenta.

—Son más honestas.

Y con eso se marcha; sus pasos son silenciosos mientras se aleja de la habitación, dejándome sola con el peso de sus palabras.

Es un consejo increíblemente inoportuno. Pero confirma lo que he estado pensando durante los últimos tres días. Ya no puedo quedarme de brazos cruzados, no con todo lo que hay en juego. Ha llegado el momento de elegir.

Se acabó el esperar.

* * *

La finca se siente diferente cuando ya no estás confinada en tu habitación. No físicamente. Los suelos de mármol siguen fríos. El servicio sigue impecablemente silencioso mientras se desliza por sus tareas. Los guardias están igual de presentes, pero se esfuerzan tanto en no parecer que me vigilan que casi resulta cómico.

Pero ¿el cambio? Es psicológico. Cuando estás atrapada tras puertas cerradas, el lugar parece una jaula. Una dorada, pero una jaula al fin y al cabo. Cuando puedes caminar libremente por los pasillos, la sensación cambia. Se convierte en tu territorio, tu espacio para reclamar. O para abandonar, dependiendo de las decisiones que tomes.

Avanzo por el pasillo lentamente, ignorando las miradas de sorpresa de los guardias, que claramente no esperaban verme en pie hoy. No saben qué pensar de esta versión de mí. Yo tampoco, para ser sincera.

Bien. Que se adapten.

Me detengo justo ante las puertas de la biblioteca. Puedo oír la voz de Alexei dentro, baja y controlada, teñida de una aspereza que no termino de reconocer.

—He dicho que no.

Otro momento de silencio. Luego: —Si quieren guerra, que vengan.

La línea se corta, seguida de una quietud opresiva.

No necesito llamar; simplemente empujo la puerta y entro. Alexei está de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, todavía con el teléfono en la mano, con las repercusiones de cualquier conversación que acaba de tener flotando en el aire. Su chaqueta del traje está colgada en una silla. Tiene las mangas arremangadas, revelando el leve roce del ataque. Está curándose, pero sigue ahí como un recordatorio de lo cerca que estuvo todo de desmoronarse.

Oye la puerta y se gira. Su mirada pasa del suelo a mi cara, pero baja rápidamente a mis pies, como si mi presencia fuera algo que aún no quiere reconocer.

—No deberías estar levantada —dice con voz tensa.

—El doctor Sokolov no opina lo mismo —respondo.

Su expresión cambia ligeramente, ahora más concentrada, más alerta. —¿Le has visto?

—Sí.

—¿Y?

—Mi presión arterial está estable.

Exhala despacio. Si es de alivio o de frustración, no sabría decirlo.

—Bien.

Me adentro más en la habitación, acercándome a él. —Y he terminado con el reposo absoluto.

Su cuerpo se tensa ante eso, lo justo para indicar que le importa más de lo que deja ver. Noto el cambio sutil en su postura: echa los hombros hacia atrás y aprieta la mandíbula como si se preparara para una pelea que no esperaba.

—Anya… —empieza, pero le corto.

—No. —La palabra sale calmada. Firme. Sin vacilar.

Cierra la boca y las palabras mueren en sus labios.

—Necesito decir algo —continúo, y mi voz adquiere una nueva claridad.

Él me observa, vigilándome como si fuera a prenderle fuego a algo. Como si fuera una amenaza que, en cierto modo, lo soy.

—Adelante —dice por fin, y no paso por alto la tensión en su tono.

—No me marcharé después del parto —afirmo, cada palabra deliberada, esculpida en el espacio que nos separa.

Su rostro no cambia, pero en sus ojos brilla algo. Preocupación, quizá ira, tal vez miedo. Es difícil de decir.

—No voy a entregarte al bebé y desaparecer para volver a mi antigua vida —prosigo—. Me quedo.

El silencio que sigue es pesado. Intenta procesar mis palabras, encajarlas en la caja en la que me ha tenido guardada. Pero no voy a encajar. Ya no.

—Anya…

—Tienes que decidir si puedes vivir con eso —digo, cortándole de nuevo. Ya no tengo miedo. Ni de él, ni de esta casa, ni de las

consecuencias—. No seré tu secreto —añado, con voz fría y clara—. No seré tu vergüenza. No seré el fantasma de ella.

Ahora puedo verlo: el destello pequeño y fugaz de pánico en sus ojos. Esto es más de lo que estaba preparado para afrontar. Este es el momento en el que dejo de ser un peón en su juego. He terminado de jugar.

—Me quieres aquí o no me quieres —digo, con el corazón golpeándome en el pecho, pero con la voz inquebrantable—. O quieres esta vida conmigo, o me dejas marchar.

No habla durante un largo momento. Sus ojos se clavan en los míos, pero yo no retrocedo.

—Me estás dando un ultimátum —dice por fin, con voz áspera, cortando el silencio como una cuchilla.

—Sí.

La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros. Pesada, innegable.

Una larga pausa. Sus ojos buscan en los míos, buscando algo, quizá una grieta en mi resolución. Pero no hay nada.

—Crees que es así de sencillo —dice, casi en un susurro.

—No —respondo con sinceridad. Doy un solo paso hacia él. Solo uno—. Pero es así de claro.

El espacio entre nosotros es menor ahora. Puedo sentir su presencia, su peso, la atracción. Pero ya no necesito que él decida por mí.

—Merezco que me elijan, Alexei.

Su expresión flaquea por un brevísimo instante. Sus ojos se oscurecen, su mandíbula se tensa. Pero no se mueve.

—No que me soporten.

Mis palabras se asientan entre nosotros como una herida. Él no habla. Sostengo su mirada un segundo más. Un desafío. Una exigencia.

Y entonces, me doy la vuelta y salgo.

Porque, por primera vez, ya no estoy esperando.

Capítulo 28

Alexei

En el almacén hace un frío tal que el aliento forma neblina en el aire. Paredes de hormigón que nunca ven la luz del sol, luces fluorescentes que zumban sobre nuestras cabezas y el olor tenue y estéril de la lejía sobrepuesto al hierro viejo y a sangre más antigua todavía.

Al otro lado de la sala, Pavel está de pie junto a la mesa de acero con las mangas remangadas y una expresión esculpida con la misma indiferencia paciente que dedica a cada tarea desagradable. Sus manos descansan relajadas en el borde de la mesa, como si estuviera discutiendo sobre cargamentos o territorio en lugar de sobre el hombre atado a la silla frente a él.

El hombre está temblando. Los temblores lo recorren en ondas silenciosas, de esas que nacen en lo más profundo de los huesos cuando alguien comprende que cualquier protección que creía tener se ha esfumado.

Sergei Antonov. Supervisor de mantenimiento de la finca. Cuarenta y dos años. Ha trabajado en mi casa durante seis años. El tiempo suficiente para que los guardias dejaran de comprobar su identificación cada vez que cruzaba un pasillo. El tiempo suficiente para que el personal lo tratara como si fuera parte del mobiliario, siempre allí, nunca lo bastante importante como para vigilarlo de

cerca. El tipo de hombre que arregla cerraduras rotas, reemplaza lámparas, revisa paneles de seguridad. El tipo de hombre que tiene las llaves de habitaciones que la mayoría de la gente nunca llega a ver.

El tipo de hombre que puede oírlo todo.

Sergei levanta la cabeza lentamente cuando me acerco. Tiene el labio partido. La sangre corre en un reguero pausado por su barbilla y gotea en el cuello de su camisa. Un ojo ha empezado ya a hinchársele por la conversación previa que Pavel ha mantenido con él.

Su voz se quiebra al hablar. —Pakhan… por favor…

No digo nada. Pavel me observa un momento y luego vuelve a mirar a Sergei con un leve suspiro, como un hombre decepcionado porque la conversación ha empezado exactamente como siempre lo hace.

—Saltémonos esta parte —dice con suavidad.

Sergei niega con la cabeza débilmente. —Yo no he hecho nada…

Pavel sonríe ligeramente. No es una sonrisa amable. —Esa siempre es mi mentira favorita.

Agarra el respaldo de la silla de Sergei y la empuja hacia delante por el suelo de hormigón. Las patas de metal chirrían con la fuerza suficiente para hacer que Sergei se sobresalte violentamente, y el sonido resuena por todo el almacén vacío.

Pavel se inclina hasta que su cara está a escasos centímetros de la de Sergei. —¿A quién le estabas pasando información?

Sergei vacila. El tiempo justo.

Pavel hunde su puño en las costillas de Sergei. El impacto le saca el aire con un jadeo húmedo, y su cuerpo se dobla hacia delante contra las correas. El silencio llena la sala de nuevo. Sergei tose violentamente, luchando por recuperar el aire en sus pulmones.

Pavel se yergue, flexionando los dedos como si los estuviera calentando. —Intentémoslo de nuevo.

Sergei mira al suelo ahora. El miedo logra lo que la lealtad rara vez sobrevive a confesar.

Susurra.

El nombre flota entre nosotros.

Dimitri Kozlov.

Por supuesto.

Pavel inclina la cabeza. —Más alto.

—Dimitri Kozlov —dice Sergei con voz temblorosa.

Pavel asiente lentamente. Luego empieza a rodear la silla de la misma forma que un lobo rodea a una presa herida. —¿Qué le estabas dando exactamente?

Sergei traga saliva con dificultad. —Horarios de seguridad… movimientos… rutas…

Información estándar. Útil. Pero no catastrófica.

Pavel me lanza una mirada, leyendo el mismo pensamiento en mi silencio. Esto por sí solo no explicaría la confianza de Dimitri.

—¿Qué más? —pregunta Pavel.

La respiración de Sergei se acelera. Las palabras salen de él a regañadientes.

—El embarazo.

El aire en la habitación cambia. Pavel lo nota de inmediato. Deja de caminar.

—¿Qué pasa con eso?

Las manos de Sergei se agitan contra las ataduras. —Vi cuándo llegó el médico.

Se me tensa la mandíbula. El tono de Pavel sigue siendo calmado.

—Continúa.

Sergei me mira. —Oí conversaciones… vi documentos médicos…

Los ojos de Pavel se oscurecen. —¿Qué documentos?

Sergei vacila. Pavel golpea con la palma de la mano la mesa de acero junto a su cabeza. El sonido resuena como un disparo.

—La fecha del parto —suelta Sergei de golpe.

Cierro las manos lentamente a la espalda.

—Complicaciones —continúa Sergei con debilidad.

Las luces fluorescentes zumban en el techo.

—Sabe cuándo estará ella más débil.

La voz de Pavel baja de volumen. —¿Cómo sabe Dimitri eso?

Sergei traga saliva. —Yo se lo pasé.

La habitación vuelve a quedarse en silencio.

—¿Y por qué quiere saber eso? —pregunta Pavel suavemente.

Sergei cierra los ojos. —Está esperando.

—¿A qué?

La respuesta de Sergei es apenas audible. —Al nacimiento.

Pavel exhala lentamente por la nariz. —Explícate.

La voz de Sergei tiembla mientras el resto sale a borbotones. —Es entonces cuando atacarán.

Pavel se cruza de brazos. —¿Objetivo?

Sergei mira al suelo. —Anya. Y el bebé.

Pavel me mira despacio. —Matar a la mujer. Matar al heredero. Y tu poder empieza a desmoronarse.

Sergei empieza a llorar en silencio. Lo observo durante un largo rato. Seis años dentro de mi casa. Meses recorriendo los mismos pasillos donde duerme Anya.

Mi voz suena queda al hablar. —Llevaoslo.

Los guardias se lo llevan a rastras. Los gritos de Sergei resuenan por el pasillo hasta que la puerta se cierra. El silencio se asienta de nuevo sobre el almacén.

Pavel estudia mi rostro con atención. —Sabes, Dimitri tiene razón en una cosa.

Lo miro.

Pavel se separa de la mesa. —Las guerras no se ganan así.

Pienso en Anya de pie en la biblioteca. El fuego en su voz. El momento en que dejó de esperar.

Elige.

Pavel se cruza de brazos. —Elige tu campo de batalla, hermano.

La respuesta encaja en su sitio con una especie de claridad brutal. Todas las dudas. Toda la distancia prudencial. Todas las mentiras que le conté al consejo. Todo se colapsa ante una única verdad.

Si Dimitri viene a por Anya, no queda Bratva que proteger.

—La elijo a ella —afirmo.

Pavel me mira fijamente durante un largo instante. Luego se ríe. —Por fin —me mira de nuevo—. Te das cuenta de que esto significa la guerra.

Le sostengo la mirada. —Ya la significaba.

Pavel sonríe lentamente. —Bien entonces, Pakhan —su voz se vuelve gélida—. Matemos a Dimitri.

Capítulo 29

Anya

Si me hubieras dicho hace seis meses que mi vida incluiría una reunión formal de la Bratva donde me escoltan como si fuera una declaración política, te habría preguntado qué estabas bebiendo y si estarías dispuesto a compartir.

Ahora estoy de pie ante unas puertas dobles que parecen pertenecer a la entrada de una catedral. Excepto que, en lugar de santos e incienso, lo que aguarda al otro lado es una sala llena de hombres que han matado por menos que un desaire imaginario.

Y estoy embarazada. Lo cual no ayuda.

Galina me ajusta el chal sobre los hombros como si me estuviera vistiendo para un funeral, con dedos enérgicos y eficientes. Su boca está apretada en una línea que sugiere que desaprueba el universo en general.

—No tienes por qué ir —dice, pero no me está dando permiso. Es una prueba.

La miro. —Él me quiere allí.

Los ojos de Galina se desvían medio segundo y luego regresan a mí. —Hombres…

Espero.

Suspira como si se estuviera tragando toda una vida de opiniones. —Necios.

Casi me hace sonreír, pero los nervios son algo vivo bajo mi piel, reptando. Mis manos están firmes solo porque he decidido que lo estén. He aprendido, en esta casa, que tu cuerpo te traicionará en el momento en que se lo permitas.

Así que no se lo permito.

Un guardia abre la puerta sin llamar. No es un sirviente. No es personal de servicio. Es un soldado. Aquí la diferencia importa.

—Es la hora —dice.

Galina retrocede. No vuelve a tocarme. Su calidez, cuando aparece, es siempre brusca y temporal, como si temiera que la amabilidad fuera a resquebrajar algo que no puede permitirse sentir.

Respiro hondo una vez. Y entro.

La sala ya está llena. No hay gentío; estos hombres no se amontonan. Ocupan. Se expanden como si fueran los dueños del mismísimo aire. Hay una mesa larga —madera pesada, cara, con marcas allí donde la historia ha hincado sus uñas—. Ceniceros. Copas de cristal. Botellas que parecen costar más que mi antiguo alquiler.

Rostros que he visto de pasada. Hombres cuyos nombres he oído susurrar en los pasillos. *Avtoritet*. Brigadieres. Leales. Oportunistas. Esos que le sonríen a Alexei y cuentan los minutos hasta que cometa un desliz.

Todos giran la cabeza cuando entro. Es sutil, pero no lo suficiente. Siento sus ojos posarse sobre mí. La sala se queda en silencio de esa forma particular en la que callan los hombres cuando algo cambia la temperatura.

Porque no se supone que yo deba estar aquí. No así. Una gestante es una función. Un útero con piernas. Un calendario médico.

Hoy no soy nada de eso. Hoy, soy un mensaje.

En la cabecera de la mesa, Alexei está de pie. Sin chaqueta. Camisa blanca, mangas remangadas. El roce de bala aún cicatrizando en su brazo es visible bajo el puño, como un recordatorio que él no necesita pero los demás sí. Su postura es controlada, pero sus ojos no están tranquilos.

Me encuentran de inmediato. No se suavizan. Alexei no se suaviza en público. Pero se clavan en mí. Y algo en la sala cambia ante eso.

Pavel está a su derecha, de pie con las manos a la espalda y el rostro inescrutable. Me lanza una mirada —rápida, evaluadora, casi de aprobación— y luego desvía la vista como si no fuera a disfrutar de esto.

La voz de Alexei corta el aire de la sala, profunda y plana. —Sentaos.

No es una petición. Se oye el arrastrar de las sillas. Los hombres se acomodan. Nadie me quita los ojos de encima hasta que Alexei se mueve, saliendo de detrás de la cabecera de la mesa y caminando hacia el asiento vacío a su lado. El asiento que no ha estado vacío por accidente.

Se detiene junto a él y me mira como si yo fuera lo único en la sala que mereciera la pena medir. —Ven aquí, Anya.

Camino, sintiendo cada paso. El mármol bajo mis pies, la fuerza de todas esas miradas, el familiar latido del pulso en mi garganta.

Me siento donde él quiere. Y el efecto es inmediato. Casi se pueden oír los cálculos encajando en su lugar. Porque esto no es un capricho privado. Es una declaración pública.

Alexei no se sienta. Se queda de pie, con una mano apoyada en el respaldo de mi silla y la otra sobre la mesa. Es posesivo sin ser tierno. Protector sin ser blando. Les dice a todos exactamente lo que necesita decirles.

Habla en ruso, lento y deliberado, cada sílaba colocada como una bala. —Todos sabéis lo que ha pasado.

Un murmullo recorre la sala. No de negación. No de confusión. De reconocimiento.

La mirada de Alexei recorre la mesa una vez, fría y pausada. —Un intento de llegar a ella.

Su mano se aprieta ligeramente en el respaldo de mi silla. Es el movimiento más pequeño, pero causa impacto.

Entonces pronuncia mi nombre como si fuera un título.

La sala se aquieta de nuevo, como si mi nombre mismo fuera un interruptor.

—Esta es mi mujer.

Se me da un vuelco el estómago. No por náuseas. Por el impacto. Porque hay diferentes formas de ser reclamada. Está la forma fea, la posesiva, la que te reduce a una propiedad.

Y luego está esto. El tipo de reclamo que te convierte en una línea trazada en la arena.

Alexei continúa, con voz inalterada. —Lleva a mi heredero.

Algunos hombres se remueven en sus asientos. Sutilmente. Incómodos. Algunos se habían creído la mentira. Otros querían creérsela.

Alexei no les da espacio para respirar. —Y será mi esposa.

Ahí está. No es una promesa. No es una posibilidad.

Es una decisión.

Se me cierra la garganta, porque claro que lo hace. Porque sigo siendo humana, y este sigue siendo el hombre que estuvo ante un consejo y usó nuestro idioma como un cuchillo.

Excepto que ahora está haciendo algo peor. Está tomando ese mismo idioma, en este mismo mundo, y reconstruyendo su significado delante de todos.

Prosigue. —Directamente.

Sin disculpas. Sin explicaciones. Sin mencionar la reunión del consejo, ni aquellas palabras que Galina me transmitió como si pensara que la verdad me protegería endureciendo mi corazón.

Alexei no se defiende con excusas. Corrige la realidad por la fuerza. Y todos en esta sala lo entienden. Está anulando la traición con una nueva regla, y lo está haciendo en la misma lengua que usó para romperme.

Mi corazón late con tal fuerza que puedo sentirlo en la punta de los dedos. Miro su mano sobre mi silla. Firme. Posesiva. Presente.

Al otro lado de la mesa, uno de los hombres mayores —pelo cano, anillos pesados, un rostro forjado en la sospecha— se inclina hacia delante. —¿Estás seguro, Alexei?

Alexei ni siquiera parece sorprendido. —Sí.

La mirada del anciano vacila hacia mí y luego regresa. —Esto es… inusual.

La boca de Alexei se contrae como si el humor fuera algo que guarda bajo llave tras los dientes. —El mundo cambia.

Otro hombre habla, más joven, más afilado, con ojos demasiado hambrientos. —¿Y qué hay de Dimitri?

El nombre cae en la sala como algo tóxico. La expresión de Alexei no cambia, pero el aire sí. Su voz se vuelve más fría.

—Dimitri ya ha elegido su bando.

Asiente una vez hacia el extremo opuesto de la sala. Y solo entonces noto a la figura arrodillada cerca de la pared. Un hombre de rodillas, con las manos atadas a la espalda. Sangre seca a lo largo de su sien. La camisa arrugada como si lo hubieran arrastrado hasta aquí en lugar de invitarlo.

Sergei. Tardo un segundo en ubicarlo, porque «miembro del personal doméstico» no es una categoría que mi cerebro mantenga nítidamente etiquetada.

Entonces caigo en la cuenta. Era el silencioso. El que se movía por los pasillos con una bandeja o una caja de herramientas, con la cabeza baja y ojos respetuosos. El que llevaba allí el tiempo suficiente como para que ya nadie se fijara demasiado en él.

De confianza. Invisible.

Peligroso.

Pavel da un paso al frente ligeramente, como si hubiera estado esperando la señal, y su voz corta con nitidez la sala. —Sergei Nikiforov.

El hombre arrodillado se amedrenta al oír su nombre completo, como si fuera un collar del que han tirado con fuerza.

Pavel continúa, hablando para la sala, para la mesa, para los hombres que necesitan oír la estructura antes de aceptar la sangre. —Estaba pasando información a la gente de Dimitri.

Una onda recorre la estancia. Asco. Ira. Ansia de castigo.

La voz de Alexei sigue, baja y definitiva. —Les dio la fecha prevista del parto.

Mis pulmones se bloquean durante medio segundo. Por supuesto que lo hizo. Por supuesto que Dimitri lo sabe.

Alexei continúa, porque no está haciendo esto con delicadeza. —Sus complicaciones.

Mis manos se aprietan en mi regazo.

—Sus horarios.

Cada palabra es un clavo. Siento que mi pulso se dispara, mi cuerpo reaccionando como lo hace ahora, demasiado sensible, demasiado listo para alterarse, y me obligo a respirar para superarlo.

La mano de Alexei baja y descansa brevemente contra mi hombro. Un mensaje para la sala y para mí.

Pavel mira a Sergei. —Cuéntaselo.

La boca de Sergei se mueve y traga saliva con dificultad. Sus ojos recorren la sala como si intentara encontrar piedad.

No hay ninguna.

—Yo… yo no quería…

—¿No querías el qué? —lo presiona Pavel.

Sergei cierra los ojos con fuerza, como si eso evitara que la verdad existiera. —Dijeron… que solo vigilara.

Alguien en la mesa deja escapar una risa breve. No de diversión. De desprecio.

Alexei finalmente habla directamente a Sergei; su tono es plano, con algo peor que la ira. —Los dejaste entrar en mi casa.

Sergei sacude la cabeza frenéticamente. —Yo no… yo solo…

Alexei no levanta la voz. No lo necesita. Su calma es lo más aterrador de la estancia.

Alexei dice, mirando a la mesa en lugar de al traidor, convirtiendo esto en una lección: —El plan era durante el parto.

El aire parece enrarecerse.

—Cuando la seguridad estuviera centrada en los médicos.

Se me revuelve el estómago, caliente y agrio.

—Matarla o llevársela.

Las palabras calan en mis huesos. Y de repente, la sala se siente menos como una reunión y más como un campo de batalla que simplemente aún no ha empezado a sangrar.

Un hombre al lado izquierdo de la mesa escupe una maldición. —Bastardo.

Otro murmura: —Dimitri es hombre muerto.

La mirada de Pavel se eleva hacia Alexei. Hay algo en ella: aprobación, alivio, una especie de lúgubre satisfacción, como si

hubiera estado esperando a que Alexei dejara de fingir que la guerra podía gestionarse con cortesía.

Los ojos de Alexei barren la sala de nuevo. —La línea está trazada.

Luego me mira. Y por primera vez en esta sala, no es el Pakhan mirando un recurso. Es Alexei, mirándome como si hubiera decidido algo tan profundamente que lo ha transformado de pies a cabeza.

—Anya. Dilo.

No es una orden para que me someta. Es una invitación a estar a su lado frente a todos ellos.

Mis latidos son estruendosos, pero mi voz no tiembla cuando levanto la barbilla. —Acepto.

La sala se queda inmóvil.

Y entonces, como piezas de dominó, surge el movimiento.

Pavel da un paso al frente primero, presionando su mano contra el pecho brevemente en un gesto antiguo y formal. —Por el Pakhan.

Otros lo siguen.

—Por Morozov.

—Por el heredero.

Algunos pronuncian mi nombre también, con cuidado, como si estuvieran probando cómo sabe en sus bocas.

—Por Anya Volkov.

La reivindicación es de acero. Es una alineación pública de fuerzas. Es saber que, si alguien quiere llegar a ti ahora, tendrá que arrastrarse a través de los dientes de toda una organización para lograrlo.

Alexei se vuelve hacia Sergei de nuevo. El traidor está temblando, respirando con dificultad, con los ojos desorbitados.

—Por favor —susurra Sergei.

Nadie se mueve. La voz de Alexei es tranquila, casi conversacional. —Tú elegiste.

Pavel se acerca a Sergei, con expresión inescrutable. La mirada de Sergei vacila hacia mí, desesperada, suplicante, como si yo fuera una opción más blanda.

No me conoce. Le devuelvo la mirada con una especie de calma que no tenía hace un mes. Porque he aprendido algo aquí. Puedes

ser amable. Pero no puedes ser ingenua.

Alexei no hace un espectáculo de ello. No necesita teatro. El verdadero poder nunca lo necesita.

Asiente una vez.

La mano de Pavel se mueve. Se oye un sonido seco, rápido y eficiente, y el cuerpo de Sergei se desploma, doblándose hacia delante como una marioneta con los hilos cortados.

Sin sangre innecesaria. Sin drama.

Solo consecuencias. La sala exhala. Y en esa exhalación, el mundo cambia de nuevo.

Alexei coloca su mano sobre mi hombro una vez más, y esta vez se siente diferente. No es solo apoyo. Es una promesa.

Habla para la sala, pero sus palabras son para Dimitri. —Si quiere intentar quitarme lo que es mío, que lo intente.

No me inmuto ante la frase posesiva. Entiendo lo que significa aquí. No es propiedad. Es protección con colmillos.

Entonces Alexei finalmente se sienta, lento y controlado, como si la reunión fuera ahora exactamente lo que él quería que fuera: un anuncio, una advertencia, un hito en la historia.

Pavel se inclina ligeramente hacia él y murmura, lo suficientemente alto para que yo lo oiga: —Por fin.

La boca de Alexei se tensa, no llega a ser una sonrisa. —Cállate, Pavel.

Los ojos de Pavel se desvían hacia mí, divertidos. —No puedo. Estoy demasiado feliz.

Es lo más parecido a la ligereza que esta sala permitirá jamás.

Porque algo dentro de mí está increíblemente, aterradoramente tranquilo. Alexei lo ha hecho. No vino a mí con una disculpa susurrada en la oscuridad. No pidió perdón en la seguridad de nuestra habitación. No intentó reparar el daño con ternura privada.

Eligió el único lenguaje que su mundo respeta. Y me eligió a mí en él.

Lo miro. Él no me devuelve la mirada de inmediato. Sigue siendo el Pakhan, sigue controlando la sala, sigue gestionando la guerra

que está a punto de desatar. Pero su mano se desliza bajo la mesa y encuentra mi rodilla, envolviéndola con los dedos suavemente, dándome firmeza donde nadie más puede ver. Un toque privado bajo una declaración pública. Una atadura silenciosa.

Se me vuelve a cerrar la garganta, pero me lo trago. Porque no voy a llorar delante de estos hombres. No me ablandaré ante una audiencia que se alimenta de la debilidad.

Me inclino ligeramente hacia Alexei y hablo suavemente en ruso, solo para él. —Entiendes que ahora me mirarán como a un objetivo.

Su pulgar acaricia mi rodilla una vez. —Que lo hagan.

Inspiro. —¿Y si vienen?

La voz de Alexei no cambia. —Entonces morirán.

Me recuesto en mi silla, con la espalda recta y los hombros encuadrados. Porque si voy a ser su esposa en este mundo, entonces voy a sobrevivir a él. Y voy a hacerlo estando a su lado, no escondida detrás de él.

No tolerada.

Elegida.

Capítulo 30

Alexei

La iglesia está más fría de lo que recuerdo. Las iglesias ortodoxas siempre lo están. Suelos de piedra que retienen el invierno en su interior, paredes que huelen levemente a cera e incienso, el peso silencioso de siglos presionando como una mano en la nuca.

No he estado aquí en meses. No desde el funeral. No desde que la tierra se cerró sobre Katerina y el mundo se volvió algo más silencioso y difícil de respirar.

Las puertas chirrían cuando las empujo para abrirlas, y el sonido resuena suavemente por la nave. Hoy no hay servicio. No hay sacerdote. Solo el tenue resplandor de las velas votivas que arden bajo los iconos y los halos dorados de los santos que observan desde las paredes.

Mejor. No he venido aquí en busca de testigos.

Mis pasos avanzan lentamente sobre la piedra mientras me dirijo hacia el frente. El mismo pasillo por el que caminé el día de mi boda. El mismo lugar donde Katerina estuvo a mi lado vestida de seda blanca, sonriendo como si el mundo nunca le hubiera enseñado a temerle.

Recuerdo cómo le temblaba ligeramente la mano entre las mías cuando el sacerdote pronunció los votos. No por duda. Por emoción.

Ella siempre sentía las cosas con demasiada intensidad.

Me detengo frente al iconostasio y enciendo una vela. El fósforo llamea un momento antes de que la llama se asiente en algo más constante. Coloco la vela entre las demás.

—Señor, ten piedad.

La oración sale de mi boca de forma automática, con ese viejo ritmo arraigado más profundamente que la memoria. Inclino la cabeza. Durante un largo momento, no digo nada más. Porque la oración, si se es honesto, trata menos de las palabras y más de quedarse quieto el tiempo suficiente para escuchar aquello que has estado evitando.

Y yo he evitado este lugar deliberadamente. No por fe. Por culpa.

El silencio se extiende a mi alrededor, pesado pero no hostil. Finalmente, hablo.

—No conozco el camino correcto.

La confesión se siente extraña en mi lengua. Los hombres como yo no han sido criados para admitir incertidumbre, especialmente no en voz alta. Pero hay algo en este lugar que despoja a uno de las defensas habituales.

Quizá ese sea el objetivo.

—Pensé que si me permitía amarla...

Me detengo. Las palabras me parecen casi peligrosas.

—...entonces te traicionaría.

La llama de la vela parpadea suavemente. Los santos me devuelven la mirada en un silencio paciente. Cierro los ojos. El rostro de Katerina surge con facilidad en mi memoria. Esa es la parte cruel del duelo: preserva a las personas perfectamente en tu mente mientras el mundo sigue girando sin ellas.

Su risa. La forma en que ladeaba la cabeza cuando me tomaba el pelo. La suavidad que habitaba en ella incluso cuando intentaba fingir que era más fuerte de lo que era.

Y luego el hospital. La carta.

Anya.

Exhalo lentamente. —Pero tú ya lo habías decidido todo.

La comprensión me llega ahora de forma distinta a cuando leí aquellas palabras por primera vez. Entonces, se sentía como una

carga. Una responsabilidad. Otro peso que soportar después de que ella se hubiera ido.

Ahora... ahora se siente como algo más. Una puerta por la que me negué a pasar.

Me paso una mano por la cara, y el roce áspero de mi palma me devuelve a la realidad. —Siempre supiste lo que hacías —murmuro.

Un leve eco responde desde algún lugar de la nave.

Por supuesto que lo sabía. Katerina siempre había entendido a las personas mejor que yo. Ella había visto lo que yo me negaba a admitir incluso ante mí mismo. Lo vio con la suficiente claridad como para escribir esa carta. Lo vio con la suficiente claridad como para elegir a su hermana.

La puerta detrás de mí vuelve a chirriar. No me giro. Ya sé quién es.

Los pasos de Pavel cruzan el suelo de piedra con la confianza perezosa de un hombre que nunca se ha sentido particularmente intimidado por las iglesias, los sacerdotes o la posibilidad del juicio divino. Se detiene a mi lado. Por una vez, no habla de inmediato. Eso ya me indica que entiende dónde estamos.

Permanecemos allí en silencio un momento antes de que él exhale despacio. —Sabes... —comienza en voz baja.

Lo miro de reojo. Observa los iconos con la misma expresión pensativa que suele reservar para la estrategia en el campo de batalla.

—Dimitri tiene razón en otra cosa —continúa.

Levanto una ceja. —¿En qué eres un grano en el culo?

Pavel resopla por lo bajo. —No. En que eres testarudo como un demonio.

No digo nada. Porque esa acusación no es incorrecta.

Pavel se cruza de brazos, con la mirada aún fija en las velas. —Katerina te dio permiso.

Las palabras caen con un peso silencioso. No respondo de inmediato.

Pavel me mira ahora. —Ella sabía lo que hacía cuando escribió esa carta. —Su tono cambia ligeramente antes de pasar al inglés.

Más directo, menos ceremonial—. Honrarla no significa permanecer leal a su fantasma.

La frase me golpea con más fuerza de la que probablemente él imagina. Continúa, con voz calmada.

—Significa honrar su elección.

Vuelvo a mirar hacia las velas.

Pavel señala levemente hacia el frente de la iglesia. —Ella eligió a Anya para ti. —Hace una pausa—. Eligió la libertad para ambos.

Las palabras se asientan poco a poco en el espacio que nos separa. Pavel tiene razón. Katerina no me estaba dando una orden. Me estaba liberando.

La distinción es... inquietante.

—Piensas demasiado —me recrimina Pavel con suavidad.

Vuelvo a mirarlo. —Es una crítica extraña viniendo de ti.

Él sonríe levemente. —No, escucha. —Hace un gesto vago entre mi cabeza y el altar—. Crees que amar a Anya borra a Katerina. —Su tono se agudiza un poco—. No es así. —La iglesia permanece en silencio a nuestro alrededor—. Ella ya tomó la decisión.

Inspiro hondo. La verdad de todo esto me resulta incómoda y reconfortante al mismo tiempo. El duelo no desaparece solo porque la vida continúe. Pero quizá nunca debió detener la vida por completo. Quizá soy yo quien intentó convertirlo en una prisión.

Pavel me estudia el rostro con detenimiento. Luego suspira.

—Sabes —dice—, para ser un hombre inteligente, eres increíblemente estúpido con las mujeres.

Me le quedo mirando. —Tomo nota de tu consejo.

Él suelta un bufido. —Mi consejo es que deberías haberte dado cuenta de esto hace meses y habernos ahorrado a todos el drama.

Casi sonrío. —¿Drama?

—Sí. —Gesticula ampliamente—. Intentos de secuestro. Discusiones en el consejo. Discursos emotivos. —Hace una pausa—. Muy agotador.

Niego con la cabeza lentamente. —Estás disfrutando con esto.

—Inmensamente.

Cómo no.

Pavel vuelve a mirar las velas. Luego baja un poco la voz. —Ella te quería.

Las palabras son sencillas. Ciertas.

—Y quería a Anya.

También es cierto.

—No te estaba entregando una carga, Alexei. —Hace una pausa —. Te estaba entregando un futuro.

El silencio se instala de nuevo. Miro la vela que encendí antes. La llama arde con firmeza, silenciosa y persistente.

Katerina siempre había creído en el amor con más fervor que yo. Quizá todavía lo haga.

Doy un paso adelante y enciendo otra vela, esta más pequeña. Más discreta. Inclino la cabeza.

—Gracias, Katya. —Las palabras salen de mi boca casi como un suspiro.

No es pena. No es culpa. Es algo parecido a la gratitud. Detrás de mí, Pavel se mueve un poco pero no interrumpe.

Por primera vez desde que Katerina murió, su recuerdo no se siente como una cadena alrededor de mis costillas. Se siente como... un permiso. Permiso para seguir adelante. Permiso para volver a amar. Permiso para elegir.

Me enderezo despacio. Pavel me observa con esa media sonrisa familiar.

—¿Has terminado?

—Por ahora —respondo.

Él señala con la cabeza hacia la puerta. —Bien.

—¿Por qué?

—Porque he reservado la banya.

Por supuesto que lo ha hecho. La transición de la iglesia al baño de vapor le parecería absurda a cualquiera que no se hubiera criado en nuestro mundo. Pero en nuestra cultura, ambos lugares no son tan diferentes como parecen. Uno limpia el alma. El otro limpia todo lo demás.

* * *

Esta banya está detrás de uno de los almacenes de Pavel, es privada y está bien vigilada. El calor nos golpea como un muro en cuanto entramos en la sala de vapor. Denso, pesado, sofocante de esa manera que acaba resultando reconfortante. Nos sentamos en los bancos de madera, y el sudor ya empieza a asomar por mis hombros.

Pavel arroja agua sobre las piedras. El vapor estalla en el aire con un fuerte siseo.

—Te veo distinto —dice con naturalidad.

—¿En qué sentido? —pregunto.

—Menos como un hombre que está a punto de arruinar su vida.

Me recuesto contra la pared. —Eso es alentador.

Él sonríe. —Por fin has aceptado la realidad.

—¿Y qué realidad es esa?

—Que estás enamorado de ella.

Cierro los ojos brevemente. —Sí. —La palabra me resulta sorprendentemente sencilla ahora.

Pavel suelta una carcajada. —Joder, ya era hora.

Abro un ojo. —Estás disfrutando demasiado con esto.

—Claro que sí. —Se estira cómodamente—. Te has pasado meses actuando como si estuvieras en una trágica novela rusa.

Reflexiono sobre ello. No va desencaminado.

El vapor se arremolina a nuestro alrededor en ondas lentas y perezosas. Por primera vez en mucho tiempo, el futuro no se siente como algo ante lo cual deba protegerme. Se siente como algo hacia lo que estoy avanzando.

Anya. Nuestro hijo. Una guerra con Dimitri que llegará, lo quiera o no.

Pero, por primera vez desde que empezó todo esto, no estoy luchando contra mí mismo.

Y esa podría ser la ventaja más peligrosa de todas.

Capítulo 31

Anya

Lo extraño de reclamar un territorio es que no ocurre de golpe. No te despiertas una mañana y de repente sientes que un lugar te pertenece. Sucede despacio. En silencio. De formas que son casi vergonzosamente pequeñas.

Un libro que te has dejado abierto en la mesita de noche. Un vaso de agua que has olvidado devolver a la cocina. Un jersey echado en el respaldo de una silla que nadie ha movido en tres días. Pruebas. La evidencia de que existes en algún sitio el tiempo suficiente para dejar rastro.

Mi habitación —todavía me siento un poco rebelde al llamarla así — tiene un aspecto distinto esta noche. Las cajas han desaparecido. No porque lo haya desempaquetado todo con un triunfante entusiasmo doméstico, sino porque he dejado de tratar el cuarto como un hotel del que podría marcharme en cualquier momento. Algunas cosas siguen en cajas —no soy una temeraria—, pero ahora hay fotografías. No muchas. Solo una de Katerina y yo en la universidad, delante de un café en Moscú con bufandas y sonrisas idénticas. Otra de Mariya haciendo una mueca ridícula a una cámara que no sabía que la estaba apuntando.

Pruebas de una vida que existía antes de los suelos de mármol y los guardias armados.

El aire huele ligeramente a lavanda porque Galina insistió en que la asistenta pusiera aceite fresco en el difusor. Por lo visto, estar embarazada significa que todo el mundo se interesa de forma agresiva por tu bienestar respiratorio.

Estoy sentada con las piernas cruzadas en la cama, leyendo algo en el ordenador que he releído tres veces sin asimilar ni una sola palabra. El bebé se mueve. Sigue siendo una sensación extraña. Menos parecida a las patadas dramáticas que se ven en las películas y más como si alguien estuviera reorganizando los muebles en silencio dentro de mi abdomen.

—Vale —murmuro, apoyando la palma de la mano contra la curva de mi vientre—. Ya estamos despiertos.

El tensiómetro está sobre la mesita de noche. Por lo visto, mi libertad sigue incluyendo accesorios médicos.

La finca está en silencio esta noche, lo cual resulta sospechoso a su manera. Una casa como esta rara vez duerme. En algún lugar del piso de abajo, hay hombres hablando en voz baja en ruso. En otra parte, se cierra una puerta. Los pasos se mueven por los pasillos como sistemas meteorológicos controlados.

Entonces llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

La puerta se abre. Alexei entra y la cierra tras de sí con un clic silencioso.

Durante un momento, ninguno de los dos habla. La habitación parece más pequeña con él dentro. No físicamente, sino por la forma en que la gravedad se desplaza cuando algo grande entra en órbita.

Todavía lleva los pantalones del traje y la camisa, con las mangas remangadas. Tiene el pelo ligeramente húmedo, como si se hubiera duchado hace poco, y desprende un tenue aroma a jabón y vapor.

Banya. Por supuesto.

Su mirada recorre la habitación lentamente. Las fotografías. Los libros. El jersey en la silla. Pruebas de mi existencia aquí.

Algo en su expresión se suaviza. —La has cambiado —dice.

Echo un vistazo alrededor. —Un poco.

—Empieza a parecer que alguien vive aquí.

—Esa es la idea.

Su boca casi se curva. Casi.

Da un paso más hacia el interior. Para ser un hombre que domina salas llenas de criminales armados sin pestañear, de repente parece cauteloso. Lo cual resulta inquietante.

Cierro el ordenador. —Bueno —digo con ligereza, porque el humor es mi balsa de salvamento emocional favorita—, si has venido para hablar de mi presión arterial otra vez, te advierto que el doctor Sokolov ya me ha echado el sermón hoy.

La mirada de Alexei se alza hacia la mía. —Esto no es por tu presión arterial.

Algo en su voz me indica que me quede muy quieta. Así que lo hago. Se detiene a un par de metros de la cama.

Durante un momento, no dice nada. Y entonces: —Te elijo a ti.

Las palabras aterrizan con tal brusquedad que mi cerebro necesita un segundo para procesarlas. Su voz es firme. Clara.

—Debería haberte elegido a ti hace tres años en aquella boda.

Se me cierra un poco la garganta.

—Te elijo a ti ahora —continúa.

Sin dramas. Sin teatralidad. Solo la verdad expuesta como un veredicto.

El silencio que sigue parece casi frágil.

—Porque eres tú.

Algo cálido y doloroso se retuerce bajo mis costillas. Él inspira lentamente.

—Y debería haberte elegido a ti primero.

La habitación se queda en un silencio absoluto. De repente soy consciente de todo. El suave zumbido de los conductos de ventilación. El tenue aroma a lavanda. El modo en que el bebé se mueve de nuevo, como si reaccionara a la rígida tensión de mi cuerpo.

Durante un largo instante, me limito a mirarlo. Al hombre que esta mañana se ha plantado en una sala llena de líderes de la Bratva y ha convertido mi vida en una declaración. Al hombre que una vez dijo que yo no significaba nada.

Saco las piernas de la cama y me levanto despacio. El embarazo ha convertido el hecho de ponerse de pie en un pequeño acontecimiento logístico, pero Alexei no se mueve para ayudarme. Sabe que odio eso.

Cuando ya estoy estable, lo miro. —Yo también te elijo a ti.

Sus ojos se oscurecen ligeramente.

—Pero —continúo en voz baja, pasando al inglés un momento—, hay algo que tienes que entender.

Él espera. Yo tomo aire.

—Elígenos a nosotros por encima de la Bratva cuando importe.

Las palabras parecen peligrosas. Pero necesarias.

—No solo cuando sea conveniente.

La habitación contiene el aliento. Sé exactamente lo que estoy pidiendo. Le estoy pidiendo a un Pakhan de la Bratva que prometa que su imperio nunca estará por delante de la familia que vamos a crear.

No es una petición pequeña. Es reescribir las reglas de todo su mundo.

Durante un momento, Alexei se limita a observarme. Luego se acerca. Levanta la mano despacio, duda medio segundo como si pidiera permiso y después la apoya suavemente en mi mejilla.

—Estoy eligiendo.

Pongo mi mano sobre la suya en mi mejilla. —Y si lo olvidas —digo en voz baja—, te lo recordaré sin falta.

Su boca se curva. —No esperaría menos.

Entonces sus labios están sobre los míos antes de que pueda siquiera pensar, profundizando el beso con una avidez que envía una ola de calor directa a mis entrañas. Su cuerpo se presiona contra el mío y siento su peso en todos los puntos adecuados, con la promesa de algo salvaje flotando en el aire.

—Te quiero —susurra contra mis labios, y las palabras hacen que se me dispare el pulso—. Aquí mismo. Ahora mismo.

Podría decir que no, podría apartarme, pero no lo hago.

A Alexei se le corta la respiración cuando lo empujo hacia atrás, con suavidad pero con la fuerza suficiente para hacerle tambalearse un poco. Su mirada se oscurece; una mezcla de sorpresa y deseo

parpadea en sus ojos. Durante un segundo, estoy segura de que va a volver a estrecharme entre sus brazos. Pero en su lugar, sostengo su mirada con un desafío, uno que hace que un destello de algo peligroso me recorra.

—Quédate —murmuro, en tono bajo y autoritario, dejando escapar una faceta mía que rara vez muestro.

Él enarca una ceja, claramente intrigado por el cambio de poder, pero no se mueve.

Una sonrisa pícara asoma a mis labios mientras me pongo en pie, despacio, con determinación. Estoy tomando el control de este momento, de nosotros. El calor entre los dos es tangible, pero ahora es bajo mis condiciones.

Sus ojos me siguen mientras camino a su alrededor; mis manos rozan ligeramente su pecho, sintiendo los músculos tensos bajo su camisa. Me detengo detrás de él y dejo que mis dedos recorran su espalda, con las puntas de mis uñas arañando su piel lo justo para provocarle un escalofrío.

Alexei traga saliva con dificultad; la tensión en su cuerpo es palpable, pero no habla. No lo necesita. Su silencio es una invitación.

Me acerco más, inclinándome para susurrarle al oído, con mi aliento caliente contra su piel. —Ahora mando yo —digo suavemente.

La forma en que sus músculos se tensan bajo mi tacto me dice todo lo que necesito saber. Le está gustando. Lo desea.

Sin esperar respuesta, deslizo mis manos por su pecho hacia sus vaqueros, desabrochándolos con movimientos rápidos y expertos. La respiración de Alexei se acelera; sus manos permanecen suspendidas a los costados, como si no estuviera seguro de si debería retomar el control o dejar que yo le guíe.

Retrocedo un poco, ladeando la cabeza con una media sonrisa. —Harás exactamente lo que yo diga —murmuro, con los ojos clavados en los suyos.

Me mira un instante, con un destello de algo casi desafiante en los ojos, pero ya está perdido. Queda claro por el modo en que su voz suena espesa por la necesidad.

—No me provoques —gruñe, pero no hay dureza en sus palabras. Solo una súplica tácita.

—No te estoy provocando —respondo, acercándome de nuevo, reduciendo la distancia entre nosotros con cada paso. Mis dedos se enganchan en la cinturilla de sus pantalones, bajándolos despacio, tentándole lo suficiente para que le duela.

Alexei gime entre dientes cuando caigo de rodillas frente a él; mis manos acarician suavemente los laterales de sus muslos. Me mira desde arriba y puedo sentir la intensidad de su mirada, una mezcla de aprecio y admiración por el cambio de poder. Alarga la mano como si fuera a tocarme, pero lo detengo sujetándole la muñeca con firmeza.

—Todavía no —digo con autoridad.

Su respiración se entrecorta, pero no se resiste. Espera. Lo miro mientras continúo provocándole; mis manos recorren sus piernas, mis labios rozan la parte interna de su muslo lo justo para hacerle temblar.

—Vas a esperarme —susurro, con las palabras cargadas de promesa.

El cuerpo de Alexei está tenso, sus manos apretadas en puños a los costados, pero no se mueve. Me deja tomar el mando, me deja disfrutar de este momento. La sensación de que confíe en mí de esa manera envía una descarga de poder por mis venas.

Cuando finalmente dejo que mis manos se deslicen más abajo, siento su dureza y sonrío, disfrutando de cómo reacciona a cada caricia, a cada roce de mis dedos. Después, el modo en que su respiración se acelera, el modo en que su cuerpo se estremece cuando por fin lo tomo en mi boca, moviéndome despacio al principio, lo justo para prolongar la anticipación.

El agarre de Alexei en el borde de la cama se tensa y siento cómo su cuerpo se arquea hacia mí, pero mantengo mi ritmo lento, provocador. Su voz, cuando finalmente surge, es ronca.

—Anya —jadea—. Me estás matando.

Pero no se aparta, no me dice que pare. Si acaso, está desesperado por más.

Lo miro, entrelazando mis ojos con los suyos mientras lo tomo con más profundidad; mis movimientos se vuelven más seguros, más poderosos. Sus gemidos son casi primordiales ahora, y puedo ver la lucha en su rostro. La guerra entre su necesidad de tomar el control y su deseo de rendirse ante mí. Y sé, sin ninguna duda, que está disfrutando cada segundo.

Cuando por fin me retiro, oigo su gruñido frustrado, pero aún no he terminado. Me levanto y lo guío hacia la cama.

—Ponte boca arriba —ordeno, y la intensidad de sus ojos cambia. Sus músculos se tensan, pero obedece sin decir palabra, acomodándose en la cama, vigilándome de cerca.

Me siento a horcajadas sobre él, mis manos recorren la línea de su mandíbula mientras me inclino para besarlo, de forma suave y lenta, provocándolo con mis labios. Sus manos están inquietas a sus costados, pero lo detengo de nuevo, agarrando sus muñecas y fijándolas por encima de su cabeza.

—Deja que yo te cuide —susurro mientras me bajo lentamente sobre él, tomándome mi tiempo, saboreando cada centímetro mientras él gime debajo de mí.

Las manos de Alexei se agitan con el deseo de tocar, pero se contiene. Su respiración es ya un jadeo rácano mientras me observa.

Finalmente, ya no tiene el control, pero de la forma más emocionante posible.

—Quiero que disfrutes de esto —murmuro mientras empiezo a moverme, con un ritmo controlado, dominante.

Cada movimiento de mis caderas, cada roce contra él hace que su gemido sea más fuerte, y me doy cuenta de que está completamente a mi merced.

—Oh, Anya —susurra mi nombre como una oración, sin apartar los ojos de los míos.

Puedo sentir su cuerpo tensarse bajo el mío, su respiración acelerándose mientras me muevo con una lentitud exasperante, haciendo que ansíe más. El calor entre nosotros chisporrotea, denso y cargado, mientras lo cabalgo, y cada movimiento lo empuja más profundamente en mí.

Las manos de Alexei se agitan, pero las mantengo fijas sobre su cabeza. Sus ojos azules arden con un fuego que no había visto antes, una mezcla de desesperación y admiración. Me está cediendo todo ese poder; su cuerpo responde a cada orden que le doy.

Me inclino, rozando su oreja con mis labios mientras susurro: —¿Te gusta esto, verdad? ¿Estar a mi merced?

La mandíbula de Alexei se aprieta, pero hay un sutil asentimiento de conformidad. —Sí... solo... solo no pares.

Sonrío con suficiencia, apartándome lo justo para ver su rostro encendido. Tiene el pelo revuelto, el pecho le sube y baja de forma errática, y sé que se está conteniendo, que su autocontrol se le escapa más con cada segundo que pasa.

Empiezo a moverme más rápido, mis caderas frotando contra él en un ritmo que hace que se le entrecorte el aliento. Cierra los ojos un momento y puedo ver la lucha en su interior. La resistencia, la necesidad de tomar el mando, pero no lo hace. Todavía no. Espera a que yo lo lleve a donde quiero que vaya.

—Estás tan guapo debajo de mí —murmuro, dejando que mi voz gotee con el placer que estoy sintiendo en este momento—. Jodidamente hermoso, Alexei.

Se le corta la respiración cuando vuelve a mirarme, con las manos aún forcejeando contra las mías. —Anya... joder —gime, con voz rota y cruda—. No tienes ni idea de lo que me estás haciendo.

Enarco una ceja, provocándolo de nuevo, ralentizando mi ritmo solo un poco. —Cuéntamelo —respondo—. ¿Qué se siente?

Los ojos de Alexei parpadean con frustración y, por un breve instante, puedo ver la vulnerabilidad que tanto se esfuerza por ocultar. Pero está ahí, enterrada bajo las capas de su encanto y su bravuconería.

—Increíble —consigue soltar por fin—. Se siente jodidamente irreal, Anya. Pero tú...

Sus palabras se cortan cuando aumento el ritmo, provocándolo a propósito, alargando su placer todo lo que puedo.

Sus caderas se arquean hacia arriba, sus manos agarran las sábanas con fuerza, como si se aferrara a la vida. Pero no dejo que

tome el control. No todavía. No cuando puedo sentir el poder y el control recorriéndome con cada embestida.

Los ojos de Alexei arden con una necesidad casi dolorosa, su pecho jadea y veo que lucha por contenerse, pero está claro que ya no se resiste a mí. Está conmigo. Completamente. Quiere esto. Necesita esto.

—Anya... —vuelve a susurrar, tenso, pero esta vez hay un tono de sumisión que me acelera el pulso—. No puedo... me estás matando.

Sonrío, retirando las caderas despacio, observando la frustración y el deseo puro en su rostro mientras lo provoco un poco más.

La respiración de Alexei se acelera y su voz se quiebra cuando vuelve a hablar, más desesperado que nunca. —Por favor... no pares. Te necesito... ahora.

Eso es todo lo que hace falta. La súplica, la necesidad desesperada. Mi control sobre él es absoluto. Me inclino y capturo sus labios en un beso crudo y hambriento. En ese momento, lo libero. Sus manos se mueven de inmediato, su agarre en mi cintura me empuja hacia él con más fuerza, con más rapidez. Y yo le dejo.

Ya no lucha, ya no intenta sujetar las riendas. Sus manos vagan libres ahora, necesitando desesperadamente tocar, sujetar, anclarse a esta realidad en la que él no manda. Es una rendición hermosa y caótica. El mundo se estrecha, todo excepto el calor entre nosotros se desvanece en el fondo mientras nuestros cuerpos se mueven al unísono. No hay nada más. Solo nosotros, el modo en que encajamos, el modo en que finalmente se deja llevar, confiándome cada parte de su ser.

Siento que se tensa bajo mi cuerpo otra vez y noto que está cerca, pero quiero presionarle más. Aprieto mi agarre en sus muñecas, manteniéndolo quieto mientras sigo cabalgándolo, con cada movimiento profundo, cada segundo acercándonos más al abismo.

Alexei gime, todo su cuerpo se tensa y entonces, con un gemido final y ahogado, se pierde en el placer que he orquestado cuidadosamente. Su agarre sobre mí flaquea, su cuerpo se rinde por completo mientras alcanza su liberación.

No me detengo. Sigo su clímax con un ritmo lento y constante, saboreando el momento, viendo cómo se desmorona debajo de mí.

Esa es una imagen de la que *jamás* me cansaré.

Quiero verlo romperse así para siempre.

Capítulo 32

Alexei

La sala de guerra solía ser un comedor.

Hubo un tiempo en que esta mesa sostenía copas de cristal y platos de porcelana, cuando Katerina se sentaba en el extremo con una copa de vino en la mano y se reía de los chistes malísimos de Pavel mientras fingía que no le hacían gracia. La lámpara de araña aún cuelga sobre nosotros, pulida y costosa, pero la habitación hace tiempo que dejó de fingir ser algo doméstico. Ahora la mesa está cubierta de mapas, tabletas, carpetas y la tensión silenciosa de hombres que comprenden que planificar la violencia requiere paciencia antes de requerir sangre.

El poder acaba reorganizando una casa. Siempre lo hace.

Permanezco de pie a la cabecera de la mesa mientras los demás van entrando. Pavel llega el primero, como de costumbre, porque tiene el irritante hábito de tratar la puntualidad como una victoria personal. Dos Avtoritet le siguen, Mikhail Antonov y Viktor Sidorov, ambos veteranos de mi organización, ambos hombres que han estado a mi lado el tiempo suficiente para comprender que, cuando convoco una reunión como esta, no es para debatir.

La puerta se cierra tras el último guardia con un clic amortiguado, sellando la habitación con esa clase de silencio que

solo existe cuando todos los presentes comprenden lo que está en juego.

Nadie habla. Bien.

Miro alrededor de la mesa una vez antes de decir en voz baja:

—Empecemos.

Las sillas chirrían suavemente sobre el suelo mientras los hombres se sientan. Pavel se inclina hacia atrás con naturalidad, cruzando un brazo sobre el respaldo de su silla como un hombre que se acomoda para ver cómo se desarrolla algo que ya ha predicho. Antonov abre la carpeta colocada frente a él, mientras Viktor estudia la pantalla montada en la pared detrás de mí, donde brilla tenuemente un mapa de la ciudad, parpadeando con pequeños marcadores que representan territorios, rutas de suministro, casas seguras y los pocos lugares que Dimitri todavía cree que le pertenecen.

No le pertenecen.

Simplemente aún no se ha dado cuenta.

Coloco ambas manos en el borde de la mesa, recorriendo la habitación con la mirada mientras hablo:

—Dimitri no se detendrá.

Nadie discute. Nadie se mueve siquiera en su asiento. La verdad de esa afirmación es tan obvia que repetirla parece casi un acto ceremonial. Los hombres como Dimitri no retroceden. Intensifican el conflicto hasta que alguien muere.

—Ya ha demostrado que está dispuesto a atacar mi casa —continúo con voz ecuánime.

Antonov asiente una vez, con una expresión más reflexiva que sorprendida.

—Esperará al nacimiento.

Toco la pantalla una vez y el mapa se expande ligeramente, revelando varias ubicaciones adicionales.

—Por eso no vamos a esperar nosotros —digo con calma.

Pavel se inclina un poco hacia adelante ahora, con el interés agudizándose en sus ojos.

—¿El plan?

Deslizo una carpeta por la mesa hacia Antonov antes de responder:

—Dos frentes.

Dos frentes. La guerra rara vez se gana con un solo movimiento.

—Primero, Anya.

Su nombre se asienta sobre la mesa de forma distinta a como lo habría hecho antes. Hace meses, se habrían referido a ella de forma clínica, indirecta, como una complicación logística. Ahora, cada hombre en esta sala comprende que ella es el centro del campo de batalla, nos guste o no.

—Será trasladada —continúo.

Antonov abre el archivo y escanea los documentos rápidamente.

—¿A dónde?

Señalo de nuevo hacia la pantalla, mostrando el plano de una instalación hospitalaria en el lado norte de la ciudad.

—Un ala privada —explico.

El edificio en sí parece ordinario para cualquiera ajeno a la organización, pero la estructura de propiedad pasa por tres empresas fantasma antes de llegar discretamente a mi control. La junta administrativa no sabe que me rinden cuentas a mí. No necesitan saberlo.

—Acceso completamente restringido —añado.

Pavel arquea una ceja.

—¿Médicos?

—Sokolov estará al frente.

Eso arranca unos cuantos asentimientos de aprobación. El doctor Sokolov ha asistido en partos a la mitad de las familias de la Bratva en esta ciudad y ha logrado hacerlo sin perder la discreción ni la competencia, lo cual, en nuestro mundo, es una combinación poco frecuente.

—El equipo médico adicional ha sido investigado —prosigo, señalando la lista proyectada en la pantalla.

Tres cirujanos. Dos especialistas neonatales. Una rotación de enfermeras que han pasado controles de antecedentes lo suficientemente exhaustivos como para satisfacer incluso la paranoia de Pavel.

—¿Seguridad? —pregunta Viktor.

—Nuestra gente.

Por supuesto.

—Tres niveles de seguridad —digo, delineando la estructura mientras el mapa se ajusta de nuevo.

El perímetro interno constará de seis soldados apostados directamente dentro del ala del hospital. Otros doce controlarán los pasillos exteriores y los puntos de entrada, mientras que un equipo de reserva rotatorio permanecerá estacionado fuera del edificio por completo.

Ningún civil entrará en esa planta sin pasar por tres capas distintas de seguridad de la Bratva.

Pavel silba suavemente.

—Un parto dirigido como una operación militar.

Le sostengo la mirada.

—Exactamente.

Porque el nacimiento, como la guerra, es impredecible. La única ventaja que poseemos es la preparación.

Una vez que el plan del hospital queda fijado en sus mentes, prosigo.

—La segunda parte del plan.

La sala vuelve a quedarse inmóvil, porque todos los presentes comprenden que la segunda parte implica directamente a Dimitri. Sus territorios aparecen ahora en la pantalla. Almacenes cerca del río, dos clubes nocturnos utilizados para el blanqueo de capitales y una empresa de transporte que se ha vuelto cada vez más descuidada en la forma de ocultar sus transacciones.

Cree que esas propiedades le dan ventaja.

Se equivoca.

—Vamos a sacarlo de su madriguera —digo en voz baja.

Antonov se inclina hacia adelante.

—¿Cómo?

—Bajo nuestras condiciones.

Amplío una sección del mapa que muestra una terminal de carga abandonada al sur del río. El área es muy abierta, rodeada de vías

de tren oxidadas y hormigón roto que dejan muy pocas rutas de escape.

Un terreno terrible para la defensa.

Un terreno perfecto para una trampa.

—Cree que es él quien ataca —murmura Pavel.

—Sí —confirmo—. Cree que tiene tiempo —añado.

Ese es el error. Los hombres como Dimitri prosperan en el caos porque asumen que el caos no se puede controlar. No logran ver que el caos también se puede programar.

Amplío un poco el mapa y continúo explicando la sincronización.

—Empecemos.

Si Dimitri cree que ella sigue aquí en la propiedad, su atención permanecerá aquí también. Para cuando se entere de que ha sido trasladada, ya estará reaccionando en lugar de planificando.

Y en la reacción es donde los hombres cometen errores.

Antonov estudia la terminal en la pantalla.

—No vendrá solo —dice.

—No —asiento.

—Traerá a todos los que le queden.

Exacto. Que es precisamente lo que quiero.

Porque en los últimos tres días, mis propios hombres se han ido reposicionando discretamente por toda la ciudad. Las rutas de suministro han cambiado. Se ha contactado con aliados. Soldados que antes custodiaban almacenes están ahora esperando en lugares que Dimitri no sabe ni que existen.

Cuando este enfrentamiento ocurra, no será una negociación.

Será el fin de su guerra.

—Dimitri estará muerto.

Sin histrionismos. Sin amenazas. Solo un resultado.

Nadie en la sala lo cuestiona. Porque en el momento en que Dimitri intentó matar a Anya y a nuestro hijo, el desenlace se volvió inevitable.

La discusión continúa durante otra hora mientras ultimamos los detalles. Revisamos los horarios de despliegue dos veces. Confirmamos las rutas de transporte para el traslado al hospital. Se

redactan y redactan planes de contingencia hasta que no quedan fisuras lo bastante grandes como para que la suerte intervenga.

Para cuando la última pantalla se apaga, el ambiente en la sala ha pasado de la tensión a la certeza. La preparación ha terminado. Pavel estira los brazos por encima de la cabeza y me mira con esa clase de expresión que significa que no puede resistirse a hacer un último comentario.

—¿Estamos haciendo todo esto para que puedas tener tu final feliz?

Varios de los hombres lo miran, divertidos a su pesar. Le sostengo la mirada sin vacilar.

—Estamos haciendo esto para que no pierda todo lo que importa.

La sala vuelve a quedar en silencio. Pavel me estudia por un momento antes de que su boca se curve en una sonrisa.

—Lo mismo es, hermano —dice sacudiendo la cabeza—. Ya era hora.

Nadie le lleva la contraria. Porque tiene razón. Durante años, construí poder como un hombre construye una fortaleza: capa por capa, piedra por piedra, hasta que los muros se hicieron tan gruesos que nada del interior podía escapar y nada del exterior podía penetrar. Pero una fortaleza sin nada que valga la pena proteger no es más que un monumento a la paranoia.

Ahora hay algo dentro de esos muros.

Anya.

Nuestro hijo.

Un futuro que por fin se siente más grande que el territorio y la reputación.

Lo que significa que Dimitri ya ha perdido.

Simplemente aún no se ha dado cuenta.

Y cuando lo haga, será demasiado tarde.

Capítulo 33

Anya

El parto no es cinematográfico. No llega como una única y dramática contracción del vientre y un jadeo perfectamente coreografiado, seguidos de un elegante montaje y un bebé envuelto como un burrito. El parto llega como una traición.

En un minuto, estoy de pie en el ala de un hospital privado que parece un hotel boutique diseñado por alguien que odia la alegría, diciéndome a mí misma que estoy bien, y al siguiente, mi útero decide organizar un motín a gran escala porque los últimos meses han sido, al parecer, demasiado tranquilos y mi cuerpo le ha cogido el gusto al caos.

Empieza abajo. Profundo. Una tirantez que todavía no es dolor, sino más bien presión. Como un puño cerrándose lentamente dentro de mí.

Me quedo clavada en el sitio, con una mano apoyada en la encimera y la otra sobre mi vientre, de forma inútil, como si pudiera negociar con él. Ahora no. Hoy no. Tenemos un horario. Tenemos protocolos de seguridad. Tenemos un plan que Alexei entregó como un informe militar, con mapas, contingencias numeradas y esa clase de calma que solo poseen los hombres que saben cómo acabar con guerras mediante una llamada telefónica.

Y Dimitri sigue respirando en algún lugar ahí fuera, lo que significa que mi cuerpo ha elegido un momento verdaderamente insultante para empezar a hacer aquello para lo que fue diseñado.

La segunda contracción golpea con más fuerza y se me corta el aire. Vale. O sea que vamos a por ello.

Trago saliva, sintiendo que el sudor se me acumula en el nacimiento del pelo, e intento mantener la voz firme al llamar. —¡Galina!

Hay movimiento inmediato. Por supuesto que lo hay; siempre hay movimiento. No he estado sola más tiempo del que requiere un viaje al baño en meses, e incluso eso ha parecido un proyecto en grupo.

Galina aparece en el umbral como si hubiera estado allí plantada todo el tiempo, de brazos cruzados, con una expresión tallada en piedra, dolor y terquedad. Le echa un vistazo a mi cara, luego a la forma en que me agarro a la encimera, y entrecierra los ojos.

—Ni se te ocurra decírmelo.

—No iba a hacerlo —logro decir, porque el humor es mi sistema inmunitario—. Iba a decírtelo en un susurro.

Otra contracción me atraviesa, más aguda, y mi columna se endereza por reflejo como si intentara ser más tozuda que mi propio cuerpo.

Galina aprieta la mandíbula. Ya se está moviendo, ya está echando mano al teléfono. —Dr. Sokolov.

Inhalo, exhalo. Inhalo, exhalo. Las técnicas de respiración que te enseñan en las clases prenatales asumen que vas a dar a luz en un tranquilo hospital de las afueras con una pareja que te apoya y sin un complot de asesinato activo colgando sobre tu cabeza como una lámpara de araña.

Aun así, respirar es todo lo que tengo.

Una puerta se abre en algún lugar del pasillo. Pasos. Más rápidos ahora. El sonido de hombres. El suave clic de las radios. Murmullo de ruso de fondo como una corriente subterránea.

El ala privada ha sido «asegurada», que es una palabra que significa algo muy distinto en el mundo de Alexei que en el mío. En mi mundo, significa una puerta cerrada con llave. En el suyo,

significa soldados armados, acceso controlado y que a alguien le arranquen la garganta si se acerca demasiado.

Yo no pedí esto. Pero tampoco lo rechacé. Porque cuando estás embarazada y alguien ya ha intentado matarte en tu cama, aprendes muy rápido que el orgullo no sustituye a la supervivencia.

Galina regresa con el teléfono en la oreja, hablando rápidamente en ruso, de forma escueta y urgente. —No, no tiene pánico. Todavía.

Le lanzo una mirada fulminante. La comisura de Galina tiembla, que es lo más parecido al afecto que suele mostrar.

Entonces la puerta se abre de nuevo y el Dr. Sokolov entra con la calma de un hombre que ha presenciado todas las versiones del terror humano y ha decidido que ninguna le impresiona. No pierde el tiempo con saludos. Sus ojos van directos a mí.

—Anya.

—Lo sé —digo, porque ¿qué más puedo decir? *Yo también me alegro de verle, doctor. ¿Mi útero está intentando dar un golpe de Estado?*

Ya se está poniendo los guantes, señalando la cama. —Siéntese.

Obedezco porque, sorprendentemente, aquí no mando yo.

La contracción golpea de nuevo mientras me siento, y esta vez es dolor. Dolor real. Una tirantez que empieza en mi espalda y envuelve mi abdomen como alambre de espino que se va tensando gradualmente. Mis dedos se clavan en la sábana.

El Dr. Sokolov observa mi cara de cerca. —Respire. Lentamente.

Lo intento. El mundo se ha reducido a mi propio cuerpo y a la forma en que sigue haciendo cosas sin pedir permiso.

Galina se queda al pie de la cama, todavía de brazos cruzados, pero su atención es más aguda ahora. Protectora. Vigilante.

Y entonces la puerta se abre de nuevo.

Alexei entra, y el aire de la habitación cambia al instante, concentrándose en él. No lleva traje, sino ropa oscura que se mueve con él como una armadura. Su expresión es controlada, pero sus ojos no. Se posan en mi cara y algo violento los cruza. No ira hacia mí —nunca hacia mí—, sino rabia por el hecho de que me duela algo y él no pueda matarlo a tiros.

Se acerca a la cama sin dudarlo y su mano busca la mía como si llevara tiempo buscándola. —¿Cuándo? —Su voz es baja mientras habla el idioma que usa cuando intenta mantener el corazón tras las costillas.

El Dr. Sokolov responde con calma. —Empezó hace una hora. Se está intensificando.

Alexei aprieta la mandíbula. Le aprieto la mano porque mi cuerpo está intentando abrirse paso a la fuerza y, al parecer, sigo siendo lo bastante cabezota como para consolarlo a él.

—Hola —digo, porque soy ridícula.

Sus ojos se clavan en los míos. —Deberías habérmelo dicho.

—Lo he hecho —digo entre respiraciones tensas—. Se lo he dicho a Galina. Ella se lo ha dicho a toda la mafia rusa. Las noticias vuelan.

La comisura de su boca se mueve en una de sus casi-sonrisas, y entonces llega la siguiente contracción. Borra cualquier atisbo de humor de mi cara. Inhalo bruscamente. Mi agarre le aplasta los dedos.

Él no se inmuta. Su pulgar acaricia una vez mis nudillos, dándome apoyo.

—Mírame —dice, con la voz más ronca ahora.

Lo hago, porque es más fácil que mirar al techo y preguntarme si Dimitri va a echar abajo una puerta mientras estoy dilatada a medias y gritando.

El Dr. Sokolov se mueve por la habitación con precisión experimentada, comprobando los monitores, hablando en ruso mientras da instrucciones a una enfermera que responde en voz baja en el mismo idioma.

Es extraño cómo el ruso puede sentirse como un consuelo y una amenaza al mismo tiempo.

Aquí, ahora mismo, es ambas cosas.

—La dilatación es escasa, pero el proceso ha comenzado.

Galina murmura entre dientes: —Por supuesto.

Porque, por supuesto, me pongo de parto antes de tiempo. Por supuesto, el estrés empuja a mi cuerpo hacia la salida como si intentara escapar del peligro.

La mirada de Alexei se desvía hacia la puerta cada vez que hay movimiento en el pasillo. Está aquí, pero una parte de él ya está fuera de la habitación, calculando ángulos, puntos de estrangulamiento y tiempos. Es un hombre forjado en el deber y la violencia, y yo estoy a punto de pedirle, sin palabras, que se mantenga tierno en mitad de una guerra.

Las contracciones siguen llegando. No piden permiso. No les importan las sesiones de estrategia ni los mapas de seguridad. Llegan y toman lo que quieren.

En algún momento, el dolor se convierte en un ritmo. En una marea. Algo que tengo que navegar en lugar de combatir, porque luchar solo me deja exhausta.

La voz del Dr. Sokolov se mantiene firme. —Bien. Así. Respire.

Vuelve a mirar el monitor. Frunce el ceño ligeramente. Me doy cuenta porque el embarazo me ha convertido en una detective paranoica. Puedo leer las microexpresiones como si fueran contratos legales.

—Qué —digo, más como afirmación que como pregunta.

Me sostiene la mirada. —Su presión arterial ha subido un poco.

Claro que sí. Mi cuerpo está escenificando una rebelión. Sería raro que mi presión arterial se portara bien.

La mano de Alexei se aprieta alrededor de la mía. —¿Peligroso?

El Dr. Sokolov no entra en pánico. Eso importa. —Todavía no. Pero estamos vigilando.

Otra contracción me embiste rápido y fuerte, y aprieto los dientes contra ella; el dolor tira de mis caderas y baja por mis muslos como si mi cuerpo intentara partirme en dos desde dentro. Se me saltan las lágrimas. No por emoción. Por biología.

Y aun así... mi mente sigue lo bastante lúcida como para oír las voces amortiguadas en el pasillo. Ruso. Rápido. Órdenes que se imparten.

—Mantened el perímetro.

—No rotéis los puestos.

—Comprobad el ascensor.

La voz de Pavel corta a las demás, baja y brusca. —Si asoma la nariz por aquí, lo enterraré yo mismo.

Casi me río, lo que se convierte en un sonido estrangulado que también podría ser un sollozo.

Alexei se inclina cerca, con su frente casi tocando la mía. Su voz baja de tono, íntima. —¿Los oyes?

—Entiendo —susurro—. ¿Recuerdas? Traductora. La chica del contrato. Paquete de lujo incluido.

Sus ojos brillan con dolor y algo más suave. Una enfermera ajusta algo cerca de mi vía y me sobresalto, demasiado sensibilizada por todo.

El Dr. Sokolov se da cuenta inmediatamente. (Escúcheme, Anya).

Me centro en él porque suena como la única persona cuerda en la habitación.

—Las contracciones se intensificarán. Eso es normal. No se está muriendo.

—Qué consuelo —murmuro, y Galina suelta un sonido parecido a una risa reacia.

El Dr. Sokolov continúa: —Si le duele la cabeza, ve destellos, o siente dolor bajo las costillas, dígamelo inmediatamente.

Trago saliva, porque sí, he tenido dolores de cabeza. Sí, he tenido destellos visuales. El embarazo es básicamente una audición constante para «¿soy normal, o esto es una crisis?». En este momento, el dolor bajo las costillas es sobre todo el bebé reorganizando mis órganos como si fueran muebles.

—Lo haré —prometo, porque no me interesa morir por orgullo.

Las horas se vuelven borrosas. El dolor convierte el tiempo en algo extraño y elástico. Pierdo la cuenta de cuántas contracciones van y vienen. Solo sé que cada una exige todo de mí y, entre ellas, me aferro a pequeños fragmentos de normalidad.

La mano de Alexei.

La voz firme del Dr. Sokolov.

La presencia de Galina como un muro de piedra al final de la cama.

El parloteo de la radio de fondo que me dice que no estamos solos, ni desprotegidos, ni olvidados.

En algún momento, el Dr. Sokolov comprueba de nuevo y dice: —La dilatación progresa.

Su tono se mantiene calmado, pero los ojos de la enfermera se desvían brevemente hacia la puerta, y entiendo sin que me lo digan: cuanto más tarde esto, más oportunidades tiene Dimitri.

Odio ese pensamiento. Odio que mi cuerpo se haya convertido en un campo de batalla con un temporizador incorporado.

Llega otra contracción y aprieto la mano de Alexei tan fuerte que mis uñas se clavan en su piel.

Él no reacciona. Solo se inclina más. —Bien —murmura.

Le miro con recelo a través de las lágrimas. —Dices «bien» como si estuvieras orgulloso de mi útero.

Hace un sonido que casi podría ser una risa si no estuviera hecho de cuchillos y estrés. —Estoy orgulloso de ti —dice en voz baja.

Eso me llega de otra manera. No debería. Solo son palabras. Pero después de todo lo ocurrido, después de la traición expresada en ruso y reclamada en ruso, las palabras vuelven a importar.

Se me cierra la garganta. Y entonces, como si mi cuerpo sintiera que la ternura es inaceptable, la siguiente contracción me embiste como una ola, hundiéndome.

Suelto un grito. Nada educado. Nada contenido. El agarre de Alexei se tensa y siento que empieza a levantarse, como si quisiera combatir el dolor físicamente.

Tiro de él con mi mano. —No —jadeo, negando con la cabeza—. No te vayas.

Sus ojos se vuelven punzantes. —No me iré.

Pero el ruido del pasillo se dispara de repente. Botas, radios, una orden gritada que vuelve el aire más frío.

La voz de Pavel, urgente ahora: —Pakhan.

La cabeza de Alexei se gira hacia la puerta. No es Dimitri entrando a la fuerza. Todavía no. Pero algo está pasando fuera de esta habitación, algo está cambiando, y lo veo en la cara de Alexei: la parte de él que quiere quedarse pegado a mi costado y la parte de él que sabe que podría tener que liderar una defensa con las manos manchadas de sangre mientras yo sangro de una forma distinta.

Siento que tiemblo, y ahora no tiene nada que ver con el dolor. La confianza es aterradora. La confianza es estar tumbada en una

cama, con las piernas abiertas, el cuerpo expuesto, el corazón al descubierto, y elegir creer que el hombre que comanda la violencia usará esa violencia para mantenerte viva.

Trago saliva, sintiendo sabor a metal. Otra contracción retrocede, dejándome sin aliento y temblando. Miro a Alexei, le miro de verdad: a la sangre que hubo una vez en su camisa, al roce que se desvanece en su brazo, al agotamiento en sus ojos que finge que no existe.

Y tomo la decisión que no pensé que sería capaz de tomar nunca. Aflojo el agarre de su mano lo justo para mostrarle que no le retengo por miedo, que no le encadeno a mí. Entonces, en ruso, porque ahora mismo necesito que lo oiga en el idioma que le llega hasta los huesos, hablo.

—Si tienes que hacerlo, ve.

Sus ojos se abren ligeramente.

Me obligo a seguir, aunque me queme la garganta. —Confío en ti.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, más pesadas que cualquier voto. El rostro de Alexei cambia. Algo se quiebra, algo crudo y desprotegido cruza su cara, como si mi confianza le hubiera golpeado más fuerte que cualquier bala.

Niega con la cabeza una vez, con ferocidad. —Me quedaré hasta que estés a salvo.

Parpadeo, porque esa no es una respuesta a la guerra que hay tras la puerta. Es una respuesta para mí.

La voz del Dr. Sokolov interviene suavemente, dándonos tierra a ambos. —Bien. Se va a volver más fuerte ahora. Prepárese.

La enfermera vuelve a ajustar el monitor. El ritmo cardíaco del bebé titubea un poco, luego se estabiliza.

Aun así, el corazón se me da un vuelco. —Qué... —empiezo, pero sale como un sonido roto.

El Dr. Sokolov me mira a los ojos. Calmo. Firme. —El bebé está reaccionando al estrés. Pero ahora mismo, todo va bien.

Ahora mismo. Ese es el problema con el peligro. Siempre es «ahora mismo».

Se genera otra contracción y mi cuerpo se tensa, un pánico instintivo surge con ella. La mano de Alexei sigue entrelazada con la

mía. Su pulgar roza mis nudillos de nuevo, un silencioso *estoy aquí*.

El ruido del pasillo aumenta de nuevo; más ruso, más órdenes breves. Oigo «mantened». El perímetro vibra de movimiento, pero dentro de esta habitación, estamos suspendidos en un tipo de batalla diferente. Una que no implica armas.

Solo resistencia. Solo rendición. Solo la brutal y antigua realidad de traer vida a un mundo que no deja de intentar arrebatárnosla.

Giro un poco la cabeza y apoyo la frente contra el brazo de Alexei, respirando a través del dolor, sintiendo su calor constante. —Más vale que cumplas tu promesa —logro decir, con la voz ronca.

Él se inclina, con la boca cerca de mi oído, y responde con voz baja y absoluta: —Siempre.

Y entonces la contracción culmina de nuevo, más alta, más fuerte, y grito. No de miedo esta vez, sino por la pura fuerza de mi cuerpo haciendo aquello para lo que fue diseñado, esté el mundo preparado o no.

Capítulo 34

Alexei

La habitación parece demasiado pequeña para la tensión que alberga. Las máquinas zumban suavemente junto a la cama, ritmos mecánicos constantes que intentan imponer orden en algo que no tiene nada que ver con el orden. Las enfermeras se mueven en silencio por el cuarto, hablando en voz baja, mientras el Dr. Sokolov observa los monitores con la calma y concentración de un hombre que ha asistido cientos de partos y se niega a entrar en pánico por ninguno de ellos.

Nada de eso cambia la realidad que tengo ante mí.

La mano de Anya rodea la mía con fuerza; su agarre es mucho más firme de lo que debería ser para alguien que parece tan agotada. Cuando llega la siguiente contracción, todo su cuerpo se tensa. Se le corta el aliento en algún punto del pecho y el dolor le arranca un sonido que intenta, sin éxito, contener.

Mi instinto es inmediato y completamente inútil. Quiero luchar contra ello. Quiero destruir cualquier cosa que la esté lastimando. Pero esto es la naturaleza. Biología. Algo ancestral e imparable.

Así que, en lugar de eso, me quedo donde estoy y dejo que me estruje la mano.

—Bien… respira —dice Sokolov con calma.

Ella lo intenta. Echa la cabeza hacia atrás contra la almohada, apretando los ojos mientras la ola la atraviesa. El sudor humedece los mechones de pelo pegados a su frente y, por un momento, parece menos esa mujer obstinada y de lengua afilada que discute conmigo por todo, y más alguien lo bastante frágil como para romperse.

No me gusta esa imagen. Anya nunca ha sido frágil.

Otra contracción crece lentamente a través de su cuerpo. Lo noto en cómo aprieta el agarre incluso antes de que Sokolov diga nada.

Entonces se abre la puerta. El sonido es suave, controlado. Pero aun así sé quién es. No me giro de inmediato, observando primero cómo Anya respira mientras el dolor remite. Solo cuando su agarre se afloja ligeramente levanto la vista hacia el umbral. Pavel está de pie justo dentro de la habitación, con una postura lo bastante relajada como para que nadie más notara nada inusual. Pero he luchado a su lado demasiado tiempo para que se me escape la tensión bajo esa calma.

Su mirada se dirige brevemente hacia Anya antes de posarse en mí. —Pakhan.

Esa única palabra tiene peso suficiente para alterar el ambiente de toda la estancia. Suelto despacio la mano de Anya y me alejo de la cama.

—¿Qué ocurre? —pregunto en voz baja.

Pavel se acerca, manteniendo el tono bajo. —Dimitri se está moviendo.

Las palabras se me asientan en el pecho como acero frío. Por supuesto que lo hace.

—¿Dónde?

—Aquí.

La respuesta es simple. Directa. Prosigue en ruso, con una voz cortante y esa eficiencia que significa que la información ya ha sido verificada tres veces.

—Nuestros hombres han interceptado la llamada. Sus soldados se están reuniendo. Vehículos avanzando hacia el hospital.

Se me tensa la mandíbula. —Distraído.

A mi espalda, otra contracción desgarra a Anya. Oigo su brusca inspiración, el esfuerzo evidente en ella.

Por un instante, mis instintos se dividen limpiamente en dos.

Quedarme. Protegerla.

O marcharme… y asegurarme de que el hombre que la amenaza no vuelva a respirar.

Giro ligeramente la cabeza para mirar hacia la cama. Anya se aferra ahora a las sábanas, con toda su atención volcada en la batalla que libra su propio cuerpo. Sokolov murmura algo tranquilizador mientras ajusta el monitor, pero ella apenas parece oírlo. Se ve tan pequeña así. Pero yo lo sé bien. Hay más fuerza en esa mujer que en la mitad de los soldados a los que mando.

Lo que significa que sobrevivirá a esto.

La cuestión es si Dimitri sobrevivirá a la próxima hora.

Vuelvo a mirar a Pavel. —¿Cuánto falta?

—Menos de una hora —responde—. Quizá cuarenta minutos si el tráfico le favorece.

Cuarenta minutos. Cuarenta minutos hasta que un hombre que ya intentó matar a Anya decida terminar el trabajo.

Tomo la decisión al instante y me yergo. —Tú te quedas aquí —le digo a Pavel.

Su expresión no cambia, pero asiente. —Doce hombres dentro del ala —continúo en voz baja—. Otros veinte en el perímetro. Bloquead los ascensores. Que nadie entre en esta planta sin tu permiso.

—Entendido.

—Si algo sale mal…

—La saco por la escalera sur —dice él—. Coche esperando.

Exacto. Durante un breve instante, simplemente nos miramos. Él comprende lo que significa esta decisión. No es abandonar a Anya. Es eliminar la amenaza de forma permanente.

Aun así, queda una cosa por hacer.

Vuelvo a la cama. La respiración de Anya es irregular ahora, el agotamiento se filtra en sus jadeos mientras las contracciones mantienen su ritmo implacable. Cuando vuelvo a coger su mano, ella

abre los ojos despacio. Estudia mi rostro y lo comprende de inmediato.

—Te vas —dice en voz baja. No es una pregunta. Por supuesto que lo sabe.

—Sí.

Otra contracción empieza a subir. Ella aprieta la mandíbula. Me inclino, lo bastante cerca para que nadie más en la habitación pueda oírme.

Por un momento, las palabras se me atascan en la garganta. Tres palabras que debieron decirse hace mucho tiempo.

—Te quiero.

Sus ojos se agrandan ligeramente. El dolor cruza su expresión mientras la contracción le tensa el cuerpo, pero bajo él aparece algo más dulce.

—Te elijo a ti —le digo suavemente. Mi pulgar roza sus nudillos. Voy a terminar con esto.

Ella respira a través del dolor, con los hombros temblando por el esfuerzo. Por un segundo, espero que proteste. En lugar de eso, me aprieta la mano. Fuerte.

—Vuelve.

El peso de esa confianza cala más hondo que cualquier cosa que haya sentido en años. Asiento una vez. Luego me obligo a erguirme. Porque si me quedo otro segundo, no me iré.

Pavel abre la puerta. El pasillo exterior ya bulle de actividad: soldados hablando por radio, botas golpeando las baldosas con una urgencia controlada, los preparativos silenciosos que siempre preceden a la violencia.

La guerra ha llegado.

Bien.

Camino directo hacia ella.

Capítulo 35

Anya

El dolor tiene un ritmo. No lo sabía antes. Pensaba que el dolor solo era dolor. Algo que soportas hasta que termina.

Pero el parto no es un grito largo único. Llega en oleadas, como si mi cuerpo me arrastrara al fondo y me dejara salir a la superficie el tiempo justo para tomar aire antes de volver a hacerlo.

La habitación huele a antiséptico, a calor y a algo metálico en lo que intento no pensar. Las luces son demasiado brillantes. Las sábanas están húmedas bajo mi cuerpo. Mi pelo está pegado a mis sienes y mis manos están resbaladizas de sudor mientras aprietan las barandillas de la cama, como si pudiera anclarme a algo sólido.

Hay un monitor en algún lugar a mi izquierda, un *bip bip bip* constante que parece un metrónomo contando los segundos de mi cordura. Otro sonido por debajo: botas en el pasillo, susurros de radios, el suave chasquido de armas al ser ajustadas.

Un ala privada de hospital. La versión de seguridad de Alexei. Nada de silencio. Nada de delicadeza. Asegurada.

El doctor Sokolov está de pie cerca de mis rodillas con la calma de un hombre que ha visto sangre y partos y ha decidido que ninguno de los dos merece dramatismos. Sus ojos se elevan para encontrarse con los míos. —Anya. Escúcheme.

Trago saliva con dificultad, porque tengo la boca seca y la garganta en carne viva, e intento no entrar en pánico; una de esas cosas que lo empeoran todo. —Le escucho —digo con voz ronca.

Él asiente una vez. —En la próxima contracción, empuje.

La enfermera a mi lado ajusta algo en mi muñeca. Otra me limpia la frente. Sus manos son rápidas, competentes, impersonales. Me aferro a eso. La competencia es consuelo.

Y, sin embargo, la única mano que sigo buscando no está aquí.

La de Alexei.

Sé por qué. Sé perfectamente por qué. Pero eso no impide el dolor hueco en mi pecho cada vez que se abre la puerta y no es él.

En su lugar está Pavel, como una sombra que ha aprendido a sonreír con suficiencia. Se ha apostado cerca de la puerta con dos soldados justo fuera, con el cuerpo relajado pero los ojos afilados como cristal roto. Tiene el teléfono en la mano como si fuera un arma. Me sostiene la mirada medio segundo con una promesa cruda: *estamos aguantando esto*.

La siguiente contracción sube rápido, un agarre violento que nace en mi columna y envuelve mi abdomen como alambre de espino. Se me corta la respiración. Mi cuerpo se bloquea.

La voz del doctor Sokolov atraviesa el espasmo. —Respire. Profundamente. —Luego, en inglés, más despacio—: Por la nariz. Fuera por la boca. Usted controla su respiración. No el dolor.

Me dan ganas de reír. Me dan ganas de lanzarle algo. En lugar de eso, respiro porque no tengo otra opción. El dolor llega a su cima. El mundo se reduce a mi cuerpo y a la forma en que se está abriendo en dos.

—Empuje.

Empujo. Empujo como si intentara expulsar el miedo de mi cuerpo junto con todo lo demás. Empujo, y mi visión lanza chispas blancas por los bordes. Empujo, y me oigo emitir un sonido que no sabía que fuera capaz de hacer, bajo y animal y furioso, como si algo antiguo despertara en mi interior y decidiera que no será vencido.

—Otra vez. Otra vez.

Empujo hasta que me tiemblan los músculos, rechino los dientes y mis manos se acalambran en las barandillas de la cama.

Entonces cede. Por un momento, vuelve a haber aire. Por un momento, regresa la habitación. Los monitores. Las luces. El murmullo bajo de ruso en el pasillo.

Y la voz de Pavel, silenciosa y letal al teléfono: —Entendido.

Mi corazón da un vuelco. No puedo dejar de escuchar, aunque debería. Aunque cada parte de mí quiere preguntar: *¿Está vivo? ¿Alexei está vivo?*

No pregunto. No le doy voz al miedo. Pero mi cuerpo lo oye de todos modos. Mi bebé lo oye. El manguito del tensiómetro me aprieta de nuevo el brazo como una advertencia.

El doctor Sokolov mira el monitor y luego me mira a mí. —Míreme.

Obligo a mis ojos a encontrarse con los suyos.

—No ahí.

No tiene que decir qué es "ahí". Todos lo sentimos. La violencia moviéndose por la ciudad como un frente de tormenta.

Trago saliva, parpadeando con fuerza. —Se ha ido.

Sokolov no responde con consuelo. Responde con la verdad. —Ha tomado una decisión.

Vuelvo a saborear el metal.

Te quiero. Te elijo a ti. Volveré. Las palabras que Alexei me dijo entre contracciones están alojadas en mis costillas como una hoja de cuchillo y un voto.

Presiono la palma contra mi vientre, sintiendo su firme montaña, la vida en mi interior devolviendo el empuje.

—Está bien —susurro, no a Sokolov, ni a nadie de esta habitación. Sino a mi hijo. A mí misma—. Está bien. Haremos nuestra parte.

La siguiente contracción no sube como una ola. Arremete. Todo mi cuerpo se arquea contra ella. Mi respiración sale en un jadeo roto.

—Ahora —dice Sokolov, volviendo al inglés, cortante—. Empuje. Empuje, Anya. Con fuerza.

Empujo. En el pasillo, algo cambia; las botas se mueven más rápido, las radios crujen con más intensidad. Un sonido distante se

cuela entre todo eso, débil a través de las paredes del hospital: un seco *pop pop pop*.

Me quedo helada durante medio latido. Pavel aparece en el umbral, bloqueándolo con su cuerpo mientras habla bajo por teléfono, escupiendo palabras en ruso.

—Mantengan sus posiciones.

—Que no pase nadie.

—Si los ven, disparen.

Se me cae el alma a los pies. El siguiente empujón me atrapa antes de que pueda entrar en barrena, arrastrándome de vuelta a mi cuerpo agotado.

La voz del doctor Sokolov es de hierro. —Anya. AHORA.

Pongo todo lo que tengo en ello. El miedo. El dolor. El amor. La rabia. Empujo como si intentara arrastrar un futuro a un mundo que sigue intentando matarlo. Se me nubla la vista. Me oigo sollozar una vez, solo una, y luego se convierte en un sonido que es más un gruñido que un llanto.

—Bien —dice él, ahora cerca, justo en el centro de mi universo—. Bien. Lo está logrando. Otra vez.

Vuelvo a empujar, y algo cambia. La presión se vuelve ardor. Mi cuerpo está en llamas.

—Casi está —susurra la enfermera cerca de mi oído, y no sé en qué idioma habla porque lo único que importa ahora es el significado.

Niego con la cabeza, las lágrimas se derraman sin permiso. —Alexei —susurro, y sale como una oración y una acusación al mismo tiempo.

La voz de Pavel atraviesa la bruma, todavía al teléfono, baja y furiosa. —Que lo intente.

Mi corazón se encoge. Quiero gritarle a Pavel. *¿A qué te refieres con que no lo logrará? ¿Quién no lo logrará? ¿Alexei? ¿Dimitri?* Pero la contracción vuelve a adueñarse de mi cuerpo.

La voz de Sokolov es la única cuerda a la que puedo aferrarme. —Anya. Empuje. Una última vez.

Asiento, sollozando, y entonces empujo. Todo en mí se reúne y se libera, un acto de voluntad violento e implacable. Empujo, y

siento que mi cuerpo se parte, y entonces...

Un sonido.

Un llanto húmedo, agudo y furioso que llena la habitación como una sirena.

Durante un segundo suspendido, el mundo se detiene. Nada de radios. Nada de botas. Nada de disparos a lo lejos.

Solo ese grito.

Vida.

El doctor Sokolov eleva hacia la luz algo pequeño, resbaladizo e increíblemente real. Su voz cambia, no hacia algo más suave, sino solemne. Como si incluso él respetara este momento.

—Un niño.

Mi pecho se hunde sobre sí mismo. Un sollozo surge de mí, crudo, roto y aliviado. —¿Un niño? —susurro, incrédula.

Él asiente una vez. —Sí. —Luego en inglés, porque sabe que mi cerebro está deslizándose entre mundos—: Sano. Fuerte.

La enfermera coloca a mi hijo contra mi pecho, piel con piel, y su calor me produce una sacudida. Está caliente y furioso y es perfecto, con sus puñitos apretados como si ya estuviera listo para luchar contra el mundo.

Su llanto se convierte en un lamento con hipo. Presiono mi boca contra su pelo húmedo sin pensar.

—Hola —susurro—. Hola, pequeño.

Me tiemblan las manos mientras sostengo su pequeña espalda, como si abrazarlo fuera a mantenerlo aquí. Como si abrazarlo fuera a mantener a Alexei aquí.

Pavel se acerca, solo un paso, mirando de reojo al bebé y luego desviando la mirada, como si la visión de esta ternura fuera casi ofensiva para él. El teléfono sigue en su mano. Su mandíbula está tensa.

Murmura algo por el receptor, tan bajo que casi no lo oigo. —El bebé ha nacido.

Una pausa. Sus ojos se elevan hacia los míos. Algo duro y seguro habita en ellos.

Entonces vuelve a darse la vuelta y añade, con voz de acero: —Ahora acabad con él.

Se me revuelve el estómago. Miro a mi hijo —nuestro hijo— y la habitación se inclina. Esto es lo que Alexei fue a proteger. Esto es lo que Dimitri quiere destruir.

Acerco más a mi bebé, rodeándolo con mis brazos como si pudiera convertirme en un escudo solo con huesos y voluntad. Y susurro, en ruso porque ese es ahora el idioma de los votos en esta vida: —Volverá.

No sé si se lo estoy diciendo a mi hijo o a mí misma.

Fuera, en algún lugar más allá de esta ala sellada, de los hombres armados y de las puertas cerradas, Alexei está luchando para asegurarse de que este grito, esta vida, pueda existir. Y aquí, con sangre en los muslos y un recién nacido en el pecho, comprendo la verdad con una claridad que duele.

Él está terminando una guerra.

Yo estoy empezando algo.

Ambos lo estamos haciendo con las manos temblorosas.

Ambos lo estamos haciendo, a pesar de todo.

Capítulo 36

Alexei

El almacén huele a óxido, aceite y violencia vieja. El tipo de lugar al que vienen los hombres cuando tienen la intención de matarse unos a otros y no quieren testigos.

Nuestros vehículos se detienen frente a las puertas de carga en una fila lenta y controlada. Los motores se apagan uno a uno, dejando solo el eco hueco del metal moviéndose en algún lugar del edificio y el leve crujido del viento que atraviesa las ventanas rotas.

Salgo yo primero. El aire frío golpea el sudor que aún se aferra a mi piel desde el hospital. Tengo las mangas de la camisa remangadas y la chaqueta ha desaparecido en algún momento del caos de la partida. La pistola pesa a mi costado, pero ya sé que esto no terminará con un disparo limpio.

Los hombres como Dimitri no merecen finales limpios.

La voz de Pavel suena por el pinganillo en mi oído: —Posiciones confirmadas. Tu objetivo está dentro.

Por supuesto que lo está. Dimitri nunca ha sido sutil. Quiere testigos cuando toma el poder.

Asiento una vez a los hombres que tengo detrás y avanzo. Las puertas del almacén ya están abiertas. En el interior, unas luces industriales amarillas cuelgan de largas cadenas sobre el suelo de hormigón, proyectando largas sombras a través de pilas de

contenedores de carga oxidados. Los hombres de Dimitri están dispersos por el espacio. Veinte, quizá treinta, de pie con los rifles listos pero sin disparar todavía.

Están esperando. Esperando a que su jefe hable primero.

Camino hacia el centro de la sala como si me perteneciera. Porque así es.

Dimitri sale de detrás de un contenedor lentamente, de la forma en que un hombre entra en un escenario que cree que es suyo. Alto. Corpulento. Sonriendo como si ya hubiera ganado.

—¿Has venido solo?

Echo un vistazo a su espalda. Mis hombres ya se están posicionando a lo largo de los bordes del edificio. Silenciosos. Pacientes. Como los lobos que rodean a su presa.

Vuelvo a mirar a Dimitri. —¿Crees que esto va de números?

Él se ríe. —No. —Su mirada se afila ligeramente—. Esto va de debilidad.

La palabra queda suspendida en el aire. Señala hacia la puerta que hay detrás de mí.

—Has dejado a una mujer dando a luz... y has venido aquí.

Algunos de sus soldados se ríen por lo bajo.

Yo no.

Dimitri inclina la cabeza. —¿Ves? —continúa—. Por fin lo entiendes. La familia te vuelve estúpido.

Siento que algo frío se asienta tras mis costillas. —Te equivocas.

Su sonrisa se ensancha. —¿Ah, sí?

Doy un paso adelante lentamente. —He venido aquí *precisamente* por mi familia.

La sala se queda inmóvil. Dimitri me estudia por un momento y luego suspira dramáticamente. —Siempre has sido demasiado serio.

Entonces su voz se vuelve cortante. —Matadlo.

El fuego de las armas estalla por todo el almacén.

Mis hombres disparan primero. El caos desgarra la estancia. Balas triturando metal, hombres lanzándose a cubierto, el rugido ensordecedor de los rifles resonando a través del hormigón y el acero. Uno de los soldados de Dimitri cae a mi lado antes siquiera de terminar de levantar su arma. Otro arremete desde detrás de una

caja. Lo estampo contra la pared del contenedor y le clavo el cuchillo bajo las costillas antes de que pueda gritar.

La lucha se convierte en un brutal combate cuerpo a cuerpo. Dimitri dispara dos veces desde el otro lado de la sala, errando por centímetros mientras me muevo entre el humo y el estruendo. Cojo un rifle caído y disparo dos veces al hombre que está a su lado, obligándolo a retroceder.

Entonces solo quedamos nosotros dos.

Los disparos cesan a medida que el resto de la sala se da cuenta de lo que está ocurriendo. Cada hombre presente entiende la regla ahora.

Esto termina entre los jefes.

Dimitri se limpia la sangre de la boca y arroja su pistola vacía a un lado. —Como en los viejos tiempos.

Saco mi cuchillo de nuevo. Durante un momento, nos rodeamos lentamente el uno al otro sobre el hormigón.

Él arremete primero. Rápido. Demasiado rápido para la mayoría de los hombres.

Pero yo no soy como la mayoría de los hombres.

La hoja me roza las costillas en lugar de la garganta. Le estampo el codo en la mandíbula y siento el hueso desplazarse bajo el impacto. Se tambalea pero no cae, dirigiendo su cuchillo hacia mi estómago en el mismo movimiento.

El dolor me quema el costado. La sangre caliente empapa mi camisa.

Lo ignoro.

Esta pelea no va de supervivencia. Va de terminar algo que debería haber terminado hace semanas.

Dimitri vuelve a lanzar un golpe, más pesado ahora, intentando superarme por la fuerza. Le agarro la muñeca. Giro. El cuchillo cae de su mano. Mi puño se hunde en su garganta con la fuerza suficiente para hacerlo caer de rodillas.

Tose sangre y se ríe. —Has cambiado —dice con voz ronca.

—Sí. —Lo agarro por el cuello y lo arrastro hacia mí—. Lo he hecho.

Escupe sangre al suelo. —¿Por una mujer?

—Por mi familia.

Niega con la cabeza como si yo hubiera confirmado su teoría. —Has elegido mal.

Lo empujo hacia atrás. —No.

Le clavo la hoja en el estómago. El aliento le abandona en un jadeo agudo y roto. Me inclino lo suficiente para que solo él pueda oírme.

—Tú lo has hecho.

Sus manos agarran mi chaqueta débilmente mientras el cuchillo se hunde más. La sangre se derrama sobre el hormigón entre nosotros. Por un momento, sus ojos permanecen fijos en los míos. Sigue terco. Sigue convencido de que tenía razón.

Entonces las fuerzas lo abandonan. Saco el cuchillo. Dimitri se desploma en el suelo con un golpe húmedo.

El silencio se extiende lentamente por el almacén. Los hombres supervivientes me observan con cuidado. Esperando. Decidiendo.

Limpio la hoja en el abrigo de Dimitri y los miro. —¿Quién está conmigo?

Un hombre suelta su rifle de inmediato. Luego otro. Luego otro. En cuestión de segundos, cada arma de la sala golpea el hormigón.

—Pakhan —dice uno de ellos en voz baja.

Los demás lo repiten.

Lealtad asegurada. Poder consolidado. El coste es visible por toda la estancia. Tres de mis soldados yacen inmóviles cerca de la puerta. Otros dos están lo bastante heridos como para no volver a luchar esta noche.

La guerra siempre se cobra su pago.

Miro hacia abajo, al cuerpo de Dimitri. Su sangre se extiende lentamente por el suelo.

—Has elegido mal —repito en voz baja.

Entonces me doy la vuelta.

El teléfono me vibra en el bolsillo. Respondo sin detenerme. Se oye la voz de Pavel.

—¿Dónde estás?

—He terminado —respondo.

Una pausa. —Está preguntando por ti.

Se me encoge el pecho. —¿Y?

Se oye un leve sonido detrás de él.

Un bebé llorando.

Pavel suelta una risita suave. —Tienes un hijo.

Por primera vez en toda la noche, me tiemblan las manos.

Cuelgo y me dirijo al coche.

* * *

El trayecto de vuelta al hospital se me hace más largo que toda la guerra. Para cuando llego a la sala de partos, tengo la camisa rígida por la sangre, las costillas me arden con cada respiración y la adrenalina ha empezado a disiparse.

La puerta se abre silenciosamente. Dentro, las luces son ahora más tenues.

Anya está sentada apoyada en las almohadas, pálida y agotada.

Y en sus brazos...

Un ser humano diminuto y furioso, con pelo oscuro y un grito lo bastante fuerte como para sacudir las paredes.

Mi hijo.

Me acerco despacio. Anya levanta la vista. Durante un momento, ninguno de los dos habla.

Entonces ella sonríe débilmente. —Llegas tarde.

Me siento al lado de la cama. Me tiembla un poco la mano al tocar la espalda del bebé. Está caliente. Vivo. Es real.

Anya me observa la cara con atención. —¿Y bien? —murmura.

La miro a ella. Luego al niño que tiene en brazos. Y por primera vez desde que empezó esta guerra, el peso que sentía en el pecho finalmente desaparece.

—Es perfecto —susurro.

Los ojos de Anya se suavizan. —¿Qué has hecho?

Le sostengo la mirada. —Le he puesto fin.

Capítulo 37

Anya

La recuperación resulta ser más silenciosa que el parto, pero no menos abrumadora. La habitación del hospital está en penumbra a primera hora de la tarde y la luz del sol se filtra por los altos ventanales en largas franjas pálidas que se extienden por el suelo y suben por el lateral de la cuna, al lado de mi cama. Todo huele ligeramente a antiséptico y a jabón de lavanda, esa clase de calma estéril que se esfuerza mucho por convencerte de que el caos de los últimos días nunca ha sucedido.

Me duele todo el cuerpo. No es el dolor agudo y absorbente del parto, sino un cansancio sordo y profundo que parece haberse instalado permanentemente en mis músculos. Incorporarme parece como subir una colina. Caminar se siente como una pequeña victoria.

Aun así, no me quejo.

Porque en la cuna, a mi lado, yace un pequeño ser humano cuya existencia todavía me parece algo irreal.

Duerme con la confianza absoluta de quien no tiene idea de lo violentamente que ha llegado al mundo. Su pelo oscuro asoma en mechones desiguales y tiene los puñitos apretados cerca de la cara, como si ya sospechara de todo lo que lo rodea.

Lo observo respirar. Es ridículo lo hipnótica que resulta la imagen.

Al otro lado de la habitación, Alexei está sentado en una silla que claramente no ha sido diseñada para hombres de su tamaño. Lleva las costillas vendadas bajo un vendaje limpio y el hematoma de su mandíbula se ha oscurecido hasta adquirir un tono morado intenso. Se le ve cansado, pero no débil. En todo caso, las heridas parecen haber afilado algo en su interior.

Se da cuenta de que lo estoy mirando. —Deberías dormir.

Su voz es más pausada estos días, el tono de mando se ha suavizado en algo más parecido a la preocupación. Ya no es exactamente una orden. Es más bien una sugerencia que ya sabe que voy a ignorar.

—Ya lo he hecho —respondo.

Él arquea ligeramente una ceja, mirando hacia la cuna. —Estabas mirando fijamente al bebé —dice.

Me acomodo un poco contra las almohadas, negándome a parecer culpable. —Eso cuenta —le digo.

Su boca esboza ese amago de sonrisa.

Antes de que ninguno de los dos pueda decir nada más, la puerta se abre. Tres hombres entran en la habitación con esa clase particular de confianza tranquila que solo se adquiere al pasar la vida dentro del crimen organizado.

Los reconozco de inmediato. Avtoritet. Altos mandos dentro de la Bratva. Se detienen cerca del pie de la cama, asintiendo con respeto hacia Alexei.

—Pakhan —dice el más viejo, con voz pausada pero llena de autoridad.

Siento un vuelco agudo e inquietante en el pecho mientras observo a los hombres. Hombres que viven y respiran el mundo peligroso y calculador que Alexei comanda. De repente, la habitación se siente más fría. El peso de su presencia me oprime, un recordatorio silencioso de lo mucho que me he atrincherado en esta vida, aunque nunca lo pedí.

Alexei se levanta lentamente de la silla junto a la cama, con un cambio en su postura sutil pero inconfundible. En un instante, el hombre que hace un momento observaba tranquilamente a su hijo recién nacido vuelve a ser el líder de un imperio criminal. El aire de

la habitación cambia, la vulnerabilidad que he visto en él hace unos instantes se desvanece, reemplazada por algo más duro, más frío.

—Hablad —dice con calma, con voz fría y serena.

El hombre mayor me mira brevemente antes de continuar en un ruso formal, de ese que suena casi ceremonial.

—La hermandad reconoce a Anna Morozova —dice él.

Nadie me ha preguntado sobre el cambio de apellido. Ni siquiera lo había pensado hasta ahora. La decisión se ha tomado por mí, como si todo en mi vida se hubiera reducido a títulos y alianzas. Se me entrecorta la respiración y me invade una breve oleada de inquietud. Este mundo no es el mío. No del todo.

El hombre mayor continúa, impasible. —Como la compañera del Pakhan.

No esposa. Todavía no. Sino compañera.

Mis ojos se dirigen brevemente hacia Alexei. Su rostro permanece impasible, pero la intensidad subyacente es clara. Él tiene el control, como siempre.

Otro hombre añade en voz baja, casi en un susurro: —La casa del Pakhan es su casa.

Miro a Alexei, observando cómo asimila las palabras. Su cara no cambia. Se limita a asentir, con movimientos lentos, deliberados.

—Bien —dice simplemente, con tono plano.

Los hombres vuelven a asentir, dando por concluido su asunto. Me quedo en silencio, sintiendo una extraña mezcla de emociones. Una parte de mí quiere rebelarse contra esto, contra el hecho de ser reclamada como un activo en una guerra que no he elegido. Pero la otra parte, la que empieza a comprender hasta qué punto el mundo de Alexei lo controla todo, se queda quieta. No quiero llamar la atención. Ahora no, todavía no. Necesito tiempo. Tiempo para procesarlo todo.

Mientras los hombres se marchan, me miro las manos, que tengo apretadas con fuerza en el regazo. Sigo intentando reconciliar el mundo que conocía antes —antes de la Bratva, antes de Alexei— y el que habito ahora. Un paso adelante, un momento de claridad, y

todo cambia bajo mis pies. Ya no soy una simple espectadora en esta vida. Ahora formo parte de ella.

Lo que no sé todavía es si estoy preparada para eso.

—Bueno —digo con sequedad—, eso ha parecido sospechosamente una coronación de la mafia.

Alexei se encoge de hombros. —Algo así.

—No me has avisado.

—Habrías discutido.

—Es cierto.

Nuestro bebé hace un suave ruidito por la nariz mientras duerme, como si desaprobara toda la conversación. Me inclino y le acaricio suavemente la mejilla con la punta del dedo.

—Probablemente deberíamos ponerle un nombre —murmuro.

Alexei se acerca a la cuna. Durante un momento, simplemente observamos a la personita cuya existencia ha reorganizado nuestras vidas. Los ojos de Alexei están fijos en el bebé, y puedo ver la reflexión tras su mirada.

—Katerina eligió varios —dice en voz baja, casi como si estuviera tanteando la idea, como si esos nombres estuvieran grabados en piedra.

Niego con la cabeza de inmediato. —No.

Él me mira frunciendo ligeramente el entrecejo. —¿No te gustan?

—Esto no se trata de ella —digo suavemente—. Esta es su vida.

Las palabras no son duras, solo seguras. Sostengo su mirada, inamovible. —Se merece su propio comienzo.

Alexei estudia mi rostro durante un momento, sopesándolo. Sus ojos se detienen en mí, leyéndome como un libro, pero no hay rastro de discusión en ellos.

Entonces asiente despacio. —De acuerdo.

Su voz es más suave ahora, menos autoritaria. Vuelve a centrar su atención en el bebé y observo el cambio en su expresión. Algo tierno, algo real.

—Mikhail —dice.

El nombre se asienta en el aire entre nosotros. Fuerte. Antiguo. Sólido.

Dejo que el nombre ruede por mi lengua. —Mikhail Morozov —repito despacio, probándolo, sintiéndolo en la boca.

El bebé se retuerce ligeramente, como si reaccionara al sonido.

La boca de Alexei se curva levemente, con una pequeña sonrisa asomando en la comisura de sus labios. —Misha —dice, y el nombre suena ahora más ligero, más dulce.

—Misha —asiento, con el corazón un poco hinchado.

El nombre le encaja.

La mirada de Alexei se demora en la carita del bebé, con los dedos rozando apenas la suave piel. Sé en qué está pensando. Este es el nombre de una nueva generación, una que no tiene nada que ver con el pasado.

—Perfecto —susurro—. Misha.

Los ojos de Alexei se encuentran con los míos y, por primera vez desde que empezó todo esto, todo parece un poco más ligero. Estamos construyendo algo aquí, juntos. Una vida nueva, nombres nuevos, recuerdos nuevos.

Su mano descansa suavemente en mi brazo y sé, sin que diga una palabra, que este momento, esta decisión, es su promesa para ambos. Para Misha. Para mí.

—Nos aseguraremos de que conozca la diferencia —dice Alexei en voz baja—. De que no es solo una continuación. Él es su propio hombre.

Asiento, sintiendo el peso de sus palabras. —Lo haremos.

Y por primera vez, me permito creerlo. Misha no es solo parte de un legado; es el comienzo de algo nuevo. Algo que es nuestro.

* * *

Dos días después, regresamos a la finca. La casa se ve exactamente igual que cuando me fui. Guardias en las puertas, suelos de mármol que brillan bajo la luz de la tarde, el leve murmullo de conversaciones distantes.

Y, sin embargo, todo se siente diferente. Los guardias asienten ahora cuando paso por su lado. Respetuosos.

Las noticias corren deprisa en organizaciones como esta.

Dentro de la sala de estar, Galina espera con una bandeja de plata apoyada en un brazo. —Por fin —murmura cuando entramos.

La bandeja contiene un servicio de té ruso completo. Tazas de porcelana, una tetera humeante y rodajas de limón dispuestas como si se prepararan para una inspección.

Sonrío automáticamente. —Té —digo con gratitud.

—Por fin, una mujer de verdad en esta casa que aprecia el buen té.

Me río. Alexei arquea una ceja ante las dos.

Galina agita una mano con desdén. —Él pensaba que el té venía en bolsitas.

Me atraganto un poco con el primer sorbo. —Eso es brutal.

Galina se encoge de hombros. —Es la verdad.

Pero la forma en que lo dice se siente distinta. No es una comparación.

Es aceptación.

Al otro lado de la habitación, Misha se retuerce en los brazos de Alexei, soltando un pequeño chillido que capta instantáneamente la atención de todos. Galina se inclina un poco más, estudiándolo con detenimiento.

—Es un Morozov.

Alexei mira a su hijo. —Sí —dice en voz baja—. Lo es.

* * *

Más tarde, esa misma noche, llega Pavel. Se deja caer en el sillón como si fuera el dueño del lugar, estirando las piernas delante de él con la confianza relajada de un hombre que acaba de sobrevivir a una guerra.

—Cabos sueltos —anuncia.

Alexei ni siquiera levanta la vista de la tableta que tiene en las manos. —Habla.

Pavel los va enumerando con naturalidad con los dedos. —Dos traidores ejecutados.

Se me encoge un poco el estómago. —Tres exiliados —lo cual, en este mundo, es básicamente lo mismo—.

—Antonov se queda con el territorio de Dimitri —continúa—. Viktor quiere las rutas de transporte.

Alexei lo medita brevemente. —Que se las quede —dice.

Pavel asiente. Entonces su mirada se desplaza hacia mí. —¿Y nuestra nueva diplomática?

Arqueo una ceja. —¿Perdón?

Él señala perezosamente a Alexei, al bebé y a mí. —Hablas cuatro idiomas. Moscú confía en ti más que en la mitad de los idiotas de esta organización. Enhorabuena.

Miro a Alexei. —Lo habías planeado.

Él no lo niega. —Ya estabas haciendo el trabajo.

Traductora. Negociadora. Puente cultural.

Compañera.

No un adorno.

La comprensión se asienta lentamente. Al otro lado de la habitación, Misha deja escapar un pequeño gemido indignado. Alexei se levanta de inmediato, alzándolo con manos cuidadosas. La imagen todavía me pilla desprevenida. El hombre que puso fin a una guerra hace dos días ahora acuna a un recién nacido con paciencia silenciosa.

Él me mira. —Estás sonriendo.

—Me estoy adaptando —digo.

—¿A qué?

Miro alrededor de la estancia. La finca. El té. La extraña y complicada vida que, de algún modo, ahora me pertenece.

—A esto —digo simplemente.

Alexei me observa durante un largo rato. Luego asiente.

Y por primera vez desde que empezó todo esto, el futuro no se siente como algo contra lo que debamos protegernos.

Se siente como algo que estamos construyendo.

Capítulo 38

Alexei

No estoy seguro de cuándo ocurrió exactamente. Cuándo cambiaron las cosas, o cuándo dejé de sentir que me encontraba al borde de algo incierto. Pero lo noto ahora, en la forma en que la casa vibra con vida. Ya no es una fortaleza intimidante, sino un hogar. Un lugar donde el caos de la Bratva y el calor de la familia coexisten piel con piel.

Anya está totalmente integrada ahora. Ya no es solo mi compañera de nombre, ni solo la madre de mi hijo. Es un elemento fijo en todo lo que hago, en todo lo que hace la Bratva.

Hoy nos sentamos juntos a la cabecera de la mesa. Misha está en sus brazos, dormido de momento, acurrucado contra su pecho. Galina merodea cerca, asegurándose de que el bebé no nos distraiga mientras la reunión continúa.

—El cargamento de Moscú llega en dos días.

Asiento, rozando suavemente con mi mano la manita de Misha. Anya ya ha empezado a examinar los papeles, con la atención aguzada. Habla antes de que yo pueda hacerlo.

—Si el tiempo cambia, el principal podría retrasarse.

Los hombres la miran, y ya no hay dudas en sus ojos. No es solo porque sea mía. Es porque se ha ganado este puesto. Habla un ruso

impecable, conoce el juego y ha demostrado una y otra vez que es más que capaz.

Su voz no solo se escucha ahora en la Bratva. Se respeta.

—Seguid su consejo. Nos ahorrará tiempo.

Miro a Anya mientras sigue organizando papeles con una concentración absoluta, incluso con Misha contra su pecho. Su forma de comportarse, su autoridad serena en la sala, lo ha cambiado todo. Es algo más que el respeto de los hombres. Es ese tipo de reconocimiento que no se consigue fácilmente. Se ha puesto a prueba y ha vencido.

El peso de la responsabilidad es un poco menos gravoso con ella a mi lado, con ella plenamente integrada en esta vida. En este mundo.

Misha se agita en sus brazos y levanto la vista justo cuando deja escapar un leve llanto. El momento se rompe, pero no me importa. Me levanto y rodeo la mesa para coger a Misha con cuidado de sus brazos.

—Ni se te ocurra obligarme a hacer esto delante de ellos.

Arqueo una ceja. —¿Qué crees que voy a hacer? —pregunto, sin molestarme en ocultar mi diversión.

Ella sacude la cabeza, resignada. —Solo procura ser rápido.

Vuelvo a sentarme, acunando a Misha contra mi hombro mientras se retuerce y empieza a quejarse. Al acomodarlo, intentando calmarlo, no puedo ignorar el hecho de que en este instante soy algo más que el Pakhan. Soy un padre, un hombre que sostiene a su hijo mientras guía simultáneamente un imperio criminal. Hay un extraño tipo de equilibrio en eso, algo delicado y satisfactorio.

La pantalla de la videollamada se enciende y aparece el Avtoritet de Moscú. La conversación se reanuda y empiezo a escuchar cómo se desarrollan las nuevas operaciones del mes.

Pero Misha, que siempre es la fuerza del caos en mi vida, me devuelve la leche sobre el hombro.

Me quedo petrificado un segundo, mirando al bebé y luego a la pantalla, donde el Avtoritet de Moscú está a mitad de una frase. Se detiene y sus ojos se desvían hacia Misha. La pausa es lo

suficientemente larga como para que casi pueda oír sus pensamientos.

—Tienes una puntería impecable.

Anya, fuera de cámara, se ríe antes de exclamar: —El Pakhan ha sido derrotado por un lactante.

Miro a la pantalla, inexpresivo, sosteniendo a Misha con el brazo extendido. —Retirada estratégica —digo con la voz más seria que puedo fingir.

Pavel, que también está en la llamada, casi se atraganta con su bebida. Oigo cómo reprime una carcajada y veo cómo se le desencaja la cara de risa.

—¿Esto es lo que se considera mando hoy en día? —pregunta Pavel con los ojos brillando de picardía.

Anya me lanza una mirada significativa. —Claramente.

—Buen trabajo, hermano —dice Pavel con una sonrisa—. Te has convertido en un verdadero maestro de la multitarea.

Sacudo la cabeza, pero no puedo evitar que una pequeña sonrisa asome a la comisura de mis labios. Incluso en mitad de nuestro mundo, hay espacio para momentos como este. Familia, caos, negocios. Ahora todo forma parte del mismo equilibrio.

—Pakhan —dice Pavel, ahora más en serio.

—Está durmiendo bien.

Pavel asiente, y su mirada se suaviza apenas un poco al ver al bebé. Pero solo un poco. Está demasiado acostumbrado a la violencia de nuestro mundo para relajarse del todo ante algo tan puro. Pero no necesita decir nada. Su aprobación es implícita, escrita en la forma en que cambia su postura cuando mira a Anya. La forma en que le habla ahora, con el respeto que antes reservaba solo para mí.

—" , ," —Todo recae sobre tus hombros ahora, hermano —murmura con voz baja pero cargada de algo parecido a la admiración.

Miro a Anya, que ahora acuna a Misha suavemente, con el rostro relajado y esa clase de calma que hace que todo en esta casa se sienta correcto. Ahora es más que la madre de mi hijo. Es mi socia.

Y la Bratva lo ve. La ven como a una igual. No solo como un símbolo de poder, sino como alguien que aporta fuerza real, sabiduría real.

—Es digna de ti.

No necesito que me lo digan, pero sienta bien escucharlo de todos modos. Observo a Anya mientras levanta la vista y sus ojos se encuentran con los míos, dulces pero firmes. Ella lo sabe; ambos lo sabemos. Esto no es solo cuestión de poder. Es algo más. Algo real.

Anya no oculta su sonrisa, y es genuina. Es de verdad. No solo está intentando encajar.

Es parte de este mundo. Parte de la vida que he construido.

Capítulo 39

Anya

—Katerina —declaro en voz baja mientras deslizo los dedos sobre su nombre—. Tu lápida sigue siendo preciosa. Tal como lo eras tú.

El cementerio está en silencio, una escena típica de un lugar de descanso ortodoxo, donde el aire se siente denso, cargado de historia y respeto. El único sonido es el leve susurro de las hojas con el viento y el suave balbuceo de Misha mientras se acurruca contra mí. Aún es muy pequeño, demasiado joven para comprender la importancia de dónde nos encontramos, pero puedo sentirlo. Sus manitas presionan suavemente contra mi pecho, como si comprendiera instintivamente que este momento marca un capítulo final.

Miro de reojo a Alexei, que está de pie a mi lado. Su postura es firme, inquebrantable, pero sus ojos guardan algo más suave de lo habitual. Una fuerza silenciosa, un entendimiento compartido de que hoy no es solo una visita a una tumba. Es el momento en que ambos somos libres. Libres del pasado, libres para caminar juntos hacia adelante, sin la carga de los fantasmas que una vez nos atormentaron.

Él está aquí por mí, como siempre. Pero hoy... hoy parece diferente.

Nos acercamos más, la mano de Alexei roza la mía; un gesto silencioso pero significativo, de esos que dicen más que las palabras. Ya no hay tensión entre nosotros. Solo la promesa de lo que está por venir, de lo que ya hemos empezado a construir.

Me arrodillo ante la tumba de Katerina y deposito el ramo con delicadeza. El aire fresco llena mis pulmones, me sosiega y, al inhalar profundamente, algo cambia en mi interior. Cierro los ojos un instante, dejando que la quietud del lugar me invada. Es esto. El momento que he estado esperando. Una oportunidad para despedirme finalmente de su recuerdo, de las expectativas que una vez se cernieron sobre mí. El resentimiento que solía cargar ha desaparecido, sustituido por la paz.

El sacerdote da un paso al frente y su voz suena firme al comenzar las oraciones ortodoxas tradicionales: —Señor, dale el descanso a su alma en Tu Reino.

Cierro los ojos mientras el ritmo familiar de las oraciones me envuelve y siento el corazón más ligero con cada palabra. Alexei se une al rezo, con voz baja pero fuerte; el ruso fluye en el aire entre nosotros como un vínculo demasiado profundo para romperse. El ritual resulta reconfortante por primera vez, y siento cómo me libero de toda la culpa, la tensión y el miedo que antes me mantenían encadenada al pasado.

Puedo sentir que la presencia de Katerina se desvanece. Se traslada al pasado, que es donde pertenece.

—Salva su alma, Señor —murmura Alexei en ruso, y su voz resuena en el silencioso cementerio.

El sacerdote continúa encendiendo velas y colocándolas con cuidado sobre la tumba: —Gloria a Ti, Señor, por la paz y el descanso.

Cuando la última de las velas cobra vida con su parpadeo, lo siento. El espíritu de Katerina ya no está atado a mí. Ya no me persigue. Por primera vez, soy libre. Y Alexei también lo es.

Me giro hacia él y, por primera vez, percibo todo el peso de su presencia a mi lado; no como un hombre atado por el deber o la obligación, sino como un compañero, un amante, el padre de nuestro hijo. El fantasma de Katerina ya no se interpone entre

nosotros, y lo que queda es solo el sólido cimiento que hemos construido juntos.

—Por todo. Por él. Por tu hijo. Por tu permiso. Por verme. Por conocerme lo suficiente como para confiarme esto.

Hablo en voz baja, casi para mí misma, pero sé que Alexei escucha cada palabra. El peso que ni siquiera sabía que cargaba se ha esfumado. El aire parece más limpio ahora. La presencia de Katerina se desvanece y, con ella, la carga que una vez representó.

Siento la mano de Alexei apoyarse en mi hombro, cálida y firme. Su voz, habitualmente calmada y controlada, rebosa ahora una intensidad que nunca antes le había oído.

—Te elijo a ti. No porque sea lo que se espera, no por deber, sino porque eres a quien vi primero. Tú eres mía y yo soy tuyo.

Las palabras me golpean como una ola y se me corta la respiración. Puedo oír la sinceridad en su voz, sentir el peso de su elección, y de pronto me doy cuenta de lo lejos que hemos llegado. De por lo que hemos pasado. Y de lo que hemos construido.

—Contigo he encontrado mi camino. No eres solo una parte de mi vida. Eres su sentido.

Trago saliva, sintiendo el martilleo del corazón en el pecho. Ya no queda incertidumbre. Solo estamos nosotros. La vida que estamos construyendo juntos. El futuro.

—Anya Volkov —continúa Alexei, con palabras más suaves pero no menos poderosas—, ¿quieres casarte conmigo? No porque hayas gestado a mi hijo, sino porque te elijo a ti. Porque te vi primero. Porque eres mía y yo soy tuyo.

Por un instante, el mundo se detiene y solo alcanzo a oír los latidos de mi corazón. El futuro, nuestro futuro, pende en el aire entre nosotros. No necesito pensarlo. Sé lo que quiero. Lo que ambos queremos.

—Sí —digo, y las palabras escapan antes de que me dé cuenta de que se están formando—. Siempre sí.

Y en cuanto las palabras abandonan mis labios, siento que todo cambia. El mundo ha cambiado. Nuestro mundo ha cambiado. Y juntos, construiremos algo que sea nuestro. Algo duradero, algo más allá de las sombras del pasado.

Una familia. Un legado. Un futuro.

Todo nuestro.

Antes de que cualquiera de los dos pueda decir nada más, una figura familiar entra en escena.

Yuri. Mi padre. Su presencia altera el aire que nos rodea y, por un momento, no sé cómo reaccionar. Pero entonces se nos acerca; su expresión es ilegible, pero hay un cambio en su postura, una suavidad en su mirada.

Camina hacia nosotros con determinación y, sin decir palabra, sus ojos se posan en Misha, que está en mis brazos. Lo estudia durante un largo rato antes de sostener mi mirada.

—Ambos os merecéis esto.

Se me encoge el pecho. Yuri siempre ha sido una figura distante en mi vida, pero en este momento, puedo sentir el cambio en él. Nos ve... nos ve de verdad. Es un regalo, y no sé cómo responder salvo asintiendo, con la garganta apretada por la emoción.

Alexei me aprieta la mano, y la silenciosa seguridad de su contacto me devuelve a la tierra.

La mirada de Yuri pasa de mí a Alexei. Con un asentimiento, continúa: —La boda se hará según las reglas. Será como debe ser.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros un momento y no puedo evitar sonreír. Hemos llegado tan lejos, desde la incertidumbre hasta esto.

Alexei se vuelve hacia mí, con voz suave pero segura: —La haremos nuestra.

—Sí —respondo, con más seguridad de la que jamás he tenido—. Siempre sí.

Y así, el futuro que hemos soñado empieza a tomar forma.

Capítulo 40

Alexei

La iglesia rebosa historia.

En sus paredes de mármol resuena el eco de siglos de fe, de votos intercambiados, de vidas prometidas y rotas. El leve aroma del incienso flota en el aire, mezclándose con el perfume de las flores que flanquean los pasillos. Las velas arden suavemente y sus llamas danzan como susurros de luz en la estancia, por lo demás en penumbra. El suave murmullo de voces se apaga cuando la puerta del fondo chirría al abrirse y todas las miradas se vuelven.

Estoy de pie ante el altar, con el pecho apretado y la garganta seca, pero con el corazón lleno.

Hoy no soy solo el Pakhan.

Soy un hombre, vinculado por nada más que el amor.

No aparto los ojos de ella mientras camina por el pasillo.

Anya.

Su vestido es blanco, por supuesto, perfectamente entallado, un contraste deslumbrante contra las sombras oscuras de la sala. Su velo, delicado y fino, roza sus hombros y, en sus manos, sostiene a Misha, pequeño y revolviéndose, como si supiera que algo monumental está sucediendo y quisiera formar parte de ello.

Pavel está a su lado, con Misha acunado en sus brazos y un agarre firme, pero sus ojos se suavizan mientras la ve caminar hacia

mí. Sus pasos son lentos, deliberados. Ella es la reina de este momento, y yo soy el rey que espera al final del camino, como lo he estado durante meses, durante años, sin darme cuenta de verdad.

Siempre fue mía.

Pero ahora, es más que mía.

Trago saliva y una sonrisa asoma en la comisura de mis labios al mirarla. No hay vacilación en su paso. Ahora sabe quién es. No es la mujer que una vez pensó que tenía que vivir a la sombra de mi pasado. Es mi compañera, mi igual, mi todo.

Tú eres a la que vi primero, pienso, y las palabras reverberan en mi interior como un eco antiguo y familiar. *Entonces elegí mal, pero ahora elijo bien.*

En el momento en que la vi, entre aquella multitud hace tres años, elegí el deber. Elegí mi posición por encima de ella. Por encima de nosotros. No sabía entonces que mi alma ya era suya.

Pero ahora, de pie aquí, solo la veo a ella.

Anya.

Se acerca al altar y lo veo en sus ojos. La profundidad de todo lo que hemos construido juntos, de todo lo que hemos pasado. Ya no hay nada entre nosotros excepto la verdad.

Cuando llega a mi lado, su mano tiembla ligeramente cuando la tomo entre las mías. Se la aprieto, dándole seguridad, dándomela a mí mismo. He pasado por muchas batallas, pero ninguna más intensa que la guerra dentro de mí... luchando contra el impulso de reclamarla, de hacerla mía en todos los sentidos, sabiendo al mismo tiempo que al hacerlo, estaba entregando partes de mí mismo. Renunciando a mi antiguo yo.

Libero la tensión que ni siquiera sabía que estaba conteniendo.

Anya me sonríe, una sonrisa suave, cómplice, y es todo lo que necesito.

Es esto. La promesa final. La unión definitiva.

El padre Dmitri comienza la ceremonia, con su voz rica en tradición, palabras familiares en ruso que me sé de memoria pero que nunca había escuchado de verdad hasta ahora. Habla de votos, de sacrificio, de lealtad inquebrantable. Habla de amor. Escucho cada palabra y recuerdo las promesas que ya le he hecho.

En inglés, repito tras el sacerdote las palabras que nos unen ante Dios y ante todos los que importan.

—Yo, Alexei Morozov, te tomo a ti, Anya Volkov, como mi esposa, para tenerte y protegerte, para honrarte y cuidarte, a través de cada prueba, cada victoria, cada batalla. Te elijo ahora y para siempre. Eres mi hogar.

Ella responde, en un ruso perfecto, con una voz firme, decidida, fuerte.

—Yo, Anya Volkov, te tomo a ti, Alexei Morozov, como mi esposo, para amarte y apoyarte, para ser tu compañera en todo. Te elijo ahora y para siempre. Eres mi familia.

Cuando intercambiamos los votos, cuando se colocan los anillos, alcanzo a ver a Misha en brazos de Pavel, con sus manitas regordetas apretadas alrededor de los dedos de Pavel y sus grandes ojos parpadeando hacia nosotros.

Siento que el pecho se me inflama.

Mi hijo. Nuestro hijo.

Este momento también es suyo.

La iglesia vibra con una alegría silenciosa mientras estamos allí, ahora como marido y mujer; el mundo exterior está quieto y en silencio, como si incluso el tiempo contuviera el aliento.

Por una vez, todo es como debe ser.

Anya se inclina y sus labios rozan mi oído, lo justo para que solo yo pueda oírla.

—¿Estás listo para esto? —susurra.

La miro a ella, a la mujer que ha tomado mi corazón y le ha prendido fuego, a la mujer que ha sido tanto mi ancla como mis alas.

—He estado listo para ti desde el momento en que te vi —respondo, con la voz cargada de algo más profundo que el amor. Es algo posesivo, protector... una certeza inquebrantable.

Ella sonríe y, en sus ojos, veo el reflejo de todo lo que hemos pasado. Las guerras, las traiciones, el derramamiento de sangre... y la vida que hemos construido a partir de ello.

La vida que seguiremos construyendo, juntos.

* * *

Más tarde, cuando los últimos invitados se marchan y la mansión se sumerge en la calma, me quedo a su lado con nuestras manos entrelazadas. La finca se siente diferente ahora. Más cálida, llena de una vida que nunca pensé que tendría.

El peso del pasado, la sangre que ha empapado la tierra y nuestros huesos, se siente más ligero ahora. Somos libres. No del mundo que construimos, sino de los fantasmas que una vez lo habitaron.

Somos libres porque nos tenemos el uno al otro.

Somos libres porque tenemos esto.

Y con nuestro hijo ya en la cama, solo hay una cosa que queremos hacer.

Mi boca reclama la suya con fuerza. Ella se funde conmigo, sus dedos se clavan en la tela de mi camisa, tirando de mí para acercarme como si estuviera tan desesperada por esto como yo.

La empujo suavemente hacia atrás, mis labios recorren su mandíbula, bajan por su cuello, antes de encontrarse de nuevo con su boca. Ella jadea durante el beso, y eso alimenta el oscuro deseo que siento. Sé que deberíamos ir más despacio, pero no puedo. No hay forma de frenar cuando siento esta clase de atracción.

Su espalda golpea la pared mientras me presiono contra ella, nuestros cuerpos alineados, el calor irradiando entre nosotros. Me mira con los labios ligeramente entreabiertos y los ojos oscuros de deseo. Interrumpe el beso, pero solo para tirar de mi camisa, deslizando los dedos bajo la tela para sentir el calor de mi piel.

—Alexei —jadea—. Te quiero.

Eso es todo lo que hace falta.

La agarro y la beso una vez más.

Ella me quita la chaqueta de los hombros y esta cae contra el suelo de madera, con una manga perdiéndose en las sombras. Sus dedos enganchan después el dobladillo de mi camisa y, con un tirón seco, la tela se suelta. Los botones se esparcen por los tablones del suelo.

Normalmente, me lamentaría por la pérdida de una camisa cara, pero mi pulso late con demasiada fuerza como para que me importe. Todo lo que siento es el alivio de que ella me desee tanto como yo a ella.

Da un paso atrás, boquiabierta por un instante al contemplar las marcadas líneas de mi pecho y de mis abdominales. Luego deja que las yemas de sus dedos recorran la parte delantera de su vestido, encuentra la pesada cremallera y la baja.

La prenda se amontona a sus pies en un montón sin arrugas. Debajo, su sujetador y sus bragas azul bebé se ciñen a su piel; el algodón parece suave pero eléctrico ante mis ojos. La sencilla dulzura del color me envía una descarga directa al cuerpo.

Desliza sus uñas ligeramente por mi columna, pequeñas y afiladas invitaciones, luego me hace girar y presiona su boca contra la mía con una urgencia que me debilita las rodillas. Mientras nuestros labios colisionan, curvo los dedos alrededor de la cinturilla de sus bragas.

Se le corta la respiración y yo se las bajo por una pierna, centímetro a centímetro, hasta que su calor queda al descubierto. Un escalofrío recorre su muslo cuando mi palma roza su piel suave.

Apoya un pie contra la pared, separando los muslos en un silencioso gesto de ánimo. Me detengo para mirarla, con el pelo cayéndole sobre un hombro, las mejillas sonrojadas y los ojos oscuros y hambrientos, y entonces le introduzco un dedo. Su calidez me rodea y ella se muerde el labio inferior con la fuerza suficiente para dejar una leve marca. Su gemido resuena en las paredes, crudo y lleno de gozo.

—Estás tan mojada —murmuro, rozando con los labios su cuello para que mi aliento le acaricie la piel—. Y tan perfectamente estrecha... Amor mío.

Echa la cabeza hacia atrás y deja escapar un sonido que es pura liberación, y yo me presiono más contra ella, dejando que su libertad para gritar sea la canción que guíe cada movimiento.

Sus dedos se clavan en mis hombros mientras grita: —Oh, joder... oh, mierda.

Le introduzco otro dedo y mi otra mano se desliza por su caja torácica para acunar su pecho, pero el encaje de su sujetador me lo impide. Lo desabrocho con destreza, viendo cómo los tirantes resbalan por sus brazos y la delicada tela revolotea hasta el suelo. Mi desesperación por ella aumenta, convirtiéndose en un dolor casi palpable.

Mis labios rozan su cuello, trazando un camino hasta su clavícula antes de capturar su pezón. Succiono y lamo hasta que su respiración se entrecorta y su cuerpo tiembla con gritos contenidos. Se retuerce contra mí, con el control deshaciéndose como un carrete de hilo. Necesito más de ella, necesito ver su rostro desfigurado por el éxtasis antes de perderme en su interior.

Inhalo profundamente mientras caigo de rodillas; su aroma me envuelve. Dulce, almizclado, embriagador. Un aliento tembloroso escapa de mis labios mientras el calor recorre mis venas, consumiéndome en una niebla de lujuria. Esta mujer es un territorio inexplorado que me deja inseguro pero ansioso.

Le separo más las piernas con la nariz; ella deja caer la cabeza hacia atrás, con los ojos fuertemente cerrados mientras se rinde a las sensaciones. Está dócil, dispuesta, es mía para explorarla.

Dejo un rastro de besos por su vientre, deteniéndome en los huesos de su cadera, luego en sus muslos, antes de agarrar la cinturilla de su ropa interior con los dientes. Se la bajo bruscamente, arrancándole un jadeo de sorpresa.

—¡Oh, joder, Alexei! —grita ella, entrelazando sus dedos en mi pelo.

Mi lengua recorre su calor húmedo y resbaladizo, extrayendo ese sabor que tanto anhelo. Se agita sobre mí, apretando mi pelo con más fuerza mientras se arquea, llenándome de una satisfacción primitiva. Me adentro más, alternando entre hundir mi lengua en su interior y trazar patrones sobre su clítoris.

—Oh, mierda —jadea ella, con el cuerpo tensándose a medida que se acerca al límite.

Quiero ver su cara cuando se entregue, así que me levanto rápidamente, atrayéndola a un beso profundo. Sus piernas se

envuelven a mi alrededor y la levanto, llevándola a la cama. La tumbo con suavidad, cubriendo su cuerpo con el mío.

Me bajo la cremallera de los pantalones y los aparto junto con mis calzoncillos. Sus ojos se agrandan al ver mi erección y deja escapar un sonoro jadeo antes de taparse la boca con las manos. No puedo evitar sentir una oleada de orgullo ante su reacción. Arquea un poco la espalda, con los dedos aferrados a las sábanas.

Subo a la cama, me sitúo sobre ella y ella rodea mi miembro con los dedos. Mueve la mano despacio, de arriba abajo, y su piel fresca roza mi polla caliente y dura. Mi respiración se vuelve irregular y los brazos me tiemblan por el esfuerzo de sostenerme.

—Oh, joder, Anya —jadeo—, te necesito.

Si no la detengo pronto, explotaré y perderé la oportunidad de explorarla por completo.

Ante mis palabras, su mano se retira. Me presiono contra su entrada, y la punta de mi miembro se desliza a través de su humedad. Cuento mis respiraciones —una, dos, tres—, luchando por el control mientras sus caderas se elevan para encontrarse con las mías. Sus uñas clavan medias lunas en mis hombros y su espalda se arquea despegándose del colchón.

—Por favor —susurra—. Dámelo todo... Te amo.

Me hundo en ella, apenas un par de centímetros, y sus párpados tiemblan al cerrarse, con los labios entreabiertos. Cuando empujo más a fondo, su grito resuena en las paredes.

—Maldita sea —jadea, con sus músculos internos apretándose a mi alrededor—. Te sientes increíble.

Mis brazos tiemblan y ceden. Nuestros cuerpos colisionan, piel contra piel resbaladiza, y hundo el rostro en su cuello, respirando su aroma salado y dulce. Sus piernas se cierran alrededor de mi cintura y sus talones se clavan en la base de mi espalda, instándome a ir más profundo.

Nos movemos juntos, encontrando un ritmo que crece con cada embestida. Los dedos de Anya se enredan en mi pelo, tirando lo justo para que escueza. Su respiración llega en jadeos cortos y agudos contra mi oído.

—Alexei —dice, con mi nombre como una oración en sus labios —. Alexei, estoy...

Su cuerpo se tensa bajo el mío. Sus muslos me aprisionan, temblando. Observo cómo se transforma su rostro. Los ojos apretados, la boca abierta en un grito silencioso, un rubor extendiéndose por su pecho y subiendo por su cuello. En ese momento, es totalmente mía.

La sigo al abismo, con estrellas estallando tras mis párpados. La beso con fuerza mientras las réplicas del orgasmo nos recorren a ambos.

Jadeo contra su boca, necesitando que sepa cuánto significa esto para mí. —El «felices para siempre» no es seguro. Pero es nuestro. Y quemaría el mundo entero para conservarlo.

Parte Uno
Contenido exclusivo

Prólogo: Nora

El caos zumba en Urgencias como ruido blanco. Monitores pitando. Alguien vomita en el box tres. Un niño pequeño grita como si le estuviéramos amputando el brazo en lugar de sacarle una astilla, tocándola con cuidado con las pinzas.

Un jueves por la noche cualquiera en el County.

Echo un torniquete usado al contenedor y me froto las manos con desinfectante, extendiéndolo entre cada dedo como si pudiera borrar el día. No puedo. Se queda pegado. La sangre, el miedo, la forma en que la gente te mira como si fueras Dios con una placa de identificación.

Me centro en el siguiente historial. No pienso, de ninguna de las maneras, en mi hermana pequeña.

Los moratones en las piernas de Lena.

Las hemorragias nasales que «pasan porque sí».

La forma en que se ríe para restarle importancia y cambia de tema.

La voz demasiado prudente de la doctora: *Necesitamos más pruebas, Nora.*

Se me encoge el estómago. Presiono la lengua contra el paladar y lo empujo todo hacia el fondo, allí donde vive todo lo demás. El Sótano de los Malos Sentimientos. Ya lo visitaré luego. Quizás. Probablemente no.

Ahora mismo tengo a gente sangrando de verdad delante de mí, no suposiciones fantasmales en la cabeza.

Los sentimientos para después. Las suturas ahora.

—¡Cole! —llama Janice desde el control de enfermería, con una voz que corta el estruendo—. ¡Herida de bala en camino! ¡Dos minutos!

Bien. Un problema con el que puedo hacer algo de verdad.

Suelto el historial en el mostrador y troto hacia Trauma Uno. Sobre mi cabeza, los grandes focos redondos se encienden con un golpe seco, bañando el box vacío con un blanco quirúrgico y crudo. El técnico ya está allí, abriendo kits con unas manos que están a punto de dejar de ser firmes.

—Abdominal o torácico —digo, dirigiéndome al carro de las vías —. Preparad para ambos y haced como si fuerais unos perfeccionistas.

Él suelta una risa nerviosa. Es nuevo. No debe de tener más de veintidós años. El pobre tiene toda la pinta de que, si esto sale mal, dejará la carrera para hacerse instructor de yoga.

—No quedan catéteres de calibre 16 en este cajón —dice, con la voz un poco aguda.

—Eso es porque los hemos usado —le digo con suavidad—. Concepto radical. Prueba en el cajón de arriba.

Lo comprueba. Los encuentra. Sus hombros se relajan un milímetro.

La doctora Harris entra a toda prisa, con la bata a medio poner, el pelo despeinado y los ojos afilados tras las gafas. —¿Constantes? —exige, mientras ya se pone los guantes.

—Inestable —dice Janice desde la puerta—. La tensión por los suelos. Combativo. Intubado con ambú en el lugar. Probablemente drogado hasta las cejas.

Así que empezamos el turno con un desastre. Cómo no.

—Muy bien —murmuro, sobre todo para mí misma, mientras alineo mis suministros—. Gran lío, aguja grande. Vamos a salvar a alguien, ¿os parece?

Las puertas dobles se abren de golpe como si fuera una película. Los paramédicos entran corriendo con una camilla que deja gotas

rojas en el suelo, un rastro de migas de pan oscuras y húmedas.

El paciente es enorme. Enmascarado. Vestido de negro de las botas a los guantes, como si acabara de salir del rodaje de *Actividades Sospechosas: El Musical*. Alguien le ha cortado la camiseta para exponer el pecho y la herida fea y floreciente en la parte baja de la caja torácica.

Hay mucha sangre. Espesa, oscura. Se derrama por su costado, empapando la sábana, goteando al suelo. Del tipo que hace que la gente en las salas de espera palidezca y se siente rápido.

Lo pasamos a la cama de trauma. Necesitamos a cuatro de nosotros. Es tan pesado que el armazón llega a crujir.

—Herida de bala en el abdomen —recita el médico de emergencias—. La presión cae. Solo una vía buena. Saturación de O2 por los suelos. Ha intentado darnos un puñetazo.

—Ah, o sea que es encantador —digo—. Me encanta nuestro panorama. Yo me encargo de la otra vía.

Torniquete puesto, dedos buscando. Su piel está fría y pegajosa por el sudor y la sangre. Mis manos se mantienen firmes. Siempre lo están. Ese es el truco: tus manos no tienen voto.

Encontrar la vena. Pinchar. Flash de sangre. Pasar el catéter.

Asegurado. Hecho.

—Segunda vía puesta. Fluidos a chorro —anuncio.

—Ponedle dos unidades de O negativo —ordena la doctora Harris —. Pedid pruebas cruzadas. Nora, quédate con esa vía.

—En ello estoy.

La máscara oculta la mayor parte de la cara del paciente. Solo queda una franja de piel sobre la nariz y dos trazos oscuros de cejas. El sudor se acumula allí, tembloroso. Mi mirada se queda atrapada en la tinta debajo del dobladillo roto de su camiseta.

Negro y gris. Líneas afiladas, depredadoras. Un par de ojos tatuados en la parte superior del pecho, devolviéndome la mirada, con iris vacíos y planos.

Vale. Eso... no es nada inquietante.

Luego, Nora. La charla sobre la etiqueta de los tatuajes, luego.

Su pulso revolotea bajo mis dedos. Demasiado rápido, demasiado débil. Se nos está escapando.

—Señor —le digo, inclinándome sobre él. Mi voz cambia automáticamente al tono tranquilo y cálido que reservo para los niños y los adultos aterrorizados—. Está en el County. Le han disparado. Estamos trabajando en ello, ¿vale? Necesito que se quede conmigo.

Sus párpados tiemblan. Luego se levantan.

Y... vaya.

Esos ojos. Azul hielo, tan pálidos que son casi plateados. Nada de calidez, solo un enfoque agudo, como si estuviera catalogando salidas y amenazas mientras se desangra en mi mesa.

Sus ojos se clavan en mí como si me conociera. No me conoce, obviamente. Recordaría unos ojos así. Aun así, la mirada me deja clavada en el sitio durante medio latido antes de que vuelva a centrar mi atención donde corresponde.

—Tensión setenta treinta —llama Janice, con la tensión a flor de piel.

Nada bueno. Ni de lejos.

—Meted fluidos —espeta la doctora Harris—. Preparaos para intubar. ¿Dónde está mi ecógrafo? Moveos, equipo.

La mano del hombre se sacude y luego se cierra alrededor de mi muñeca. Con fuerza. Su agarre es una garra, pegajoso por la sangre, irrazonablemente fuerte para alguien cuya presión arterial está jugando al limbo.

—Oiga. —Me acerco más, bajando la voz otro tono—. Está bien. Estoy con usted. No va a ir a ninguna parte, ¿de acuerdo?

Respira rápido a través de la máscara, con el pecho entrecortado. Sus labios se mueven debajo, con la voz destrozada y ronca.

—No...

Arrastra una bocanada de aire irregular como si doliera existir.

—...me deje... morir.

Por un segundo, la habitación se reduce a esa mano en mi muñeca y a esas cuatro palabras.

He tenido pacientes que han suplicado de cien maneras distintas. Llorando, regateando en silencio con los ojos. Pero algo en la forma en que él lo dice, como si yo fuera lo único que se interpone entre él y una caída al vacío, me golpea de lleno en el pecho.

—No pienso hacerlo —le digo, con tanta firmeza que casi se me quiebra la voz—. Pero tiene que luchar conmigo, ¿trato hecho?

Sus dedos sufren un espasmo contra mi piel. Luego, sus ojos se ponen en blanco.

Se ha ido antes de que pueda pestañear.

—GCS cinco —dice el técnico, con la voz demasiado alta en mis oídos.

—Intúbenlo —ladra la doctora Harris.

El laringoscopio se desliza en su boca. Las alarmas gritan. El terapeuta respiratorio interviene. La anestesista se materializa como si acabara de teletransportarse. Se cuelgan bolsas. El ritmo de la sangre aumenta. Las órdenes vuelan.

Nos movemos siguiendo patrones. Evaluar, actuar, reevaluar, adaptar. Mi cuerpo hace aquello para lo que está entrenado mientras mi cerebro reproduce *No me deje morir* en bucle.

Lo estabilizamos lo justo. A duras penas.

—El quirófano está listo —anuncia alguien.

Estamos corriendo con la camilla por el pasillo antes de que hayan terminado de hablar. Su sangre mancha el suelo a nuestro paso, un camino oscuro por el que alguien de mantenimiento jurará más tarde.

—Dile a la enfermera de quirófano que tenemos a un luchador —digo, mitad para ellos, mitad para mí.

Desaparece tras las puertas dobles en un torbellino de cuerpos y uniformes azules.

Y así, sin más, se ha ido de mi mundo. Trauma Uno parece más pequeño sin él.

Para cuando termino de limpiar los mostradores, la habitación huele a lejía en lugar de a sangre. La adrenalina ya se ha evaporado, dejando un ligero temblor en mis músculos y el comienzo de un dolor de cabeza tras mi ojo izquierdo.

En la pantalla oscura del monitor, mi reflejo me devuelve la mirada: ojos de un gris cálido, pelo castaño rojizo escapando de mi moño en rizos encrespados, ojeras oscuras bajo mis ojos que ningún corrector puede arreglar. Veintiocho años camino de los ochenta.

Me froto una mancha de sangre seca de la mejilla con el talón de la mano.

Piensa en Lena.

Piensa en la cita de mañana con hematología.

Piensa en la forma en que sonrió cuando dijo: «Seguro que no es nada, Nora», aunque sabe que yo sé que miente.

Piensa en el hecho de que cuando me preguntó si tenía miedo, yo le devolví la sonrisa y le mentí a la cara.

En quien no quiero pensar es en un extraño vestido de negro con ojos de glaciar y una súplica desesperada.

Pero parece que mi cerebro se ha puesto en huelga.

No puedo sacudirme la imagen de la tinta en su pecho, mirándome. No puedo olvidar los ojos de verdad clavándose en los míos.

No puedo dejar de oír su voz, bronca y quebrada, envolviéndose alrededor de cuatro pequeñas y pesadas palabras.

No me deje morir.

Tiro otro par de guantes ensangrentados al contenedor y saco un juego limpio de la caja, ajustándomelos con un chasquido. Si salvar a Lena fuera algo que pudiera solucionar con una vía y unas cuantas bolsas de O negativo, ya estaría extrayendo los análisis.

Trago saliva para aliviar el nudo en mi garganta.

Los turnos terminan. Las cirugías terminan. Las noches terminan.

El miedo no.

Prólogo: Nick

El hombre atado a la silla ya está medio roto. El sudor le resbala por la cara en gotas gordas. Ahora tiene la nariz torcida —obra mía— y la sangre repta sobre sus labios hasta la barbilla. Las piernas le tiemblan tanto que las patas de metal de la silla chirrían contra el hormigón.

El sonido desasosega. Uñas sobre hueso.

No siento nada.

—Última oportunidad —le digo.

No hace falta gritar. El ruido es para aficionados y cobardes. El silencio es lo que se te mete bajo la piel, lo que hace que el corazón te dé un vuelco. Los hombres son lo bastante listos para oír la muerte en una voz calmada.

Escupe sangre al suelo, por poco me da en la bota. Intenta mirarme con odio a través de un ojo hinchado.

—Vete al infierno.

Suspiro, largo y lentamente. Sin dramatismo. Simplemente aburrido.

Esto debería haber terminado hace diez minutos.

Le rodeo la mandíbula con los dedos, apoyando el pulgar bajo un pómulo y el resto de la mano sobre el otro. Aprieto hasta que siento que el hueso cede bajo la presión.

Su respiración se entrecorta. El dolor brilla en su ojo sano, rápido e intenso.

—Nombres —le digo—. O empezaré a quitarte trozos.

Me cree. Siempre lo hacen cuando los toco así, cuando ven que no hay nada en mi cara, nada en mis ojos. Ni farol, ni ira.

Solo un hombre haciendo su trabajo.

Se le mueve la nuez. Abre la boca…

La puerta estalla hacia dentro. Madera y metal barato golpean contra la pared. Un tiroteo desgarra la habitación; el sonido me golpea el pecho como si fuera un impacto físico.

Empujo al prisionero hacia un lado y echo mano a mi arma.

La primera bala me alcanza antes de que mis dedos se cierren sobre la empuñadura. En el centro del cuerpo. Disparo limpio. Caliente y profundo, como si alguien me hubiera clavado una varilla de acero entre las costillas y la hubiera dejado allí, vibrando.

Choco contra la pared. El impacto me saca el poco aire que me quedaba.

Todo se reduce a unas pocas órdenes sencillas.

Moverse. Devolver el fuego. Matar.

Tres tiradores. Quizá cuatro. Es difícil contar cuando tu sangre se dedica a derramarse sobre el suelo.

Levanto el arma. Apunto. Aprieto el gatillo.

Uno cae. Luego otro. Buenos disparos al centro. Años de entrenamiento no desaparecen simplemente porque te estés muriendo.

La tercera bala me alcanza abajo en el costado, desgarrando el músculo. Mi pierna cede. El arma se me resbala de la mano y se aleja tintineando, inútil.

Caigo al suelo. El hormigón frío me muerde la espalda. El ardor en mi pecho se vuelve líquido, extendiéndose bajo mi camisa, empapando la cinturilla de mis pantalones. Caliente. Pegajoso.

Demasiado rápido.

Las voces se confunden. Gritos, maldiciones, la nota aguda del pánico. El hombre de la silla está gritando. Alguien más también lo hace. Podría ser yo. No importa.

Intento incorporarme. No pasa nada.

Lo intento de nuevo. Mi brazo tiene un espasmo y luego cae como si ya no formara parte de mí.

Los tiradores pasan por mi lado. Ni siquiera se molestan en rematarme. Agarran al prisionero, lo sacan a rastras entre cristales rotos y astillas. Uno me pisa la mano al salir. No lo siento.

Cobardes.

Está bien. Corred. Vivid unas cuantas horas más. Alguien os volverá a poner en una silla por mí más tarde. O no. Ya no es problema mío.

Me presiono el agujero del pecho con la palma de la mano. Se hunde más de lo que debería. Sale empapada, con los dedos brillando de forma oscura.

La visión me parpadea. El gris me devora los bordes.

Pasos. No son pesados. No son precavidos. Sin cambio de peso, sin patrón de combate. Zapatillas de deporte, quizá. Suelas blandas. Civil.

Perfecto. Justo lo que le faltaba a este desastre. Público.

Unas manos me agarran de los hombros y me ponen boca arriba. Dejo que lo hagan. La gravedad gana, de todos modos.

Se oye una inspiración brusca. —Dios mío —murmura una voz.

Aguda. Temblorosa. No es de los nuestros. Tampoco de los suyos. Demasiado limpia.

—¿Oiga? ¡Oiga! ¿Me oye? ¡Quédese conmigo!

Me dan palmaditas en la mejilla. Inútil. Los mataría por tocarme si pudiera hacer que mi brazo cooperara.

Llaman al 112. Puedo distinguir las palabras a través del martilleo en mis oídos.

—Un disparo en el pecho… Está sangrando por todas partes… Un almacén en… No, no lo sé, él simplemente… ¡Daos prisa!

Sus manos presionan la herida. Ambas, con todo su peso. El dolor estalla como un blanco incandescente, arrancándome de la garganta un sonido que no reconozco.

Bien. Significa que sigo aquí.

De momento.

Pero los bordes del mundo siguen ablandándose. El techo, la luz rota, el agujero irregular donde solía estar la puerta. Todo se disuelve.

Las sirenas empiezan a sonar a lo lejos. Más cerca. Más cerca.

Cierro los ojos un segundo. Solo un segundo.

Después de eso, todo se vuelve feo y brillante.

Luces rojas y azules que parpadean tras la puerta destrozada.

Los paramédicos se inclinan sobre mí, terminan de cortarme la camisa con sus manos que se mueven rápido. Voces ladrando números, lanzándose jerga de un lado a otro.

—La tensión se está hundiendo…

—Necesito otra vía…

—Posible neumotórax…

—A la de tres…

Me levantan. El movimiento me clava cuchillos de fuego en el pecho. Me trago un gemido y saboreo la sangre.

La camilla traquetea. El techo pasa borroso. Me meten en la ambulancia. Alguien me pone una mascarilla en la cara. El plástico huele a aliento químico y a goma.

Me dejo llevar.

Vuelvo.

Me vuelvo a dejar llevar.

El trayecto es un destello de luces y baches en las ruedas y manos sobre mi cuerpo, inyectando fármacos en mis venas, presionando agujeros que ya deberían haberme matado.

Cuando me meten en el hospital, estoy flotando fuera de mí mismo, observando la escena como si perteneciera a otra persona.

Entonces…

Ella.

Se inclina sobre mí y todo vuelve a enfocarse de golpe.

Ojos grises. No son suaves. Están concentrados. Son agudos. Están en calma, de un modo en que no lo están la mayoría de los hombres con armas en las manos.

Pelo cobrizo recogido, con algunos mechones pegados a la mejilla por el sudor. Una mascarilla le cuelga del cuello hasta que se la sube.

Huele a lavanda. No del tipo empalagoso. Limpia. Discreta. Completamente fuera de lugar en un sitio que huele a antiséptico y a miedo viejo.

—Herida por arma de fuego en el abdomen —dice alguien cerca de mi cabeza—. Tensión por los suelos. Una vía. Necesitamos otra.

—Traedme una del dieciséis —dice ella, con voz firme, ya con los guantes puestos—. Y abrid los fluidos a tope. Vamos, grandullón, quédese conmigo.

Grandullón. Qué tierno.

Sus manos tocan mi brazo, firmes y seguras. Sin vacilación. Sin inmutarse ante la sangre. Sus dedos presionan, buscan, encuentran lo que quieren. Aguja dentro. Esparadrapo. Eficiente.

—Segunda vía colocada. A goteo libre —anuncia. Profesional, concisa.

Pero cuando me mira, hay algo más en su cara. No es lástima. No es miedo.

Es algo como… una promesa.

—Señor —dice, inclinándose más, con la voz más baja y suave—. Está en el County. Le han disparado. Estamos ocupándonos de usted, ¿de acuerdo? Necesito que se quede conmigo.

Sus ojos son lo único que alcanzo a ver. Grises con pequeñas motas de un color más oscuro alrededor de las pupilas. Tiene una pequeña arruga entre las cejas, como si se estuviera concentrando mucho.

Me resultan… familiares.

Me aferro a ellos. A su voz. A la forma en que la lavanda atraviesa el olor a sangre, metal y podredumbre que tengo en la nariz.

Me arden los pulmones. Cada respiración es cristal roto. Mi corazón es un martillo desbocado en mi pecho. La habitación se inclina, cambia, da vueltas.

Lucho por atravesar el dolor para conseguir aire suficiente y forzar las palabras.

—No…

Mi garganta es arena y cuchillas de afeitar. El sonido que sale de mí es horrible.

Sus dedos se aprietan alrededor de mi muñeca, como si supiera por lo que estoy luchando.

—Lo tenemos —dice—. Vamos. Hable conmigo.

—… me deje… morir.
La oscuridad llega rápido después de eso.
Sus ojos son lo último que veo.
La lavanda, lo último que huelo.
Todo lo demás —dolor, ruido, sangre— desaparece.
Luego, no hay absolutamente nada.

